

Bastiat, Frédéric, 1801-1850

Cuestiones económicas / por Federico Bastiat

Madrid : Imprenta de La Tutelar, 1860

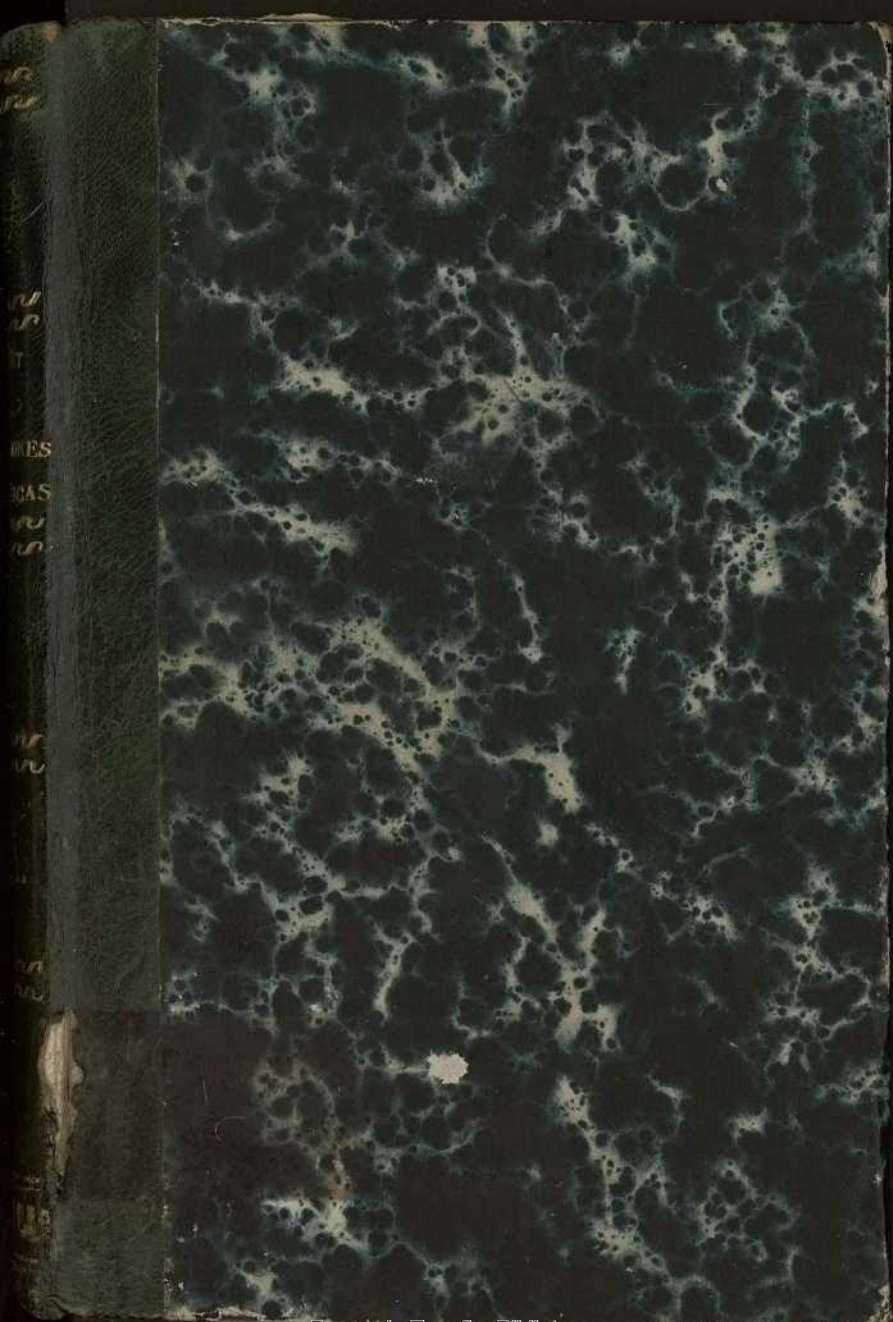
Signatura: FEV-AV-P-00413

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente





Ex libris
Jesús Rodríguez Salmones

L

C.B. 60000000 107963

FEV- AV- P- 00413

1364

214 L

CUESTIONES ECONÓMICAS

POR

FEDERICO BASTIAT.

MALDITO DINERO.
LO QUE SE VE Y LO QUE NO SE VE.
PROPIEDAD Y LEY.
PROPIEDAD Y DESPOJO.
PROTECCIONISMO Y COMUNISMO.
LA LEY.

Traducción de

Roberto Robert.

MADRID:

Imprenta de **La Tutelar** á cargo de B. Carranza,
CALLE DE SAN MIGUEL, NÚM. 23.

1860.



QUESTIONS ECONOMIQUES

FREDERIC BASTIAT.

LA LOI
PROPRIÉTÉ
PROPRIÉTÉ
PROPRIÉTÉ
PROPRIÉTÉ
PROPRIÉTÉ



NOTA DEL EDITOR.

Publicados los **SOFISMAS ECONÓMICOS** de Bastiat (1) hemos entresacado de la última edicion de sus obras los artículos mas importantes por su materia y estension, para reunirlos en este volúmen bajo el título de **CUESTIONES ECONÓMICAS**: son los que el lector verá anotados en la portada y en el índice.

Solo hemos dejado de incluir uno, el de **CAPITAL Y RENTA**, con objeto de formar otro volúmen, acompañando la ruidosa y brillante polémica que, con este motivo, sostuvo el autor con el célebre Proudhon sobre la *Gratuidad del crédito*.—Pronto se hallará tambien en venta.

(1) Otro volúmen como este por 10 rs. vn. en Madrid, 12 en provincias y 15 en ultramar, franco el porte.

VALDITO DIERRO

NOTA DEL EDITOR

Publicación de los trabajos realizados en el Observatorio de Madrid (1) de los años 1900 y 1901. En esta obra se han publicado los resultados de las observaciones de los eclipses de Sol y Luna, de los eclipses de los planetas, de las nebulas y de las cometas. También se han publicado los resultados de las observaciones de las estrellas variables y de las estrellas de novata.

En esta obra se han publicado los resultados de las observaciones de los eclipses de Sol y Luna, de los eclipses de los planetas, de las nebulas y de las cometas. También se han publicado los resultados de las observaciones de las estrellas variables y de las estrellas de novata.

En esta obra se han publicado los resultados de las observaciones de los eclipses de Sol y Luna, de los eclipses de los planetas, de las nebulas y de las cometas. También se han publicado los resultados de las observaciones de las estrellas variables y de las estrellas de novata.

(1) Observatorio de Madrid. Dirección: Sr. D. José de la Cueva. Año 1900 y 1901.

¡MALDITO DINERO!

— ¡Mal haya el dinero, mal haya el dinero! exclamaba desesperado el economista F. saliendo de la comision de Hacienda, que acababa de discutir un proyecto de ley sobre el papel moneda.

— ¿Qué os pasa? le pregunté, ¿quién os ha inspirado esa ira repentina contra la divinidad mas reverenciada en este mundo?

— ¡Mal haya el dinero, mal haya el dinero!

— Me vais poniendo en cuidado. Yo he oido blasfemar de la paz, de la libertad, de la vida; sé que Bruto llegó hasta decir: *Virtud, nombre vano*; pero, si algo se habia librado hasta hoy de las maldiciones...

— ¡Maldito sea el dinero, maldito sea!

— Vamos, tened un poco de filosofia. ¿Qué os sucede? ¿Os ha salpicado de oro Creso? ¿Os ha robado Mondor el cariño de vuestra amiga? ¿Ha dado Zoilo dinero para que se publiquen gacetillas en contra vuestra?

— No envidio el carruaje de Creso; mi reputacion es tan insignificante, que escapa á la mordacidad de Zoilo; y por lo que hace á mi amiga, ni la sombra de la mancha mas leve...

— Ah, ya sé; no se me ocurría. Habeis inventado sin duda alguna reorganizacion social, sistema F., y deseareis que vuestra

sociedad sea mas perfecta que la de Esparta; para lo cual necesitareis prohibir severamente toda clase de moneda. Lo que os ofrecerá algunas dificultades será persuadir á vuestros adeptos á que se desprendan de sus fondos. ¡Cómo ha de ser! Este es el escollo de todos los reorganizadores. Todos, sin excepcion, harian prodigios si consiguiesen vencer todas las resistencias, y si la humanidad en masa consintiese en convertirse en cera blanda entre sus manos; pero la humanidad se ha empeñado en no ser de cera blanda... Los escucha á todos, los aplaude ó desprecia, y... sigue su camino.

— Yo, á Dios gracias, me he libertado hasta hoy de esa manía de moda. En vez de inventar leyes sociales, estudio las que á Dios le plugo inventar, y tengo además la suerte de que me parecen admirables en su progresivo desenvolvimiento. Justamente por esto no me canso de repetir, ¡maldito sea el dinero, maldito sea!

— Entonces debeis ser proudhoniano ó proudhonista. ¡Por vida de...! Pues teneis á mano un medio muy sencillo de satisfacer vuestros deseos! Arrojad vuestro bolsillo al Sena; no os quedeis sino con un napoleon para tomar una accion del Banco del pueblo.

— Puesto que maldigo el dinero, calculad si dejaré de maldecir su engañosa representacion.

— Entonces ya no me queda mas que una hipótesis. Debeis ser un nuevo Diógenes, y vais á narcotizarme con un discurso á lo Séneca sobre el desprecio de las riquezas.

— ¡Dios me libre de semejante cosa! La riqueza no consiste en tener un poco mas ó menos de dinero ¿estais? La riqueza es pan para el que tiene hambre; vestidos para el desnudo; leña para calentarse; luz que prolongue artificialmente el dia; una carrera para vuestro hijo; un dote para vuestra hija; un dia de descanso en la fatiga; un cordial para el desfallecimiento; un socorro proporcionado decorosamente al pobre vergonzante; un abrigo para la intemperie; una distraccion para la mente agobiada bajo el peso de las ideas; el incomparable goce de hacer dichas á las

personas que amamos. La riqueza es la instruccion, la independencia, la dignidad, la confianza, la caridad; es todo lo que el desenvolvimiento de nuestras facultades puede dar á las necesidades del cuerpo y del ánimo; es el progreso, la civilizacion. La riqueza es el admirable y civilizador resultado de dos admirables agentes, mas civilizadores que la riqueza misma: el trabajo y el cambio.

— ¡Bueno va! hace un momento os desatabais en imprecaciones contra el oro, y ahora vais á deshaceros en ditirambos á la riqueza!

— ¡Eh! ¿No comprendéis que ha sido un rapto de mal humor de economista? Si maldigo el dinero, es precisamente porque lo confunden, como vos acabais de hacerlo, con la riqueza; de cuya confusion nacen errores y calamidades sin cuento.

Lo maldigo porque no se comprende ni es fácil comprender su funcion en la sociedad.

Lo maldigo porque pone en pugna todas las ideas; hace equivocar los medios con el objeto, el obstáculo con la causa, el alfa por a omega; porque su presencia, que por sí misma es bienhechora, ha introducido en el mundo una nocion funesta, una peticion de principio, una teoría vuelta del revés, que, con sus múltiples formas, ha empobrecido á los hombres y ensangrentado la tierra. Lo maldigo porque no me creo capaz de luchar contra el error á que ha dado origen, sino por medio de una larga y enojosa disertacion, de que nadie hará caso. ¡Ah, si á lo menos tuviese yo un oyente pacienzudo y benévolo...!

— No quiero que se diga que hayais permanecido en el estado de irritacion en que os veo por falta de una victima. ¡No faltabais! Ea, ya os escucho; hablad, disertad á vuestras anchas...

— ¿Me prometeis escuchar atentamente...?

— Os prometo tener paciencia.

— Poco es.

— No puedo disponer de otra cosa. Empezad y explicadme cómo es que en el fondo de todos los errores económicos se en-

cuenta una idea equivocada, si la hay, sobre el numerario.

—Vamos á ver : francamente, hablando en conciencia ¿no habeis confundido alguna vez el dinero con la riqueza?

—No sé ; nunca me he fijado mucho en la economía política. Pero, si así fuese, ¿qué resultaria de ello?

—Poca cosa. Un error en vuestra mente, sin influencia en vuestros actos ; porque, en materia de trabajo y de cambios, aunque haya tantas opiniones como cabezas, todos procedemos de la misma manera.

—Es decir, así como todos andamos, igualmente, aunque no estamos de acuerdo sobre la teoría del equilibrio y la gravitacion.

—Justamente. Cualquiera que de en una en otra induccion llegase á creer que durante la noche tenemos los piés para arriba y la cabeza para abajo, podria escribir sobre este tema muy buenos libros ; pero no por eso dejaria de tener la cabeza y los piés como los demás los tenemos.

—Ya lo creo ; y si no, pronto recibiria el castigo merecido por ser demasiado lógico.

—Así, tambien moriria de hambre el que, imaginando que el dinero es la riqueza real, fuese consecuente hasta el fin de su vida. Hé aquí por qué es falsa esta teoría ; pues no hay teoría verdadera sino la que resulta de los hechos, tales cuales se manifiestan en todos tiempos y lugares.

—Comprendo que en la práctica, y bajo el influjo del interés personal, la consecuencia perniciosa del acto erróneo tienda siempre á corregir el error. Pero, si el error de que os ocupais es tan insignificante, ¿á qué irritaros tanto?

—Es que, cuando un hombre, en vez de obrar por si mismo, obra por cuenta de otro, el interés personal, que es un centinela tan vigilante y sensible, no le da la voz de alerta. La responsabilidad no tiene su verdadero asiento. Es que, si Pedro se equivoca, el que sufre las consecuencias es Juan : el falso sistema del legislador se convierte en regla de conducta de poblaciones enteras. Y, para que veais la diferencia: cuando vos teneis dinero y mucho

apetito, cualquiera que sea vuestra teoría sobre el numerario, ¿qué es lo que haceis?

—Entro en una panadería y compro pan.

—¿Y no vacilais en desprenderos del dinero?

—Para eso lo tengo.

—Y si el panadero tiene sed, ¿qué hace?

—Entra en la tienda de vinos y bebe una copa con el dinero que yo le he dado.

—¡Cómo! ¿Y no teme arruinarse?

—Arruinarse de veras, seria no comer ni beber.

—Y todos los hombres que existen sobre la tierra, ¿siendo libres, hacen lo mismo?

—Sin duda. ¿Querriais que se muriesen de hambre por tener el gusto de amontonar algunos cuartos?

—Muy al contrario, me parece que obran perfectamente, y quisiera yo que la teoría no fuese sino la imagen de la práctica universal. Pero supongamos ahora que vos fuéseis el legislador, el rey absoluto de un vasto imperio, donde no hubiese minas de oro.

—Me gusta mucho la suposicion.

—Supongamos, además, que estuviéseis muy convencido de lo siguiente: La riqueza consiste única y exclusivamente en el numerario; ¿qué consecuencia sacaríais de vuestro estado?

—Sacaría la consecuencia de que mi pueblo no podia enriquecerse sino sustrayendo el numerario de los demás pueblos.

—Es decir, empobreciéndolos; de manera que vuestra primera consecuencia seria la siguiente: Una nacion solo puede ganar lo que otra nacion pierda.

—Este axioma tiene en su favor la autoridad de Bacon y de Montaigne.

—No por eso es menos triste, porque equivale á decir: el progreso es imposible. Dos pueblos ó dos hombres, colocados uno al lado de otro, no pueden progresar á un tiempo.

—Así parece resultar del principio sentado.

—Y como todos los hombres aspiran á enriquecerse, debemos

decir que, en virtud de una ley providencial, todos aspiran á arruinar á sus semejantes.

—Esto no pertenece al cristianismo; pero sí á la economía política.

—Detestable; mas prosigamos. Os he hecho rey absoluto, no para que discutais, sino para que obreis; vuestro poder no tiene límites: ¿qué vais á hacer en virtud de esta doctrina: La riqueza es el dinero?

—Mis conatos se dirigirán siempre á aumentar la masa de numerario de mi pueblo.

—Pero, no habiendo mina en vuestro reino, ¿cómo os gobernariais? ¿qué mandariais hacer?

—No mandaré; prohibiré. Prohibiré bajo pena de la vida la extraccion de monedas de mi reino.

—¿Y si vuestro pueblo, á pesar de su dinero, tiene hambre?

—No importa: dentro del sistema en cuya suposicion discurrimos, permitirle la exportacion del dinero seria permitir su empobrecimiento.

—De manera que, segun confesais, le obligariais á obrar conforme á un principio opuesto al que vos tomais por guia en circunstancias semejantes. ¿Cómo así?

—Será porque el hambre mia la experimento yo; y el hambre de los pueblos no la experimentan los legisladores.

—Pues bien puedo aseguraros que vuestro plan fracasaria, y que no hay vigilancia capaz de impedir que un pueblo hambriento dé salida á las monedas, si el trigo tiene libre la entrada.

—En este caso, el plan, erróneo ó no, será ineficaz para el bien y para el mal, y no tenemos por qué hablar de él.

—Olvidais que sois legislador. ¿Por ventura el legislador se da por vencido tan pronto cuando hace un ensayo en cabeza ajena? Porque no diese resultados el primer decreto, ¿dejariais de buscar otro medio de conseguir vuestro propósito?

—¿Qué propósito?

—¿Qué flaco sois de memoria! El de aumentar entre vuestro

pueblo la masa de numerario, que se supone ser la única y verdadera riqueza.

— ¡Ah! teneis razon. Pero es que ya sabeis lo que dice el adagio: de lo bueno poco: yo creo que así debe hacerse con la economía política. Prosigamos, pues; pero en verdad no sé qué discurrir para...

— Pensadlo bien. Por de pronto os haré observar que vuestro primer decreto solo resolveria el problema negativamente. Prohibir la extraccion de la moneda podria impedir la disminucion de la riqueza; pero no la aumentaria.

— ¡Ah! pues ya he dado en el *quid*. Ese trigo que entraria libremente... Hombre... se me ocurre una idea luminosa... Sí, señor; es una salida de ingenio y un medio infalible. Ya tengo conseguido mi propósito.

— Ahora os pregunto yo tambien: ¿qué propósito?

— ¡Toma! el de aumentar la masa de numerario.

— Vamos á ver ¿cómo lo hariais?

— ¿No es cierto que para aumentar constantemente la masa de numerario, lo primero ha de ser no disminuirla nunca?

— Sí por cierto.

— ¿Y lo segundo irle añadiendo siempre?

— Cabal.

— Pues el problema quedará resuelto negativa y positivamente, como dicen los socialistas, si por un lado prohibo á los extranjeros que le disminuyan, y por otro lado les obligo á que la aumenten.

— Adelante.

— Para eso daré dos decretos en que ni siquiera tendré que hablar del numerario. En el primero prohibiré á mis súbditos toda clase de compras á los de afuera; en el segundo les mandaré que les vendan todo lo mas posible.

— Es un plan muy bien concebido.

— ¿Es nuevo? porque, si lo es, voy á pedir privilegio de invencion.

—No os tomeis ese trabajo, porque otros os disputarian el privilegio; pero tened cuidado con una cosa.

—Hablad.

—Yo os he hecho rey todopoderoso. Comprendo que prohibais á vuestros súbditos la compra de productos extranjeros. Bastará con prohibirles la entrada, para lo cual emplearíais treinta ó cuarenta mil aduaneros.

—Me saldrá un poco caro; pero ¿qué importa? El dinero que se les da no sale del país.

—Indudablemente, y esto es lo esencial en nuestro sistema; mas ¿cómo hareis para conseguir que se vendan vuestros productos en el extranjero?

—Los estimularé con primas, sacando su importe de algunos impuestos, que pagará el pueblo.

—En cuyo caso, los exportadores, obligados por su mútua rivalidad, rebajarán sus precios en cantidades iguales á las de las primas, que es como si regalaseis á los extranjeros el producto de os impuestos.

—Si; pero el caso es que el dinero no saldrá del país.

—Justo. Esta contestacion no tiene réplica. Pero, si vuestro sistema es bueno, los demás reyes lo adoptarán; copiarán vuestros decretos; crearán aduaneros, y rechazarán vuestros productos á fin de que no disminuya la masa de su numerario.

—Pero yo tendré un ejército, y traspasaré sus fronteras.

—Y ellos tendrian otro ejército, y traspasarían las vuestras.

—Pues yo armaria buques, haria conquistas, adquiriria colonias y crearia para mi pueblo consumidores que de grado ó por fuerza tendrian que comer nuestro trigo y beber nuestro vino.

—Y otro tanto harian los demás reyes. Os disputarian las conquistas, las colonias y los consumidores, y arderia el mundo en guerra.

—Yo aumentaria los impuestos, los aduaneros, el ejército y la marina.

—Y ellos tambien.

—Redoblaría mis esfuerzos.

—Y ellos tambien; y entre tanto yo no veo que hubieseis conseguido vender mucho.

—Demasiado cierto es. Gracias si los esfuerzos comerciales se neutralizasen.

—Lo mismo que los esfuerzos militares. Y decidme: Esos aduaneros, esos soldados, esos buques, esas enormes contribuciones, esa tendencia perpétua á un resultado imposible, ese estado permanente de guerra, abierta ó secreta, contra el mundo entero, ¿no son consecuencia lógica necesaria de haberse encasquetado el legislador esta idea (que, segun habeis confesado, nadie la admite tratándose de sus propios intereses): «¿La riqueza es el numerario; aumentar el numerario es aumentar la riqueza?»

—Convenido. O el axioma es verdadero, en cuyo caso el legislador debe obrar en el sentido que he dicho, aun cuando dé por resultado la guerra universal, ó el axioma es falso, en cuyo caso los hombres se despedazan solo por arruinarse.

—Y tened presente que, antes de ser rey, ese mismo axioma os habia conducido lógicamente á estas máximas: «Lo que uno gana, otro lo pierde; el provecho de uno es el perjuicio del otro»; máximas que implican un antagonismo irremediable entre todos los hombres.

—Nada hay mas cierto. Ya me suponga filósofo, ya legislador; tanto si discurro como si obro, partiendo del principio de que el dinero es la riqueza, siempre vengo á encontrarme en último resultado con la guerra universal. Habeis hecho bien en señalarme sus consecuencias antes de discutirlo; á no ser así, nunca hubiese yo tenido valor suficiente para seguiros hasta el fin de vuestra disertacion económica, que, si os he de decir la verdad, no es cosa que me divierta.

—¿A quién se lo contaís? Precisamente en eso estaba pensando cuando me oísteis decir: ¡Maldito sea el dinero! Estaba deplorando que mis compatriotas no tengan valor para estudiar lo que tanto les importa saber.

—Y, sin embargo, las consecuencias son espantosas.

—¡Las consecuencias! No os he indicado mas que una. Otras os habria podido demostrar mas funestas todavía.

—¡Se me erizan los cabellos! ¿Qué desastres puede causar á la humanidad esta confusion del dinero y la riqueza?

—Necesitaria mucho tiempo para enumerarlos. Es una doctrina que tiene mucha prole. Su hijo mayor, á quien acabamos de conocer, se llama *régimen prohibitivo*; el segundo es el *sistema colonial*; el tercero, *odio al capital*; y el Benjamin, *papel moneda*.

—¡Cómo! ¿El papel moneda nace del mismo error?

—Directamente. Cuando los legisladores, después de arruinar á los hombres por medio de la guerra y del impuesto, perseveran en su idea, dicen para sí: «Si el pueblo sufre, es porque no tiene bastante dinero; hagámoslo.» Y como no es muy fácil aumentar los metales preciosos, sobre todo cuando se han agotado los supuestos recursos de la prohibicion, «Vamos á hacer numerario ficticio, añaden; todos los ciudadanos podrán llenar sus carteras; todos serán ricos.»

—En efecto, este medio es mas expedito que el otro, y además, no conduce á la guerra extranjera.

—No, sino á la guerra civil.

—¡Qué pesimista sois! Examinad, examinad la cuestion á fondo. Maravillado estoy de sentir por primera vez deseos de averiguar si el dinero (ó su representacion) es la riqueza.

—No me negareis que los hombres no satisfacen inmediatamente ninguna de sus necesidades con monedas. Si tienen hambre, lo que necesitan es pan; si están desnudos, lo que les hace falta son vestidos; si están enfermos, remedios; si tienen frio, abrigo y combustible; si desean aprender, libros; si trasladarse de un punto á otro, vehiculos; y así en todo lo demás.

Esto os dará á conocer, y lo celebrareis infinito, cuán falsa es aquella triste máxima de Bacon, de que *lo que un pueblo gana, el otro lo ha de perder indispensablemente*; máxima que expresó

Montaigne de una manera aun mas desconsoladora, diciendo: *el beneficio de uno es el perjuicio de otro*. Cuando Sem, Cam y Jafet se repartieron las vastas soledades de esta tierra, es indudable que cada uno de ellos pudo edificar, desecar, sembrar, recolectar, tener mejor abrigo, mejor alimento, mejor vestido, mejor instruccion; perfeccionarse, enriquecerse; en una palabra, aumentar sus goces, sin necesidad de causar necesariamente perjuicio á sus hermanos. Lo mismo sucede con respecto á los pueblos.

—Sin duda: dos pueblos ó dos hombres, que no tengan relaciones mútuas, pueden prosperar uno al lado de otro sin perjudicarse trabajando mas y trabajando mejor. No es eso lo que niegan los axiomas de Bacon y Montaigne. Lo que dicen es que, en el comercio entre dos pueblos ó dos hombres, lo que el uno gana, es necesario que lo pierda el otro. Y esto se evidencia espontáneamente. Como el cambio no añade nada á la masa de cosas útiles de que vos hablais, si después del cambio resulta que una de las partes tiene mas, es indispensable que la otra tenga menos.

—Veo que os formais una idea muy incompleta, y casi falsa, del cambio. Si Sem ocupa una region abundante en trigo, Jafet otra propia para producir vinos, y Cam otra abundante en pastos, es muy posible que la diferencia de las ocupaciones, en vez de perjudicar á algunos, los haga prosperar á todos. Esto es lo que debe suceder, porque la distribucion del trabajo introducida por el cambio, aumentará la masa de trigo, vino y carne que haya que repartir. ¿Podrá ser de otro modo, una vez admitida la libertad de estas transacciones? Desde el momento en que uno de los tres hermanos vislumbraria que el trabajo, digámoslo así, societario, le constituia en un estado de pérdida permanente, comparado con el trabajo solitario, renunciaria al cambio. El cambio lleva en sí mismo su título á nuestro agradecimiento. Se verifica; luego es bueno.

—Pero no deja de ser cierto el axioma de Bacon, aplicado al oro y la plata. Suponiendo que en un momento dado haya tal ó cuál cantidad de metales preciosos en el mundo, no podria llenarse una bolsa sin sacar poco ó mucho de otra.

—Y si se sienta la idea de que el oro es la riqueza, se saca en consecuencia que entre los hombres hay cambios de fortuna, pero nunca progreso general. Esto es precisamente lo que al comenzar os decia. Mas, si, por el contrario, considerais que, si la verdadera riqueza consiste en la abundancia de las cosas útiles, propias para satisfacer nuestras necesidades y placeres, comprendereis que es posible la prosperidad simultánea. El numerario solo sirve para que fácilmente se transmitan de una á otra mano las cosas útiles; lo cual se consigue tan bien con una onza de metal raro, como el oro, como con una libra de un metal mas abundante, como la plata, ó con medio quintal de otro mas abundante aun, como el cobre. Así, pues, si hubiese á la disposicion de todos los franceses otro tanto de las cosas útiles que ahora hay, Francia seria el doble mas rica, aun cuando no se aumentase la cantidad de su numerario; pero no sucederia lo mismo si tuviese doble cantidad de numerario, y no aumentase la de las cosas útiles.

—El punto está en saber si, cuando se adquiere una cantidad mayor de moneda, se aumenta precisamente la cantidad de las cosas útiles.

—¿Qué relación puede haber entre estos dos términos? Los alimentos, los vestidos, las casas, el combustible, todo procede de la naturaleza y del trabajo, de un trabajo mas ó menos hábil, ejercitado sobre una naturaleza mas ó menos liberal.

—Os olvidais de una gran fuerza, que es el cambio. Si convenis en que es una fuerza, así como habeis convenido en que las monedas lo facilitan, debeis convenir tambien en que tienen una potencia indirecta de produccion.

—Pero he añadido que un poco de metal raro facilita tantas transacciones como mucho metal abundante; de donde se sigue que á un pueblo no se le enriquece obligándole á dar cosas útiles para tener mas dinero.

—De manera que, en concepto vuestro, los tesoros que se encuentran en California ¿no aumentarán la riqueza del mundo?

—No creo que aumenten mucho los gozes y las satisfacciones

de la humanidad en su conjunto considerada. Si el oro de California no hace mas que reemplazar en el mundo el que se pierde y se destruye, creo que este puede tener la utilidad. Si aumenta la masa de oro, contribuirá á su deprecio. Los que han ido á buscar oro, serán mas ricos de lo que hubieran sido. Pero aquellos en cuyas manos se encuentra el oro en el momento de su depreciacion, se porcionarán menos satisfacciones que antes por una cantidad dada. Yo no puedo ver en esto un aumento, sino un cambio de lugar de la riqueza, tal como la he definido.

— Todo lo que decis es muy sutil. Pero os desafio á que me probeis que, cuando yo tengo dinero, no soy mas rico que cuando no lo tengo.

— Ni me he propuesto tampoco probároslo.

— Pues lo que es verdad en mí es verdad en mi vecino, y en el vecino de mi vecino, y así sucesivamente hasta dar la vuelta al mundo. Pues, si cada uno de los franceses tiene mas dinero, la Francia tiene mas riqueza.

— Ahí está el error, el error comun, que consiste en *deducir de uno para todos*, y de lo particular para lo general.

— ¡Pues qué! ¿no es esa la deducccion mas lógica? Lo que es cierto en cada uno ¿no es cierto en todos? ¿Qué significa *todos* sino la suma de los *unos*, nombrados en una sola palabra? Tanto valdria decirme que *cada uno* de los franceses pudiese crecer de golpe una pulgada, sin que resultase mas elevada la estatura de todos los franceses.

— El razonamiento es especioso, convengo en ello. Hé aquí por qué es tan comun la ilusion á que da margen. Pero vamos á ver; discurremos.

Reunianse en un salon diez jugadores. Para mayor conveniencia de todos, solian tomar diez fichas cada uno, en cambio de los cuales dejaban cien francos en una cajita, de manera que cada tanto ó ficha representaba 10 francos. Al concluir la sesion, ajustaban cuentas, y tomaban de la cajita tantas veces 10 francos cuantas eran las fichas que tenian. Uno de ellos, grande aritmético

quizás, pero pobre razonador, les dijo: señores, una experiencia constante me ha enseñado que, al terminar el juego, salgo tanto mas rico cuanto mas fichas tengo. ¿No habeis hec ho igual observacion por lo que á cada uno corresponde? Lo que es verdad con respecto á mí, lo ha de ser respecto de cada uno de vosotros, y por consiguiente *lo que es verdad en cada uno, lo es en todos*. Así, pues, si todos tuviésemos mas fichas al concluir el juego, todos seríamos mas ricos; y no hay cosa mas asequible: no tenemos mas que distribuir doble número de fichas. Así se hizo; pero, al concluir la sesion y cuando se trató de ajustar cuentas, se vió que los mil francos de la cajita no se habian multiplicado milagrosamente, como esperaban todos. Fué menester distribuirlos *á prorata*, y el único resultado que obtuvieron (; resultado bien quimérico!) fué el siguiente: cada uno de los jugadores tenia ciertamente doble número de fichas; pero las fichas en vez de corresponder á 10 francos, solo correspondian á cinco, y entonces quedó perfectamente demostrado que lo que es verdad en cada uno, no siempre lo es en todos.

— Ya lo creo, como que suponeis un aumento general de fichas, sin suponer un aumento correspondiente en las sumas depositadas en la cajita.

— Y vos suponeis un aumento general de monedas, sin suponer otro aumento correspondiente de las cosas, cuyo cambio facilitan dichas monedas.

— ¿Por ventura quereis asimilar las monedas á las fichas?

— No en todos los casos; pero sí bajo el punto de vista del raciocinio que vos haciais, y que yo tenia que combatir. Parad mientes en lo que voy á deciros. Para que en un país haya un aumento general de monedas, es menester, ó que en el país haya minas, ó que su comercio se realice de tal suerte que dé cosas útiles para recibir numerario. *Fuera de estas dos hipótesis*, es imposible un aumento universal, pues las monedas no hacen mas que pasar de una mano á otra; en cuyo caso, aun cuando sea verdad que, considerado cada uno individualmente, será tanto mas rico cuan-

tas monedas tenga , no se puede deducir de ahí la generalización que habeis hecho antes ; porque un escudo mas en una bolsa implica necesariamente un escudo menos en otra. Lo mismo es vuestra comparación sobre la estatura de los franceses. Si cada uno de nosotros no creciese sino á expensas de otro , seria cierto que cada uno de los que tuviesen la suerte de crecer , resultaria mejor mozo ; pero el resultado no seria verdad en todos.

—Sea. Pero en las dos hipótesis que habeis sentado , el acrecentamiento es real , y convendreis en que yo tengo razon.

—Hasta cierto punto.

El oro y la plata tienen un valor. Para obtenerlos , consienten los hombres en dar cosas útiles que tienen su valor también. Pues bien : cuando un país tiene minas , si extrae de ellas bastante oro para comprar á los extranjeros una locomotora , por ejemplo , se enriquece con todos los goces que puede proporcionar una locomotora , como si el mismo país la hubiese hecho. Lo que hay que averiguar es si tiene que hacer mas esfuerzos para obtenerla por el primer medio que por el segundo. Si no exportase su oro , el oro bajaria de precio , y sucederia en el país algo peor que lo de California , pues allí por lo menos los metales preciosos sirven para comprar cosas útiles , hechas en el extranjero ; y aun así , se corre riesgo de morir de hambre sobre montones de oro ; conque , ¿qué seria si la ley prohibiese su exportación ?

En cuanto á la segunda hipótesis , la del oro que adquirimos por medio del comercio , es una ventaja ó una desventaja , segun el país lo necesita mas ó menos , comparativamente á la necesidad que tenga de cosas útiles de que se desprenda para adquirirlo. Esto lo deben juzgar los interesados y no la ley ; pues , si la ley parte del principio de que el oro sea preferible á las cosas útiles , prescindiendo de sus valores , y consigue obrar eficazmente en este sentido , propende á convertir la Francia en una California , en donde habria mucho numerario para comprar , y ninguna cosa objeto de compra. Este sistema es el mismo que está simbolizado en el orejudo Midas.

—El oro que entra implica una *cosa útil* que sale: convengo en ello, y en este concepto hay una satisfaccion de menos para el país. Pero ¿acaso no se las reemplaza ventajosamente? ¿De cuántas nuevas satisfacciones no será origen aquel oro, circulando de mano en mano, estimulando el trabajo y la industria, hasta que por fin vuelva á salir é implique la entrada de una cosa útil?

—Héos ahí en lo mas árduo de la cuestion. ¿Es verdad que un escudo sea el principio que haga producir todas las cosas, cuyo cambio facilita? Convenimos todos en que un escudo de 5 francos no vale mas que 5 francos; pero hay inclinacion á creer que este valor tiene un carácter particular; que no se destruye como los otros, ó que solo se destruye muy á la larga; que se renueva, digámoslo así, á cada trasmision, y por último, el escudo vale tantas veces 5 francos como transacciones ha hecho realizar; que vale por sí solo tanto como todas las cosas por las cuales se ha ido cambiando sucesivamente; y se cree así, porque se supone que, á no ser por el escudo, aquellas cosas, ni siquiera se habrian producido. Dicen, por ejemplo: á no ser por el escudo, el zapatero hubiera vendido un par de zapatos menos, y por consiguiente, hubiera comprado por menos valor en la carnicería; de cuyas resultas el carnicero hubiera hecho menos pedidos al droguista, el droguista hubiera hecho lo mismo con el médico, el médico con el abogado, y así los demás.

—Pues eso me parece incontestable.

—Pues este es el momento de analizar la verdadera funcion del numerario, prescindiendo de las minas y de la importacion. Vos teneis un escudo.—¿Qué significa en vuestras manos? Es, como si dijéramos, el testigo, la prueba de que en una época cualquiera habeis hecho un trabajo, del que no os habeis servido, sino que se lo habeis proporcionado á la sociedad en la persona de vuestro parroquiano. Este escudo significa que habeis prestado un *servicio* á la sociedad, y además atestigua el valor del servicio. Demuestra además que todavia no habeis obtenido de la sociedad un *servicio real* equivalente conforme á vuestro derecho. Para que esteis

en estado de ejercerlo cuándo y cómo os parezca, la sociedad os ha dado por mano de vuestro cliente un *reconocimiento*, un *título*, un *bono de la República*, un *tanto ó ficha*, en fin, un *escudo* que no difiere de los títulos fiduciarios sino en que lleva consigo mismo su valor; y si sabeis leer con los ojos del espíritu las inscripciones que contiene, descifrareis distintamente las siguientes palabras: *Prestad al dador un servicio equivalente al que ha prestado á la sociedad, valor recibido, medido y demostrado por el que en mi se contiene* (1).

Ahora bien: vos me cedeis vuestro escudo á título gratuito ó á título oneroso. Si me lo dais como precio de un servicio, resultará lo siguiente: vuestra cuenta de satisfacciones con la sociedad estará en regla, confrontada y cerrada. Le habreis prestado un servicio á cambio de un escudo, y después le habreis restituido el escudo á cambio de un servicio: estareis en paz con ella. Yo, por mi parte, me encontraré en la situación en que vos os encontrábais poco antes. Ahora soy yo el que tengo hecho por anticipado á la sociedad el servicio que acabo de prestarle en vuestra persona; paso á ser su acreedor por el importe del trabajo que os he entregado, y que podia emplear en mi propio provecho; luego á mis manos debe pasar el título de ese crédito, el testimonio y la prueba de esa deuda social. No podeis decir de mí que sea mas rico; porque, si tengo que recibir, es por haber dado antes. Tampoco podreis decir que la sociedad tenga un escudo mas, porque lo

(1) *Mutualidad de servicios*. Según lo que precede, la sociedad puede ser considerada como un inmenso bazar, á donde llevan todos sus productos para que se reconozcan y fije su valor. Después de esto, cada uno queda autorizado para tomar los productos que mas le agraden, dejando en cambio otros de valor igual. ¿Cómo se precia ese valor? Por el servicio recibido y el servido: tenemos, pues, lo que pedía Mr. Proudhon; sin tener el bazar de cambio que tanto ha dado que reír. La sociedad, que es mas ingeniosa que Mr. Proudhon, nos lo proporciona, evitándonos la molestia de la traslación material de nuestras mercancías. A este efecto inventó la moneda, por cuyo medio facilita el cambio á domicilio.

(Nota inédita del autor.)

tenga de mas uno de sus individuos; pues otro hay que lo tiene de menos.

Si me cedeis el escudo gratuitamente, entonces es verdad que seré otro tanto mas rico; pero vos sereis otro tanto mas pobre, y la fortuna social, considerada en masa, no habrá experimentado alteracion; puesto que esta fortuna, como he dicho ya, consiste en servicios reales, en satisfacciones efectivas, en cosas útiles. Vos érais acreedor de la sociedad; me habeis sustituido á sus derechos; la sociedad de todos modos debe un servicio, tanto le importa pagároslo á vos, como pagármelo á mí. Con prestarlo al portadro del título, ha pagado.

—Pues, si todos tuviésemos muchos escudos, todos recibiríamos muchos servicios de la sociedad, ¿no seria esto muy agradable?

—Olvidais que en el orden que acabo de describiros, y que es imágen de la realidad, no es posible retirar servicios del fondo social sino cuando se le han hecho anteriormente. Quien dice servicio, dice servicio *prestado y recibido*: estos dos términos se implican, de manera que debe haber siempre balance entre ellos. Es imposible que la sociedad preste mas servicios que los que recibe, y, sin embargo, esta es la quimera que quieren realizar muchos por medio de la multiplicacion de los escudos, de la alteracion de la moneda, de la creacion del papel, etc.

—Todo eso me parece muy razonable en *teoría*; pero en cuanto á la práctica, cuando veo cómo suceden las cosas, no puedo quitarme de la cabeza que, si por medio de un milagro se multiplicase el número de los escudos, de manera que cada uno de nosotros doblase su pequeña parte, estaríamos todos mejor, haríamos mas compras, y la industria recibiría un fuerte impulso.

—¡Mas compras! ¿pero qué compraríamos? Objetos útiles sin duda; cosas propias para causarnos satisfacciones eficaces: víveres, ropas, casas, libros, cuadros. Deberiais, pues, comenzar demostrando que todas estas cosas se producen por sí mismas, solo porque en la Casa de la Moneda se funden lingotes llovidos del cielo, ó porque en la Imprenta Nacional se hace sudar la prensa

de los asignados; pues razonablemente no podeis creer que, si la cantidad de trigo, paño, buques, sombreros y zapatos no aumenta, puede aumentar la parte que á cada uno nos corresponda, aunque nos presentemos todos en el mercado con mayor cantidad de monedas reales ó ficticias. Acordaos de la anécdota de los jugadores. En el órden social, las cosas útiles son lo que los trabajadores depositan en la cajita, y los escudos que circulan de mano en mano son las fichas. Si multiplicais los francos sin multiplicar las cosas útiles, solo resultará que necesitareis mayor número de francos para cada cambio, así como los jugadores necesitarán mayor número de fichas para cada puesta. La prueba la teneis en lo que sucede con el oro, la plata y el cobre. ¿Por qué se necesita en un cambio dado mayor cantidad de cobre que de plata, y de plata que de oro? ¿No es porque esos metales están repartidos por el mundo en proporciones diferentes? ¿Qué razon teneis para creer que, si de pronto llegase el oro á abundar tanto como la plata, no se necesitase la misma cantidad del uno que de la otra para comprar una casa?

—Podrá ser que tengais razon; pero desearia que os equivocaseis. En medio de los sufrimientos que nos rodean, tan crueles por su índole, tan peligrosos por sus consecuencias, hallaba yo cierto consuelo en creer que existia un medio fácil para hacer felices á todos los individuos que componen la sociedad.

—Pues, aun cuando la riqueza consistiese en el oro y la plata, tampoco seria fácil aumentar su cantidad en un país que carece de minas.

—Pero no seria difícil sustituir los metales con otra cosa. Estoy de acuerdo con vos en cuanto á que el oro y la plata no proporcionen servicios sino en calidad de agentes de los cambios; lo mismo digo del papel moneda, el billete de Banco, etc. Pues bien; siuviésemos todos muchas monedas de esas, tan fáciles de crear, todos podriamos comprar mucho; no nos faltaria nada. Vuestra teoría cruel desvanece esperanzas, ó sean ilusiones si quereis, cuyo principio es indudablemente muy filantrópico.

— Si, como todos los votos estériles que se pueden formular por la felicidad universal. La extraordinaria facilidad del medio que invocais basta para demostrar su completa ineficacia. ¡Imaginai que, si solo se necesitase imprimir billetes de Banco para que todos pudiésemos satisfacer nuestras necesidades, gustos y deseos, hubiera llegado la humanidad hasta el día de hoy sin apelar á ese medio? Convengo en que el descubrimiento es engolosinador; porque desterraría del mundo, no solo el despojo bajo sus formas deplorables, sino hasta el trabajo todo, exceptuando el de la prensa, para estampar asignados. Solo falta comprender cómo se comprarían, con los asignados, casas que nadie habria edificado, trigo que nadie habria cultivado, y ropas que nadie habria tejido (1).

— Solo una cosa me hace efecto en vuestra argumentacion. Según habeis dicho vos mismo, si bien no se gana, tampoco se pierde en multiplicar el instrumento del cambio, como se demuestra en el ejemplo de los jugadores, que no perdieron mas que una ilusión poco arraigada. ¿Por qué, pues, rechazar la piedra filosofal que nos enseña á convertir en oro los guijarros y, mientras tanto, el papel moneda? ¿Tan pagado estais de vuestra lógica que os negareis á hacer una prueba que ningun riesgo ofrece? Si estais en error, privais á la nacion, como dicen vuestros numerosos adversarios, de un beneficio inmenso. Si el error está en ellos, solo puede resultar, según decís tambien vos mismo, la pérdida de una esperanza para el pueblo. La medida que ellos creen excelente, vos la creéis inútil; dejad, pues, que la pongan en práctica, puesto que lo peor que puede suceder, no es la realizacion de un mal, sino la no realizacion de un bien,

— Por de pronto, la pérdida de una esperanza es un gran mal para un pueblo. Otro mal es que el Gobierno anuncie la supresion de muchos impuestos, fundándose en recursos que no se han de realizar. Sin embargo, vuestra solicitud podria ser atendida si después de la emision y depreciacion del papel moneda, el equilibrio

(1) Véase la carta xii sobre la *Gratuidad del Crédito en el tomo de Capital y Renta.*

de los valores se realizase instantáneamente, con perfecta simultaneidad, en todas las cosas y puntos del territorio. El resultado de la medida seria el mismo que tuvo en el salon de juego de que hemos hablado : una mistificacion universal, de que, por mejor acuerdo, tendríamos que reirnos, mirándonos unos á otros. Pero no es así como sucederia. La prueba se ha hecho ya, y siempre que los despótas han alterado la moneda...

— ¿Quién habla de alterar la moneda?

— ¡ Hombre de Dios ! Obligar á las personas á que reciban en pago unos pedazos de papel bautizados oficialmente con el nombre de *francos*, ú obligarlas á recibir una moneda de peso de 2 1/2 gramos como si pesara 5, y bautizada tambien oficialmente con el nombre de franco, es cosa que da lo mismo, sino es peor, y todos los argumentos que se puedan adueir en pro de los asignados, se han aducido ya en favor de la falsa moneda legal. Verdad es que, colocándose uno en el punto de vista en que os habeis colocado hace poco, y en que parece os quereis quedar, cuando se creia que multiplicar los instrumentos de cambio, era multiplicar los cambios y las cosas cambiables, entonces, digo, se debia creer de muy buena fe que el medio mas sencillo consistia en hacer de cada moneda dos, y dar á sus mitades el nombre de los enteros. Pues bien : en uno y otro caso la depreciacion es infalible, y creo que ya os he dicho por qué. Lo que tengo que demostraros todavía es que esta depreciacion, que respecto al papel puede llegar hasta el oro, se verifica haciendo que sean víctimas, los primeros los pobres, la gente sencilla, los trabajadores y los campesinos.

— Os escucho, pero sed breve. La dósis de Economía es algo fuerte para tomada de una vez.

— Seré breve. Estamos completamente de acuerdo en cuanto á que la riqueza es el conjunto de cosas útiles que producimos por medio del trabajo, ó mejor, los resultados de todos los esfuerzos que hacemos para la satisfaccion de nuestras necesidades y placeres. Estas cosas útiles se cambian unas por otras, segun la conveniencia de sus dueños. Para estas transacciones hay dos formas : la

una se llama *trueque*, y es aquella en que se hace un servicio para recibir acto continuo otro servicio equivalente. Bajo esta forma las transacciones serian muy escasas. Para que pudiesen multiplicarse, realizarse á pesar del tiempo y del espacio entre personas desconocidas y entre fracciones hasta lo infinito, se ha necesitado un agente intermediario, que fué y es la moneda. La moneda facilita el cambio, que no es mas que un *trueque* complejo. Esto es lo que hay que observar y comprender. El *cambio* se descompone en dos *trueques*, en dos factores, la *venta* y la *compra*, cuya reunion es necesaria para constituir la. Vos *vendeis* un servicio por un escudo, y después *comprais* con el escudo otro servicio: entonces es cuando se ha completado el *trueque*; entonces es cuando obtenéis una satisfaccion efectiva por vuestros esfuerzos. Evidentemente vos no trabajais para satisfacer las necesidades de otro, sino con tal que el otro trabaje para satisfacer las vuestras. Mientras solo teneis en la mano el escudo que os dieron por vuestro trabajo, solo estais en el caso de reclamar el trabajo de otra persona. Cuando lo hayais recibido, será cuando habreis consumado la evolucion económica en la parte que os correspondia; pues solo entonces habreis obtenido, en una satisfaccion real, la recompensa de vuestro trabajo. La idea del *trueque* implica servicio prestado y servicio recibido. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo con la del cambio, que no es mas que un *trueque* por partida doble?

Y aquí ocurren dos observaciones. Primera: es una circunstancia muy insignificante la de que haya en el mundo poco ó mucho numerario. Si mucho hay, mucho se necesita; si hay poco, poco basta para cada una de las transacciones. Segunda: como á cada cambio se ve aparecer la moneda, se ha concluido por considerarla como *signo* y *medida* de las cosas cambiadas.

— ¿Negareis aun que el numerario sea el *signo* de las cosas útiles de que hablais?

— Ni un luis es signo de un costal de trigo, ni un costal de trigo es signo de un luis.

—; Qué mal hay en considerar la moneda como signo de la riqueza?

—Tiene el inconveniente de que se llegue á creer que basta aumentar el signo para aumentar las cosas significadas, y se cae en todas las absurdas medidas que vos mismo queriais aplicar después que os he hecho rey absoluto. Y aun hay mas. Así como se considera el dinero como signo de la riqueza, así se considera el papel moneda como signo del dinero, y de ahí se deduce que hay un medio muy fácil y sencillo para proporcionar al mundo los goces de la fortuna.

—Supongo que no ireis hasta negar que la moneda sea la *medida* de los valores.

— ¡ Vaya si iré ! pues ahí es justamente donde reside la ilusion. Es ya costumbre referir el valor de las cosas al del numerario. Se dice : esto *vale* 5, 10, 20 francos, como se puede decir : esto *pesa* 5, 10, 20 gramos ; ó esto *mide* 5, 10, 20 metros ; ó este terreno contiene 5, 10, 20 áreas, etc. ; de lo cual suelen deducir que la moneda es la *medida* de los valores.

—; Cáspita ! Es que la apariencia á lo menos...

—Eso : de la apariencia me quejo, que no de la realidad. Una medida de longitud, de capacidad, de peso, de superficie, es una cantidad convenida é invariable. No sucede otro tanto con el valor del oro y de la plata, que varía con la misma frecuencia que el del trigo, el vino, el paño y el trabajo, por las mismas causas, puesto que reconoce igual origen y está sometido á las mismas leyes. El oro se pone á nuestro alcance, como el hierro, por medio del trabajo de los mineros, los anticipos de los capitalistas y la reunion de esfuerzos de marinos y comerciantes. Vale mas ó menos segun cuesta mas ó menos su produccion, segun abunda mas ó menos en el mercado, segun es mas ó menos solicitado, en una palabra : experimenta en sus fluctuaciones el destino de todas las cosas humanas. Pero vais á oir una cosa singular, que es causa de muchas ilusiones. Cuando el valor del numerario varía, el lenguaje comun achiaca esta variacion á los demás objetos por los cuales se cam-

bia. Supongamos, pues, que no haya alteracion en las circunstancias relativas al oro, y que se pierda la cosecha del trigo. El trigo subirá: «El hectólitro de trigo que valia 20 francos, vale 30;» se dirá, y se dirá con razon, porque efectivamente el valor del trigo habrá variado; y el modo de decir estará de acuerdo con el hecho. Pero hagamos la suposicion á la inversa: supongamos que no haya variacion en las circunstancias relativas al trigo, y que se pierda la mitad del oro que habia en el mundo: entonces el valor que subirá será el del oro. Parece que deberia decirse: «Este napoleon que valia 20 francos, *vale* ahora 40»; pues ¿sabeis cómo se dice? Como si fuese el otro término de comparacion el que hubiese bajado, se dice: «El trigo que *valia* 20 francos, no *vale* mas que 10.

—Lo mismo da en cuanto al resultado.

—Verdad es; pero figuráos todas las perturbaciones, todos los engaños que tienen que ocurrir en los cambios, cuando varía el valor del intermediario, sin que á nadie se le advierta por medio de un cambio de denominacion. Se emiten monedas alteradas ó billetes que tengan el nombre de 20 *francos*, cuyo nombre conservarán pasando por todas las depreciaciones ulteriores. El valor se reducirá en una cuarta parte, una mitad, y no por eso dejarán de llamarse *monedas* ó *billetes* de á 20 *francos*. Las personas hábiles tendrán buen cuidado de no entregar sus productos sino á cambio de un mayor número de billetes, ó en otros términos, pedirán 40 francos por las cosas que antes vendian á 20. Los tontos caerán en el lazo, y se pasarán muchos años antes de que la evolucion se haya consumado con respecto á todos los valores. Bajo la influencia de la ignorancia y de la *costumbre*, el jornal del albañil en el campo seguirá siendo de 1 *franco*, y entretanto se habrá elevado el precio de todos los objetos de consumo que lo rodeen. Caerá el albañil en una espantosa miseria, sin que acierte á comprender su causa. En fin, señor mio, puesto que deseais que concluya, os suplico, concluyendo, que fijeis toda vuestra atencion en este punto esencial. Una vez puesta en circulacion la moneda falsa, cualquiera que sea su forma, tiene que llegar el de-

precio, y que manifestarse por medio del alza universal de todo lo susceptible de venta. Pero esta alza no es instantánea é igual en todas las cosas. Los hábiles, los mercaderes, los hombres de negocios salen perfectamente del paso; porque su oficio consiste en observar los movimientos de los precios, examinar sus causas y especular con ellas. Pero los pobres marchantes, los campesinos, los jornaleros, sufren toda la fuerza del choque. El rico no se hace mas rico, pero el pobre se empobrece mas. Los expedientes de esta clase dan, pues, por resultado aumentar la distancia que separa la opulencia de la miseria, paralizar las tendencias sociales que van acercando continuamente los hombres á un mismo nivel; y luego las clases perjudicadas necesitan siglos enteros para recobrar el terreno que han perdido en su marcha hácia la igualdad de condiciones.

—Señor mio, me despido. Voy á meditar sobre la disertacion con que me habeis obsequiado con infinita complacencia.

—¿Se os ha agotado ya la vuestra? Pues apenas he comenzado. Todavía no os he dicho una palabra sobre el odio *al capital* y a *gratuitividad del crédito*; sentimiento funesto, error deplorable que se nutre en el mismo manantial.

—Cómo, esa espantosa animadversion de los proletarios contra los capitalistas, ¿depende tambien de que se haya confundido el dinero con la riqueza?

—Es efecto de varias causas. Desgraciadamente ciertos capitalistas se han apoderado de algunos monopolios y privilegios, que bastarian á explicar esa animadversion. Pero cuando los teóricos de la demagogia han querido explicarlo, sistematizarlo, darle la apariencia de una opinion razonada y dirigirlo contra la naturaleza del capital, han apelado á una falsa economía política, en cuyo fondo se encuentra siempre la misma confusion. Le han dicho al pueblo: «Toma un escudo, ponlo debajo de una campana de cristal, tenlo así un año, y te convencerás de que no habrá engendrado diez sueldos, ni cinco, ni medio. El dinero, pues, no produce interés.» Sustituyendo después á la palabra dinero la de ca-

pital, que suponen ser su sinónimo, han impuesto á su *ergo* la modificacion siguiente: «Luego el que presta capital, no debe cobrar nada por su préstamo; luego, si el que te lo presta cobra algo, te lo roba; luego todos los capitalistas son ladrones; luego, debiendo servir las riquezas gratuitamente á los que las toman prestadas, pertenecen en realidad á los que no las poseen; luego no hay propiedades; luego todo es de todos; luego...»

—Esto es grave; tanto mas cuanto el silogismo, os lo confieso, me parece admirablemente encadenado. Mucho me gustaria dilucidar la cuestion; pero... ¡Jesus! no soy ya dueño de mis potencias. Siento en mi cabeza zumbiar confusamente las palabras *numerario*, *dinero*, *servicios*, *capital*, *interés*, y estoy, francamente, que no sé lo que me pasa. Dejemos, si os parece, la conversacion para otro dia.

—Bueno. Entre tanto ahí teneis un folleto titulado *Capital y Renta*, que acaso aclare alguna de vuestras dudas. Echadle una ojeada para distraeros cuando esteis aburrido.

—¿Cuando esté aburrido?

—¿Por qué no? Un clavo saca otro clavo; *similia similibus*...

—No sé si mirais bajo su verdadero punto de vista las funciones del numerario y la economía política en general. Pero nuestra conversacion me ha convencido de que estas cuestiones tienen muchísima importancia, puesto que de su solucion depende la paz ó la guerra, el orden ó la anarquía, la union ó el antagonismo de los ciudadanos. ¿Cómo es que en Francia se ha estudiado tan poco una ciencia que á todos nos interesa tan de cerca, y cuya propagacion tendria una influencia tan decisiva en la suerte de la humanidad? ¿Por ventura el Estado no cuida de que se propague lo suficiente?

—No es eso. Es que el Estado se afana muy cuidadosamente por saturar todos los entendimientos de preocupaciones, y todos los ánimos de afectos favorables al espíritu de anarquía, guerra y odio. De modo que, cuando aparece una doctrina de orden, paz y union,

por mucho que la claridad y la verdad la auxilien, se encuentra con que le han ocupado el puesto.

—Decididamente, sois un pesimista terrible. ¿Qué interés podría tener el Estado en falsear las inteligencias en provecho de las guerras civiles y extranjeras? Hay mucha exageracion en lo que habeis dicho.

—Juzgadlo vos mismo. En la época en que comienzan á desarrollarse nuestras facultades intelectuales; á la edad en que nuestras sensaciones son tan vivas, en que los hábitos del espíritu se contraen con tanta facilidad; cuando podriamos lanzar una mirada á nuestra sociedad y comprenderla; en una palabra, cuando llegamos á tener siete ú ocho años, ¿qué hace el Estado? Nos pone una venda ante los ojos; nos hace salir poquito á poco del centro social que ocupamos, y nos lanza á nosotros, tan prontos en los movimientos del ánimo y tan sensibles de corazon, en el seno de la sociedad romana. Allí nos retiene unos diez años, todo el tiempo necesario para comunicar á nuestra mente una impresion indeleble. Considerad ahora que la sociedad romana es lo diametralmente opuesto á lo que es ó debe ser nuestra sociedad. Allí se aborrecia el trabajo; aquí tenemos que vivir de sus productos. Allí los medios de subsistencia se fundaban sobre la esclavitud y la rapiña; aquí, sobre la industria libre. La sociedad romana se habia organizado en consecuencia de su principio; natural era que admirase lo que la hacia prosperar. Allí debia darse el nombre de virtudes á lo que nosotros llamamos vicios. Sus poetas, sus historiadores, debian ensalzar lo que nosotros despreciamos. Hasta las palabras *libertad, orden, justicia, pueblo, honor, influencia*, etc., debian tener en Roma una significacion que no tienen ó no deberian tener en Paris. ¿Cómo quereis que toda esa juventud que sale de las escuelas universitarias ó monacales, cuyo catecismo ha sido Tito Livio ó Quinto Curcio, deje de comprender la libertad como los Gracos, la virtud como Caton, y el patriotismo como César? ¿Cómo quereis que no sea facciosa y guerrera? ¿Cómo quereis, sobre todo, que se tome el menor interés por el mecanismo

de nuestro orden social? ¿Creeis que su mente está bien preparada para comprenderlo? ¿No veis que para eso deberían desaparecer las impresiones que se les comunicaron, y recibir otras nuevas?

— Y ¿qué deducís de ahí?

— Lo que vais á oír. Lo mas importante no consiste en que el Estado enseñe, sino en que permita enseñar. ¡ Todos los monopolios son detestables; pero ninguno lo es tanto como el monopolio de la enseñanza!

LO QUE SE VE Y LO QUE NO SE VE (1).

En la esfera económica, un hecho, un hábito, una institución, una ley, no solo producen un efecto, sino una série de efectos. Solo el primero de estos efectos es inmediato; se manifiesta simultáneamente con su causa: *se le ve*. Los demás efectos se desenvuelven sucesivamente; *no se les ve*; gracias que se puedan *prever*.

Entre un mal economista y uno bueno, toda la diferencia se reduce á lo siguiente: el primero se fija en el efecto *visible*; el segundo toma en cuenta el efecto que se *ve* y los que se deben *prever*.

Pero esta diferencia es enorme; porque sucede casi siempre que, cuando la consecuencia inmediata es favorable, las consecuencias ulteriores son funestas, y vice versa.

De donde se sigue que el mal economista procura un breve bien del momento, al que sucederá un gran mal en lo porvenir; al paso que el verdadero economista procura un gran bien para lo porvenir á riesgo de un breve mal del momento.

Eso mismo acontece en higiene y en moral. Muchas veces, cuanto mas grato es el primer resultado de una costumbre, tanto mas

(1) Este folleto es el último que publicó el autor, en Julio de 1850.

amargos son los que le siguen; como sucede con la incontinencia, la pereza y la prodigalidad. Así, pues, cuando un hombre experimenta el efecto *que se ve*, sin haber aprendido á discernir los que *no se ven*, se abandona á hábitos funestos, no ya solo por inclinación, sino por cálculo.

Esto explica la evolucion fatalmente dolorosa de la humanidad. La ignorancia vela junto á su cuna, y por eso tiene que determinar sus actos por sus primeras consecuencias, que son las únicas que puede ver al principio. Solo á fuerza de tiempo aprende á tomar las demás en cuenta. Dos maestros muy distintos la aleccionan, la experiencia y la prevision. La Experiencia enseña eficaz, pero brutalmente. Nos instruye acerca de todos los efectos de un acto, haciendo que los experimentemos: necesariamente hemos de aprender que el fuego quema, á fuerza de quemarnos. Yo quisiera sustituir ese rudo dolor con otro mas suave: con la Prevision. Con este objeto voy á examinar las consecuencias de algunos fenómenos económicos, poniendo las que *no se ven* frente á frente de las *que se ven*.

I

EL VIDRIO ROTO.

¿No habeis visto nunca cómo se enfurece el bueno de Juan Lanas cuando su atolondrado hijo rompe un cristal? Si hubieseis asistido á uno de esos espectáculos, de seguro habriais observado tambien que todos los circunstantes, aunque sean treinta, parecen haberse puesto de acuerdo para ofrecer al desgraciado padre este consuelo uniforme: «No hay mal que por bien no venga; ganancia para el vidriero; bueno es que viva tado el mundo. ¿Qué sería de los vtdrieros si nadie rompiese cristales?»

Pues en esa fórmula hay toda una teoría que debemos alegrarnos de sorprender *flagrante delito* en un caso muy sencillo, puesto que es exactamente igual la que por desgracia rige en la parte de nuestras instituciones económicas.

Si hay que gastar 6 francos en reparar el siniestro, y quieren darnos á entender que, gracias á él, ingresan 6 francos en la industria vidriera, cuya industria se ve favorecida con el refuerzo de los dichos 6 francos, convengo en ello, no lo niego; está bien calculado. Vendrá el vidriero, pondrá un vidrio nuevo, cobrará sus 6 francos y se frotará las manos de gusto, bendiciendo en su interior la travesura del muchacho. *Esto es lo que se ve.*

Mas, si por via de deducción se quiere significar, como sucede con harta frecuencia, que es útil romper los cristales, porque de este modo circula el dinero fomentando la industria en general, tendré que exclamar: ¡Alto! Vuestra teoría no pasa de *lo que se ve*, ni tiene en cuenta *lo que no se ve*. No *se ve* que Juan ha gastado en una cosa 6 francos, que ya no podrá gastar en otra.

No *se ve* que, á no haber tenido que reponer el cristal, habria repuesto, por ejemplo, su calzado; ó habria comprado un libro para su biblioteca: es decir, que habria dado á sus 6 francos un empleo que ya no les dará.

Vamos ahora á habérmola con la industria *en general*.

Una vez repuesto el vidrio, la industria vidriera recibe el estímulo que cabe en los 6 francos: *esto es lo que se ve.*

De no haberse roto el vidrio, la zapatería (ú otro ramo de industria) habria recibido el auxilio de los 6 francos: *esto es lo que no se ve.*

Y si se tomase en consideracion *lo que no se ve*, por ser un hecho negativo, lo mismo que *lo que se ve*, por ser un hecho positivo, se comprenderia que la industria *en general*, ó sea *el conjunto del trabajo nacional*, no tiene el menor interés en que se rompan ó dejen de romperse los cristales.

Vamos ahora con Juan Lanás.

En la primera hipótesis, que es la del vidrio roto, gasta 6 fran-

cos, y tiene ni mas ni menos un cristal como el que ya antes tenia.

En la segunda, es decir, si no le hubiese ocurrido aquel fracaso, habria gastado los 6 francos en calzado, y hubiera tenido á un mismo tiempo el disfrute de los zapatos y el del vidrio.

Y como Juan Lanas forma parte de la sociedad, debemos deducir que, tomada la sociedad en conjunto, y calculados sus trabajos y sus goces, ha perdido el valor del vidrio roto.

Consecuencia que, si generalizamos, nos lleva á la siguiente conclusion inesperada: «Romper vidrios, derrochar, no es fomentar el trabajo nacional; ó, mas breve: destruccion no es beneficio.»

¿Qué me contestareis, *Monitor Industrial*, qué me contestareis los adeptos del buen Mr. de Saint Chamans, que con tanta exactitud ha calculado lo que ganaria la industria, si ardiese todo Paris, por las casas que habria que reedificar?

Mucho sientó destruir sus ingeniosos cálculos, cuyo espíritu ha introducido en nuestra legislación; pero le suplico que los eche de nuevo, tomando en cuenta *lo que no se ve* al lado de *lo que se ve*.

Es necesario que el lector note bien en que el dramita que acabo de someter á su atencion no hay dos personajes solamente, sino tres. El uno, Juan Lanas, representa el consumidor, reducido á un solo goce, en vez de dos, que tenia antes de la destruccion; el otro, bajo la forma del vidriero, nos representa el productor, cuyo accidente sirve de fomento á la industria; y por último, tenemos al zapatero (ú otro industrial cualquiera), cuyo trabajo pierde en estímulo otro tanto de lo que el anterior ha ganado, y precisamente por la misma causa. Este tercer personaje, á quien se procura tener siempre en la oscuridad, y que personifica *lo que no se ve*, es un término necesario del problema. Él es quien nos hace comprender cuán absurdamente se supone que la destruccion pueda ser un beneficio. Él es quien nos ha de demostrar muy en breve que no es menos absurdo esperar un beneficio de la restriccion, que al fin y al cabo no es mas que una destruccion

parcial. De manera que, si se examina el fondo de todos los argumentos que en su favor se emplean, no encontraremos mas que una paráfrasis del dicho vulgar: *¿Qué sería de los vidrieros si nunca se rompiesen los vidrios?* (1).

II

EL LICENCIAMIENTO.

Sucede con un pueblo lo que con un hombre: que cuando quiere proporcionarse una satisfaccion, él es quien debe calcular si vale lo que ha de costarle. Para una nacion, la seguridad es el mayor de los bienes. Si para adquirirla tiene que levantar 100,000 hombres y gastar 100 millones, no hay mas remedio que hacerlo. Es un goce pagado con un sacrificio.

No se interprete, pues, mi tema en mal sentido.

Propone un diputado que se licencien 100,000 hombres del ejército para que los contribuyentes tengan que pagar 100 millones menos.

Si se le contesta simplemente: esos 100,000 hombres y esos 100 millones son indispensables para la seguridad nacional; será un sacrificio, pero sacrificio sin el cual las facciones despedazarian el país, y los extranjeros lo invadirian.

—Nada tengo que oponer á este argumento, que será fundado ó no, pero que en teoría no encierra ninguna herejía económica. La herejía comienza cuando se trata de presentar el sacrificio como una ventaja, solo porque no falta alguno que de él se aproveche.

Pues bien; ó mucho me engaño, ó apenas haya dejado la tribu-

(1) Véase el capítulo xx de los *Sofismas economicos*, primera serie.

na el autor de la proposicion, cuando irá otro á ocuparla á toda prisa para decir :

— « ¡Licenciar á 100,000 hombres ! ¿ Lo habeis pensado bien, señores ? ¿ Qué va á ser de ellos ? ¿ De qué van á vivir ? ¿ Por ventura podrán vivir de su trabajo, cuando sabeis que el trabajo escasea en todas partes, que en todas las carreras hay mas hombres de los que se necesitan ? ¿ Quereis lanzarlos á aumentar la competencia de brazos en los mercados, influyendo lastimosamente en la baja de los salarios ? En momentos en que tan difícil es procurarse la subsistencia, ¿ no es una dicha que el Estado pueda dar pan á 100,000 individuos ? Considerad, además, que el ejército consume vino, vestidos y armas ; que así propaga la actividad en las fábricas, en las plazas guarnecidas, y viene á ser la Providencia de sus innumerables proveedores. ¿ No os horroriza la idea de que vais á paralizar por completo ese inmenso movimiento industrial ? »

Este discurso resuelve favorablemente la conservacion de los 100,000 soldados, no ya en consideracion á las necesidades del servicio, sino por consideraciones económicas: estas son, por tanto, las que paso á refutar.

Cien mil hombres, que cuestan 100 millones á los contribuyentes, viven y hacen vivir á sus proveedores en proporcion de todo lo que pueden dar de sí los 100 millones : *esto es lo que se ve*.

Pero 100 millones, que salen del bolsillo de los contribuyentes, dejan de hacer vivir á esos contribuyentes y á sus proveedores en proporcion de lo que pueden dar de sí dichos 100 millones : *esto es lo que no se ve*. Calculad, echad cuentas, y decidme : ¿ en dónde está el beneficio de la masa ?

Yo, por mi parte, os diré donde está la *pérdida*, y para simplificar, en vez de hablar de 100,000 hombres y de 100 millones, ratiocinemos sobre un hombre y 1,000 francos.

Estamos en el pueblo de A. Los reclutadores dan su vueltecita, y se llevan un hombre. Los recaudadores de contribuciones dan tambien su vueltecita, y se llevan 1,000 francos. El hombre y la can-

tividad pasan á Metz, para que esta haga vivir á aquel por espacio de un año, sin hacer nada. Si dirigís vuestras miradas á Metz exclusivamente, ¡oh! entonces tendreis razon mil veces: la medida es ventajosísima; pero, si fijais la atencion en el pueblo de A, juzgareis de muy diferente manera; vereis que aquel pueblo ha perdido un trabajador y los 1,000 francos que servian de remuneracion á su trabajo, y la actividad que á su alrededor esparcia con el empleo de sus 1,000 francos.

A primera vista parece que haya compensacion, porque se cree que el fenómeno que se verificaba en A., ha pasado á verificarse en Metz, sin mas ni menos; pero ahora vamos á comprobar que hay pérdida. Habia en el campo un hombre que cavaba y sembraba: era un trabajador; ahora hace en Metz *flancho derecho* y *flancho izquierdo*: es un soldado. El dinero y la circulacion son iguales en ambos casos; pero en el uno habia trescientos dias de trabajo productivo; en el otro hay trescientos dias de trabajo improductivo, partiendo, por supuesto, de que parte del ejército no sea indispensable á la seguridad pública.

Vamos ahora al licenciamiento. Me decís que hay un exceso de 100,000 trabajadores, la competencia estimulada y la presion que ejerce en los precios de los salarios. Eso es lo que vosotros veis.

Pero hé aquí lo que no veis. No veis que licenciar á 100,000 soldados no es destruir 100 millones, sino devolvérseles á los contribuyentes. No veis que lanzar 100,000 trabajadores al mercado, es lanzar en él al mismo tiempo los 100 millones destinados á pagar su trabajo; y que, por consiguiente, la misma medida que aumenta la *oferta* de brazos, aumenta tambien su pedido; de lo cual se deduce que vuestra baja de salarios es ilusoria. No veis que así antes como después del licenciamiento, hay en el país 100 millones que corresponden á 100,000 hombres; y que toda diferencia consiste en que, antes, el país da los 100 millones á los 100,000 hombres por no hacer nada, y después se los da por hacer algo. No veis, en fin, que ya dé el contribuyente su dinero á un soldado, sin recibir nada en cambio, ya á un trabajador, á cambio de

alguna cosa, todas las consecuencias ulteriores de la circulacion de este dinero son las mismas en ambos casos; solo que en el segundo, el contribuyente recibe alguna cosa, y en el primero no recibe nada. — Resultado : una pérdida evidente para la nacion.

El sofisma que aqui combato no resiste á la prueba de la progresion, que es la piedra de toque de los principios. Si, tomado todo en cuenta, y examinados todos los intereses, hay beneficio nacional en aumentar el ejército ¿por qué no llamar al servicio á todos los pobladores del sexo masculino que haya en el país?

III

LA CONTRIBUCION.

¿No habeis oído decir alguna vez :

«La contribucion es lo que mas produce, es un rocío fecundo; ¡á cuántas familias hace vivir; cómo se filtra por la industria; es lo infinito, es la vida!»?

Para combatir esta doctrina, tengo que reproducir la refutacion anterior. La economía política sabe bien que sus argumentos no son cosa de tanto solaz que se les pueda aplicar el *repetita placet*; por eso ha hecho como *D. Basilio* : ha alterado los refranes de su uso, convencida de que en sus lábios *repetita docent*.

Las ventajas que le encuentran los empleados son *lo que se ve*. Los beneficios que les resultan á sus proveedores son tambien *lo que se ve* : todo ello es cosa que salta á los ojos del cuerpo.

Pero la la desventaja que los contribuyentes esperintan es *lo que no se ve*; y el perjuicio que acarrean á sus proveedores, es tambien *lo que no se ve*, aun cuando deba saltar á los ojos del entendimiento.

Cuando un funcionario público gasta en provecho propio cien sueldos mas, es porque un contribuyente gasta en provecho propio cien sueldos menos. El gasto del funcionario *se ve*, porque se verifica; pero el del contribuyente *no se ve*, porque, ¡ay! se le impide realizarlo.

Vosotros comparais la nacion á un terreno árido, y la contribucion á una lluvia fecunda: sea. Pero deberiais preguntaros tambien en dónde están los manantiales de esta lluvia; deberiais preguntaros si es la contribucion la que absorbe la humedad del suelo y la causa de su aridez.

Deberiais preguntaros tambien si es posible que el suelo reciba por medio de la lluvia una cantidad de esa preciosa agua, igual á la que por medio de la evaporacion ha perdido.

Lo que no tiene duda es que, cuando Juan Lanas da cien sueldos al cobrador de contribuciones, no recibe nada en cambio; y que, cuando despues los gasta el funcionario comprando algo á Juan Lanas, solo los da en cambio de un valor igual en trigo ó trabajo. El resultado definitivo es una pérdida de cinco francos para Juan Lanas.

Verad es que á veces (tantas veces como se quiera) el funcionario público presta á Juan Lanas un servicio equivalente; en cuyo caso, no hay pérdida por una ni por otra parte: por eso mi argumentacion no se dirige de nignun modo á las funciones útiles. Lo que digo es: si quereis crear un empleo, demostradme antes su utilidad; demostradme que, por los servicios que ese empleo preste á Juan Lanas, le devolverá un equivalente á lo que cueste. Pero, haciendo abstraccion de esa utilidad intrínseca, no invoqueis como argumento las ventajas que proporciona al funcionario, á su familia y á sus proveedores; no alegueis que favorece el trabajo. Cuando Juan Lanas da cien sueldos á un funcionario á cambio de un servicio realmente útil, sucede exactamente lo mismo que cuando se los da á un zapatero para un par de zapatos: es dar y tomar, y, por consiguiente, quedar en paz. Pero

cuando Juan Lanas da cien sueldos á un funcionario para no recibir servicios, y aun para que le mortifique, es como si se los diera á un ladron.

Poco importa decir que el funcionario gastará aquellos cien sueldos en provecho del *trabajo nacional*: lo mismo hubiera hecho el ladron; lo mismísimo hubiera hecho Juan Lanas, si no hubiese encontrado en su camino al parásito estralegal ni al parásito legal.

Acostumbrémonos, pues, á juzgar de las cosas, no solo por *lo que se ve*, sino por *lo que no se ve*. El año pasado pertenecí á la comision de Hacienda, porque, cuando la Asamblea Constituyente, no se escluian sistemáticamente de las comisiones á los individuos de la oposicion; en lo cual obraba con mucho acierto la Constituyente. Oimos á Mr. Thiers, que nos dijo: «He pasado mi vida combatiendo á los hombres del partido clerical y del partido legitimista. Desde que el peligro comun nos ha aproximado unos á otros, desde que frecuento su trato, y los conozco, y nos hablamos con todo cordialidad, he visto que no son aquellos móstruos lo que yo me habia figurado.»

Sí; la desconfianza se exagera, los odios se enconan entre los partidos que no se confunden; y si la mayoría dejaba que penetrasen en el seno de las comisiones algunos miembros de la minoría, tal vez era porque unos y otros reconocian que las ideas, y sobre todo las intenciones, no son tan perversas como se supone.

Como quiera que fuese, el año pasado pertenecí á la comision de Hacienda. Siempre que alguno de nuestros colegas hablaba de reducir á una cantidad módica los sueldos del presidente de la república, de los ministros y de los embajadores, le contestaban:

«Aunque solo fuera por el bien del servicio, seria necesario dar brillo y dignidad á ciertas funciones; este es el medio de que las desempeñen los hombres de mérito. Al presidente de la república acuden muchos pidiéndole remedio para sus calamidades, y se le colocaria en una posicion muy penosa, si no se le facilitase los medios de mitigarlas. Cierta representacion en los salones ministeriales y diplomáticos es una de las ruedas de los gobiernos representativos, etc., etc.»

Aunque tales argumentos se prestan á la controversia, son merecedores de un profundo exámen. Están fundados en el interés público bien ó mal apreciado, y yo por mi parte les doy mas importancia que muchos Catones, movidos por el mezquino espíritu de la tacañería ó de los celos.

Pero lo que subleva mi conciencia de economista, lo que me avergüenza, por el renombre intelectual de mi país, es el ver que se llega (y se llega con frecuencia) á frivolidades absurdas, que siempre son bien acogidas.

«Por otra parte, el lujo de los grandes funcionarios fomenta las artes, la industria, el trabajo. El jefe del Estado y sus ministros no pueden dar festines y reuniones sin hacer circular la vida por todas las venas del cuerpo social. Reducir sus honorarios, es cortar el vuelo á la industria parisiense y, de rechazo, á la industria nacional.»

Por amor de Dios, señores, respetar siquiera la aritmética, y no vengais á decir ante la Asamblea Nacional de Francia, por temor de que para vergüenza suya apruebe vuestras palabras, que la suma de dos cantidades da un total diferente, segun se haga la operacion de abajo arriba ó de arriba abajo.

Escuchad: Yo voy á hacer un contrato con un trabajador para que por cien sueldos abra una tagea en mi campo. Al cerrar el trato, se presenta el cobrador de contribuciones, me quita mis cien sueldos, y se los entrega al ministro. Mi propósito no se realiza; pero el ministro tendrá un plato mas en su mesa. ¡Y os atreveis á afirmar que este gasto es un estímulo para la industria nacional! ¿No comprendéis que de esto solo resulta una simple dislocacion de satisfaccion y trabajo? El ministro tiene su mesa mejor provista, cierto; pero no lo es menos que el agricultor no tiene el campo tan bien desaguado. Un fondista de Paris habrá ganado cien sueldos, concedido; pero concededme tambien que un trabajador del campo habrá dejado de ganar cien francos. Todo lo que se puede decir es, que el plato oficial y el fondista satisfecho son *lo que se ve*, y el campo anegado y el trabajador holgando, *es lo que no se ve*.

¡Cuánto trabajo para probar que dos y dos son cuatro! y cuando se ha probado, os dicen: «Es bien claro.» Pero, al votar, los vereis obrar como si nada les hubiéseis probado.

IV.

Teatros: bellas artes.

¿Debe el Estado subvencionar las artes?

Mucho se puede decir en pró y en contra de este objeto.

En favor del sistema de las subvenciones puede decirse que las artes ensanchan, enaltecen y poetizan el alma de un pueblo; lo libran de cavilidades materiales; le comunican el sentimiento de lo bello, é influyen favorablemente en sus maneras, hábitos, costumbres y hasta en su industria. Podemos preguntarnos qué seria de la Música en Francia, á no ser por el teatro Italiano y el Conservatorio; qué seria del Arte dramático, á no ser por el Francés; qué seria de la Pintura y la Escultura, á no ser por nuestras colecciones y museos. Aun se puede ir mas lejos y preguntar si, á no ser por la centralizacion y, por consiguiente, por la subvencion de las Bellas Artes, se hubiese desarrollado ese gusto esquisito, que es el noble atributo del trabajo francés y hace al universo aceptar sus productos. En vista de semejante resultado, ¿no seria una grande imprudencia renunciar á esa módica cotizacion de todos los ciudadanos, que, en definitiva, realiza en medio de Europa su superioridad y su gloria?

A estas y otras muchas razones, cuya fuerza no pongo en duda, puede oponerse otras no menos poderosas. En primer lugar, podria decirse que hay aquí una cuestion de justicia distributiva. El derecho del legislador ¿llegará hasta cercenar el salario del trabajador para aumentar los beneficios del artista? Decia Mr. Lamartine: Si suprimís la subvencion de un teatro, ¿en qué punto de esa via os detendreis?; ¿no os vereis lógicamente impulsados á suprimir las Facultades, los Museos, los Institutos, las Bibliotecas? A esto se podria contestar. Si tratais de subvencionar todo lo que es bueno y útil, ¿en qué punto de esa via os detendreis?; ¿no os vereis lógicamente impulsados á formar una lista civil para la agricultura, la industria, el comercio, la beneficencia y la instruccion? A mas de que, ¿es cierto que las subven-

ciones favorezcan el progreso del arte? Esta cuestion no está resuelta, ni mucho menos; por nuestros propios ojos vemos que los teatros que prosperan son los que viven de su propia vida. Por último; elevándonos á consideraciones superiores, se puede hacer observar que los deseos y las necesidades nacen unos de otros, y se elevan á regiones mas y mas depuradas á medida que la riqueza pública permite satisfacerlos; que el gobierno no tiene porqué mezclarse en esta correspondencia, puesto que, en un momento dado de la riqueza actual, no podria, por medio de los impuestos, dar estímulo á las industrias de lujo sin perjuicio de las industrias necesarias, invirtiendo la marcha natural de la civilizacion. Se puede hacer observar que esta dislocacion artificial de las necesidades, de los gustos, del trabajo y la poblacion colocan los pueblos en un estado precario y peligroso: carece de base sólida.

Tales razones alegan, entre otras, los adversarios de la intervencion del Estado en lo que concierne al orden en que los ciudadanos creen deber satisfacer sus necesidades y deseos, y dirigir en consecuencia su actividad. Yo, lo confieso, soy de los que creen que la eleccion, el impulso debe venir de abajo, no de arriba; de los ciudadanos, no del legislador; y la doctrina contraria me parece conducir al aniquilamiento de la libertad y la dignidad humana.

Pero se apela á una deducccion, tan falsa como injusta, para acusarnos á nosotros los economistas, ¿de qué? Cuando desaprobamos la subvencion, se dice que rechazamos la cosa que se trata de subvencionar; se nos acusa de enemigos de todo género de actividad, solo porque deseamos que toda actividad sea libre y busque en sí misma su recompensa. ¿Pedimos, por ejemplo, que el Estado no intervenga por medio de la contribucion en materias religiosas? Se nos acusa de ateos. ¿Pedimos que el Estado no intervenga de igual manera en la educacion? Se nos llama enemigos de las luces. ¿Decimos que el Estado no debe valerse de los impuestos para dar al suelo ó á tal industria una vida ficticia? Se nos llama enemigos de la propiedad y el trabajo. ¿Creemos que el Estado no debe subvencionar á los artistas? Pues somos unos bárbaros, que juzgamos inútiles las artes.

Protesto con toda mi energía contra semejantes deducciones. Lejos de que abriguemos la absurda idea de aniquilar la religion, la educacion, la propiedad, el trabajo y las artes, cuando pedimos que el Estado proteja el libre desenvolvimiento de todos esos órdenes de la actividad humana, sin favorecer los unos á espensas de los otros, creemos, por el contrario, que todas esas fuerzas vivas de la sociedad se desenvolverian armoniosamente al influjo de la libertad; que ninguna de ellas se convertiria, como sucede hoy, en semillero de disturbios, abusos, tiranías y desórdenes.

Nuestros adversarios creen que toda actividad no reglamentada ni subvencionada se esteriliza. Nosotros creemos lo contrario. La fé de aquellos está puesta en el legislador; la nuestra en la humanidad.

Decia Mr. Lamartine: En nombre de ese principio, será necesario *abolir* las exposiciones públicas, que son la honra y la riqueza del pais.

Contesto á Mr. Lamartine: A vuestro modo de ver, *no subvencionar* es lo mismo que *abolir*; porque, partiendo del principio de que nada existe sino por la voluntad del Estado, deducís que nada vive sino lo que el impuesto vivifica. Pero yo vuelvo contra vos el ejemplo que habeis elegido, y os hago observar que la mas grande, la mas noble de las exposiciones, la que ha sido acometida con el objeto mas liberal y mas universal, y aun puedo decir sin exageracion, mas humanitaria, es la exposicion que se preparó en Lóndres; la única en que no se ha mezclado ningun gobierno, y que no ha recibido subvencion alguna.

Volviendo á las Bellas Artes repito, que se pueden alegar razones poderosísimas en pro y en contra de las subvenciones. El lector comprenderá que no es de la índole especial de este escrito esponer tales razones ni decidir entre ellas.

Pero Mr. Lamartine ha adelantado su argumento, que no puedo pasar en silencio, porque vuelve á entrar en el muy reducido círculo de este estudio económico.

Ha dicho:

«La cuestion económica, en materia de teatros, se resume en una sola palabra: trabajo. Poco importa la naturaleza del trabajo:

es tan fecundo, tan productivo, como cualquiera otra clase de trabajo en una nacion. Los teatros, bien lo sabeis, no proporcionan salarios á menos de ochenta mil trabajadores en Francia, trabajadores de toda clase: pintores, albañiles, tapiceros, sastres, arquitectos, etc., que son la misma vida y el movimiento de muchos barrios de esta capital, y en este concepto son acreedores á vuestras simpatías.

¡Vuestras simpatías!—Traducid vuestras subvenciones.

Y mas adelante:

Los placeres de París son el trabajo y el consumo de los departamentos, y el lujo del rico es el salario y el pan de doscientos mil trabajadores de toda clase, que viven de la múltiple industria de los teatros en la superficie de la república, y reciben de esos nobles placeres, que ilustran la Francia, el alimento de su vida y los recursos para sus familias y sus hijos. A estos es á quienes dareis esos 60,000 francos. (*¡Muy bien! ¡muy bien! grandes demostraciones de aprobacion.*)

En cuanto á mí, no puedo menos de decir: *¡muy mal! ¡muy mal!* limitandó, se entiende, este mi juicio al argumento económico de que tratamos.

Sí; á los trabajadores de los teatros irán á parar, á lo menos en parte, los 60,000 francos de que se trata, aun cuando se descarríe algun pico en el camino; á bien que, si se examina la cosa de cerca, quizás averiguaríamos que la subvencion tomaria otro camino: ¡dichosos los trabajadores, si les quedasen algunas migajas de la torta! Pero quiero dar de barato que la subvencion entera vaya á parar á los pintores, decoradores, sastres, peluqueros, etc.; esto es lo que se ve.

Pero, ¿de dónde sale la subvencion? Hé aquí el *reverso* de la cuestion, tan digno de ser examinado como el *anverso*. ¿En dónde está el origen de esos 60,000 francos. Y *adónde irian*, si una votacion legislativa no los dirigiese desde luego á la calle de Rívoli y de allí á la calle de Grenelle? Esto es lo que no se ve.

Supongo que nadie pretenderá que la votacion de la Asamblea haya hecho brotar esa suma de la urna del escrutinio; que sea una simple adicion á la riqueza nacional, ni que, á no ser por aquel voto milagroso, los 60,000 francos hubieran permanecido invisi-

bles é impalpables para siempre. Preciso es admitir que todo cuanto pudo hacer la mayoría, fué resolver que se sacarian de algun sitio para colocarlos en otro, y que no se los destinaria á un objeto, sino porque se los desviaria de otro.

Siendo así, claro es que el contribuyente á quien se haga pagar un franco, dejará de tener este franco á su disposicion; claro es tambien que se verá privado de una satisfaccion por valor de un franco; y que el trabajador, sea cual fuere, que se la hubiese procurado, encontrará en la medida de su salario ese tanto.

No caigamos, pues, en la ilusion pueril de creer que el voto del 16 de Mayo *añada* la menor cosa al bienestar y al trabajo nacional. *Descarria* los goces, *desvia* los salarios; ni mas ni menos.

¿Se nos dirá que á satisfaccion y trabajo de una clase sustituyen satisfacciones y trabajos mas urgentes, mas *moviles*, mas razonables? Bien podria yo luchar en este terreno; bien podria yo decir: Arrancando 60,000 francos á los contribuyentes, disminuís los salarios de toda la gente del campo, á carpinteros, forjadores, y aumentais otro tanto los salarios de los cantores, peluqueros, tapiceros y sastres. No hay prueba alguna de que esta última clase sea mas interesante que la otra: tampoco lo supone así Mr. Lamartine; dice que el trabajo de los teatros es *tan* fecundo, *tan* productivo (y no *mas*) como otro cualquiera cosa; que aun podria disputarse, porque la mejor prueba de que el segundo no es tan fecundo como el primero, es que este tiene que subvencionar á aquel.

Pero esta comparacion entre el valor y el mérito intrínseco de las diversas clases de trabajo, no entra en mi asunto. Todo cuanto tengo que hacer aquí, es demostrar, que si Mr. Lamartine y las personas que han aplaudido sus argumentos, han visto con el ojo izquierdo los salarios ganados por los proveedores de los cómicos, hubieran debido ver con el ojo derecho los salarios perdidos por los proveedores de los contribuyentes; en cuyo defecto se han espuesto al ridículo de tomar una *dislocacion* por una *ganancia*. Si fuesen consecuentes con su doctrina, pedirian subvenciones hasta lo infinito; porque lo que es cierto de un franco y de 60,000 francos, es vardad, en circunstancias idénticas, de 1,000 millones.

Cuando se trata de impuestos, señores, debéis demostrar su utilidad con razones fundamentales, y no con el malhadado aserto de que «los gastos públicos hacen vivir á la clase obrera.» Este aserto tiene el defecto de disimular un hecho esencial, á saber: que los *gastos públicos* se sustituyen *siempre* á los *gastos privados*, y por consiguiente, hacen vivir á un obrero en vez de hacer vivir á otro; pero, no añaden nada al lote de la clase obrera, en conjunto considerada. Vuestra argumentacion está hoy de moda; pero es muy absurda, para que la razon no dé cuenta de ella.

V.

Obras públicas.

Que una nación, despues de persuadirse de que la comunidad puede aprovecharse de una grande empresa, la mande ejecutar con el producto de una cotizacion comun, es muy natural. Pero pierdo la paciencia, lo confieso, cuando oigo que semejante resolucion se apoya en la siguiente mala inteligencia económica: «Es un medio de crear trabajo para los obreros.»

El Estado abre un camino, levanta un palacio, reforma una calle, abre un canal; y por este medio da trabajo á cierta clase de trabajadores: esto *es lo que se ve*; pero priva de trabajo á otros trabajadores, y esto *es lo que no se ve*.

Ya se inauguran los trabajos del camino. Todas las mañanas acuden al sitio señalado mil obreros, que se retiran por la noche, llevándose un jornal: esto es cierto. Si no se hubiese mandado abrir el camino, si no se hubiesen votado los fondos, aquellas buenas gentes no hubieran encontrado allí, ni aquel trabajo ni aquel salario: tambien esto es cierto.

¿Pero es esto todo? La operacion, en su conjunto, ¿no abraza alguna otra cosa? En el momento en que Mr. Dupin pronuncia las palabras sacramentales: «La Asamblea ha adoptado,» ¿descienden milagrosamente los millones por un rayo de luna á las gabetas de os Fould y Bineau? Para que la operacion, como suele decirse,

sea completa, ¿no es necesario que el Estado organice el ingreso lo mismo que el gasto; que ponga en campaña los recaudadores y en prensa los contribuyentes?

Estudiad, pues, los dos elementos de la cuestion. Al paso que deis cuenta del destino á que el Estado aplica los millones votados, no olvideis el dar cuenta tambien del que recibirian de los contribuyentes. Así comprendereis que una empresa pública es una medalla de dos caras: en la una hay la figura de un trabajador ocupado, con esta divisa: *Lo que se ve*; en la otra un trabajador desocupado, con esta otra: *Lo que no se ve*.

El sofisma que combato en este escrito es tanto mas peligroso, aplicado á las obras públicas, cuanto que sirve para justificar las empresas y prodigalidades mas locas. Cuando un camino de hierro ó un puente tienen una utilidad real, basta con invocar esa utilidad. Pero, si no se puede, ¿qué se hace? Se apela al siguiente embolismo: «Hay que proporcionar trabajo á los operarios.»

Dicho esto, se da orden de hacer y deshacer los terrenos del campo de Marte. El gran Napoleon, todo el mundo lo sabe, creia hacer una obra filantrópica mandando abrir y rellenar fosos. Tambien era de los que dicen: ¿que importa el resultado? Lo único que interesa es ver la riqueza esparcida entre las clases laboriosas.

Vamos al fondo de las cosas, que el dinero nos deslumbra. Pedir auxilio de todos los ciudadanos para una obra comun, y pedirlo en forma de dinero, es en realidad pedirles un auxilio en especie; porque cada uno de ellos se procura, por medio del trabajo, la suma que sobre él pesa. Ahora bien: reúnanse á todos los ciudadanos para hacerles ejecutar por prestacion una obra útil á todos, y es cosa que se comprenderá: su recompensa estará en los resultados de la misma obra. Pero que, despues de convocarlos, se les obligue á hacer caminos por donde nadie haya de pasar, y palacios que nadie haya de habitar, so pretexto de proporcionarles trabajo, seria un absurdo, y los ciudadanos tendrian mucha razon para decir: «Ese trabajo no nos importa nada; preferimos trabajar por nuestra cuenta.»

El procedimiento que consiste en hacer contribuir á los ciudadanos en dinero y no en trabajo, no altera los resultados genera-

les. Solo que por este último procedimiento, la pérdida se repartiría entre todos. Por medio del primero, aquellos á quienes el Estado da ocupacion, se libran de la parte de pérdida que les correspondería, y la hacen pesar sobre la que ya experimentan por su cuenta los demas ciudadanos.

Hay un artículo en la Constitucion que dice:

«La sociedad favorece y fomenta el desarrollo del trabajó... por medio de obras públicas con que el Estado, las provincias y los municipios darán trabajo á los que no lo tengan.»

Como medida transitoria en un período de crisis, durante un crudo invierno, la intervencion del contribuyente puede producir buenos efectos. Obra en el mismo sentido que los seguros. No aumenta el trabajo ni el salario; lo que hace es descontar algo del trabajo y los salarios en los tiempos normales, para atender, aunque con pérdida, á los tiempos difíciles.

Como medida permanente, general, sistemática, no es otra cosa que una superchería ruinosa, una imposibilidad, una contradiccion, que muestra un poco de trabajo estimulado, que *se ve*, y oculta mucho trabajo dejado de realizar, que *no se ve*.

VI.

Los intermediarios.

La sociedad es el conjunto de los servicios que los hombres se prestan voluntaria ó forzosamente unos á otros: es decir. de los *servicios públicos y privados*.

Los primeros, impuestos y reglamentados por la ley, que no es fácil alterar cuando mas conviene, pueden sobrevivir largo tiempo con ella á su propia utilidad, y continuar conservando el nombre de *servicios públicos*, aun despues que han dejado de ser servicios y se han convertido en vejámenes. Los segundos pertenecen al dominio de la voluntad, de la responsabilidad individual. Cada cual presta y recibe los que mas quiere, los que puede, despues de discutirlos. Tienen siempre de su parte la presuncion de

utilidad real, exactamente medida por su valor comparativo.

Hé ahí porque aquellos caen con frecuencia en la paralización, mientras que estos obedecen á la ley del progreso.

Al par que el desenvolvimiento exagerado de los servicios públicos, merced al desperdicio de fuerzas que consigo llevan, tiende á constituir en el seno de la sociedad un parasitismo funesto, es muy singular que muchas sectas modernas, atribuyendo ese carácter á los servicios libres y privados, traten de transformar las profesiones en funciones.

Estas sectas vociferan furiosas contra lo que ellas llaman los *intermediarios*. Suprimirian de buena gana el banquero, el capitalista, el especulador, el empresario, el mercader y el negociante, acusándoles de que se interponen entre la producción y el consumo, tiranizando á aquella y á esta sin darles nada en cambio de lo que les quitan.—Y aun quizás preferirian transferir al Estado la obra que ellos desempeñan, ya que no puedan tambien suprimirla.

El sofisma de los socialistas, en este punto, consiste en demostrar al público lo que paga á los *intermediarios* en cambio de sus servicios, y en ocultarle lo que en su lugar se debería pagar al Estado. Siempre la misma lucha entre lo que aparece ante los ojos y lo que solo ve la mente: entre *lo que se ve* y *lo que no se ve*.

En 1847, con motivo de la carestía, fue cuando las escuelas socialistas procuraron y consiguieron popularizar su funesta teoría. Harto sabian que no hay propaganda, por absurda que sea, que no tenga siempre probabilidades de éxito entre los que sufren: *malesuada fames*.

Y apelando á la fraseología de *explotacion del hombre por el hombre, especular con el hambre, acaparamiento*, etc., se dieron á denigrar al comercio y á cubrir con un velo los beneficios que reporta.

«¿Por qué, decian, dejar á los negociantes el cuidado de hacer venir subsistencias de los Estados Unidos y Crimea? ¿Porqué, así el Estado como la provincia y el municipio, no organizan un servicio de provisiones y almacenes de reserva? Venderian al *precio de costo* y el pueblo, el pobre pueblo, se libertaria del tributo que

paga al comercio libre, es decir, egoista, individualista y anárquico.»

El tributo que el pueblo paga al comercio libre es *lo que se ve*; el tributo que pagaria al Estado ó á sus agentes en el sistema socialista es *lo que no se ve*.

¿En qué consiste ese supuesto tributo que el pueblo paga al comercio? En lo siguiente: en que dos hombres se hacen recíprocamente servicios, con toda libertad, bajo la presión de la competencia y el regateo.

Cuando el estómago que tiene hambre está en París, y el trigo que puede satisfacerle está en Odesa, el sufrimiento no puede cesar si el trigo no se pone al alcance del estómago. Tres medios hay para que la aproximación se verifique: 1.º los hambrientos pueden ir por sí mismos á buscar el trigo; 2.º pueden encargar este viaje á los que suelen dedicarse á este oficio; 3.º pueden escotar y encargar la operación á los funcionarios públicos.

De estos tres medios ¿cuál es el mas ventajoso?

Siempre y en todas partes, cuanto mas libres, ilustrados y conocedores han sido los hombres, mas se han inclinado *voluntariamente* al segundo medio: esta razon me basta para creerlo el mas oportuno y conveniente. Mi mente se resiste á la idea de que la humanidad en masa se haya equivocado en un asunto que tan de cerca la interesa. (1)

Empero examinemos.

Que treinta y seis millones de habitantes abandonen su país para ir á Odesa á buscar el trigo que necesitan, es cosa evidentemente impracticable. El primer medio es, pues, inútil. No pudiendo los consumidores obrar por sí mismos, menester es que apelen á *intermediarios*, sean empleados, sean negociantes.

Conviene observar, sin embargo, que el primer medio seria el mas natural: al fin y al cabo el que tiene hambre es el que ha de ir por trigo; es una *molestia* que él debe tomarse, un *servicio* que se debe á sí mismo. Si otra persona, sea por el motivo que

(1) El autor ha invocado muchas veces la presunción de verdad que implica el *consentimiento universal*, manifestado por la *práctica* de todos los hombres. Véase especialmente el cap. XIII de los *Sófismas*.

quiera, le presta ese *servicio*, ó se toma dicha molestia por él, esa otra persona tendrá derecho á una compensacion. Digo esto, para dejar sentado que los servicios de los intermediarios llevan en sí mismo el principio de la remuneracion.

Como quiera que sea, ya que haya que apelar á los que califican los socialistas de parásitos, ¿cuál es el parásito menos exigente: el negociante ó el funcionario?

El comercio (lo supongo libre, pues, á no ser así ¿cómo razonar?) el comercio, digo, por interés propio, tiene que estudiar las estaciones; tiene que enterarse, dia por dia, del estado de las cosechas; tiene que recibir noticias de todos los puntos del globo, prever las necesidades, y tomar sus precauciones muy de antemano. Tiene buques siempre dispuestos, corresponsales en todas partes, é interés inmediato en comprar lo mas barato posible, en economizar en todos los pormenores de la operacion, y alcanzar los mayores resultados con los menores esfuerzos. No solo son los negociantes franceses, son los negociantes del mundo entero los que se ocupan en proveer á Francia para los dias de apuro; y si el interés les conduce á cumplir con su cometido con el menor gasto posible, la competencia que unos á otros se hacen los lleva tambien indispensablemente á hacer partícipes á los consumidores de todas las economías realizadas. Llega el trigo; el comercio está interesado en venderlo lo mas pronto posible para salir de riesgos, realizar sus fondos y volver á empezar, si es posible. Guiado por la comparacion de precios, distribuye los alimentos por toda la superficie del país, comenzando siempre por el punto mas caro, es decir, por donde mas apremiante es la necesidad. No es, pues, posible imaginar una *organizacion* mejor combinada en favor de los que tienen hambre; y la belleza de esta *organizacion*, no conocida de los socialistas, resulta precisamente de que es libre.

A la verdad el consumidor está obligado á reembolsar al comercio los gastos de transporte, trasbordo, almacenaje, comision, etc.; pero ¿en qué sistema dejará de ser necesario que el que coma el trigo reembolse los gastos que se haya tenido que hacer para que llegase á su alcance? Tiene que pagar además la remuneracion del *servicio recibido*; pero su parte queda reducida al *mini-*

mas posible por la competencia, y en cuanto á la justicia, extraño sería que los artesanos de Paris no trabajasen para los negociantes de Marsella, cuando los negociantes de Marsella trabajan para los artesanos de Paris.

Realícese la invencion socialista; sustituya el Estado al comercio: ¿qué sucederá? Yo quisiera que me dijese donde estará la economía para el público. ¿Estará en el precio de compra? No hay mas que representarse á los comisionados de cuarenta mil municipios llegando á Odesa en un momento dado y en un dia de apuro. ¿Estará en los gastos? ¿Por ventura se necesitarán menos buques, menos marinos, menos trasbordos, menos almacenages ó dejarán de tenerse que pagar todas estas cosas? ¿Estará en el beneficio de los negociantes? ¿Por ventura irán gratis á Odesa vuestros delegados y funcionarios? ¿Por ventura viajarán y trabajarán por pura fraternidad? ¿No tendrán que vivir de una cosa ú otra? ¿No tendrá que pagárseles el tiempo que pierdan? ¿Y creéis que lo que perciban no escederá mil veces del dos ó tres por ciento que gana el negociante, con cuyo beneficio se contentaria de buena gana?

Pensad además en la dificultad de levantar tantos impuestos, y en la de repartir tantos alimentos; pensad en las injusticias y en los abusos inseparables de tamaña empresa; pensad en la responsabilidad que pesaria sobre el gobierno.

Los socialistas que tales locuras inventan, y los que en dias de desgracia se las inspiran á las masas, se atribuyen generosamente el título de *hombres avanzados*; y el uso tirano de los idiomas ratifica el dictado y el juicio que entraña; circunstancia que consignamos, porque no carece de peligro. ¡Avanzados! Esto supone que esos señores tienen la vista mas larga que el vulgo; que su único defecto consiste en haberse anticipado al siglo y que, si todavía no ha llegado el tiempo de suprimir ciertos servicios libres, tachados de parasitismo, la culpa es del público, que se les queda rezagado. En fe y en conciencia que lo cierto es todo lo contrario; y que no sé á qué siglo bárbaro tendríamos que remontarnos para encontrar el nivel de los conocimientos socialistas sobre este asunto.

Los sectarios modernos oponen constantemente la asociacion á

la sociedad actual. No toman en cuenta que bajo un régimen libre la sociedad es una verdadera asociación muy superior á todas las que su fecunda imaginación ha combinado.

Aclaremos este punto por medio de un ejemplo.

Para que un hombre pueda ponerse un traje al levantarse, se necesita haber cercado y desmontado un terreno, haberlo desagüado y cultivado, y haberlo sembrado de ciertos vegetales; se necesita que el terreno haya alimentado algunos rebaños; que los rebaños hayan dado lana; que la lana haya tenido quien la hilase, tegiese, tiñese y convirtiese en paño; y que alguno haya cortado, cosido y convertido el paño en traje. Esta série de operaciones representa otras muchas; pues supone el empleo de instrumentos, aratorios, corrales, fábricas, hulla, máquinas, carros, etc.

Si la sociedad no fuese una asociación muy real, el que quisiera tener un vestido, se vería obligado á hacérselo por su mano aisladamente; es decir, á verificar por sí los innumerables actos de dicha série, desde el primer golpe de azadon hasta la última puntada.

Gracias, empero, á la sociabilidad, que es el carácter distintivo de nuestra especie, estas operaciones se han distribuido entre una multitud de trabajadores, y se han ido subdividiendo, en bien general, á medida que, activándose el consumo, cada uno de los actos especiales ha podido alimentar una nueva industria. Despues viene la repartición del producto, que se verifica segun el contingente de valor que cada uno ha vertido en el total de la obra: pues, si esto no es asociación, quisiera yo me dijeran qué es.

Fijad la atención en lo siguiente: Como ninguno de los trabajadores ha hecho brotar de la nada la menor partícula de materia, se han limitado á prestarse servicios unos á otros; á auxiliarse para un objeto común; y todos, con relación unos á otros, pueden ser considerados como *intermediarios*. Si, por ejemplo, durante el curso de la operación, el transporte llega á ser tan importante que puede ocupar á una persona, el hilado otra, y el tejido otra, ¿porqué se habría de suponer mas *parásita* á la primera que á las dos siguientes? ¿No es indispensable que el transporte se haga? El que lo hace ¿no le consagra su tiempo y su tra-

bajo? ¿Hacen esos otra cosa ó cosa mejor que él? ¿No están todos sometidos por igual, en cuanto á la remuneracion, es decir, en cuanto al repartimiento del producto, á la ley del regateo? ¿Esta division de operaciones no se ha hecho libremente y en obsequio al bien general? ¿Qué falta nos hace, pues, que un socialista, bajo el pretexto de la organizacion, venga á destruir despóticamente nuestros convenios voluntarios, suspenda la division del trabajo, sustituya los esfuerzos aislados á los de la asociacion, y pretenda que la civilizacion retroceda?

La asociacion, tal cual yo la describo ¿deja de ser asociacion porque uno entre y salga libremente de ella, elija el puesto que mas le convenga, juzgue y estipule por sí mismo y bajo su responsabilidad, y acuda á su centro con la garantía de su interés personal? Para que merezca el nombre de asociacion, ¿será necesario que un supuesto reformador nos imponga su fórmula y su voluntad, y concentre, digámoslo así, la humanidad en su persona?

Cuanto mas se examina esas *escuelas avanzadas*, mas se convence uno de que lo que hay en su fondo es la ignorancia, proclamándose infalible y reclamando el poder despótico en nombre de su infalibilidad.

Perdónenos el lector esta digresion. Quizás no sea inútil en el momento en que, libres de las publicaciones sansimonianas, icanianas y falansterianas, salen las declamaciones contra los intermediarios á invadir las columnas de los periódicos y la tribuna, y amenazan gravemente la libertad de trabajo y de transacciones.

VII.

Restriccion.

El señor Prohibo (no soy yo quien lo ha nombrado, es Mr. Carlos Dupin, aquel que despues.... aunque antes....) el señor Prohibo empleaba su tiempo y sus capitales en convertir en hierro el mineral de sus tierras. Como la naturaleza ha sido mas pró-

diga para con los belgas, estos daban el hierro á los franceses mas barato que el señor Prohibo; lo cual quiere decir que todos los franceses, ó sea Francia, podia obtener una cantidad dada de hierro *con menos trabajo*, comprándoselo á los honrados flamencos. Guiados los franceses por su interés, lo hacian asi, en efecto, y todos los días se veia una multitud de fabricantes de clavos, herreros, carreteros, maquinistas, albéitares y labradores que, personalmente ó por intermediarios, iba á proveerse á Bélgica. Esto disgustó mucho al señor Prohibo.

Primero se le ocurrió poner coto al abuso, valiéndose de sus propias fuerzas. Esto era lo de menos, puesto que él era el perjudicado. Cójole mi escopeta, dijo para sí, me cuelgo cuatro pistolas del cinto, lleno mi canana, y me voy á apostar en la frontera. El primer herrero, albéitar, ó lo que sea, que se presente con intencion de ir á buscar lo que le conviene á él, y no á mí, perece á mis manos; así aprenderá á vivir.

Iba ya á ponerse en marcha cuando se entregó á ciertas reflexiones que templaron un poco su ardor belicoso. Lo primero que se le ocurrió fué lo siguiente: No es del todo imposible que los compradores de hierro, mis compatriotas y enemigos, lleven la cosa á mal y me maten, en vez de dejarse matar. A mas de que, aun llevando conmigo todos mis criados, no podemos guardar toda la línea, y por último, el procedimiento me saldrá muy caro: me va á costar mas que el resultado que puedo obtener.

El señor Prohibo casi se resignaba ya á no ser sino libre como todos los demás, cuando descendió á su mente un rayo de luz.

Recordó que en Paris habia una gran fábrica de leyes. ¿Qué es una ley? se preguntó. Una medida que, buena ó mala, una vez publicada, todos quedan sometidos á su accion. Para que tenga debido efecto, se organiza una fuerza pública; y para organizar dicha fuerza pública, se sacan dineros y hombres al país.

De manera que, si yo pudiese conseguir que de la gran fábrica parisiense saliese un cacho de ley que dijese: «queda prohibido el hierro belga,» me daria los resultados siguientes: En lugar de los criados que yo queria llevarme á la frontera, el gobierno mandaria ir á veinte mil hijos de los fabricantes de clavos, herreros, albéitares, cerrajeros, artesanos, maquinistas y labrado-

res recalcitrantes. Luego, para conservar la salud y el buen humor de esos veinte mil aduaneros, el gobierno distribuiria entre ellos veinte y cinco millones de francos, que habria sacado de los mismos herreros, artesanos, labradores etc. Las fronteras estarian mejor guardadas sin que á mí me costase nada; no quedaria yo expuesto á la brutalidad de los chalanes del oficio; venderia el hierro al precio que me pareciese, y gozaria de la grata delicia de ver á nuestro gran pueblo chasqueado con el mayor salero. Asi aprenderia á proclamarse todos los dias precursor y promovedor de todos los progresos en Europa. Por Cristo que seria cosa muy chusca; vale la pena de ver si me sale bien.

Acto continuo se dirigió el señor Prohibo á la fábrica de leyes. Quizás publique yo alguna relacion de sus ocultos manejos; hoy solo quiero hablar de su conducta ostensible.—Ante los legisladores espuso la consideracion siguiente:

«El hierro de Bélgica se vende en Francia á 10 francos; lo cual me obliga á vender el mio al mismo precio: yo preferiria venderlo á 15, y no puedo á causa del hierro belga que Dios confunda. Haced una ley que diga: «Queda prohibida la introduccion del hierro belga en Francia; yo subo incontinenti mis precios de cinco francos, y se tocan las consecuencias que voy á hacer presentes:

Por cada quintal de hierro que me tome el público, recibiré quince francos en lugar de diez; me enriqueceré mas pronto, daré mas estension á mi negocio y ocupacion á mas operarios; y estos operarios y yo haremos mayores gastos con beneficio de nuestros proveedores en muchas leguas á la redonda. Estos, que venderán mas, harán mas pedidos á la industria, y de unos en otros ganará en actividad todo el país. El bienhadado napoleon que proporcionareis á mi gabeta, proyectará, como la piedra arrojada á un lago, un número infinito de círculos concéntricos en una grande estension.»

Encantados al oir este discurso, maravillados de saber que tan fácilmente se pueda aumentar lejislativamente la fortuna de un pueblo, los fabricantes de leyes votaron la restriccion. ¿A qué hablar de trabajo y economía? preguntan. ¿A qué emplear medios penosos para aumentar la riqueza nacional, si se puede conseguir con un simple decreto?

Efectivamente, la ley dió todos los resultados que anunciaba el señor Prohibo; solo que dió además otros, porque, hagámosle justicia, su raciocinio no era *falso*, sino *incompleto*. Al reclamar un privilegio, habia indicado los efectos *que se ven*, y no los *que no se ven*. No habia manifestado mas que dos personajes, siendo así que los que toman parte en la escena son tres. La reparacion de ese olvido, voluntario ó involuntario, nos corresponde á nosotros.

Sí; la moneda impulsada legislativamente hácia la gabeta del señor Prohibo, constituye un beneficio para él y para aquellos cuyo trabajo tiene que fomentar. Y si el decreto hubiese hecho descender la moneda de las nubes, el beneficio no hubiera tenido por contrapeso ningun mal efecto por otra parte. Desgraciadamente no cae de las nubes la moneda, sino que sale del bolsillo de un herrero, albeitar, labrador, en fin, de Juan Lanás, que la paga sin recibir un milígramo de hierro mas que cuando lo pagaba á 10 francos. A simple vista hay que reconocer que esto varía mucho la cuestion, puesto que evidentemente el *Beneficio* del señor Prohibo está compensado con la *Pérdida* de Juan Lanás; y todo lo que pueda hacer el señor Prohibo con aquella moneda para fomentar el trabajo nacional, lo hubiera hecho el mismo Juan Lanás. La piedra ha caído en un punto del lago, solo porque legislativamente se ha impedido que cayese en otro.

Así pues, *lo que no se ve* compensa *lo que se ve*, y el residuo de la operacion no es mas que una injusticia, y ¡cosa deplorable! una injusticia perpetrada por la ley.

Y no es esto todo. He dicho que se dejaba en la sombra á un tercer personaje, que es menester lo haga salir yo para que nos revele una *segunda pérdida* de cinco francos: de este modo tendremos el resultado de la evolucion por completo.

Juan Lanás posee 15 francos, fruto de sus sudores. Estamos todavia en el tiempo en que era libre ¿Qué hace de sus 15 francos? Compra un artículo de moda por 10 francos, y con este artículo de moda paga (¡el ó su intermediario) el quintal de hierro belga. Quedánle así á Juan Lanás 5 francos: no los echa al río; pero y esto es *lo que no se ve*) se los dá á un industrial en cambio

de algun goce , por ejemplo , á un librero en cambio del *Discurso sobre la Historia Universal* de Bossuet.

Así pues *el trabajo nacional* ha recibido 15 francos , á saber :
10 francos que ingresan en el artículo de modas.

5 francos que pasan á la librería.

En cuanto á Juan Lanas , obtiene por sus 15 francos dos objetos de satisfaccion á saber :

1.º Un quintal de hierro ;

2.º Un libro.

Sobreviene el decreto.

¿Qué es de la condicion de Juan Lanas ? ¿Qué es del trabajo nacional ?

Juan Lanas , entregando los 15 francos sin faltar un céntimo al señor Prohibo , en cambio de un quintal de hierro , no adquiere mas goce que el de ese quintal de hierro , y pierde el de un libro ó cosa equivalente : es decir que pierde 5 francos. Esto no se nos niega , no se nos puede negar ; porque es evidente que , cuando la restriccion sube el precio de las cosas , el consumidor pierde la diferencia.

Pero se nos dice : *el trabajo nacional* la gana.

No , señor , no la gana ; porque , despues del decreto , no tiene mas estímulo que el que cabe en 5 francos , lo mismo que antes.

Solo que , despues del decreto , los 15 francos de Juan Lanas van á la metalurgia , y antes del decreto , iban , parte al artículo de modas , y parte á la librería.

La violencia que el señor Prohibo ejerce por sí , ó hace ejercer por la ley en la frontera , puede ser juzgada de muy distinto modo bajo el punto de vista de la moral. Hay gente que cree que el despojo , con tal que sea legal , pierde todo carácter de inmoralidad. Yo , en cambio , considero esta circunstancia como la mas agravante que puede imaginarse ; pero , créalo ó no , lo cierto es que los resultados económicos son idénticos en uno y otro caso.

Dadle las vueltas que querais ; pero examinad con atencion el despojo , y vereis que , sea legal , sea ilegal , nada bueno produce. Nosotros no negamos que para el señor Prohibo ó su industria , ó si se quiere , para el trabajo nacional , no haya un beneficio de 5 francos. Pero afirmamos tambien que resultan de ello dos pér-

didadas : una para Juan Lanas, que paga 15 francos por lo que solo vale 10, y otra para el trabajo nacional, que no se lucra de la diferencia. Elejid la que os parezca mejor para compensar el beneficio de que hemos hablado; no por eso dejará la otra de constituir una pérdida pura y neta.

Moraleja : Violentar no es producir; es destruir. ¡ Oh ! si violentar fuese producir , nuestra Francia seria mas rica de lo que es.

VIII.

Las máquinas.

¡ Malditas sean las máquinas ! su potencia progresiva consagra todos los años al pauperismo millones de operarios, dejándolos sin trabajo , y por consiguiente sin salario ; es decir, sin pan ! ¡ Malditas sean las máquinas !

Este es el grito que exhala la preocupacion vulgar , cuyo eco resuena en todos los periódicos.

Pero maldecir las máquinas, es maldecir el ingenio humano; y me llena de confusion pensar que pueda haber un hombre que adopte en conciencia semejante doctrina (1); porque, si fuese verdadera ¿cuál seria su consecuencia? La consecuencia seria que no podria haber actividad , bienestar , riqueza, ni felicidad posibles sino para los pueblos estúpidos, enfermos de inmovilidad mental; para los pueblos á quienes Dios no hubiese otorgado el don funesto de pensar , observar , combinar , inventar y obtener grandes resultados con pequeños esfuerzos. Al contrario ; los harapos, las viviendas inmundas, la pobreza, la inanicion, son la herencia inevitable de toda nacion que busca y encuentra en el hierro, el fuego, el viento, la electricidad, el magnetismo, las leyes de la química y la mecánica, un suplemento á sus propias fuerzas

(1) Véase los capítulos XIV y XVIII de la primera série de los *Sofismas* y el XI de este tomo.

en las fuerzas de la naturaleza. Esta es la ocasion de decir con Rousseau : « Todo hombre que piensa es un animal depravado. »

Y no es esto todo: si esta doctrina es verdadera, como todos los hombres piensan é inventan; como en el hecho todos, desde el primero hasta el último, á cada momento de su existencia procuran hacer cooperar las fuerzas de la naturaleza á obtener mas con menos, á reducir , sea la mano de obra ó la que cada uno paga; á obtener la mayor suma posible de satisfacciones con la menor suma posible de trabajo; hay que deducir indispensablemente que la humanidad entera se ve arrastrada hácia su decadencia, precisamente por esa misma aspiracion inteligente hácia el progreso que agita á todos sus miembros.

La estadística tiene, pues, que hacer constar que los habitantes de Lancaster, huyendo de aquella patria de máquinas , van á buscar trabajo á Irlanda, donde no las hay; y la historia, que la barbarie oscurece las épocas de civilizacion, y que la civilizacion brilla en los templos de la ignorancia y la barbarie.

Evidentemente hay en ese cúmulo de contradicciones alguna cosa que choca y nos advierte que el problema oculta un elemento de solucion, que no se ha dado á conocer lo bastante.

He aquí todo el misterio: detrás de *lo que se ve* está lo que *no se ve*. Voy á ver si lo pongo de manifiesto. Mi demostracion no podrá ser mas que una repeticion de la precedente, porque se trata de un problema idéntico.

Los hombres tienen una inclinacion natural hácia la *baratura*, cuando no se lo impide la violencia; es decir que se sienten inclinados hácia aquello que les proporciona una satisfaccion dada con un ahorro de trabajo; ya les proporcione esa baratura un hábil *Productor extranjero*, ya un hábil *Productor mecánico*.

La objecion teórica que se hace á esa inclinacion es la misma en uno y otro caso. En los dos se le echa en cara la inercia á que en la apariencia condena al trabajo. Y precisamente lo que lo determina es el trabajo no *inerte*, sino *disponible*.

He aquí porque en ambos casos se le opone tambien el mismo obstáculo práctico: la violencia. El legislador *prohíbe* la competencia extranjera, y pone *entredicho* á la competencia mecánica; porque ¿qué otro medio puede existir para contener una inclina-

cion natural en todos los hombres, sino el de quitarles la libertad?

Cierto que en muchos países el legislador se contenta con impedir una de las dos competencias y lamentarse de la otra; pero esto solo prueba que en esos países el legislador es inconsecuente; lo cual no debe sorprendernos.

Desde el momento en que se sigue un mal camino, no hay mas remedio que ser inconsecuente, so pena de dar muerte á la humanidad. No se ha visto ni se verá nunca un principio falso llevado á sus últimas consecuencias. He dicho ya en otra parte que la inconsecuencia es el límite de lo absurdo, y aun pude añadir que es al mismo tiempo la prueba del absurdo.

Vamos á nuestra demostracion: seremos breves.

Juan Lanas tenia dos francos, y se los daba á ganar á dos operarios. Un dia se le ocurre una combinacion de cuerdas y pesas que ahorra la mitad del trabajo; de manera que obtiene la misma satisfaccion que antes, y como ahorra un franco, despide á un operario.

Despide á un operario: esto es *lo que se ve*.

Los que no ven mas que esto, dicen: Véase como la miseria acompaña la civilizacion, y como la libertad es funesta á la igualdad. El ingenio humano ha hecho una conquista, é inmediatamente ha caido para siempre un operario en la sima del pauperismo. Puede ser que Juan Lanas continúe dando trabajo á los dos operarios; pero ya no les dará mas que 10 sueldos á cada uno, porque entrarán en competencia, y ofrecerán su trabajo á menos precio. Así se enriquecen de dia en dia los ricos, y se empobrecen al mismo paso los pobres. ¡Hay que reconstruir la sociedad!

Linda conclusion, digna por cierto del exordio.

Afortunadamente exordio y conclusion son falsos, porque, detrás de la mitad del fenómeno *que se ve*, hay la otra mitad *que no se ve*. No se ve el franco ahorrado por Juan Lanas ni los efectos necesarios de su ahorro.

Puesto que, gracias á su invencion, Juan no gasta mas que un franco en mano de obra, para obtener una satisfaccion dada, le queda otro franco.

Pues, si hay en el mundo un operario que ofrece sus brazos sin empleo, hay tambien un capitalista que ofrece su franco sin aplicacion.

Estos dos elementos se encuentran y se combinan.

Es, pues, claro, como la luz, que no ha variado en lo mas mínimo la relacion entre la oferta y el pedido del trabajo, ni entre la oferta y el pedido del salario.

El invento y un operario pagado con el primer franco hacen ahora el trabajo que antes hacian dos operarios.

El segundo operario pagado con el segundo franco realiza un trabajo que antes no se hacia.

¿Qué hay, pues, variado en el mundo? Hay una satisfaccion nacional de mas, ó, en otros términos, el invento es una conquista gratuita, un beneficio gratuito para la humanidad.

De la forma que á mi demostracion he dado, puede deducirse lo siguiente:

«El capitalista es el que recoge todo el provecho de la máquina. Si por ello la clase asalariada sufre una molestia momentánea, no se aprovecha poco ni mucho, puesto que, segun vos mismo decís, *dislocan* una porcion de trabajo nacional, sin *disminuirlo*, ciertamente, pero tambien sin *aumentarlo*.

No me propongo resolver todas las objeciones en este opúsculo, cuyo único objeto es combatir una preocupacion vulgar muy peligrosa y muy propagada. Quería yo probar que una máquina nueva no pone en disposicion cierto número de brazos sino poniendo tambien en disposicion, *forzosamente* en disposicion, la equivalencia remuneratoria del salario. Estos brazos y esta remuneracion se encuentran y se combinan para producir lo que antes del invento no podia producirse; de donde se sigue que *da por resultado definitivo un acrecentamiento de satisfacciones con un trabajo igual*.

¿Quién recoge este escedente de satisfacciones?

Desde luego, es el capitalista, el inventor, el primero que emplea con éxito la máquina: recompensa de su genio y su audacia. En este caso, segun acabamos de verlo, realiza sobre los gastos de produccion una economía que, cualquiera que sea el objeto en que la emplee (y no deja de emplearla nunca), ocupa exac-

tamente un número de brazos igual al que la máquina ha dejado sin empleo.

Pero al poco tiempo la competencia le obliga á bajar los precios de venta, dentro de los términos del ahorro de que hemos hablado.

Entonces ya no es el inventor el que recoge el fruto de la invencion; es el comprador del producto, el consumidor, el público, incluso los operarios; en una palabra, es la humanidad.

Y *lo que no se ve* es que el ahorro proporcionado á todos los consumidores constituye un fondo, de donde el salario saca su alimento, que reemplaza al que la máquina ha agotado.

Siguiendo nuestro ejemplo, Juan obtiene un producto gastando dos francos en salarios.

Merced á su invento, la mano de obra no le cuesta mas que un franco.

Mientras vende el producto al mismo precio, hay un operario menos ocupado en aquel producto: esto es *lo que se ve*; pero hay un operario mas ocupado con el franco que ahorra Juan : esto es *lo que no se ve*.

Cuando, por la marcha natural de las cosas, Juan se ve reducido á bajar un franco en el precio del producto, deja de realizar el ahorro y vuelve á no disponer del franco que daba al trabajo nacional para el otro producto. Pero, mirándolo bajo este punto de vista, el comprador pasa á ocupar su puesto, y el comprador es la humanidad.

Todo el que compra el producto, lo compra un franco mas barato, ahorra un franco; y este ahorro le queda para suplir lo que ha bajado su salario. Esto es tambien *lo que no se ve*.

De este problema de las máquinas se ha dado otra solucion fundada en los hechos.

Se ha dicho: La máquina reduce los gastos de produccion y hace bajar el precio del producto. La baja del producto provoca un acrecentamiento de consumo, que exige un aumento de produccion, y en definitiva la intervencion de otros tantos ó mas operarios que antes. En apoyo de este argumento se cita la imprenta, los hilados, la prensa, etc.

Esta demostracion no es científica.

Seria necesario deducir que, si el consumo del producto especial de que se trata permaneciese estacionario ó poco menos, la máquina seria perjudicial al trabajo.—Esto no es cierto.

Supongamos que en un pais todos lleven sombreros. Si por medio de una máquina se consigue reducir su precio á la mitad, no se deduce de esto que su consumo tenga que aumentarse *necesariamente* en un doble.

¿Se dirá en este caso que parte del trabajo nacional haya quedado inerte? Sí, segun la demostracion vulgar; no, segun la mia; porque suponiendo que en aquel pais no se comprase un sombrero mas que antes, el fondo entero de los salarios no por esto quedaria menos salvo: lo que iria de menos á la industria sombrerera, se encontraria en la economía realizada por todos los consumidores, y pasaria al trabajo que la máquina hubiese inutilizado, y á provocar un nuevo desarrollo en todas las industrias.

Y así es como sucede. Yo he visto los periódicos á 80 francos; ahora están á 48 : economía de 32 francos para los suscritos. No es cierto, ó á lo menos no es necesario que los 32 continuen fomentando la industria del periodista; pero lo que es cierto, lo que es necesario, es que, si no fomentan esta industria, fomenten otra. Uno emplea aquel ahorro en tener mas periódicos; otro en alimentarse mas; otro en vestirse mejor; otro en tener mejores muebles.

Por esto las industrias son solidarias. Forman un vasto conjunto, cuyas partes se comunican por medio de canales secretos: lo que se ahorra en una se emplea en la otra. Lo que importa es comprender bien que nunca, jamás, se realizan los ahorros á expensas del trabajo y los salarios.

IX.

Crédito.

En todos tiempos; pero sobre todo en estos últimos años, se ha tratado de universalizar la riqueza, universalizando el crédito.

Creo que no será exageracion decir que, desde la revolucion de febrero, las prensas parisienses han vomitado mas de diez mil folletos en que se preconiza esa solucion del *Problema social*.

Esta solucion, sin embargo, está basada en una ilusion pura y simple de óptica, si es que una ilusion puede ser base de algo.

Comenzando por confundir el numerario con los productos, confunden despues el papel-moneda con el numerario; y de estas dos confusiones pretenden que salga una realidad.

En esta cuestion es absolutamente indispensable echar en olvido el dinero, la moneda, los billetes y demás instrumentos por cuyo medio pasan los productos de mano en mano, y fijarse esclusivamente en los productos, que son la verdadera materia del préstamo.

Desde el momento en que un labrador toma prestados cincuenta francos para comprar un arado, en realidad no se le prestan los cincuenta francos; lo que se le presta es un arado.

Y cuando un mercader toma prestados veinte mil francos para comprar una casa, no queda á deber veinte mil francos, sino una casa.

El dinero solo aparece allí para facilitar el arreglo entre partes diversas.

Pedro puede no hallarse en disposicion de prestar su arado, y Jaime puede hallarse en la de prestar su dinero. ¿Qué hace entonces Guillermo? Toma prestado el dinero de Jaime, y con él compra el arado de Pedro.

Pero de hecho, ninguno toma prestado el dinero por la materialidad de ser dinero. Se empresta el dinero como medio para alcanzar los productos.

Ahora bien: en ningun país se pueden transmitir de una mano á otra mas productos que los que se tienen.

Sea cual fuere la cantidad de numerario y papel puesta en circulacion, el conjunto de los prestadores no puede recibir mas arados, casas, útiles, provisiones ó primeras mate-

rias que las que pueda proporcionar el conjunto de prestamistas.

Fijémonos bien en la idea de que todo prestador supone un prestamista, y todo empréstito un préstamo.

Esto sentado, ¿qué bien pueden proporcionar las instituciones de crédito? Facilitar entre los prestadores y los prestamistas el medio de encontrarse y entenderse: lo que no pueden hacer es aumentar instantáneamente la masa de los objetos prestados y empréstados.

Y ese aumento es lo que debería conseguirse para que los reformadores alcanzaran su objeto, puesto que aspiran nada menos que á poner arados, casas, útiles, provisiones y primeras materias en manos de todos los que su posesion desean.

Y para conseguirlo, ¿qué imaginan?

Dar al préstamo la garantía del Estado.

Profundicemos la materia, porque encierra algo *que se ve* y algo que *no se ve*. Procuremos ver ambas cosas.

Supongamos que no haya mas que un arado en el mundo, y que dos labradores lo pretendan.

Pedro es poseedor del único arado que hay disponible en Francia. Juan y Jaime desean tomarlo prestado. Juan, por su probidad, sus propiedades y su buena fama, ofrece garantías. *se cree en él; tiene crédito*. Jaime no inspira ó inspira menos confianza, y sucede naturalmente que Pedro presta su arado á Juan.

Pero he aquí que, bajo la inspiracion socialista, interviene el Estado y dice á Pedro: prestad vuestro arado á Jaime; yo os garantizo el reembolso; garantía que vale mas que la de Juan, que no tiene mas que su persona para responder de sus actos. Yo no tengo nada, es cierto; pero dispongo de la fortuna de todos los contribuyentes, y con su dinero os pagaré el capital y los intereses.

Consecuencia: Pedro presta su arado á Jaime; esto *es lo que se ve*.

Y los socialistas se restregan las manos, diciendo: Mirad qué bien ha salido nuestro plan. Gracias á la intervencion del

Estado, el pobre Jaime tiene un arado. Ya no tendrá necesidad de cavar la tierra; ya lo tenemos en camino de hacer fortuna. Es un beneficio para él y otro para la nacion entera.

Pues no, señores; no es un beneficio para la nacion , porque he aquí lo que *no se ve*.

No se ve que el arado no ha pasado á ser de Jaime, sino porque no ha pasado á ser de Juan.

No se ve que, si Jaime ara en vez de cavar, Juan se verá reducido á cavar en vez de arar.

Por consiguiente, lo que se creia *aumento*, no es mas que *desviacion* de préstamo.

Y ademas, *tampoco se ve* que esta desviacion implica profundas injusticias.

Injusticia con respecto á Juan, á quien se despoja del crédito que habia merecido y obtenido merced á su carácter probo y activo.

Injusticia con respecto á los contribuyentes , á quienes se espone á tener que pagar una deuda que no han contraído.

¿Se dirá que el gobierno ofrezca á Juan las mismas facilidades que á Jaime? ¿Cómo puede ser esto? No habiendo mas que un arado disponible, no se pueden prestar dos. El argumento vuelve á reducirse á que, merced á la intervencion del Estado, habrá mas empréstitos que préstamos se puedan hacer; puesto que el arado representa aquí la masa de los capitales disponibles.

Cierto que he reducido la operacion á los términos mas sencillos; pero someted á la misma piedra de toque las instituciones gubernamentales de crédito mas complicadas, y os convencereis de que su resultado no puede ser otro que el de *variar el asiento* del crédito , no aumentarlo. En un país y una época dados, no hay mas que cierta cantidad de capitales disponibles, y todos se colocan. Garantizando el Estado á los insolventes, puede aumentar el número de los prestadores, hacer que suba la tasa del interés (siempre en perjuicio del contribuyente); pero lo que no puede hacer, es aumentar el número de los prestamistas y la importancia del total de préstamos.

No se me vaya, empero, á achacar una deduccion, que no sacaré ¡Dios me libre de ello! Digo que la ley no debe favorecer artificialmente los empréstitos; pero no digo que deba impedirlos artificialmente. Si se encuentran en nuestro régimen hipotecario, ó donde quiera que sea, obstáculos para la difusion y propagacion del crédito, derribense: nada mas justo. Pero solo esto y la libertad deben pedir á la ley los reformadores que aspiren á llevar dignamente este nombre (1).

X.

La Argelia.

A nuestra vista tenemos cuatro oradores que se disputan la tribuna. Hablan primero todos á la vez, y luego uno tras otro por su órden. ¿Qué han dicho? Muy lindas cosas por cierto sobre el poderío y la grandeza de Francia, sobre la necesidad de sembrar para recoger, sobre el brillante porvenir de nuestra dilatada colonia, sobre la ventaja de dar salida á nuestro *exceso* de poblacion, etc. etc.: magníficos trozos de elocuencia, siempre exornados con la peroracion siguiente: «Votad cincuenta millones (poco mas ó menos) para hacer puertos y abrir caminos en la Argelia; para que pasen á habitarla nuevos colonos; para edificarles casas y desmontar terrenos. De este modo aliviareis al trabajador francés, fomentareis el trabajo en Africa, y hareis fructificar el comercio en Marsella. Todo es beneficio.»

Y todo ello es muy cierto... si no se consideran los mencionados cincuenta millones sino desde el momento en que el Estado los gasta; si se mira á donde van, y no de donde vienen; si solo se tiene en cuenta el bien que producirán saliendo

Véase el final de la carta 12.^a en *Capital y Renta*, y las siguientes de este volumen.

de la caja de los recaudadores, y no el bien que se ha impedido produjesen al hacerlos ingresar en poder de estos: bajo ese limitado punto de vista, sí, todo es beneficio. La casa edificada en la Argelia es *lo que se ve*; el puerto abierto en la Argelia es *lo que se ve*; el trabajo estimulado en la Argelia es *lo que se ve*; algunos brazos menos en Francia es *lo que se ve*; un gran movimiento de mercancías en Marsella, tambien es *lo que se ve*.

Pero hay otra cosa que *no se ve*. Es que los cincuenta millones gastados por el Estado, no los podrán gastar los contribuyentes. De todo el bien atribuido al gasto público ya verificado, hay, pues, que rebajar todo el mal del gasto público que se ha impedido, á menos que no se vaya á decir que Juan Lanas no habria empleado en ninguna cosa las moneditas de á cien sueldos que habia ganado con el sudor de su rostro, y que el Estado le arrebató; aserto absurdo, puesto que, si se ha tomado el trabajo de ganarlas, era porque esperaba tener la satisfaccion de emplearlas en algo. Habria mandado levantar la cerca de su jardin, y no ha podido hacerlo: esto *no se ve*. Habria mandado margar su campo, y no puede hacerlo: esto *no se ve*. Habria añadido un piso á su casa, y no puede hacerlo: esto *no se ve*. Habria comprado mas útiles, y no puede hacerlo: esto *no se ve*. Estaria mejor alimentado, mejor vestido; habria dado mejor instruccion á su hijo ó aumentado el dote de su hija, y no puede hacerlo: esto *no se ve*. Habria ingresado en la sociedad de socorros mútuos, y no puede hacerlo: esto *no se ve*. Por una parte, los goces que se le han quitado y los medios de accion que se han destruido en sus manos; y por otra, el trabajo del peon, del carpintero, del herrero, del sastre, del maestro de escuela de su lugar; trabajo que aquel habria fomentado y que quedó aniquilado: *todo esto no se ve*.

Se fia mucho en la futura prosperidad de la Argelia; pero cuéntese tambien por algo el marasmo en que entretanto se hunde inevitablemente la Francia. Me hablan del comercio marsellés; pero si se hace con el producto del impuesto, tambien hablaré yo de un comercio legal aniquilado en el resto del país.

Se dice: «Ya tenemos un colono trasladado á Berbería; es un alivio para la poblacion que queda en el país.» Pero yo respondo: ¿Cómo puede ser esto, si, al trasladar ese colono á Argel, se ha trasladado tambien un capital dos ó tres veces mayor que el que bastaba para que viviese en Francia (1)?

No me propongo otro objeto que hacer comprender al que leyere, que en todo gasto público, detrás del bien aparente, hay un mal mas difícil de distinguir. Mi mas vehemente deseo es acostumbrarle á ver lo uno y lo otro, y á tomarlo todo en cuenta.

Cuando se ha propuesto un gasto público es preciso examinarlo en sí mismo, haciendo abstraccion del supuesto estímulo que ha de comunicar al trabajo, porque este estímulo es una quimera. Lo que hace en este asunto el gasto público, tambien lo hubiera hecho el gasto privado. De manera que el interés del trabajo es siempre independiente de estas cosas.

No entra en mis miras apreciar en este escrito el mérito intrínseco de los gastos públicos aplicados á la Argelia; pero no puedo pasar en silencio una observacion general, y es que la presuncion está siempre en contra de los gastos colectivos verificados por medio del impuesto. ¿Porqué? Vamos á decirlo.

En primer lugar, porque siempre perjudican poco ó mucho á la justicia. Puesto que Juan Lanas habia sudado para ganar la moneda de cien sueldos á fin de procurarse una satisfaccion, es cuando menos enojoso que intervenga el fisco para privar á Juan Lanas de dicha satisfaccion y proporcionársela á otro. El fisco, ó los que le harán obrar, son los que tienen que justificar el hecho con razones. El estado da una muy mala cuando dice: con estos cien sueldos daré trabajo á algunos operarios;

(1) Ultimamente el señor ministro de la Guerra ha afirmado que cada individuo trasladado á Argelia, ha costado al país 8.000 francos. Ahora bien; es positivo que los desgraciados de que se trata hubieran vivido muy bien en Francia con un capital de 4.000 francos. Pues pregunto yo, ¿donde está el alivio para la poblacion francesa, cuando se le quita un hombre y los medios de existencia de otros dos,

puesto que Juan Lanas, (cuando se haya curado de las cataratas) no dejará de contestar: «¡Toma, con esos cien sueldos tambien los haria yo trabajar!»

Dejando aparte esta razon, aparecen las otras en toda su desnudez, y el debate entre el fisco y el pobre Juan Lanas muy simplificado. Si el Estado le dice: te cobro cien sueldos para pagar al gendarme que vela por tu seguridad; para empedrar la calle que atraviesa todos los dias; para indemnizar al magistrado que hace respetar tu propiedad y tu libertad; para alimentar al soldado que vigila nuestras fronteras, ó mucho me engañó, ó Juan Lanas pagará sin decir una palabra. Pero si el Estado le dice: «Te tomo cien sueldos para darte uno de prima en el caso de que hayas cultivado bien tu campo; ó para enseñar á tus hijos lo que tú no quieras que aprendan; ó para que el señor ministro añada el plato número ciento y uno á su mesa; ó bien para levantar una cabaña en la Argelia, salvo quitarte otros cien sueldos todos los años para que haya un colono que la guarde, y otros cien sueldos para mantener á un soldado que guarde al colono, y otros cien sueldos para mantener á un general que guarde al soldado, etc., etc.: ya me parece estar oyendo á Juan Lanas gritar: «ese régimen legal es muy parecido al régimen de la selva de Bondy» ¿Y qué hace el Estado para salir al paso á esa objecion? Lo confunde todo; saca á relucir justamente la detestable razon que no deberia tener influencia alguna en este asunto: habla del efecto que producen los cien sueldos aplicados al trabajo; nos presenta el cocinero y el proveedor del ministro; nos presenta un colono, un soldado y un general que viven de aquellos cinco francos; nos presenta, en fin, *lo que se ve*; y mientras Juan Lanas no haya aprendido á cotejarlo con *lo que no se ve*, Juan Lanas será victima. Por esto estoy empeñado en repetirselo un dia y otro, para que lo aprenda.

Y siendo causa los gastos públicos de que el trabajo varie de asiento sin aumentarse, resulta contra ellos otra presuncion grave. Variar de asiento el trabajo, es variar de asiento los trabajadores; es turbar las leyes naturales que presiden

á la distribucion de la poblacion por el territorio. Cuando se dejan al contribuyente 50 millones, como el contribuyente está en todas partes, aquel dinero alimenta el trabajo de los cuarenta mil municipios de Francia; obra conforme al lazo que á todos nos retiene en el pais natal; se reparte entre todos los trabajadores y en todas las industrias imaginables. Si el Estado sustrae esos cincuenta millones, y los acumula, y los gasta en un punto dado, atrae á aquel punto una cantidad proporcional de trabajo distraido de su cauce, un número correspondiente de trabajadores sacados de su pais; poblacion flotante, inclasificada, y aun me atrevo á decir peligrosa, una vez agotados los fondos. Pero sucede (y aquí vuelvo á mi asunto) lo siguiente: esa actividad febril y, por decirlo así, concentrada en un estrecho espacio, salta á lav istade todos: esto es *lo que se ve*: el pueblo aplaude, se maravilla de la belleza y la facilidad del procedimiento, y pide que se renueve y se estienda. Lo que *no ve*, es que una cantidad igual de trabajo, probablemente mas sensato, parece de inanicion en todo el resto de Francia.

XI.

Ahorro y lujo.

No es solo en la cuestion de gastos públicos donde *lo que se ve* eclipsa lo que no se ve. Dejando á la sombra la mitad de la economía política, este fenómeno conduce á una falsa moral. Hace que las naciones consideren como antagonistas sus intereses morales y sus intereses materiales. ¡Qué cosa mas desconsoladora y mas triste! Oid:

No hay padre de familia que no considere como un deber el enseñar á sus hijos el orden, el arreglo, el espíritu de conservacion, la economía, la moderacion en los gastos.

No hay religion que no truene contra el fausto y el lujo. Eso está muy bien; mas por otra parte ¿hay cosa mas popular que las sentencias siguientes?

«Ateorar es secar las venas de los pueblos.»

«En el lujo de los grandes consiste el bienestar de los pequeños.»

«Los pródigos se arruinan; pero enriquecen el Estado.

«Lo superfluo del rico es el pan del pobre.»

He aquí una contradicción flagrante entre la idea moral y la social. ¡Cuántos hombres eminentes duermen ya el sueño de la muerte después de haber demostrado la existencia del conflicto! Esto es lo que no he podido comprender nunca, porque me parece que no puede haber cosa más terrible que observar en la humanidad dos tendencias. ¡Cómo! ¡será cierto que la humanidad llegue á la degradación tanto por un extremo como por otro! ¿si economiza, cae en la miseria; si es pródigo, se abisma en el aniquilamiento moral?

Afortunadamente las máximas vulgares presentan en un falso punto de vista el ahorro y el lujo, porque solo se fija en las consecuencias inmediatas *que se ven*, y no los efectos ulteriores *que no se ven*. Procuremos rectificar esa opinión incompleta.

Luis y su hermano Federico, que compartieron la herencia de su padre, tienen cincuenta mil francos de renta cada uno. Luis practica la filantropía á la moda. Aquello es lo que se llama varear la plata. Renueva su mueblaje muchas veces al año; varía de coches todos los meses; da que hablar con los medios que inventa para acabar cuanto antes con lo que tiene; en una palabra, eclipsa á los calaveras de Balzac y Alejandro Dumas.

Pero es cosa de oír el concierto de alabanzas de los que lo rodean. «Habládnos de Luis, ¡viva Luis! Es el bienhechor de los trabajadores; es la providencia del pueblo. Verdad es que se entrega á las orgías, y salpica de lodo á los transeuntes; su dignidad y la dignidad humana lo pagan... pero... ¡bah! si no se hace útil por sí mismo, se hace útil por su fortuna. Hace circular el dinero; á su casa acuden en gran número los productores, retirándose siempre satisfechos. ¿No dicen que, si el oro es redondo, es para que ruede?

Federico ha adoptado un plan de vida muy diferente. Si

bien no es egoísta, es, á lo menos, *individualista*, porque calcula sus gastos; no busca mas que placeres moderados y razonables; piensa en el porvenir de sus hijos, y, finalmente, ya que hemos de soltar la palabra, *economiza*.

Y es cosa de oír lo que de él dice el vulgo.

¿Para qué sirve ese mal rico, ese avariento? Hay algo de imponente, de grave en la sencillez de su vida; es, por otra parte, humano, bienhechor, generoso, pero calcula. No es de esos que gastan sus rentas. Su casa no es de las que brillan siempre y hacen ruido. ¿Qué tienen que agradecerle los tapiceros, los fabricantes de carruajes, los chalanes y los confiteros?

Estos juicios, funestos á la moral, están fundados en que hay una cosa que salta á la vista, que es el gasto del pródigo, y otra que se oculta: el gasto igual y aun superior del que economiza.

Pero las cosas están tan admirablemente combinadas por el divino inventor del orden social, que, así en esto como en todo, la economía política y la moral, lejos de estar en contradicción, están de acuerdo; y la prudencia de Federico, no solo es mas digna, sino mas provechosa que la locura de Luis.

Y cuando digo mas provechosa, no solo quiero decir mas provechosa á Luis y á la sociedad en general, sino mas provechosa á los operarios actuales, á la industria del día.

Para demostrarlo, basta ofrecer á la mente esas consecuencias ocultas de las acciones humanas que los ojos corporales no ven.

Sí; la prodigalidad de Luis tiene efectos visibles á todas las miradas: todo el mundo puede ver sus berlinas, sus landós, sus faetones, las lindas pinturas de sus habitaciones, sus ricos tapices, el brillo que por todas partes refleja en su palacio. Todo el mundo sabe que sus caballos disputan premios en el hipódromo. Los convites que da en la fonda de París, llaman la atención de los curiosos que pasan por el boulevard, y se oye decir: «Ese sí que, en vez de guardar parte de sus rentas, probablemente estará gastando el capital.» Esto es *lo que se ve*.

Asi fuera tan fácil ver, desde el punto de vista del interés de los operarios, lo que sucede con las rentas de Federico. Vamos á seguirles la pista, y nos llegaremos á convencer de que todas sus rentas, *hasta el último óbolo*, harán trabajar á los operarios lo mismo que las de Luis.

No hay mas diferencia que la siguiente: Las locas disipaciones de Luis están condenadas á ir decreciendo constantemente y á encontrar un término necesario; mientras los prudentes gastos de Federico irán cada dia en aumento.

Y si llegase, en efecto, á suceder así, el interés público se hallará de acuerdo con la moral.

Federico gasta, para él y su casa, veinte mil francos al año. Si esto no bastase á su felicidad, no mereceria el nombre de prudente. Siente los males que pesan sobre las clases pobres; cree en conciencia que debe contribuir á su alivio, y emplea diez mil francos en actos de beneficencia. Tiene entre los negociantes, fabricantes y agricultores, amigos que pasan por apuros momentáneos. Se informa de su situacion á fin de socorrerlos con prudencia y eficacia; á cuyo objeto destina otros diez mil francos. Por último, no echa en olvido que tiene que dotar á sus hijas, y asegurar el porvenir de sus hijos, y, por consiguiente, se impone la obligacion de ahorrar y colocar todos los años diez mil francos.

Veamos, pues, el empleo que hace de sus rentas.

1.º Gastos personales.	20,000 francos.
2.º Beneficencia.	10,000
3.º Servicios de amistad.	10,000
4.º Ahorros.	10,000

Examinemos la cuenta, capítulo por capítulo, y veremos que no queda un óbolo que no contribuya al trabajo nacional.

1.º Gasto personal. Este gasto en cuanto se refiere á operarios y proveedores, tiene efectos absolutamente idénticos á un gasto igual hecho por Luis. Esto se evidencia por sí mismo, y no tenemos porqué detenernos á demostrarlo.

2.º Beneficencia. Los 10,000 francos empleados en este objeto, pasan tambien á alimentar la industria; llegan al panadero, al carnicero, al que hace trajes y muebles. El pan, la

carne y los vestidos no sirven directamente á Federico; pero sí á aquellos que le sustituyen; y esta sustitucion de un individuo por otro no afecta en nada á la industria en general. Que Federico gaste cien sueldos ó que suplique á un desgraciado que los gaste en lugar suyo, el resultado es el mismo.

3.º Servicios de amistad. El amigo á quien Federico presta ó da 10,000 francos, no los recibe para enterrarlos: esta seria una hipótesis inverosímil. Los emplea en pagar mercancías ó deudas. En el primer caso, fomenta la industria. ¿Habrà quien se atreva á decir que la industria sale mas gananciosa de la compra de un caballo de sangre pura que de la de 10,000 francos de telas? Si esta cantidad se emplea en pagar una deuda, el resultado será que aparezca un tercer personaje, el acreedor, que cobrará los 10,000 francos; y que indudablemente los empleará en algo de su comercio, su industria ó su oficio. Es un intermediario mas entre Federico y los operarios: los nombres propios cambian; pero el gasto es el mismo, y el fomento de la industria tambien.

4.º Ahorro. Quedan los 10,000 francos *ahorrados*, y aquí es donde, bajo el punto de vista del fomento de las artes, la industria, el trabajo y los operarios, Luis parece muy superior á Federico, por mas que bajo el punto de vista moral Federico parezca algo superior á Luis.

Nunca veo sin cierto disgusto físico, que llega hasta el sufrimiento, la apariencia siquiera de contradicciones semejantes entre las leyes cardinales de la naturaleza. Si la humanidad se viera reducida á optar entre dos partidos tales, que el uno lastimara sus intereses y el otro su conciencia, tendríamos por fuerza que desesperar de su porvenir. Afortunadamente no sucede así (1). Para que veamos recobrar á Federico la preeminencia económica, así como hemos visto que poseia la moral, nos bastará comprender el siguiente consolador axioma, que, no por parecer paradójico, deja de ser cierto: *Ahorrar es gastar*.

(1) Véase los capítulos XIV y XVIII de la primera série de los *Sofismas* y el XI de este tomo.

¿Cuál es el objeto que se propone Federico al economizar diez mil francos? ¿Será el de enterrar dos mil piezas de cien sueldos en un escondrijo de su jardín? No, por cierto; lo que se propone es aumentar su capital y su renta. Por consiguiente, el dinero que no emplea en comprar satisfacciones personales, lo emplea en comprar tierras, casas, rentas del Estado, acciones sobre industrias, ó bien lo coloca en casa de un negociante ó de un banquero. Seguid la marcha de sus monedas en todas las hipótesis, y os convencereis de que, por medio de los vendedores ó prestadores, van á alimentar el trabajo, lo mismo que, si Luis, imitando á su hermano, las hubiese cambiado por muebles, joyas y caballos.

Porque, cuando Federico compra por valor de 10,000 francos de tierras ó rentas, lo hace determinado por la consideracion de que no necesita gastar aquella suma, puesto que esto es lo que motiva vuestras quejas.

Pero tambien el que le vende la tierra ó la renta, lo hace determinado por la consideracion de que necesita gastar aquellos 10,000 francos en una cosa ú otra.

De manera que, en último resultado, el gasto se verifica, ya lo haga Federico, ya uno que lo sustituya.

Bajo el punto de vista de la clase obrera, es decir, del fomento del trabajo, no hay mas que una diferencia entre la conducta de Luis y la de Federico. El gasto de Luis, como lo hace él y se verifica cerca de él, *se ve*. El de Federico, que se verifica en parte por intermediarios y lejos de él, *no se ve*. Pero, de hecho y para los que saben atribuir los efectos á sus verdaderas causas, el que no se ve es tan positivo como el que se ve. La prueba está en que en uno y en otro caso las monedas *circulan*, y no se queda en la gabela del disipador ni en la del prudente.

Es, por consiguiente, falso decir que el ahorro causa un perjuicio actual á la industria. En este concepto es tan beneficioso como el lujo. ¡Pero cuánto le supera si el pensamiento, en lugar de ceñirse á una hora que pasa, abraza un largo período!

Diez años han trascurrido. ¿Adónde han ido á parar Luis y su fortuna y su gran popularidad? Todo se ha desvaneci-

do; Luis está arruinado: en vez de esparcir sesenta mil francos todos los años por el cuerpo social, tal vez le sirve de carga. Cuando menos, ya no es el encanto de sus proveedores, ni se cuenta entre el número de los que fomentan las artes y la industria; ya no sirve de nada á los operarios.

Al mismo tiempo Federico, no solo continúa entregando todas sus rentas á la circulacion, sino que las aumenta todos los años. Aumenta el capital nacional, es decir, el fondo que alimenta el salario; y como de la importancia de su fondo depende el pedido de brazos, contribuye á aumentar progresivamente la remuneracion de la clase obrera.

Bajo el punto de vista moral, la superioridad del ahorro sobre el lujo es incontestable. Es un gran consuelo pensar que lo mismo sucede bajo el punto de vista económico, para el que no se detiene á considerarlo en sus efectos inmediatos, y sabe llevar sus investigaciones hasta sus efectos definitivos.

XII.

Derecho al trabajo, derecho al beneficio.

«Hermanos, escotad para proporcionarme trabajo al precio que estimeis. » Este es el derecho al trabajo, el socialismo elemental ó de primer grado.

«Hermanos, escotad para proporcionarme trabajo, cuyo precio estimaré yo. » Este es el derecho al beneficio, el socialismo refinado ó de segundo grado.

Uno y otro viven por los efectos que *se ven*. Pero morirán de los efectos que *no se ven*.

Lo que se ve es el trabajo y el beneficio escitados por el escote social. *Lo que no se ve* son el trabajo y los beneficios que produciría el mismo escote, si se dejase en poder de los contribuyentes.

En 1848 el derecho al trabajo se manifestó un momento bajo dos puntos de vista. Esto bastó para desconceptuarlo por completo ante la opinion pública.

Una de sus fases se llamaba *Talleres nacionales*.

La otra, cuarenta y cinco centimos

Todos los días pasaban millones y millones de la calle de Rivóli á los talleres nacionales. Este era el lado agradable de la medalla.

Pero véase su reverso. Para que salgan de una caja los millones, es preciso que hayan entrado en ella. Por eso los organizadores del derecho al trabajo se dirigieron á los contribuyentes.

Y los aldeanos decían: Tengo que pagar 45 centimos, de manera que es fuerza me prive de hacerme un traje, y no podré abonar mi campo ni reparar mi casa.

Y los operarios del campo decían: Puesto que el amo se priva de hacerse un vestido, habrá menos trabajo para el sastre; puesto que no abona su campo, habrá menos trabajo para el labrador; y puesto que no manda reparar su casa, habrá menos trabajo para el albañil y el carpintero.

Y entonces quedó probado que soplar y sorber no puede ser, y que el trabajo pagado por el gobierno se ejecuta á espensas de trabajo pagado por el contribuyente. Esta fué la muerte del derecho al trabajo, que apareció como una quimera y una injusticia.

Y, sin embargo, el derecho al beneficio, que no es mas que la exageracion del derecho al trabajo, sigue viviendo y gozando de la mas perfecta salud.

¿No hay algo de vergonzoso en el papel que el proteccionista hace representar á la sociedad?

Porque el hecho es que le dice:

Es menester que me des trabajo, y lo que es mas, trabajo lucrativo. Yo he elegido indiscretamente una industria que me ocasiona una pérdida de 10 p^{ts}: si impones una contribucion de veinte francos á mis compatriotas y me la entregas, mi pérdida se convertirá en beneficio.

Si es verdad que yo tengo derecho al beneficio, debes hacerlo así.

La sociedad, que oye ese sofisma y que no cae en que la pérdida que sufre una industria, no deja de ser pérdida por

mas que obligue á las demas industrias á resarcirla; la sociedad, decimos, merece la carga que se le impone.

De modo que, (ya lo hemos visto en los varios ejemplos que he citado) no conocer la economía política es dejarse deslumbrar por el efecto inmediato de un fenómeno, y conocerla es abarcar con el pensamiento el conjunto de los efectos (1)

Aquí podría yo someter á la misma prueba otras muchas cuestiones; pero retrocedo ante la monotonía de una demostración siempre uniforme, y concluyo aplicando á la economía política lo que Chateaubriand ha dicho de la Historia:

« Hay (dice) dos consecuencias en historia: la una inmediata, que se deja conocer al instante, y la otra remota, que « no se distingue desde luego. Estas consecuencias estan en « contradicción muchas veces: emanan las unas de nuestro « limitado conocimiento, y las otras de la sabiduría eterna. « El hecho providencial aparece despues del hecho humano. Detras de los hombres, se eleva Dios. Negad cuanto « queráis el supremo consejo, no consintais en su acción, « disputad sobre las palabras, llamad fuerza de las cosas ó « razón á lo que el vulgo llama Providencia; pero considerad « el término de un hecho consumado y vereis que siempre « produce lo contrario de lo que se esperaba, cuando no se « ha establecido desde luego sobre la moral y la justicia.

(1) Si todas las consecuencias de una acción recayesen en su autor, nuestra educación sería muy rápida; mas no sucede así. A veces los buenos resultados visibles estan en favor nuestro, y los malos efectos visibles son para otro; lo cual nos los hace mas invisibles todavía. Entonces hay que esperar que la reacción venga de aquellos en quienes recaen los malos efectos del acto. Esto tarda muchas veces en verificarse, prolongándose así el reinado del error.

Verifica un hombre un acto que produce buenos resultados iguales á 10 en beneficio suyo, y malos resultados iguales á 15 repartidos entre 50 individuos, de manera que solo les cabe á medio á cada uno. En el total hay pérdida y por consiguiente es indudable que habrá reacción: pero se concibe que esta reacción se haga esperar tanto mas, cuanto mas diseminado esté el mal en la masa y mas concentrado esté el bien en un solo punto.

(Nota inédita del autor.)

PROPIEDAD Y LEY.

A la confianza de mis conciudadanos debo mi carácter de *legislador*; título que no habria yo aceptado á considerarlo como Rousseau lo consideraba.

«El que tiene resolucion bastante para dedicarse á dar instituciones á un pueblo, dice, debe creerse capaz de cambiar, digámoslo así, la naturaleza humana, de trasformar á cada uno de los individuos, que cada uno de por sí es un todo perfecto y aislado, en parte de un gran todo del que el individuo recibe es cierto modo su vida y sér; debe creerse capaz de alterar la constitucion física del hombre para robustecerla, etc., etc. Si es verdad que es muy raro encontrar un gran príncipe, ¡cuánto mas no lo será encontrar un gran legislador! La tarea del primero se reduce á imitar el modelo que el otro ha tenido que proponerle. Este es el maquinista que inventa la máquina; aquel no es mas que el operario que ajusta unas á otras sus piezas, y la hace mover.»

Estando persuadido Rousseau de que el estado social era de invencion humana, debia poner en muy alto lugar la ley y el legislador. Entre este y los demas hombres veia la distancia, ó mas bien el abismo que separa el maquinista de la materia inerte de que se compone la máquina.

En concepto de este autor, la ley debia trasformar las personas y crear ó dejar de crear la propiedad. En mi concepto, las personas y propiedades existen con anterioridad á las leyes, y para concretarme á mi asunto especial, diré: No, la propiedad no existe porque existan las leyes, sino que hay leyes porque hay propiedad.

La oposicion entre estos dos sistemas es radical; las consecuencias que de ellos resultan, se van apartando unas de otras: séame, pues, permitido plantear claramente la cuestion.

Advierto, ante todo, que empleo la palabra *propiedad* en su acepcion general y no en el sentido de *propiedad territorial*. Me pesa, y creo que pesará tambien á todos los economistas, que esta palabra despierte en nosotros la idea de posesion de la tierra. Yo entiendo por *propiedad* el derecho que tiene el trabajador sobre el valor que ha creado con su trabajo.

Esto sentado, me pregunto si este derecho es de creacion legal, ó si es, por el contrario, anterior y superior á la ley; si ha sido menester que la ley viniese á dar á luz el derecho de propiedad, ó si, por el contrario, era la propiedad un hecho y un derecho preexistente, que ha dado ocasion á que naciera la ley. En el primer caso, el legislador tiene que organizar, modificar y aun suprimir la propiedad, si lo cree conveniente; en el segundo, sus atribuciones se refieren á ampararla, á hacerla respetar.

En el preámbulo de un proyecto de constitucion, publicado por uno de los mas profundos pensadores de nuestra época, Mr. de Lamennais, leo lo siguiente:

«El pueblo francés declara que reconoce derechos y deberes anteriores y superiores á todas las leyes posibles é independientes de ellas.

»Esos derechos y deberes, directamente emanados de Dios, se encierran en el triple dogma que espresan estas palabras sagradas: «Igualdad, Libertad, Fraternidad.»

Y yo pregunto si no es el derecho de propiedad uno de los que, lejos de emanar de la ley positiva, son anteriores á la ley y tambien la razon de ser de la ley.

Esta no es, como podria imaginar alguno, una cuestion inútil y ociosa. Es una cuestion inmensa, fundamental: su solucion interesa en gran manera á la sociedad; lo cual será á todos patente despues que haya comparado yo en su origen y efectos un sistema con otro.

Los economistas creen que la *propiedad* es un hecho providencial como la *persona*. El código no da existencia á una ni á otra. La propiedad es una consecuencia necesaria de la constitucion del hombre.

En el rigor de la palabra, el hombre *nace propietario* por cuanto nace con necesidades cuya satisfaccion es indispensable para que viva; nace con órganos y facultades, cuyo ejercicio es indispensable para la satisfaccion de dichas necesidades. Las facultades no son mas que la estension de la persona; y la propiedad no es mas que la estension de las facultades. Separar el hombre y sus facultades, es ponerle á morir; separar al hombre del producto de sus facultades es tambien ponerle á morir.

Hay publicistas que se dan de calabazadas para averiguar cómo deberia Dios haber hecho al hombre; pero nosotros estudiamos al hombre tal cual Dios lo hizo: sentamos que no puede vivir sin llenar sus necesidades, que no puede llenarlas sin trabajar, y que no puede trabajar si no tiene la *certeza* de emplear en sus necesidades el fruto de su trabajo.

Hé ahí porqué creemos que la propiedad es de institucion divina, y que su *seguridad ó amparo* es objeto de la ley humana. Y tan cierto es que la propiedad es anterior á la ley, que la reconocen hasta los mismos salvages, aun careciendo de ley, á lo menos escrita. Cuando un salvage ha empleado su trabajo en levantar una cabaña, no hay quien le dispute su propiedad ó pertenencia.

Cierto que otro salvage mas robusto podrá arrojarle de su cabaña; pero no será sin causar indignacion y zozobra á toda la tribu. Y la posibilidad de abusos de fuerza semejantes, es precisamente lo que dió origen á la asociacion, al comercio, á la *ley* que destina la fuerza pública al servicio de la propiedad. Nace, pues, la ley de la propiedad, y no en modo alguno la propiedad de la ley.

Hasta podriamos decir que entre los animales está reconocido el principio de propiedad: la golondrina cuida tranquilamente de sus hijuelos en el nido que ha hecho con su trabajo.

Y aun la planta vive y se desarrolla por asimilacion, por apropiacion. Se *apropia* las sustancias y los gases, las sales que están á su alcance. Bastaria con impedir este fenómeno, para que la viésemos agostar y morir.

Del mismo modo vive y se desenvuelve el hombre.

La *apropiación* es un fenómeno natural, providencial, esencial á la vida; y la *propiedad* no es mas que la apropiación convertida en derecho por la ley. Cuando el trabajo ha convertido en *asimilables y apropiables* sustancias que no lo eran, no sé yo en qué concepto se podrá exigir que en derecho debiese verificarse el fenómeno de la apropiación en beneficio de un individuo que no sea el que haya hecho el trabajo.

La intervencion de la ley está fundada en estos hechos primordiales, consecuencias necesarias de la constitucion del hombre. Como la aspiración á vivir y desenvolverse puede impulsar al hombre fuerte á despojar al débil, lo cual seria violar el derecho del trabajo, se convino en que la fuerza de todos se consagraria á evitar y reprimir la violencia. Así, pues, el objeto de la ley es hacer respetar la propiedad: luego no es la propiedad lo convencional, sino la ley.

Examinemos ahora el origen del sistema opuesto.

Todas nuestras constituciones declaran que la *propiedad* es sagrada, lo cual parece atribuir, como objeto, á la asociación comun el libre desenvolvimiento de las individualidades y de las asociaciones particulares por medio del trabajo. Esto implica que la propiedad es un derecho anterior á la ley, puesto que el único objeto de la ley es garantizar la propiedad.

Pero yo me pregunto á mí mismo, si esta declaración se habrá introducido en nuestras constituciones instintivamente, digámoslo así, como párrafo de fraseología, de letra muerta, y sobre todo, si estará en la esencia de todas las convicciones sociales.

Si es cierto, como se ha dicho, que la literatura sea la expresión de la sociedad, deberá sernos lícito abrigar dudas acerca de este punto; porque los publicistas de hoy, si bien saludan respetuosamente el principio de propiedad, invocan como nunca la intervencion de la ley, no para que la propiedad sea respetada, sino para modificarla, alterarla, trasformarla, equilibrarla, pesarla y organizarla, lo mismo que el crédito y el trabajo.

Y esto supone que se atribuye á la ley, y por consecuencia,

al legislador un poder absoluto sobre las personas y las propiedades.

Lo cual, por mas que nos aflija, no puede sorprendernos.

¿En dónde vamos nosotros á beber las ideas sobre estas materias y aun la misma nocion del *Derecho*? En los libros latinos, en el derecho romano.

Yo no he estudiado Derecho; pero bástame con saber cuál es la fuente de nuestras teorías, para afirmar que son falsas. Los romanos debian considerar la propiedad como un hecho puramente convencional, como un producto, una creacion artificial de la ley escrita. Claro es y evidente que no podian, como hace hoy la economía política, remontarse hasta la constitucion del hombre, y descubrir la relacion y el enlace necesarios que existen entre los fenómenos que se llaman necesidades, facultades, trabajo y propiedad. Hubiera sido una contradiccion, un suicidio. Los romanos, que vivian del robo, cuyas propiedades eran todas fruto del despojo, que fundaban sus medios de existencia en el trabajo de los esclavos, ¿cómo habrian podido, sin conmover su sociedad hasta los cimientos, introducir en su legislacion la idea de que el verdadero título de la propiedad era el trabajo que la produjo? No; no podian decirlo ni creerlo. Debian echar mano de la definicion empírica de la propiedad, *jus utendi et abutendi*; definicion que solo se refiere á los efectos, y no á las causas, ni á los orígenes; porque los orígenes les convenia ocultarlos en la sombra.

Es cosa triste que en el siglo XIX la ciencia del Derecho no haya roto con las ideas que la existencia de la esclavitud debió ingerir en la antigüedad; pero es cosa que tiene su explicacion.

La enseñanza del derecho está monopolizada en Francia, y el monopolio excluye el progreso.

Verdad es que no son solo los juristas los que forman la opinion pública; pero fuerza es decir que la educacion universitaria y clerical prepara perfectamente á la juventud francesa para recibir las falsas nociones de los juristas; pues, como para mas asegurarse de su dominacion sobre nosotros, nos mantiene á todos, durante los diez años mas hermosos de nues-

tra vida, en la atmósfera de guerra y esclavitud que envolvía y penetraba á la sociedad romana.

No debe, pues, estrañarnos ver que en el siglo XVIII se reprodujese la idea romana, de que la propiedad era un hecho convencional y de institucion legal, y que, lejos de ser la ley un corolario de la propiedad, esta era el corolario de aquella.

Sabido es que, en sentir de Rousseau, no solo la propiedad era resultado de un contrato, sino que lo era tambien la sociedad entera, *invencion* nacida de la mente de un legislador.

«El órden social es un derecho sagrado que sirve de base á todos los demás. Sin embargo, este derecho *no procede de la naturaleza; por consiguiente está fundado en un convenio.*»

De manera, que el derecho que sirve de base á todos los demás, es puramente *convencional*. Luego, la *promiedad*, que es un derecho posterior, es tambien *convencional: no procede de la naturaleza*.

Robespierre estaba penetrado de las ideas de Rousseau. En lo que el discípulo dice con respecto á la propiedad, se descubrirán las teorías y hasta las formas oratorias del maestro.

«Ciudadanos: ante todo os propondré algunos artículos que son necesarios para completar vuestra teoría de la *propiedad*. Nadie se inquiete al oír esta palabra. Corazones miserables, que no teneis mas amor que el del oro, tranquilizaos; no pienso poner la mano en vuestros tesoros, por impuro que sea su origen... Por lo que á mí hace, mejor quisiera haber nacido en la choza de Fabricio, que en el palacio de Lúculo,» etc., etc.

Aquí debo hacer observar que, cuando se analiza la noción de propiedad, es irracional y hasta peligroso convertir esta palabra en sinónimo de opulencia, y sobre todo de opulencia mal adquirida. La choza de Fabricio es una propiedad, ni mas ni menos que el palacio de Lúculo. Pero permítaseme llamar la atencion del lector hácia la siguiente frase que encierra todo el sistema.

«Definiendo la libertad, primera necesidad del hombre y el derecho mas sagrado *que le dió naturaleza*, hemos dicho con razon que su límite era el derecho de otro. ¿Porqué, pues, no habeis aplicado este principio á la propiedad, *que es una*

«*institucion social*, como si las leyes eternas de la naturaleza no fueran tan inviolables como los *convenios* de los hombres?»

Despues de estos preámbulos, Robespierre establece los principios en estos términos:

«Artículo 1.º La propiedad es el derecho que tiene todo ciudadano á disfrutar y disponer de la porcion de bienes que la *ley le garantiza*.

»Art. 2.º El derecho de propiedad está limitado, como todos los demás, por la obligacion de respetar los derechos agenos.

De modo que Robespierre pone en oposicion la *libertad* y la *propiedad*. Los presenta como derechos de origen diferente: procedente el uno de la naturaleza, y el otro de institucion social. El primero, *natural*; *convencional* el segundo.

El límite uniforme que Robespierre señala á ambos derechos, hubiera debido, á mi entender, inducirle á pensar que tenian un comun origen. Ya se trate de libertad, ya de propiedad, respetar el derecho ageno, no es destruir ni alterar el derecho, sino reconocerlo y confirmarlo. Justamente, por ser la propiedad un derecho anterior á la ley, lo mismo que la libertad, solo existen una y otra á condicion de respetar el derecho ageno, y el objeto de la ley es hacer que no se salga nadie de su límite; lo cual es reconocer y mantener el principio.

Como quiera que sea, es lo cierto que Robespierre, á ejemplo de Rousseau, consideraba la propiedad como una institucion social, como un convenio, y no la hacia derivar de su verdadero origen, que es el trabajo.

«Es el derecho, decia, de disponer de la porcion de bienes garantizados *por la ley*.»

No creo necesario recordar que, por medio de Rousseau y Robespierre, la nocion romana respecto á la propiedad se ha transmitido á todas nuestras escuelas socialistas. Sabido es que el primer tomo de Luis Blanc, referente á la revolucion, es un ditirambo al filósofo de Ginebra y al jefe de la Convencion.

Resulta, pues, que la idea de que el derecho de propiedad es de institucion social, invento del legislador, creacion de la ley,

ó, en otros términos, derecho desconocido al hombre *en su estado natural*; esta idea, digo, ha llegado á nosotros desde los romanos, gracias á la enseñanza del derecho, á los estudios clásicos, á los publicistas del siglo XVIII, á los revolucionarios del 93 y á los organizadores modernos.

Pasemos ahora á las consecuencias de los dos sistemas que acabo de presentar frente á frente, comenzando por el jurista.

La primera es que abre un campo ilimitado á la imaginacion de los utopistas.

Es evidente. Una vez sentado como principio que la propiedad debe su existencia á la ley, son posibles tantos géneros de organizacion del trabajo, como leyes pueden caber en la cabeza de los soñadores. Sentado el principio de que el legislador está encargado de arreglar, combinar y amasar á su gusto las personas y las propiedades, no hay límite posible para esos arreglos, combinaciones y amasijos. En este momento circulan por París mas de 500 proyectos de organizacion del trabajo, y otros tantos de organizacion del crédito. Estos proyectos son contradictorios entre sí; pero descansan todos, absolutamente todos, sobre la idea de que, «la ley crea el derecho de propiedad, el legislador dispone como dueño absoluto de los trabajadores y de los productos del trabajo.»

Entre los mencionados proyectos, los que mas han llamado la atencion general son los de Fourrier, Saint Simon, Roberto Owen, Cabet y Luis Blanc. Seria, empero, locura imaginar que solo fueran posibles estos cinco modos de organizacion: su número es ilimitado. Cada nuevo sol puede hacer brotar uno nuevo, mas halagüeño que el de la víspera: quede, pues, á la consideracion del lector lo que seria de la humanidad, si cuando se la sometiese á una de estas invenciones, se encontrase de repente con otra nueva mas seductora. No habria mas remedio para los hombres que cambiar todos los dias de manera de existir, ó perseverar en una vía reconocidamente falsa, sin mas motivo que el de haberla adoptado.

La segunda consecuencia es que despierta en todos los so-

ñadores del ánsia del poder. Yo imagino una organizacion del trabajo. Esponer mi sistema, y esperar que los hombres lo adoptasen, si les parecia bueno, seria suponer que el principio de accion residia en ellos; cuando en el sistema que examino, el principio de accion reside en el legislador. «El legislador, dice Rousseau, tiene que considerarse capaz de transformar la naturaleza humana.» Luego lo que yo debo procurar, es convertirme en legislador, á fin de establecer el órden social que he inventado.

Claro es tambien que los sistemas basados en la idea de que el derecho de propiedad es de institucion social, van á parar todos, ó al privilegio mas reconcentrado, ó al comunismo mas completo, segun las buenas ó malas intenciones del inventor. Si abriga designios siniestros, se valdrá de la ley para enriquecer á algunos á espensas de todos; si obedece á afectos humanitarios, deseará equilibrar el bienestar de todos; á cuyo fin, tratará de estipular para cada uno una participacion legal y uniforme en los productos realizados. Falta saber si, partiendo de este principio, seria posible la creacion de productos.

Respecto á este particular, el Luxemburgo ha presentado recientemente un espectáculo muy extraordinario. ¿No hemos oido en pleno siglo XIX, pocos dias despues de la revolucion de Febrero, hecha en nombre de la libertad, un hombre, mas que un ministro, un individuo del gobierno provisional, un funcionario investido de una autoridad revolucionaria é ilimitada, preguntase con la mayor naturalidad, si para la reparticion de salarios se deberia atender á la fuerza, al talento, á la actividad del operario; es decir, si se deberia atender á la riqueza producida, ó bien si, cerrando los ojos á las virtudes personales y á su resultado útil, seria mejor dar á todos una retribucion igual? Pregunta que equivale á la siguiente: ¿por un metro de paño presentado en la plaza por un perezoso, se pagará lo mismo que por dos metros que presenta un hombre laborioso? Y ¡cosa rara, increíble! aquel hombre declaró que preferia la uniformidad en los salarios, cualquiera que fuese el trabajo ofrecido, y resolvió tambien en su sabi-

duría que, aun cuando *dos* fuesen *dos* por *naturaleza*, no serian mas que *uno* por la *ley*.

Hé aquí á donde arrastra la supòsicion de que la ley ha de poder mas que la naturaleza.

El auditorio comprendió, á lo que parece, que hasta la constitucion del hombre se rebelaba contra semejante absurdo, y que jamás llegaria á ser posible que un metro de paño diese derecho á igual remuneracion que dos metros. Si así fuese, á la competencia que desea aniquilar, sucederia otra competencia mil veces mas funesta, que consistiria en proponerse trabajar todo lo menos posible, en ver quien era el que menos actividad empleaba; puesto que, de todos modos, la ley aseguraria una remuneracion igual para todos.

Pero el ciudadano Blanc habia previsto la objecion; y para salir al paso á ese *dolce far niente*, tan natural en el hombre, cuando el trabajo no está bien remunerado, ideó colocar en cada municipio un poste, en donde constarian los nombres de los perezosos. Pero no dijo si habria inquisidores para la averiguacion del pecado de pereza, tribunales donde juzgarlo, y gendarmes para ejecutar la sentencia. Es de notar que los utopistas nunca se rompen la cabeza en cabilar sobre la inmensa máquina del gobierno que se necesitaria para poner en movimiento su mecanismo legal.

Como los delegados de Luxemburgo revelasen cierta incredulidad, se presentó el ciudadano Vidal, secretario del ciudadano Blanc, y completó el pensamiento de este, proponiéndose, á ejemplo de Rousseau, nada menos que variar la naturaleza del hombre y las leyes de la Providencia.

Plúgole á la Providencia colocar en el individuo las necesidades y sus consecuencias, las *facultades* y sus consecuencias, creando así el *interés personal*, ó llámese instinto de conservacion, y el deseo del desenvolvimiento, que es el gran resorte de la humanidad. Pues bien: Mr. Vidal va á hacer una gran variacion en esto. Ha visto la obra de Dios, y no le ha parecido buena; y, partiendo del principio de que la ley y el legislador lo pueden todo, va á suprimir por medio de un decreto el *interés personal*, sustituyéndolo con el *pundonor*. Ya

no trabajarán los hombres con el objeto de vivir, hacer vivir y educar á su familia, sino para obedecer al *pundonor*, para no ver inscrito su nombre en el *poste*: como si este móvil no fuese tambien interés personal, aunque de otra clase.

Mr. Vidal no se cansa de repetir lo que el *pundonor* hace obrar á los ejércitos: pues bien; digásenos entonces si se trata de regimentar á los jornaleros, y si el código militar con sus treinta casos de pena de muerte, tendrá que ser el código de los trabajadores.

Un efecto, mas notable aun, del funesto principio que procuro combatir, es la incertidumbre, que, como la espada de Damocles, tiene suspendida sobre el trabajador, el capital, el comercio y la industria; lo cual es tan grave, que me atrevo á reclamar toda la atencion del lector.

En un pais como los Estados-Unidos, donde el derecho de propiedad es superior á la ley, donde la fuerza armada no tiene mas objeto que hacer respetar este derecho natural, todo el mundo puede dedicar con plena confianza su capital y sus brazos á la produccion. Allí nadie teme que sus planes y combinaciones queden destruidos en un momento por el poder legislativo.

Pero, suponiendo, por el contrario, que no el trabajo, sino la ley, sea el fundamento de la propiedad, se abre la puerta á todos los utopistas para que lo sometan todo á sus combinaciones de una manera general, y por la autoridad de sus decretos; y ¿quién no ve que en caso semejante se emplea contra el progreso industrial toda la prevision, toda la prudencia con que la naturaleza dotó al hombre?

En tales momentos ¿cuál seria el especulador bastante osado para establecer una fábrica, para tomar á su cargo una empresa cualquiera? Ayer, supongamos, se decretó que solo seria permitido trabajar cierto número de horas; hoy se decreta que el salario de tal ó cual trabajo será tanto mas, cuanto fijo; ¿quién puede prever el decreto de mañana, el de pasado mañana, etc.? Una vez colocado el legislador á tan inconmensurable distancia de los demás hombres, que ha de creerse en conciencia árbitro de su tiempo, su trabajo y sus

transacciones, cosas todas que son *propiedades*, ¿qué hombre habrá en el país que pueda tener la menor noticia de la posición forzosa en que la ley le colocará mañana, no solo á él, sino á su profesion? En semejante estado, ¿quién podría, quién desearia emprender negocio alguno?

No negaré yo que, entre los innumerables sistemas que de este falso principio han nacido, no haya muchos, muchísimos, inspirados por la intencion mas buena y santa; pero de todos modos el principio es muy temible. El objeto patente de cada combinacion es que el bienestar se equilibre; pero el fin mas patente, aun del principio en que se fundan dichas combinaciones, es igualar la miseria, y digo poco: es hacer que desciendan á la miseria las familias que tienen un buen pasar, y acabar con las familias pobres á fuerza de manicion y enfermedades.

Confieso que me inquieta el porvenir de mi patria, cuando pienso en la gravedad de las dificultades rentísticas que este peligroso principio agrava mas y mas.

En 24 de febrero nos encontramos con un presupuesto que excede de lo que Francia puede soportar razonablemente, y, segun el actual ministro de Hacienda, con mil millones de deuda, inmediatamente exigibles.

Desde aquella situacion, tan alarmante, los gastos públicos han ido siempre en aumento, y siempre en disminucion los ingresos; y ademas, se arrojaron, digámoslo así, al público, con prodigalidad sin tasa, dos clases de promesas. Segun unas, se le iba á poner en posesion de un gran número de instituciones benéficas, pero costosas; segun otras, se iba á rebajar las contribuciones. De modo que, por un lado, se iban á aumentar las casas de maternidad, las salas de asilo, las escuelas primarias, las secundarias gratuitas, los talleres y las pensiones de retiro en la industria. Se iba á indemnizar á los propietarios de esclavos, y tambien á estos; el Estado iba á fundar establecimientos de crédito, á prestar instrumentos de trabajo á los artesanos, á doblar el ejército, á reorganizar la marina, etc., etc.; y, por otra parte, suprimia la renta de la sal, los consumos y todas las contribuciones mas impopulares.

Cualquiera que sea la idea que se tenga de los recursos de Francia, todo el mundo convendrá con nosotros en que estos recursos se desarrollen, para hacer frente á esta doble empresa, tan gigantesca y tan contradictoria en la apariencia.

Pero hé aquí que, en medio de este extraordinario movimiento, que bien podría ser considerado como superior á las fuerzas humanas, aun en el caso de que toda la energía del país se reconcentrase y dirigiese al trabajo productivo, se levanta un grito: *El derecho de propiedad es una creación de la ley.* Por consiguiente, el legislador puede, á cada momento, y según las teorías sistemáticas de que está imbuido, dar decretos que trastornen todas las combinaciones de la industria. El trabajador no es propietario de una cosa ó un valor, porque lo haya creado con su trabajo, sino porque la ley de hoy lo garantiza. La ley de mañana puede negarle su amparo, y su propiedad dejará de ser legítima.

En cuyo caso pregunto: ¿qué tendrá que suceder? Que cobren miedo así el capital como el trabajo, y no puedan contar con el porvenir. En vista de una doctrina semejante, el capital se ocultará, emigrará, se aniquilará; y ¿qué será entonces de los artesanos, de esos artesanos á quienes amais con tanto entusiasmo, con tanta sinceridad, pero con tan poco juicio? ¿Se alimentarán mejor cuando se paralice la producción agrícola? ¿Se vestirán mejor cuando nadie se atreva á poner una fábrica? ¿Tendrán mas trabajo cuando los capitales hayan desaparecido?

Y las contribuciones, ¿de dónde las sacarán? Y la Hacienda... ¿cómo se repondrá? ¿Cómo pagar al ejército? ¿Cómo pagar vuestra deuda? ¿Con qué dinero os proporcionareis, para prestarlos, los instrumentos del trabajo? ¿Con qué recursos sostendreis estos institutos de beneficencia, que tan fácilmente se decretan?

Pero abandono tan tristes consideraciones. Réstame examinar, en sus consecuencias, el principio opuesto al que hoy prevalece; el principio economista; el que encuentra en el trabajo, y no en la ley, el derecho de propiedad; el principio que dice: La propiedad es anterior á la ley; la ley solo tiene

por objeto proteger la propiedad, donde quiera que se halle y se forme, sea cual fuere el modo cómo el trabajador la haya creado, ya aislada, ya colectivamente, con tal que respete el derecho ageno.

En primer lugar, así como el principio de los juristas implica virtualmente la esclavitud, el de los economistas encierra la *libertad*. La propiedad, el derecho de usar del fruto de su trabajo, el derecho de trabajar, de desenvolverse, de ejercitar sus facultades, segun cada uno lo entienda, sin que el Estado intervenga en ello, como no sea para proteger; hé aquí la libertad. Todavía no he acertado á comprender porqué los numerosos partidarios de los sistemas opuestos persisten que subsista bajo la bandera de la república la palabra libertad. Dícese que algunos la han borrado ya, escribiendo en su lugar *solidaridad*, ó sea *mancomunidad*. Estos son mas francos y consecuentes; solo que deberian decir *comunismo*, y no *solidaridad*; porque la solidaridad de los intereses, así como la propiedad, existe fuera de la ley.

Implica ademas la *unidad*, ya lo hemos visto. Si el legislador crea el derecho de propiedad, puede haber para la propiedad tantos modos de ser como errores pueden caber en la mente de los utopistas, es decir, lo infinito. Si, por el contrario, el derecho de propiedad es un hecho providencial, anterior á toda legislacion humana; si el único objeto de esta es hacerlo respetar, ya no es posible ningun otro sistema.

Es tambien la seguridad, y esto no se puede poner en duda: reconozca perfectamente un pueblo que cada cual debe procurar por su existencia, pero tambien que cada cual tiene al producto de su trabajo un derecho anterior y superior á la ley; que la ley humana solo ha sido necesaria, y solo ha intervenido, para asegurar á todos la libertad del trabajo y la propiedad de sus frutos; y es evidente que la actividad humana columbrará un porvenir seguro. Ya no temerá que el poder legislativo, por medio de uno y otro decreto, contenga sus impulsos, trastorne sus planes, burle su prevision. Al amparo de esta seguridad se formarán rápidamente los capitales; su rápido acrecentamiento es la única razon del acrecentamiento

en el valor del trabajo. Resultado: que los trabajadores tendrán un buen pasar; concurrirán por sí á la formacion de otros capitales; estarán mas cerca de emanciparse del salario, de tomar parte en empresas, de fundar algunas por su cuenta, de reconquistar su dignidad.

Por último, el eterno principio de que el Estado no debe ser propietario, sino procurar por la seguridad de los productores, lleva necesariamente consigo la economía y el orden en la Hacienda pública, y, por consiguiente, basta para facilitar la justa reparticion del impuesto.

En efecto, el Estado (y conviene no olvidarlo) carece de recursos propios. Nada tiene, nada posee, sino lo que toma de los que trabajan. Cuando se mezcla en todos los asuntos, sustituye la triste y costosa actividad de sus agentes á la actividad privada. Si se llegase á reconocer, como en los Estados-Unidos, que la tarea del Estado es procurar á todos la mas completa *seguridad*, con algunos centenares de millones tendria bastante para cumplir su cometido. Merced á esta economía, combinada con la prosperidad industrial, llegaria á ser posible la contribucion directa, única, impuesta exclusivamente á toda *propiedad realizada*, de cualquiera clase que fuere.

Mas, para que llegue este caso, hay que esperar que desengaños, quizá muy amargos, amengüen un poco nuestra fé en el Estado, y aumenten la que la humanidad nos inspira.

Concluiré con algunas palabras sobre la asociacion del *libre cambio*. Mucho le han echado en cara este título. Sus adversarios han celebrado, y sus parciales han sentido mucho de lo que unos y otros consideraban como una falta.

¿A qué sembrar la alarma de este modo? preguntaban estos. ¿A qué escribir *un principio* en nuestra bandera? ¿Porqué no os limitais á pedir para los aranceles de aduanas las modificaciones razonables, prudentes, que el tiempo ha hecho necesarias, y cuya oportunidad está demostrada por la experiencia?

¿Porqué? Porque el libre cambio, á lo menos en mi concepto, no ha sido nunca asunto de aduana ni de arancel, sino punto de derecho, de justicia, de orden público, de propiedad;

porque el privilegio, cualquiera que sea la forma con que se manifieste, implica la negacion ó el desprecio de la propiedad; porque la intervencion del Estado con objeto de nivelar las fortunas, de aumentar el lote de los unos con perjuicio de los otros, es caso de *comunismo*, lo mismo que una gota de agua es tan agua como todo el Océano; porque yo previa que, una vez lastimado bajo una forma cualquiera el principio de propiedad, recibiria otros ataques bajo mil formas diversas; porque yo habia abandonado mi soledad, no para conseguir una modificacion parcial de los aranceles, con lo cual hubiera dado por supuesta mi adhesion á la nocion falsísima de que *la ley es anterior á la propiedad*, sino para volar al sostenimiento del principio opuesto, comprometido por el régimen protector; porque estaba yo convencido de que los poseedores del suelo y los capitalistas habian colocado por su propia mano en el arancel el gérmen de ese *comunismo*, que tanto les asusta ahora, puesto que pedian á *la ley* subvenciones para ellos, con perjuicio de los jornaleros. Harto veia yo que estos no tardarian en reclamar para sí el beneficio de la ley, aplicada á *nivelar el bienestár*; lo cual es puro *comunismo*.

Léase el primer acto de nuestra asociacion, el programa que se redactó en una sesion preparatoria el 10 de mayo de 1843, y quedará fuera de duda que tal fué nuestro pensamiento dominante:

«El cambio es un derecho natural como la propiedad. Todo ciudadano, que haya creado ó adquirido un producto, debe poder optar hasta aplicarlo inmediatamente á su uso, ó cedérselo á otro, en cualquier punto del globo que se encuentre. Privarle de esta facultad, cuando no la emplee en cosas opuestas al orden público y á las buenas costumbres, y sí únicamente en satisfacer la necesidad ó el lícito deseo de otro ciudadano, es legitimar un despojo, es hollar la ley y la justicia.

»Es tambien violar las condiciones del orden, porque ¿qué orden puede existir en una sociedad en que cada industria, auxiliada por la ley y la fuerza pública, busca su encumbramiento en la opresion de todas las demas?»

Y tanto elevábamos el punto sobre la esfera de los aranceles, que añadiamos:

«Los abajo firmados no disputan á la sociedad el derecho de establecer, sobre las mercancías que atraviesan la frontera, impuestos destinados á pagar los gastos comunes, siempre que dichos impuestos estén en relacion con las necesidades del Tesoro.

»Pero desde el momento en que el impuesto, dejando su carácter fiscal, se propone rechazar el producto extranjero, con detrimento del propio fisco, á fin de levantar artificialmente el precio del producto nacional, similar al rechazado, protegiendo así especial é injustamente á una clase; desde este momento la proteccion, ó, mejor dicho, el despojo, es manifesto: y *este es* precisamente el principio que la asociacion se propone destruir en el concepto público, y borrar completamente de nuestras leyes.»

En verdad que, si solo nos hubiéramos propuesto obtener una modificacion inmediata de los aranceles; si hubiéramos sido, como suponian algunos, los agentes de ciertos intereses mercantiles, nos hubiéramos guardado muy mucho de escribir en nuestra bandera una palabra que implica su principio. ¿Hay, por ventura, quien imagine que yo no habia conocido de antemano los obstáculos que nos suscitaria esta declaracion de guerra á la injusticia? ¿Acaso no sabia yo perfectamente que, no plantando claramente la cuestion, ocultando el objeto, revelando la mitad de nuestra idea, llegaríamos mas pronto á tal ó cual conquista parcial? Pero ese triunfo, que hubiera sido efímero, ¿cómo hubiera podido consolidar y reforzar el gran principio de la propiedad, que nosotros mismos hubiéramos dejado medio oculto y fuera del debate?

Lo repito: nosotros pediamos la abolicion del régimen protector, no como buena medida gubernativa, sino como un acto de justicia, como una realizacion de la libertad, como la consecuencia inevitable de un derecho superior á la ley. Esto era lo que queriamos en sustancia, y no teniamos para qué disimularlo en la forma.

Ya se acerca la hora en que todos reconocerán que hicimos bien en no poner por título á nuestra asociacion un cebo, un lazo, una trampa, un equívoco, sino la franca espresion de un principio eterno de orden y de justicia; porque solo hay potencia en los principios: ellos son la antorcha de las inteligen-

eias, el punto donde se reunen las convicciones estraviadas.

En estos últimos tiempos, Francia ha experimentado un estremecimiento de terror, que ha conmovido todo su ser. A la voz de *comunismo*, todo el mundo se alarmó. Al ver que salian á luz, casi oficialmente, los sistemas mas estraños; al ver que se sucedian decretos á cual mas subversivos, todo el mundo se preguntó en dónde estábamos y á dónde íbamos. Los capitales se retiraron, el crédito desapareció, suspendióse el trabajo, la sierra y el martillo se detuvieron en mitad de su tarea, como si una corriente eléctrica hubiese parado de repente la inteligencia y los brazos. ¿Y porqué? Porque el principio de propiedad, ya esencialmente comprometido por el régimen protector, experimentó nuevos sacudimientos, consecuencias de los primeros; porque la intervencion de la ley en materia de industria, y como medio de *pesar los valores y equilibrar las riquezas*; intervencion que se ha manifestado por primera vez con el régimen protector; nos amaga con manifestarse bajo otras mil formas, conocidas unas y desconocidas otras.

Sí, lo digo en voz muy alta: los poseedores del suelo, á quienes se cree propietarios por esceclencia, son los que han menoscabado el principio de propiedad, puesto que se han servido de *la ley* para dar á la tierra y á sus productos un valor ficticio. Los capitalistas son los que han sugerido la idea de la nivelacion de fortunas *por medio de la ley*. El *proteccionismo* ha sido el precursor del *comunismo*, digo mas, ha sido su manifestacion primera. O si no, ¿qué piden hoy las clases desacomodadas? No piden otra cosa, que lo que pidieron y obtuvieron los capitalistas y poseedores del suelo. Piden *la intervencion de la ley*, para equilibrar, compensar é igualar la riqueza entre los hombres. Lo que aquellos alcanzaron por medio de la aduana, lo quieren estos por medio de otras instituciones; pero el principio no deja de ser el mismo: *tomar legislativamente de unos para dárselo á otros*; y en verdad, señores propietarios y capitalistas, que, si fuisteis vosotros los que hicisteis admitir tan funesto principio, no teneis porque quejaros, si otros, mas desgraciados que vosotros, reclaman sus consecuencias; pues estos tienen un título de que vosotros careciais.

Pero, al fin, se abren los ojos, y se ve cómo nos conduce al abismo ese primer atentado cometido contra las condiciones esenciales de toda seguridad social. ¿No es una terrible lección, una prueba sensible del encadenamiento de las causas y los efectos, que al fin y al cabo presenta la justicia de las retribuciones providenciales, el ver hoy á los ricos espantados de la invasión de una falsa doctrina, cuyas bases asentaron ellos mismos, y cuyas consecuencias creían aprovechar en beneficio suyo propio y exclusivo?

Sí, prohibicionistas; vosotros fuisteis los promovedores del comunismo. Sí, propietarios; vosotros alterásteis la verdadera noción de la propiedad. Esta noción la da la economía política, y vosotros habeis proscrito la economía política, porque en nombre del derecho de propiedad combatisteis vuestros injustos privilegios. Y cuando las escuelas modernas, que tanto os asustan, han llegado al poder, ¿cuál ha sido su primera idea? Suprimir la economía política, porque la ciencia económica es una protesta perpétua contra esa *nivelación legal*, que vosotros habeis buscado, y que otros buscan ahora siguiendo vuestro ejemplo. Pedisteis á la ley una cosa mas de las que á la ley deben pedirse, y de las que la ley puede dar: le pedisteis, no la *seguridad* (este era vuestro derecho), sino un *sobre-valor* para todo lo que os pertenecía; y esto no se os podia conceder sin menoscabar el derecho ajeno. Ahora vuestras locas pretensiones son pretensiones que todo el mundo abriga: si quereis conjurar la tormenta que os amaga, no os queda mas que un recurso. Reconoced vuestro error; renunciad vuestros privilegios; reducid la ley á sus atribuciones; contened al legislador dentro de su esfera. Os habeis separado de nosotros, nos habeis ofendido, sin duda porque no nos comprendiais. Al contemplar el abismo que con vuestras manos habeis abierto, ya podeis volver á toda prisa á uniros á nosotros, á secundarnos en nuestra propaganda en favor del derecho de propiedad, dando (lo repito) á esta palabra su significacion mas lata: comprendiendo en ella las facultades del hombre, y todo cuanto llegan á producir, ya con relacion al cambio, ya con respecto al trabajo!

La doctrina que defendemos, escita cierta desconfianza, justamente á causa de su misma sencillez: se limita á pedir á la LEY seguridad para todos. Trabajo cuesta creer que el mecanismo del gobierno pueda reducirse á tan limitadas proporciones. Además, como esta doctrina encierra la LEY en los límites de la *justicia universal*, le echan en cara que escluye la fraternidad.

La economía política rechaza la acusacion. Este punto será objeto de otro artículo.

PROPIEDAD Y DESPOJO.

CARTA PRIMERA.

Julio de 1848.

La Asamblea Nacional se halla entregada al estudio de una cuestion inmensa, cuya solucion interesa en alto grado á la prosperidad y tranquilidad de Francia. A las puertas de la Constitucion está llamando un nuevo derecho: *el derecho al trabajo*, que no se limita á pedir un lugar, sino que se propone apoderarse, en todo ó en parte, del *derecho de propiedad*.

Mr. Luis Blanc ha proclamado ya interinamente ese derecho, y todo el mundo sabe cuán grande éxito ha obtenido.

Mr. Proudhon lo reclama para matar la propiedad.

Mr. Considerant, para considerarla, legitimándola antes.

Es decir que, segun los publicistas mencionados, la propiedad lleva consigo algo injusto y falso: un gérmen de muerte. Yo, por el contrario, me propongo demostrar que la propiedad es la verdad y la justicia, y que lo que lleva consigo, es el principio del progreso y de la vida.

Ellos creen, al parecer, que en la lucha que se va á tratar, los pobres están interesados en que triunfe *el derecho al trabajo*, y los ricos en la defensa del *derecho de propiedad*.

Yo creo poder demostrar que el derecho de propiedad es esencialmente democrático, y que todo cuanto lo niega, ó lo viola, es fundamentalmente aristocrático y anárquico.

He sentido cierta perplejidad antes de resolverme á pedir que se me diese espacio en un periódico para hacer una disertacion sobre economía social. Véase lo que puede justificar mi intento:

En primer lugar, la gravedad y oportunidad del asunto.

En segundo lugar, los señores Blanc, Considerant y Proudhon no son simples publicistas; son jefes de escuela; cada uno de ellos lleva detrás numerosos y entusiastas partidarios, como lo prueba su presencia en la Asamblea Nacional. Sus doctrinas ejercen desde ahora una influencia considerable, y, en mi concepto, funesta en la esfera de los negocios; y (cosa que tampoco deja de ser grave) pueden aprovecharse de las concesiones, hechas sin querer por los mas ortodoxos poseedores de la ciencia.

Y por último, ¿porqué no he de confesarlo? hay algo en el fondo de mi conciencia que me dice que, en medio de esa ardiente controversia, acaso me sea dado producir una de esas inesperadas ráfagas de luz que iluminan el terreno en donde se verifica algunas veces la reconciliacion de las escuelas mas divergentes.

Me parece que con lo dicho basta para que estas cartas sean amigablemente recibidas de mis lectores.

Debo comenzar por la censura que se dirige contra la propiedad.

Véase cómo se espresa Mr. Considerant, cuya teoría compendio, sin alterarla:

«Todo hombre es legítimo poseedor de la cosa que su actividad ha creado. Puede consumirla, darla, cambiarla y transmitirla, sin que nadie, ni aun la sociedad entera, pueda impedirsele.

«El propietario posee, pues, legítimamente, no solo los productos que ha creado en el suelo, sino tambien el aumento de valor que ha comunicado al suelo por medio del cultivo.

«Hay, empero, una cosa que el hombre no ha creado, que no es fruto de ningun trabajo; y es el suelo, el capital primitivo, la potencia productora de los agentes naturales.

«Y como el propietario se ha apoderado de este capital, ahí está la usurpacion, la confiscacion, la injusticia, la ilegitimidad permanente.

«La especie humana está colocada en la tierra para que viva

»y se perfeccione. *La especie* es, pues, usufructuaria en la superficie del globo; mas por ahora esta superficie está confiscada por la minoría, con perjuicio de una mayoría numerosísima.

»Ciertó que la confiscación es inevitable, porque, á no ser así, ¿cómo sería posible cultivar, si cada uno pudiese ejercer donde mejor le cuadrase y con toda libertad sus derechos naturales, es decir, los derechos del salvaje?

»Es menester, pues, no destruir la propiedad, sino legitimarla.

»¿De qué modo? reconociendo el *derecho al trabajo*.

»Efectivamente, los salvajes no ejercen sus cuatro derechos (caza, pesca, cosecha y pasto), sino á condicion de trabajar; con la misma condicion debe, pues, la sociedad á los proletarios el equivalente del usufructo de que los ha despojado.

»En resúmen: la sociedad debe á todos los individuos de la especie, en cambio de su trabajo, un salario que les coloque en tal condicion, que pueda considerarse tan favorable como la de los salvajes.

»Entonces la propiedad será legítima en todos conceptos, y se verificará la reconciliación entre ricos y pobres.»

Ahí está toda la teoría de Mr. Considerant (1). Sostiene que la cuestión de la propiedad es de las mas sencillas; que la resuelve el simple sentido comun, y que, sin embargo, nadie la comprendiera hasta que él la trató.

El cumplimiento no es muy lisonjero para la especie huma-

(1) No es Mr. Considerant su único partidario. Véanse los siguientes párrafos tomados de *El Judío errante* de Mr. Eugenio Sue:

»*Mortificación* espresaría mejor la carencia absoluta de aquellas cosas esencialmente vitales que toda sociedad equitativamente organizada debería, si, debería forzosamente proporcionar á todo trabajador probo y activo, ya que la civilización los ha despojado de todo derecho al suelo, cuando nacen sin mas patrimonio que sus brazos.

»El salvaje no disfruta de las ventajas de la civilización; pero, á lo menos, puede disponer para su alimento de las bestias de las selvas; los pájaros del aire, los peces de los ríos y los frutos de la tierra, y tiene para guarecerse y calentarse los árboles de los bosques.

»El civilizado, despojado de estos dones del cielo; el civilizado, que considera la propiedad como sagrada é inviolable, puede, pues, en cambio de su rudo trabajo cotidiano que enriquece al país, pedir un salario que le baste para *vivir sanamente*, ni mas ni menos.»

na; pero en cambio no puedo dejar de admirar la estremada modestia con que el autor espone sus deducciones.

¿Qué le pide, en efecto, á la sociedad?

Que reconozca el derecho al trabajo como equivalencia del usufructo del suelo, en beneficio de *la especie*.

Y ¿en cuánto estima esta equivalencia?

En tantos salvajes como puede alimentar el suelo en bruto.

Y como esta equivalencia seria, poco mas ó menos, la de un habitante por legua cuadrada, resulta que los propietarios del suelo francés pueden legitimar su usurpacion á su precio muy moderado. No tienen mas que comprometerse á que á un lado se elevarán treinta ó cuarenta mil ex-propietarios á una altura igual á la de los Esquimales.

Mas ¿qué digo? ¿á qué hablar de Francia? Con semejante sistema no hay Francia; no hay propiedad nacional, pues el usufructo del suelo pertenece de derecho á *la especie*.

No me propongo, empero, examinar detenidamente la teoria de Mr. Considerant, porque esta tarea me llevaria demasiado lejos. No quiero sino ceñirme á lo mas grave y trascendental de su esencia, quiero decir, al asunto de la *renta*.

El sistema de Mr. Considerant puede resumirse del modo siguiente:

Todo producto agrícola existe por el concurso de dos acciones:

La accion del hombre, ó sea el trabajo que da entrada al derecho de propiedad.

La accion de la naturaleza, que deberia ser gratuita, y que los propietarios benefician para sí, con evidente injusticia. Esto es lo que constituye la usurpacion de los derechos de *la especie*.

Con que, si yo demuestro que los hombres en sus transacciones solo se hacen pagar unos á otros su *trabajo*, y que en el precio de las cosas que cambian no hacen entrar para nada la *accion de la naturaleza*, Mr. Considerant tendrá que darse por plenamente satisfecho.

Idénticas son las quejas de Mr. Proudhon sobre la propiedad. «La propiedad, dice, dejará de ser abusiva con la mutualidad

de los servicios.» Pues bien; si yo demuestro que los hombres solo cambian recíprocamente *servicios*, sin ponerse nunca en cuenta ni un óbolo siquiera por el empleo de las fuerzas naturales que Dios concedió á todos gratuitamente, Mr. Proudhon tendrá que convenir tambien en que ya tiene realizada su utopía; y uno y otro publicista dejarán de tener motivo para reclamar *el derecho al trabajo*.

Importa poco que ese famoso derecho sea considerado por los dos escritores desde un punto de vista tan opuesto, que, segun Mr. Considerant, deba legitimar la propiedad, y segun Mr. Proudhon, deba matarla: lo cierto es que la cuestion quedará resuelta, siempre que quede bien demostrado que dentro del régimen de la propiedad cambian los hombres esfuerzo por esfuerzo, trabajo por trabajo, *servicio* por *servicio*, y se dan gratis unos á otros el *curso de la naturaleza*, de modo que las fuerzas naturales, *gratuitas* por su destino, no dejan de permanecer gratuitas á través de todas las transacciones humanas.

Ya sabemos que lo que se disputa es la legitimidad de la *renta*, porque se supone que, en todo ó en parte, es el pago injusto que el consumidor hace al propietario, no de un servicio personal, sino de los bienes gratuitos de la fortuna.

He dicho ya que los reformistas modernos podian apoyarse en la opinion de los principales economistas.

En efecto, Adam Smith dice que la renta es muchas veces un interés razonable del capital empleado en el suelo para mejorarlo; pero otras veces el interés es tambien *una parte de la renta*.

Acercas de cuyo punto hace Mac-Culloch la siguiente declaracion positiva:

«Lo que propiamente se llama renta es la cantidad pagada «por el uso *de las fuerzas naturales y de la potencia inherente al suelo*. Es enteramente distinta de la cantidad que se paga por construcciones, cercas, caminos y otras mejoras del «suelo. La renta es, pues, un monopolio en todos los casos.»

Buchanan llega á decir que «la renta es una porcion del

«producto del consumidor, que pasa al bolsillo del propietario.»

Ricardo dice:

«Parte de la renta se paga por el uso del capital que se ha empleado en mejorar el suelo, en contrucciones, etc.; *pero otra parte se paga por el uso de la potencia primitiva é indestructible del suelo.*»

Scrope:

«El valor de la tierra, y la facultad de hacerle producir *renta*, son efecto de dos circunstancias: primero, de la *apropiacion de sus fuerzas naturales*; segundo, del trabajo aplicado á su mejoramiento. Considerada la renta bajo el primer aspecto, es un monopolio; es restringir el usufructo de los dones que el Criador ha dispensado á los hombres para que satisfagan sus necesidades. Esta restriccion no es justa, sino cuando es necesaria para el bien comun.»

Senior:

«Los instrumentos de la produccion son el trabajo y los *agentes naturales*. Habiéndose verificado la apropiacion de los agentes naturales, sus propietarios *se hacen pagar su uso* en forma de renta, que no es la recompensa de ningun sacrificio, y pasa á manos de los que no han trabajado ni hecho anticipos, pero que alargan la mano para recibir las cofrendas de la comunidad.»

Y despues de decir que parte de la renta es el interés del capital, añade Senior:

«El exceso lo cobra el propietario de los agentes naturales, y constituye su recompensa, no por haber trabajado ó ahorrado, sino por no haber conservado mientras pudo conservar;

«por haber permitido que fuesen aceptados los dones de la naturaleza.»

Ciertamente que, al entrar en lucha con hombres que proclamen una doctrina especiosa en su esencia, propia para hacer nacer esperanzas y simpatías entre las clases desacomodadas, y que en tales autoridades se apoya, no basta cerrar los ojos ante la gravedad de la situación; no basta esclamar con desden que los defensores de semejante doctrina son unos utopistas, insensatos ó facciosos, no: es menester estudiar la cuestión, y resolverla de una vez para siempre; que bien merece se dé uno un mal rato.

Yo creo que quedará resuelta satisfactoriamente para todos, si demuestro que la propiedad, no solo deja á los que se llaman propietarios el usufructo gratuito de los agentes naturales, sino que ademas multiplica diez y cien veces este usufructo. Y me atrevo á esperar que de esta demostración resultará la evidencia de algunas *armonías*, capaces de satisfacer á todos los entendimientos, y acallar las pretensiones de todas las escuelas economistas, socialistas y hasta comunistas.

CARTA SEGUNDA.

¡Qué poder tan inflexible es el de la lógica!

Sobreviene una lucha entre dos esforzados conquistadores, y se apodera cada uno de ellos de la mitad de una isla, y viven de la *Renta*, en medio de los vicios y del fausto, en medio de los vencidos, laboriosos y pobres; y al verlo la ciencia, dice: «es evidente: el trabajo no es el único origen de los *valores*.»

Pero entonces se da la lógica á descomponer la renta, y arroja al mundo la teoría siguiente:

«La renta es por un lado el interés de un capital que se em-

plea, y por otro el monopolio de agentes naturales usurpados y conquistados.»

A poco pasa el estrecho esta economía política *de la escuela inglesa*; apodérase de ella la lógica socialista y dice á los trabajadores: «¡andaos con cuidado! en el precio del pan que comeis, entran tres elementos: el trabajo del labrador, que teneis que pagarlo; el trabajo del propietario, que teneis que pagarlo, y el trabajo de la naturaleza, que no teneis que pagarlo. Lo que os cobran por este último concepto, es un monopolio, como dice Scrope; es una prima que os descuentan de los dones que el Señor os ha concedido, como dice Senior.

La ciencia ve el peligro de su distincion, pero no renuncia á ella, diciendo: «En el mecanismo social, el papel que desempeña el propietario, es cómodo, no hay que dudarlo; mas es necesario. Se trabaja para él, y él en cambio paga con el calor del sol y la frescura del rocío. Hay que pasar por ello, sin mas remedio, pues de otro modo, sería imposible el cultivo.»

«Pues por eso no ha de quedar, replica la lógica, yo tengo reservadas mil organizaciones para destruir la injusticia, que, creedlo, nunca ha sido necesaria.»

De modo que, merced á un principio falso, recogido de *la escuela inglesa*, la lógica ataca de frente la propiedad territorial. ¿Se dará por satisfecha con esto? Ni por pienso: dejaria la lógica de ser quién es.

Así como antes ha dicho al agricultor: la ley de la vida vegetal no puede ser una propiedad y dar un beneficio, dirá en seguida el fabricante de telas: la ley de la gravitacion de los vapores no puede ser una propiedad y dar un beneficio; y al marino, las leyes de la hidrostática no pueden ser una propiedad y dar un beneficio; y al carpintero, al ebanista y al leñador, les dirá tambien: Con que os servís de sierras, hachas y martillos; con que haceis que contribuyan á vuestro trabajo la dureza de los cuerpos y la resistencia de los centros? pues estas son leyes que pertenecen á todo el mundo, y no deben daros beneficios.

Sí; hasta ahí llegará la lógica, á riesgo de subvertir la sociedad entera; despues de negar la propiedad territorial, negará la productividad del capital, fundándose en uno y en otro caso, en que

el propietario y el capitalista exigen retribucion por el empleo de agentes naturales. Por esta razon hay que demostrarle que parte de un supuesto falso; que no es verdad que en ningun arte, oficio ni industria, se cobre nada por las fuerzas de la naturaleza, y que, en este sentido, no disfruta la propiedad del privilegio alguno.

Hay cosas que son *útiles* sin intervencion de trabajo, como la tierra, el aire, el agua, la luz y el calor del sol, los materiales y las fuerzas que la naturaleza nos proporciona.

Otras cosas hay que solo llegan á ser útiles, porque el trabajo interviene en dichos materiales, y se apodera de dichas fuerzas.

La *utilidad* se debe á veces esclusivamente á la naturaleza; á veces, exclusivamente al trabajo; casi siempre, á la actividad combinada del trabajo y la naturaleza.

Engólfense otros en las definiciones. Yo, por mi parte, entiendo por utilidad lo que todo el mundo entiende por esta palabra, cuya etimología designa perfectamente su sentido. Todo lo que *sirve*, sea á causa de la naturaleza, sea á causa del trabajo, es *útil*.

Entiendo por *valor* solo la porcion de *utilidad* que el trabajo comunica ó añade á las cosas, de manera, que dos cosas *valen* igualmente, cuando los que las han trabajado las truecan libremente pelo á pelo. Voy á decir porqué.

¿Qué es lo que induce á un hombre á no realizar un cambio? El conocimiento que tiene de que la cosa que le ofrecen exige menos trabajo que la que le piden en cambio. Por mas que se le diga: yo he trabajado menos que vos, pero me ha auxiliado la gravitacion, y la pongo en cuenta, él contestará: tambien puedo yo servirme de la gravitacion con un trabajo igual al vuestro.

Cuando dos hombres se encuentran aislados, si trabajan, es *para hacerse servicios á sí mismos*; cuando interviene entre ellos el cambio, cada uno de los dos *hace un servicio* al otro, de quien recibe otro servicio *equivalente*. Si uno de los dos se vale de una fuerza natural, que está tambien á discrecion del otro, esta fuerza no podrá entrar en cuenta, puesto que el otro se negaría á pagarla.

Robinson caza, y Domingo pesca. Claro está que la cantidad

de caza cambiada por pescado la determinará el trabajo. Si Robinson le dijese á Domingo: «La naturaleza trabaja más para hacer un pájaro que para hacer un pez; dame, pues, una cantidad de trabajo mayor de la que yo te doy, en compensacion del mayor esfuerzo de la naturaleza»; Domingo contestaria con razon: «Ni tú ni yo somos los apreciadores de los esfuerzos de la naturaleza; lo que debemos comparar es tu trabajo con el mio. Si pretendes que la base de nuestras relaciones sea el que yo te haya de dar siempre mas trabajo que tú á mí, no me conviene; yo me iré á cazar, y tú pescarás, si quieres.»

Esta hipótesis da á conocer que la liberalidad de la naturaleza no puede convertirse en monopolio, como para conseguirlo no se emplee la violencia; y demuestra ademas que, si entra por mucho, en cuanto á la *utilidad*, no aumenta en un ápice el *valor*.

He dicho, en otra parte, que la metáfora (1) era uno de los enemigos de la economía política; y ahora voy á acusar del mismo delito á la metonimia.

¿Se emplea un language bien exacto cuando se dice: «el agua vale dos cuartos?»

Cuentan de un célebre astrónomo que no podia determinarse á decir: «¡qué hermosa puesta de sol!» Aun hallándose entre señoras, exclamaba en su particular entusiasmo: «¡qué hermoso espectáculo el de la rotacion de la tierra, cuando los rayos del sol la hieren por la tanjente!»

El astrónomo era exacto y ridículo, y no lo seria menos el economista que dijese: «el trabajo que hay que hacer para sacar agua, vale dos cuartos.»

La singularidad de la perífrasis no se opone á su exactitud.

Efectivamente, el agua no *vale*; carece de *valor* por mas que tenga *utilidad*. Si todosuviésemos en todas ocasiones una fuente cerca, claro es que el agua no tendria ningun *valor*, puesto que no daria ocasion á ningun cambio. Pero está la fuente á un cuarto de legua, y hay que ir á buscarla; lo cual es un trabajo, y ahí está el origen del *valor*. Si está á media legua, el trabajo es

(1) Véase el cap. XXII de la primera série de los *Softsmas*.

doble, y, por tanto, doble tambien el *valor*, aunque la *utilidad* sea la misma. El agua es para mí un don gratuito de la naturaleza, aunque tengo que ir á buscarla. Si voy yo, me hago un servicio á costa de una molestia; si lo encargo á otro que vaya, le causo una molestia, y, por lo mismo, le debo un servicio. Son dos molestias y dos servicios, que se comparan y valúan. El don de la naturaleza no deja nunca de ser gratuito. Me parece, en verdad, que el *valor* reside en el *trabajo*, y no en el agua; y que tambien se comete metonimia cuando se dice: *el agua vale dos cuartos*; lo mismo que cuando se dice: *me he bebido una botella*.

El aire es un don gratuito de la naturaleza; no tiene *valor*. Los economistas dicen: «No tiene valor de cambio; pero tiene valor de uso.» ¿Qué lenguaje es ese, señores? ¿os habeis empeñado en verter á gotitas la ciencia? ¿Porqué no decís sencillamente: «No tiene *valor*, pero tiene *utilidad*; tiene *utilidad* por que *sirve*; no tiene *valor*, porque la naturaleza *la ha hecho toda*, y no el *trabajo*?» Pues, si á nadie ha costado trabajo el hacerla, nadie puede reclamar *servicios* ó remuneracion por este concepto. No hay molestia que tomarse, ni cambio que hacer, ni nada que comparar: no hay *valor*.

Pero entrad en una campana de buzo, y encargadle á un hombre que por espacio de dos horas os facilite aire por medio de una bomba: ese hombre tendrá que tomarse una molestia, os prestará un servicio, y tendreis que *pagárselo*. ¿Será el aire lo que pagueis? No; será el trabajo. ¿Será que el aire haya adquirido *valor*? Decidlo así, para abreviar, si quereis; pero acordaos de que empleais una *metonimia*; de que el aire continúa siendo gratuito; de que no hay inteligencia humana que pueda señalar su valor; y de que, si alguno tiene, es el resultado de la comparacion entre la molestia ocasionada y la molestia tomada en cambio.

Un blanqueador se ve obligado á secar la tela en la fábrica por medio del fuego; otro la seca al sol.

Este consigue su objeto con menos trabajo, y no exige, ni puede exigir, lo que aquel. Por consiguiente, no me hace pagar el calor de los rayos del sol, que yo, consumidor, soy quien lo aprovecha.

La gran ley económica es, pues, la siguiente:

Los servicios se cambian por servicios.

Do ut des; do ut facias; facio ut des; facio ut facias: haz tal cosa por mí, y yo haré tal otra por tí; esto es muy trivial, muy vulgar, y, sin embargo, es el principio, el medio y el fin de la ciencia (1).

De los tres ejemplos anteriores podemos sacar la siguiente consecuencia general: el consumidor remunera todos los *servicios* que se le hacen, todas las molestias que se le evitan, todos los trabajos que ocasiona; pero disfruta, sin pagar, de los dones gratuitos de la naturaleza y de las fuerzas que el productor ha hecho contribuir á su obra.

Supongo tres hombres que han puesto á mi disposición el aire, el agua y el calor, sin hacerse pagar mas que su trabajo.

¿Quién ha podido, pues, hacer creer que el agricultor, que se sirve tambien del aire, del agua y del calor, me hace pagar el supuesto *valor intrínseco* de estos *agentes naturales*; ó que me pone en cuenta la utilidad creada y la no creada; y que, por ejemplo, el precio del trigo vendido á 18 francos se descomponga así:

12 francos por el trabajo actual,	{ propiedad legítima;
3 » por el trabajo anterior,	
3 » por el aire, la lluvia, el sol y la vida vegetal, propiedad ilegítima?	

¿Porqué han de creer todos los economistas de la *escuela inglesa* que este último elemento se ha introducido á hurtadillas en el valor del trigo?

(1) No basta con que el valor no esté en la materia ó en las fuerzas naturales; no basta con que se halle esclusivamente en los *servicios*. Es menester tambien que el *valor* de los servicios no sea exagerado; porque ¿qué le importa al desdichado artesano que el alto precio á que se venda el trigo sea debido á que el propietario le haga pagar las fuerzas productivas del suelo, ó se haga pagar escesivamente su intervencion?

El objeto de la competencia es servicios, igualar los tomando por base la justicia: á esta tarea se aplica sin descanso.

(Idea inédita del autor.)

Acerea del *valor* y la *concurrentia*, véase cap. IV de los *Sofismas*, pág. 59 y siguientes.

CARTA TERCERA.

Los servicios se cambian por servicios. Tengo que hacerme violencia para resistir á la tentacion de demostrar cuán sencillo, exacto y fecundo es este axioma.

¿Qué son á su lado todas esas sutilezas de *Valor de uso y valor de cambio*, de *productos materiales* y *productos inmateriales*, de *clases productivas* y *clases improductivas*? Menestrales, abogados, médicos, empleados, banqueros, negociantes, marinos, militares, artistas, jornaleros, todos, todos, menos los que roban, hacemos y recibimos *servicios*. Y como esos servicios recíprocos solo son commensurables entre sí, en ellos reside el *valor*, y no en la materia gratuita y en los agentes naturales que labran. No se diga, pues, como se estila hoy, que el negociante es un intermediario parásito. ¿Trabaja? ¿sí ó no? ¿Nos ahorra trabajo? ¿sí ó no? ¿Presta *servicios*? ¿sí ó no? Pues, si presta *servicios*, crea *valor*, lo mismo que el fabricante. (1)

Así como el fabricante se apodera, por medio de la máquina de vapor, del peso de la atmósfera y de la dilatabilidad de los gases, para hacer dar mil vueltas á las piezas de una máquina; así tambien el negociante se sirve de la direccion de los vientos y de la fluidez del agua, para llevar á efecto los trasportes.

Pero ni uno ni otro nos hacen pagar *estas fuerzas naturales*; al contrario, cuanto mas las benefician, mas baratos tienen que vender sus productos. De manera que las fuerzas naturales continuan siendo lo que Dios quiso que fueran: un don gratuito, á condicion de que toda la humanidad trabajase.

¿Sucede otra cosa en agricultura? Esto es lo que tengo que examinar. Supongamos una isla inmensa, habitada por algunos salvajes. Uno de ellos concibe la idea de dedicarse al cultivo, y se

(1) Respecto á los intermediarios, véase el cap. IV de *Lo que se ve y lo que no se ve* en este volumen,

va preparando para ello, con mucha anticipacion, porque sabe que su empresa le ocupará por espacio de muchos dias, antes que le proporcione recompensa alguna. Acumula, pues, provisiones, y fabrica útiles muy bastos. Por último, llega el dia en que cerca un pedazo de tierra, y comienza á desmontarlo.

Aquí hay dos cuestiones:

¿Infringe este salvaje los derechos de la comunidad?

¿Perjudica sus intereses?

Puesto que hay cien mil veces mas de tierra que la que la comunidad podria cultivar, el salvaje no ha lastimado sus derechos, asi como yo no menoscabo los de mis compatriotas, cuando bebo un vaso de agua del Sena, ó consumo, para respirar, un pié cúbico de aire atmosférico.

Tampoco lastima sus intereses; muy al contrario: si deja de cazar ó caza menos, cada uno de sus compañeros puede cazar mas, en proporcion; y además, si produce mas artículos de subsistencia que los que puede consumir, le queda un sobrante para dar á cambio.

En ese cambio ¿ejerce la menor presión sobre sus semejantes? No, puesto que estos quedan en libertad de aceptar ó rehusar.

¿Se hace pagar el concurso de la tierra, del sol y de la lluvia? No, puesto que todos los demás, pueden servirse, lo mismo que él, de dichos agentes de produccion.

Si quisiera vender su pedazo de tierra ¿qué le darian en cambio? El equivalente de su trabajo, ni mas ni menos. Si dijese: «Dadme en primer lugar una cantidad de tiempo vuestro, igual al que he invertido en la operacion, y además otra porcion de tiempo vuestro por el valor de la tierra en bruto»; le contestarian: «No puedo hacer mas que restituiros el tiempo invertido; pues nadie me impide á mí que, en otro lapso igual, me coloque en la situacion en que vos os encontrais.» Esto es, precisamente, lo que le contestaríamos al aguador que nos pidiese dos cuartos por el valor de su servicio, y otros dos por el valor del agua: por donde se ve que la tierra y el agua tienen de comun que, con ser una y otra de mucha utilidad, ni una ni otra tienen valor.

Si el salvaje, de quien vamos hablando, quisiera arrendar el campo, no obtendria mas que la remuneracion de su trabajo con

otra forma. Y toda pretension exagerada encontraria siempre esta inexorable respuesta: «otras tierras hay en la isla»; respuesta mas decisiva que la del molinero de *Buen-humor*: «Jueces hay en Berlin.» (1)

De modo que, el propietario, á lo menos en el origen, ya venda los productos de la tierra, ya venda la tierra ó la arriende, no hace mas que prestar y recibir *servicios*, bajo condiciones de igualdad. Estos servicios son los que se comparan, y, por consiguiente, los que *valen*; puesto que el valor solo se atribuye al suelo, por abreviacion ó *metonimia*.

Veamos ahora lo que sucede á medida que va creciendo la poblacion y el cultivo:

Es evidentísimo que la facilidad de procurarse primeras materias, subsistencia y *trabajo*, aumenta para todo el mundo, sin privilegio para nadie, como se ve en los Estados-Unidos. Allí no pueden los propietarios colocarse, bajo ningun pretexto, en condiciones mas favorables que los demás trabajadores, puesto que, merced á la abundancia de tierra, todo el mundo puede dedicarse á la agricultura, si ve que es mas productiva que las demás carreras. Esta libertad basta para conservar *el equilibrio de los servicios*, y tambien para que *los agentes naturales* que se emplean en muchísimas industrias, no aprovechen á los productores, considerados como tales, sino al público consumidor.

Sepáranse dos hermanos: el uno va á la pesca de la ballena, y

(1) En otra ocasion hemos oido negar la legitimidad del arriendo. Muchas personas, aun sin atreverse á tanto, apenas aciertan á comprender la perennidad del alquiler de los capitales. ¿Cómo es posible, preguntan, que un capital, en cuanto esté formado, pueda dar una renta eterna? Vamos á ver si esplicamos esta perennidad por medio de un ejemplo.

Yo tengo cien costales de trigo, y podría servirme de ellos mientras me dedico á un trabajo útil; pero, en vez de hacerlo así, los presto durante un año. ¿Qué me debe el que me los presta? La restitution integra de mis cien costales de trigo. ¿Y no me debe mas? En ese caso habré prestado un servicio sin recibir otro en cambio: débeme, pues, ademas de la simple restitution de mi prestamo, un *servicio*, una *remuneracion*, que será determinada por las leyes de la oferta y el pedido: el *interés*. Sucede que, al cabo del año, continúo teniendo cien costales de trigo que prestar, y lo mismo al cabo de dos, y por toda una eternidad. El interés es una pequeña porcion del trabajo que, gracias á mi prestamo, ha podido realizar el prestador. Si tengo bastantes costales de trigo para que los intereses me procuren la subsistencia, puedo vivir en el ocio sin ser gravoso á nadie, y aun me seria fácil demostrar que el ocio, obtenido por este medio, es uno de los reserres progresivos de la sociedad. (N. del autor.)

el otro á desmontar terrenos al *Far West*. Despues cambian el aceite por trigo. ¿Por ventura pone aquel en cuenta el valor del suelo, ni este el de la ballena? La comparacion no puede estenderse sino á los *servicios* recibidos y prestados. Estos servicios son, pues, lo único que tiene *valor*.

Y esto es tan cierto que, si la naturaleza se muestra muy liberal con la tierra, esto es, si la cosecha es abundante, baja el precio del trigo, y *el que se aprovecha de la baja es el pescador*. Si la naturaleza se ha mostrado liberal para con el Océano, ó, en otros términos, si la pesca ha sido afortunada, lo que baja de precio es el aceite, *con gran provecho del agricultor*. De ningun modo se puede probar mejor que el don gratuito de la naturaleza, aunque aprovechado por el productor, no deja nunca de ser gratuito para las masas, solo con la condicion de que paguen el acto de hacerlo contribuir á su trabajo, que es el *servicio*.

Mientras haya, pues, abundancia de terrenos incultos en un pais, el equilibrio se conservará entre los servicios recíprocos, y los propietarios no podrá disfrutar de ningun privilegio ó ventaja escepcional.

No sucederia lo mismo, si los propietarios consiguiesen prohibir todo nuevo desmonte de terreno; en cuyo caso, es evidente que impondrian la ley al resto de la comunidad.

Aumentando la poblacion, siendo cada dia mas apremiante la necesidad de las subsistencias, es claro que cada dia podrian hacer pagar mas caros sus *servicios*; lo cual en lenguaje ordinario se diria, por metonimia, del modo siguiente: *El valor del sueldo ha aumentado*. Pero la prueba de que este inicuo privilegio atribuiria un *valor ficticio*, no á la materia, sino á los servicios, el lo que estamos viendo en Francia y en Paris mismo. Por un procedimiento semejante al que acabamos de describir, la ley fija el número de los corredores, agentes de cambio, notarios y panaderos; y ¿qué sucede? Que la falta de competencia les permite poner alto precio á sus *servicios*, y crea en su favor un capital que no está incorporado á ninguna materia. Entonces se dice por abreviar: «este estudio, este gabinete, este privilegio *valen* tanto,» y la *metonimia* está clara. Lo mismo sucede con el suelo.

Llegamos ahora á la última hipótesis: á la de que todo el ter

teno de la isla esté sometido á la apropiacion individual y al cultivo.

En ese caso parece que debe variar la posicion relativa de las dos clases.

En efecto, la poblacion sigue en aumento, y vá á introducirse en todas las carreras, menos en aquellas cuyas plazas estén ocupadas. ¡Es decir que el propietario impondrá la ley del cambio! Lo que limita *el valor de los servicios* nunca es la voluntad del que los presta, sino la circunstancia de que pueda prescindir de él aquel á quien se presta, ó bien pueda hacérselo él por sí mismo, ó pueda obtenerlo por otros. Al proletario no le queda ya ninguna de esas alternativas. Antes le decia al propietario: «si me pedís mas que la remuneracion de vuestro trabajo, cultivaré yo por mí mismo»; y el propietario tenia que ceder por fuerza; pero hoy dia suele replicar: «no hay en el pais terreno que podais cultivar vos.» Véase, pues, el valor en las cosas, véase en los servicios; el agricultor se aprovechará de la falta absoluta de competencia; y como los propietarios impondrán la ley á los arrendadores y á los labriegos, la impondrán, en resúmen, á todo el mundo.

Esta nueva situacion no reconoce mas causa que el hecho siguiente: los no propietarios no pueden ya poner coto, como antes, á las exigencias de los poseedores del suelo, con las palabras: «Queda terreno que desmontar.» ¿Qué habria que hacer, pues, para que el *equilibrio de los servicios* se conservase, para que la hipótesis actual penetrase al instante en la hipótesis precedente? Solo una cosa: que al lado de nuestra isla surgiese otra, ó, mas bien, que surgiesen continentes, mas ó menos necesitados de cultivo.

Entonces el trabajo seguiria desenvolviéndose, repartiéndose en justas proporciones entre la agricultura y las demás industrias, sin que fuera posible la opresion por una ni otra parte, para que, si el propietario decia al artesano: «Yo te venderé mi trigo á un precio mayor que el que corresponde á la remuneracion normal del trabajo», pudiera el artesano contestarle: «yo trabajaré para los propietarios del continente, que no pueden abrigar semejantes pretensiones.»

Llegado este periodo, la garantía de las masas resulta estar en la libertad del cambio, en el derecho del trabajo.

El *derecho del trabajo* es la libertad, es la propiedad. El artesano es propietario de su obra, de sus servicios ó del precio que por ella ha cobrado, en la misma estension que el propietario lo es del suelo. En tanto que, en virtud de este derecho, puede cambiarlos por productos agricolas, donde quiera que se halle, mantiene *forzosamente* al propietario territorial en la posición de *igualdad* que antes he descrito; en la cual *los servicios se cambian por servicios*, sin que la posesion del suelo baste á dar una ventaja independiente del trabajo, asi como tampoco la de la posesion de un útil ó de una máquina de vapor.

Pero si, usurpando los propietarios el poder legislativo, prohíben á los proletarios que trabajen para lo exterior á cambio de subsistencias, entonces se altera el equilibrio de los servicios. Por respeto á la exactitud científica, no diré que por este medio alzan artificialmente *el valor del suelo ó de los agentes* naturales; pero sí diré que alzan artificialmente *el valor de sus servicios*. Con *menos* trabajo pagan *mas* trabajo: oprimen. Hacen como todos los monopolizadores privilegiados; hacen como los propietarios del otro periodo, que prohibian los desmontes de terreno: introducen en la asociacion una causa de desigualdad y de miseria; alteran las nociones de la justicia y la propiedad; abren un abismo bajo sus piés.

Pero ¿qué alivio podrán encontrar los no propietarios en la proclamacion del *derecho al trabajo*? ¿De qué modo aumentará este derecho las subsistencias, ó los trabajos distribuibles entre las masas? ¿Por ventura no se dedican todos los capitales á hacer trabajar? ¿Por ventura se acrecientan al pasar por las arcas del Estado? ¿Por ventura, al quitárselos al pueblo por medio del impuesto, no ciega el Estado, por lo menos, tantos manantiales de trabajo como abre por otra parte?

Demás de qué ¿en favor de quién abogais por ese derecho? Segun la teoría que os lo ha descubierto, debe ser en favor de todo el que carezca de su parte de usufruto en el suelo; pu es bien, los banqueros, negociantes, fabricantes, juriscultos, médicos, empleados, artistas y artesanos no tienen propiedad territorial.

¿Querreis que los poseedores del suelo tengan obligacion de asegurar trabajo á todos los ciudadanos indicados? ¡Pues si todos se proporcionan trabajo unos á otros! ¿Creereis acaso que solo los ricos, propietarios ó no, tengan que socorrer á los pobres? Entonces hablais de *asistencia*, y no de un derecho, que se deriva de la apropiacion del suelo.

En materia de derechos, el que hay que reclamar, porque es incontestable, riguroso y sagrado, es el *derecho del trabajo*, la libertad, la propiedad, no solamente la del suelo, sino la de los brazos, de la inteligencia, de las facultades; de la personalidad; propiedad que sufre violacion, si hay una clase que pueda prohibir á las demás el *libre cambio de los servicios*, así en lo interior como en lo exterior. Mientras esta libertad exista, la propiedad territorial no será un privilegio: es ni mas ni menos que todas las demás, *la propiedad del trabajo*.

Fáltame deducir algunas consecuencias de esta doctrina.

CARTA CUARTA.

Los fisiócratas dicen que «lo único productivo es el suelo.»

Ciertos economistas han dicho que, fuera del trabajo, no hay nada productivo.

Al ver al labrador encorvado hácia el surco, que riega con su sudor, no se puede negar que contribuye á la tarea de la produccion; pero tambien es cierto que la naturaleza no reposa nunca. Y el rayo de sol que atraviesa la nube, y la nube empujada por el viento, y el viento que atrae la lluvia, y la lluvia que disuelve las sustancias fertilizantes, y estas sustancias, que desenvuelven en la tierna planta los misterios de la vida; todas las fuerzas de la naturaleza, conocidas y desconocidas, preparan la cosecha, mientras que el labrador busca en el sueño una trégua á sus fatigas.

Es, pues, imposible dejar de reconocerlo: el trabajo y la naturaleza se combinan para realizar el fenómeno de la produccion.

La *utilidad*, que es el fondo de que vive el género humano, resulta de esta cooperacion; lo cual es tan cierto casi en todas las industrias, como en la agricultura.

Pero en los cambios que los hombres realizan entre sí, solo hay una cosa que se compara y puede compararse: el trabajo humano, el servicio prestado y el recibido. Estos servicios solo son conmensurables unos con otros, y, por consiguiente, son lo único remunerable; solo en ellos reside el valor, y se puede decir casi con exactitud que, en último resultado, el hombre solo es propietario de su propia obra.

Respecto á la parte de utilidad que se debe al concurso de la naturaleza, si bien es muy real, si bien es infinitamente superior á todo cuanto pueda hacer el hombre, es *gratuita*, se trasmite de mano en mano, sin cobro ni pago, y puede decirse que carece de valor, propiamente dicho. ¿Ni quién podría apreciar, medir, determinar el valor de las leyes naturales, que están obrando desde el principio del mundo para producir un efecto, en el momento en que el trabajo las solicitase? ¿con qué compararlas? ¿cómo *valuarlas*? Si tuviesen un valor cualquiera, figurarian en nuestras cuentas é inventarios; cobraríamos retribucion por su uso; pero ¿cómo conseguirlo, si están á disposicion de todo el mundo, bajo una condicion para todos igual, que es el trabajo? (1)

Toda produccion útil es, pues, obra de la naturaleza, que obra gratuitamente, y del trabajo, que se remunera.

Mas, para llegar á la produccion de una utilidad dada, los dos contribuyentes *trabajo humano* y *fuerzas naturales*, no están en condiciones fijas é inmutables; muy al contrario, el progreso consiste en hacer que la proporcion del *concurso natural* se acreciente sin cesar, y vaya disminuyendo al mismo tenor la proporcion del *trabajo humano*, que ha de ir sustituyendo. En otros términos, supuesta cierta utilidad, la cooperacion gratuita de la *naturaleza* tiende á reemplazar mas y mas la cooperacion onerosa del *trabajo*. La parte comun se acrecienta á espensas de la parte remunerable y *apropiada*.

(1) Sobre una objecion fundada en un pretendido acaparamiento de los agentes naturales, vease *Capital y Renta*, carta xiv.

Siuviéseis que trasportar un bulto de un quintal desde París á Lille, sin intervencion de ninguna fuerza material, es decir, á fuerza de brazos, necesitariais un mes de fatiga: si en vez de hacerlo vos mismo, diéseis el encargo á otro, tendriais que pagar-selo con una fatiga equivalente, pues de otro modo aquel no lo haria. Aparecen el carreton, el carro y el camino de hierro por su órden, y á cada progreso veis una parte de la tarea desempeñada por las fuerzas naturales, y una disminucion de tarea que hacer ó remunerar. Es, pues, evidente que toda remuneracion ahorrada es una conquista, no en provecho del que hace el servicio, sino del que lo recibe, esto es, de la humanidad.

Antes de la invencion de la imprenta, un escriba no podia copiar una Biblia en menos de un año, y esta era la medida de la remuneracion que tenia derecho á exigir. Hoy se puede adquirir una Biblia por 5 francos, precio que solo corresponde al trabajo de un dia: luego de cada trescientas partes, las doscientas noventa y nueve han sido reemplazadas por fuerza natural y gratuita. Una parte representa el *servicio humano*, y sigue siendo *propiedad personal*; doscientas noventa y nueve representan el *concurso natural*, dejan de pagarse, y, por consiguiente, caen bajo el dominio de lo gratuito y comun. No hay un útil, instrumento ó máquina que no haya dado por resultado disminuir el concurso del trabajo humano, sea el valor del producto, ó sea lo que constituye el fundamento de la propiedad.

Convengo en que esta observacion solo queda espuesta aquí muy imperfectamente; pero es la que debe aunar en un punto comun, que es el de la *propiedad* y la *libertad*, las escuelas que tan funestamente comparten hoy el dominio de la opinion.

Todas las escuelas se resumen en un axioma:

Axioma económico: Dejad hacer, dejad pasar;

Axioma igualitario: Mutualidad del servicio;

Axioma sansimoniano: A cada cual segun su capacidad; á cada capacidad segun sus obras;

Axioma socialista: Reparticion equitativa entre el capital, el talento y el trabajo;

Axioma comunista: Comunidad de bienes.

Voy á indicar, ya que no pueda hacer aquí otra cosa, que la

doctrina espuesta en las anteriores líneas satisface todas estas aspiraciones.

ECONOMISTAS. No hay necesidad de demostrar que los economistas deban recibir bien una doctrina que, evidentemente, procede de *Smith* y *Say*, y no hace mas que demostrar una concurrencia de las leyes generales que ellos descubrieron.

Dejad hacer, dejad pasar, es lo que resume la palabra *libertad*; y yo pregunto si se puede concebir la noción de *propiedad* sin libertad. ¿Soy yo propietario de mis obras, facultades y brazos, si no puedo emplearlos en prestar *servicios* aceptados voluntariamente? ¿No debo yo ser *libre*, ya para ejercitar mis facultades aisladamente, lo cual lleva consigo la necesidad del cambio, ya para unir las á las de mis hermanos, lo cual es la *asociación* ó cambio bajo otra forma?

Y ¿si la libertad padece detrimento, no es la propiedad la que experimenta el daño? Demás de que, ¿cómo tendrán los *servicios* recíprocos todo su justo valor relativo, si no se cambian libremente, si la ley prohíbe al trabajo humano que se aplique á los que están mejor remunerados? La propiedad, la justicia, la igualdad, el equilibrio de los servicios, es evidente: solo pueden ser resultado de la libertad. También es la libertad quien hace que el concurso de las fuerzas naturales vaya á parar al dominio *común*; porque, mientras que un privilegio legal me atribuya la explotación exclusiva de una fuerza natural, yo me cobraré, no solo mi trabajo, sino también el empleo de dicha fuerza. Ya sé que hoy está muy en boga maldecir la libertad: parece que el siglo ha tomado por lo sério el irónico estribillo de nuestro gran cancionero Beranger:

«Estoy hecho un veneno
contra la libertad.

¡Abajo, caiga, al diablo,
muera la libertad!»

Pero yo, que la he amado siempre por instinto, la defenderé siempre con la razón.

IGUALITARIOS. La *mutualidad de servicios* á que aspiran es-

tos, es precisamente el resultado del régimen *propietario*. Al parecer, el hombre es propietario por completo de la cosa; de toda la utilidad en la cosa contenida. En realidad, sin embargo, el hombre solo es propietario del valor de la cosa; de la porcion de utilidad que el trabajo la ha comunicado; pues, al cederla, solo puede hacerse remunerar por el *servicio* que presta. El representante de los igualitarios condenaba dias pasados en la tribuna la propiedad, encerrando en esta palabra únicamente lo que él llama *usuras*, el uso del suelo, del dinero, de las casas, del crédito, etc. Pero esas usuras son trabajo; no pueden ser mas que trabajo. Recibir un servicio, implica la obligacion de devolverlo, que es lo que constituye la *mutualidad de los servicios*. Cuando yo presto una cosa que he producido con el sudor de mi frente, y de la que podria sacar partido, hago un *servicio* al prestador, que entra á deberme un *servicio*. Si se limitase á devolverme á fin de año la cosa prestada, no me haria servicio alguno, y durante aquel tiempo se habria aprovechado de mi trabajo en perjuicio mio. Si yo me hiciese remunerar otra cosa que mi trabajo, la objecion de los igualitarios tendria alguna fuerza; pero no sucede así. Si, pues, los igualitarios son consecuentes, en cuanto se hayan penetrado de la verdad de la teoría espuesta en estos artículos, se unirán á nosotros para apoyar la propiedad y reclamar su complemento, ó mejor, lo que la constituye: la libertad.

SANSIMONIANOS. *A cada cual segun su capacidad; á cada capacidad segun sus obras.*

Tambien así se realiza el régimen propietario. Nosotros nos hacemos servicios recíprocamente; pero estos servicios no son proporcionados á la duracion é intensidad del trabajo, no se miden con el dinamómetro ni el cronómetro. Que la molestia que yo me he tomado haya sido de una hora ó haya sido de un dia, poco le importa á aquel á quien ofrezco el servicio; pues lo que considera no es el trabajo que yo me he tomado, sino el que le he ahorrado. Para ahorrar trabajo y tiempo, procuro sacar partido de alguna *fuerza natural*. Mientras que nadie, escepto yo, sabe sacar partido de esa fuerza, yo presto á los demás mas servicios que los que ellos pueden hacerse á sí mismos en un espacio de tiempo dado; por lo cual recibo una buena remuneracion, y me enriquez-

co sin perjudicar á nadie. *La fuerza natural* obra en beneficio mio; mi capacidad queda recompensada: *A cada cual segun su capacidad.*

Sucede, empero, que al poco tiempo se divulga mi secreto: la imitacion descubre mi procedimiento; la competencia me fuerza á ser menos exigente. El precio de mi producto baja hasta el punto de que mi trabajo no recibe mas que la remuneracion normal de los demás trabajos análogos. Y no por eso se pierde la fuerza natural, sino que cae bajo el dominio de la humanidad entera, que, desde aquel momento, se proporciona una satisfaccion dada con menos trabajo. Todo el que se sirve de dicha fuerza para sus menesteres, trabaja con menos dificultades que antes; y por consiguiente, todo el que la emplea por cuenta de otros, tiene derecho á menor remuneracion que antes; y si quiere aumentar sus beneficios, no tiene mas remedio que hacer mayor cantidad de trabajo. *A cada cual, segun su trabajo.* En resúmen, el resultado es *trabajar mejor ó trabajar mas*; lo cual traduce rigurosamente el axioma Sansimoniano.

SOCIALISTAS. *Reparticion equitativa entre el talento, el capital y el trabajo.*

La equidad en la reparticion resulta de la ley: *los servicios se cambian por servicios*, con tal que estos cambios sean libres: esto es, con tal que se reconozca y respete la propiedad.

Desde luego es evidente que el que tiene mas *talento*, presta mas *servicios* con un trabajo dado; de donde se sigue que voluntariamente se le concede remuneracion mayor.

Respecto al capital y el trabajo, asunto es este que siento no poder tratar aquí estensamente, porque es el que ha sido propuesto al público bajo el aspecto mas falso y tambien mas funesto.

Con frecuencia se representa el capital como un mónstruo devorador, como enemigo del trabajo. Así se ha conseguido crear una especie de antagonismo irracional entre dos potencias que en el fondo son de igual origen y naturaleza, concurren á un mismo fin, y se auxilian y no pueden prescindir una de otra. Cuando veo que el trabajo se irrita contra el capital, se me figura ver la inanicion rechazando los alimentos.

Mi definicion del capital es la siguiente: *materiales, instru-*

mentos y provisiones, cuyo empleo, no hay que olvidarlo, es *gratuito* en lo que la naturaleza ha contribuido á producirlos, y cuyo valor, fruto del trabajo, es lo único que se paga.

Para llevar á cabo una obra útil, se necesitan *materiales*; si es un poco complicada, requiere *instrumentos*, y si ha de ser de alguna duracion, exige *provisiones*. Pongo por ejemplo: para emprender la construccion de un camino de hierro, es menester que la sociedad haya ahorrado suficientes medios de existencia para que puedan vivir millares de personas durante muchos años.

Materiales, instrumentos y provisiones son fruto de un trabajo anterior, que no ha recibido remuneracion todavía. Ahora bien; cuando el trabajo anterior y el actual se combinan para un objeto, para una obra comun, se remuneran uno á otro; establecen un cambio de trabajo, esto es, *un cambio de servicios*, con condiciones aceptadas de antemano. ¿Cuál de las dos partes obtendrá mejores condiciones? La que menos necesite del concurso de la otra. Aquí volvemos á encontrar la inexorable ley de la oferta y el pedido: quejarse de ella, es una contradiccion pueril. Decir que el trabajo debe estar muy remunerado, cuando los trabajadores son numerosos y los capitales exiguos, es decir que, cuanto mas escasas sean las provisiones, mejor provistos debemos estar todos.

Para que el trabajo sea solicitado y esté bien pagado, es menester que en el país haya muchos materiales, instrumentos y provisiones: esto es, mucho capital.

De donde se sigue que el principal interés de los trabajadores está en que el capital se forme rápidamente; en que por su propia acumulacion los materiales, los instrumentos y las provisiones se hagan una viva competencia.

Este es el único medio de que se alivie la condicion de los trabajadores. Mas ¿cuál es la principal condicion para que se formen los capitales? la de que cada cual esté seguro de ser realmente *propietario*, en toda la estension de la palabra, de su trabajo y sus ahorros. Propiedad, seguridad, libertad, orden, paz, economía: he aquí lo que interesa á todo el mundo, y mucho mas particularmente á los proletarios.

COMUNISTAS. En todo tiempo ha habido corazones llenos de

honor y benevolencia, hombres como Tomás Moro, Harrington y Fenelon que, al presenciar el espectáculo de las miserias comunes y la desigualdad de las condiciones, buscaron un refugio en la utopia *comunista*.

Y por mas que parezca extraño, sostengo que el régimen propietario tiende cada dia mas á realizar á nuestra vista dicha utopia. Por eso dije, al empezar, que la propiedad es esencialmente democrática.

¿De qué fondos, con qué fondos se desenvuelve la humanidad? Con todo lo que *sirve*, con todo lo que es *útil*. Entre las cosas útiles, hay algunas que permanecen ajenas al trabajo humano: el aire, el agua, la luz del sol; para estas cosas la gratutividad, la comunidad es completa. Otras hay que solo llegan á ser *útiles* merced á la cooperacion del trabajo humano y la naturaleza; y por lo mismo, la *utilidad* se reparte entre ellas. Entra en ellas una porcion de trabajo, y esta es la única remunerable y de valor, y constituye la propiedad. La otra porcion que entra, merced á los agentes naturales, es gratuita y comun.

Ahora bien; de las dos fuerzas que concurren á producir la utilidad, la que es gratuita y comun va sustituyendo siempre á la otra, que es onerosa, y por lo tanto remunerable. Tal es la ley del progreso. No hay hombre alguno en la tierra que no busque un auxiliar en las fuerzas de la naturaleza, y así que lo halla, lo pone á disposicion de toda la humanidad, rebajando proporcionalmente el precio del producto.

Así pues, en cada producto, la porcion de utilidad obtenida á título *gratuito* sustituye poco á poco á la que se obtiene á título *oneroso*.

El fondo *comun* tiende por lo mismo á esceder hasta lo infinito del fondo *apropiado*; y bien puede decirse que el dominio de lo comun se va estendiendo mas y mas cada dia en el seno de la humanidad.

Por otra parte, es evidente que el influjo de la libertad, la porcion de utilidad que queda remunerable ó apropiable, tiende á repartirse, sino de una manera absoluta, á lo menos proporcionalmente á los *servicios* prestados, puesto que esos mismos servicios son la medida de la remuneracion.

Por ende se vé con qué poder tan robusto tiende el principio de propiedad á la realizacion de la igualdad entre los hombres.

Desde el primer momento establece un *fondo comun* que se va acrecentando de progreso en progreso, y con respecto del cual la igualdad es perfecta, puesto que todos los hombres son iguales ante un valor *destruido*, y ante una utilidad que ha dejado de ser remunerable. Todos los hombres son iguales ante la porcion del precio de los libros, que ha desaparecido, merced á la imprenta.

Despues, en cuanto á la porcion de utilidades que corresponde al trabajo humano, á la fatiga ó á la habilidad, la competencia tiende á establecer el equilibrio de las remuneraciones; y no queda mas desigualdad que la que se justifica por la misma desigualdad de los esfuerzos, del trabajo, de la habilidad: esto es, de los *servicios* prestados; y aparte de que esta desigualdad será eternamente justa, ¿quién no comprende que, á no ser así, los esfuerzos quedarian completamente paralizados?

Ya sé la objecion que se me querrá hacer. «Hé ahí, me dirán, el optimismo de los economistas, que viven encerrados en dos teorías, y ni aun se dignan echar una mirada á los hechos. ¿Dónde están en realidad esas tendencias igualitarias? ¿Acaso no encontramos en todo el mundo el lamentable espectáculo de la opulencia al lado del pauperismo, del fausto insultando la desnudez, de la ociosidad y el trabajo escesivo, de la saciedad y la inanicion?

No niego que existan desigualdades, miserias y sufrimientos. ¿Ni para qué negarlo? Pero digo: lejos de ser el principio de la propiedad el que las engendra, esas desigualdades solo pueden achacarse al principio opuesto: al principio del despojo.

Esto es lo que falta demostrar.

CARTA QUINTA.

No, los economistas no sostienen lo que se les atribuye. No creen que nos hallemos en el mejor de los mundos. Ni cierran los ojos á las dolencias de la sociedad, ni los oídos á los ayes de los que padecen. Procuran, si, averiguar la causa de tamaños males, y creen haber descubierto, que entre las que mas parte tiene la sociedad, no la hay mas activa ni general que la injusticia. Por eso invocan ante todo y sobre todo la justicia, la justicia universal.

El hombre desea mejorar de suerte: tal es su primera ley; para que su deseo se realice, es indispensable un trabajo ó una *molestia* prévia; pero el mismo principio que impulsa al hombre hacia su bienestar, le impulsa tambien á evitar esa *molestia*, que es el medio de conseguirlo. Antes de apelar á su propio trabajo, suele apelar con harta frecuencia al trabajo ageno.

Puede, pues, aplicarse al *interes personal* lo que Esopo decia de la lengua: «No hay cosa en el mundo que haya causado mas bienes ni mas daño.» El interes personal crea todo lo que la humanidad emplea en su vida y su desenvolvimiento: estimula el trabajo, da origen á la *propiedad*; pero al mismo tiempo introduce en el mundo todas las injusticias que, segun su forma, toman nombres diversos, y se resúmen en la palabra *despojo*.

¡*Propiedad* y *despojo*, hermanas, hijas de un mismo padre, salud y azote de la sociedad, genio del bien y genio del mal, poderes que se disputan el imperio del mundo desde su origen!

Por el origen comun á la propiedad y al despojo se puede explicar la facilidad con que Rousseau y sus discípulos han podido calumniar y conmover el orden social. Bastaba con presentar una sola de las fases del *interes personal*.

cultades en la explotación de la naturaleza para obtener de ella medios de subsistencia; mas, esperando que otros pueblos hubiesen formado propiedades, los atacaban á fuego y hierro, y los despojaban periódicamente de todos sus bienes ¡Y era para los vencedores, no solo el botín, sino tambien la gloria, los cantos de los poetas, las aclamaciones de las mugeres, las recompensas nacionales y la admiracion de la posteridad! Indudablemente, un régimen semejante, y semejantes ideas aceptadas por todo el universo, debian causar muchos sufrimientos, muchas angustias, é introducir gran desigualdad entre los hombres; mas ¿tenia la culpa la propiedad?

Mas adelante los despojadores se perfeccionaron. Pasar á cuchillo á los vencidos, lo consideraron como la pérdida de su tesoro. No robar mas que propiedades, era un despojo transitorio; robar los hombres y las cosas, era organizar el despojo permanente.

De ahí la esclavitud, que era el despojo llevado hasta su último límite ideal, puesto que despoja al vencido de toda propiedad de hoy y de toda propiedad futura, de sus obras, sus brazos, su inteligencia, sus facultades, sus afectos y su personalidad entera; lo cual se resume diciendo: se exigen de un hombre todos los servicios que por fuerza pueden arrancársele, sin hacerle á él ninguno.

Tal fué el estado del mundo hasta una época no muy remota por cierto; tal era particularmente en Atenas, Esparta y Roma, y es muy triste pensar que las ideas y costumbres de dichas repúblicas son las que la educacion ofrece á nuestra ávida curiosidad, haciéndolos penetrar en nosotros por todos nuestros poros. Somos como aquellas plantas que, regadas por el horticultor con ciertas tinturas, adquieren un color artificial, que no se borra. ¡Y hay quién se admira de que generaciones instruidas por este medio no puedan fundar una república honesta!

Como quiera que sea, fuerza será convenir en que habia allí una causa de desigualdad, que, por cierto, no se podrá achacar al régimen propietario, tal como lo hemos definido en los anteriores articulos.

Hemos visto cómo los hombres son naturalmente propietarios de sus obras, y cómo, trasmitiéndose unos á otros sus propiedades, se hacen *servicios* recíprocos.

Esto supuesto, el caracter general del despojo consiste en valerse de la fuerza ó de la industria para alterar en provecho propio la equivalencia de los servicios.

Las combinaciones del despojo son inagotables, lo mismo que los recursos de la sagacidad humana. Para que los servicios trocados puedan considerarse de legítima equivalencia, son menester dos condiciones: es la primera, que el precio de una de las partes contratantes no llegue á quedar falseado por las mañas de la otra; es la segunda, que la transaccion sea libre. Si un hombre consigue arrancar de otro un servicio real, y fingiendo que se le paga con otro servicio real, le hace uno ilusorio, comete un despojo; despojo que será mayor, si lo comete por medio de la fuerza.

Hay tendencia á creer que el despojo solo se manifiesta bajo la forma de los *robos*, definidos y castigados por el código. Si así fuera, sería exagerada la importancia social que doy á los hechos escepcionales, que la conciencia pública reprueba y la ley reprime; mas ¡ay! existe un despojo, que se egerce con anuencia de la ley, con asentimiento y muchas veces con aplauso de la sociedad.

Este es el despojo que puede tomar proporciones enormes, bastantes para alterar la distribucion de la riqueza en el cuerpo social, paralizar por mucho tiempo la fuerza de nivelacion que se halla en la libertad, crear la desigualdad permanente de las condiciones, abrir el abismo de la miseria, y derramar por el mundo ese diluvio de males, que ciertas mentes poco meditadoras atribuyen á la propiedad.

Este es el despojo á que me refiero cuando digo que desde su origen disputa el imperio del mundo al principio que le es opuesto. Vamos á indicar brevemente algunas de sus manifestaciones.

En primer lugar: ¿qué es la guerra, sobre todo tal cual se comprendia en la antigüedad? Asociábanse ciertos hombres; constituíanse en cuerpo de nacion; desdeñábanse de emplear sus fa-

Paso por alto la *servidumbre*, el *régimen feudal* y el que lo sucedió en 1789; pero no puedo menos de mencionar el despojo que se ha egercido largo tiempo por el abuso de la influencia religiosa. Recibir de los hombres servicios positivos, y no darles en cambio sino servicios imaginarios, fraudulentos, ilusorios y aun irrisorios, es despojarlo con su asentimiento, es verdad; pero esta circunstancia es agravante en el caso de que hablamos, pues implica que se ha empezado por pervertir hasta el origen de todo progreso: el entendimiento. No insistiré sobre este punto: todo el mundo sabe que la explotación de la credulidad pública por el abuso de las religiones, ciertas ó falsas, habia interpuesto una gran distancia entre el sacerdocio y el vulgo en la India, en Egipto, en Italia y en España. Y ¿era tambien culpa de la propiedad?

Llegamos al siglo XIX, despues de esas grandes iniquidades sociales, que abrieron en el suelo un profundo surco; y ¿quién puede negar que se necesitaria tiempo para que el surco desapareciese, aun cuando desde hoy hiciésemos prevalecer en todas nuestras leyes y relaciones el principio de la propiedad, que es precisamente la *libertad*; la que á su vez no es mas que la expresión de la *justicia universal*? Acordémonos de que la *servidumbre* se estiende aun hoy por la mitad de Europa (1); de que en Francia apenas hace medio siglo que el feudalismo recibió el último golpe; de que aun vive con toda su potencia en Inglaterra; y de que todas las potencias hacen esfuerzos inauditos para mantener en pié poderosos ejércitos; lo cual supone que, ó se amenazan mutuamente en sus propiedades, ó que esos mismos ejércitos no son mas que un gran despojo. Acordémonos de que todos los pueblos sucumben bajo el peso de deudas, cuyo origen deba buscarse en sus pasadas locuras; no olvidemos que nosotros mismos pagamos todos los años muchos millones para prolongar artificialmente la vida de colonias de esclavos, y otros millones para impedir la trata en las costas de Africa, (lo cual nos ha com-

(1) La fecha de estos artículos es anterior al reinado del actual emperador de Rusia, que ha emprendido la emancipación de los siervos, noble tarea que dice haberse impuesto como mira principal de su política.

(N. del T.)

plicado en una de las mayores dificultades diplomáticas), y que estamos á punto de entregar 100 millones á los plantadores, para poner el colmo á los sacrificios que bajo tan diversas formas nos ha impuesto este género de despojo.

De modo que estamos en poder de lo pasado, dígase lo que se quiera. Nos vamos desprendiendo poco á poco; mas ¿ha de causar sorpresa que exista desigualdad entre los hombres, si el principio igualitario, la propiedad, ha sido tan poco respetado? ¿De donde vendrá la nivelacion de las condiciones, que es el ardiente anhelo de nuestra época, y que la caracteriza de un modo tan honroso? Vendrá de la simple justicia, de la realizacion de esta ley: *servicios por servicios*. Para que se cambien dos servicios, segun su *valor* real, necesitan dos cosas las partes contratantes: inteligencia en el juicio, libertad en la transaccion. Si el juicio no está ilustrado, en cambio de servicios reales, aceptará voluntariamente servicios ilusorios: gracias si no interviene la fuerza en el contrato.

Esto sentado, y reconociendo que existe entre los hombres una desigualdad cuyas causas pueden llamarse históricas, y solo han de ceder á la accion del tiempo, veamos si á lo menos, nuestro siglo, haciendo prevalecer en todas sus partes la *justicia*, desterrará la fuerza y el engaño de las transacciones humanas, y dejará que se establezca naturalmente la equivalencia de los servicios, y que triunfe la causa democrática ó igualitaria de la propiedad.

¡Ay! que encuentre tantos abusos nacientes, tantas excepciones, tantas desviaciones directas ó indirectas, que aparecen en el horizonte del nuevo orden social, que no sé por donde empezar.

En primer lugar, tenemos privilegios de toda clase. Nadie puede ser abogado, médico, profesor, agente de cambios, corredor, notario, farmacéutico, impresor, carnicero ó panadero, sin tropezar con prohibiciones legales. Son otros tantos *servicios* que está prohibido hacer, y por consiguiente, aquellos á quienes se autoriza para que los hagan, exigen por ellos un alto precio, hasta tal punto, que el privilegio solo, sin ningun trabajo, tiene muchas veces un gran valor. Y no me quejo de que se exijan garantías á los que tales *servicios* hacen, aunque la garantía eficaz

está en los que los reciben y los pagan; lo que yo quisiera es que esas garantías no tuviesen nada de exclusivo. Exigir de mí que sepa lo que debo saber para ser abogado ó medico, enhorabuena; pero no me exijais que lo haya aprendido en tal punto, en tantos años, etc.

En seguida viene el precio artificial, el valor suplementario que se trata de dar por medio de las tarifas á la mayor parte de las cosas necesarias, como el trigo, la carne, las ropas, el hierro, los útiles, etc.

Hay en eso un esfuerzo para destruir la equivalencia de los servicios, un ataque violento á la propiedad mas sagrada, á la de los brazos y las facultades. Ya he demostrado anteriormente que, cuando el suelo de un pais ha experimentado ocupaciones sucesivas, si continua en aumento el número de los trabajadores, si, derecho está interesado en limitar las pretensiones del propietario territorial, trabajando para lo exterior, y haciendo venir de lo exterior su subsistencia. Dichos trabajadores solo pueden dar trabajo á cambio de los productos, y claro está que, si el primer término se aumenta sin cesar, mientras el segundo permanece estacionario, será menester dar mas trabajo por menos productos. Este efecto se manifiesta con la baja de los salarios, que es la mayor de las calamidades, cuando procede de causas naturales, y el mayor de los crímenes cuando procede de la ley.

Viene en seguida el impuesto, que ha llegado á ser un medio de vivir muy solicitado. Sabido es que el número de los empleos ha ido siempre en aumento. y que el de los pretendientes crece tambien, aunque mas de prisa que el de los destinos. Y ¿hay, por ventura, pretendiente alguno que se pregunte si hará al público mas *servicios* que los que él espera recibir? ¿Podemos decir que esté próximo á desaparecer este azote? ¿Cómo creerlo, cuando vemos que la misma opinion pública se empeña en que lo haga todo ese ser ficticio que se llama *Estado*, lo cual significa *coleccion de agentes asalariados*? Despues de opinar que todos los hombres sin escepcion son capaces de gobernar el pais, los declaramos incapaces de gobernarse á sí mismos. Dentro de poco habrá dos ó tres agentes asalariados para cada francés: uno para impedirle que

trabaje demasiado; otro para educarle; otro para facilitarle crédito; otro para poner obstáculos á sus transacciones, etc., etc. ¿A dónde nos conducirá esa ilusion, que nos inclina á creer que el Estado es un personaje poseedor de una fortuna inagotable é independiente de la nuestra?

El pueblo comienza á averiguar que la máquina gubernativa cuesta muy cara; pero lo que ignora todavía es que el peso recae siempre sobre él, *inevitablemente*. Le dan á entender que, si hasta aquí ha llevado la peor parte, la República tiene un medio para hacer que, aumentando el peso general, recaiga á lo menos su mayor parte en los ricos. ¡Funesta ilusion! Ciertó que se puede conseguir que el cobrador de contribuciones se dirija á tal persona, y no á tal otra, y, materialmente hablando, reciba el dinero de manos del rico; pero no se compone todo con esto. Hay un trabajo ulterior en la sociedad; hay reacciones en el valor respectivo de los servicios, y no se puede evitar que á la larga se reparta el peso entre todos, incluso los pobres. Su verdadero interés está, pues, no en que se perjudique á una clase, sino en que haya alivio para todas, con motivo de la solidaridad en que viven.

¿Pero no hay nada que anuncie haber llegado la hora de que se disminuyan los impuestos?

Lo digo con sinceridad: creo que entramos en una senda en que, con formas muy suaves, muy sutiles, muy ingeniosas, adornadas con los halagadores nombres de *solidaridad* y *fraternidad*, el despojo va á adquirir un desenvolvimiento, cuyas proporciones apenas se atreve á calcular la mente. La forma es la siguiente: bajo la denominacion de *Estado*, se considera la colectividad de los ciudadanos como un ser real dotado de vida propia, de riqueza propia, independiente de la vida y la riqueza de los ciudadanos; en seguida, cada uno de estos se dirige á ese ser ficticio para que le dé, ya instruccion, ya trabajo, ya crédito, ya alimentos, etc., etc.; pero el caso es que el Estado no puede dar nada á sus individuos, como estos no se los hayan dado antes. Los únicos efectos de este intermediario son: primero, un gran desperdicio

de fuerzas, y en seguida la completa destruccion de la *equivalencia de los servicios*; porque cada cual procurará entregar lo menos que pueda en las arcas del Estado, y sacar de ellas lo mas posible; ó, en otros términos, el Tesoro público quedará entregado al pillage. ¿No vemos ya hoy dia algo de eso? ¿Qué clase no solicita los favores del Estado? no parece sino que en él está el principio de la vida. Dejando aparte la innumerable raza de sus propios agentes, la agricultura, la fabricacion, el comercio, las artes, los teatros, las colonias, la navegacion, lo esperan todo de él. Se quiere que sea él quien desmonte terrenos, quien los riegue, quien colonize, quien enseñe y hasta quien divierta. No hay quien no mendigue una prima, una subvencion, un estímulo y, sobre todo, lo *gratuito* de ciertos servicios, como la instruccion y el crédito. ¿Porqué no pedir al Estado la gratitud de todos los servicios? ¿Porqué no exigirle que dé de comer, de beber y de vestir gratis à todos los ciudadanos?

Una sola clase habia permanecido agena à tan locas pretensiones:

«Ya solo una criada me servia,
«del todo agena à tan fatal mania.»

Era el pueblo, propiamente dicho, la innumerable clase de los trabajadores; pero tambien ha llegado à hacer coro con los demás. Da dinero en abundancia al Tesoro; y, en buena ley, conforme al principio de igualdad, tiene tanto derecho à esa dilapidacion universal, como las demás clases que le han dado el ejemplo. Pero es muy de lamentar que haya hecho oír su voz, no para poner coto al pillage, sino para que en él le cupiese parte. ¿Podia, sin embargo, estar mas ilustrada esa clase que las demás? No tiene culpa, si ha incurrido en la alucinacion que à todos nos ciega.

Con todo, el mero hecho de ser el número de los solicitadores igual al de los ciudadanos, muestra que el error de que me ocupo no puede ser de larga duracion, y yo por mi parte creo que dentro de poco llegaremos à no pedir al Estado mas

servicios que los que son de su competencia: justicia, defensa nacional, obras públicas, etc.

Tenemos delante otra causa de desigualdad, acaso mas activa que todas las demás: *la guerra al capital*. El proletariado solo puede emanciparse de una manera: con el acrecentamiento del capital nacional. Cuando el capital crece con mayor rapidez que la poblacion, se producen infaliblemente dos efectos que contribuyen á la par á mejorar la suerte de los obreros; la baja en los productos y el alza en los salarios; mas para que el capital tome incremento, necesita antes que todo *seguridad*. Si teme, se esconde, emigra, se disipa, se destruye; entonces el trabajo se paraliza, y los brazos se ofrecen con rebaja. Por eso la mayor desgracia para los trabajadores ha sido dejarse conducir á una guerra tan absurda como funesta contra el capital. Es una constante amenaza de despojo, peor que el mismo despojo.

En resumen, si es verdad (como he tratado de demostrarlo) que la libertad, que es la libre disposicion de las propiedades, y, por consiguiente, la consagracion suprema del derecho de propiedad; si es verdad, digo, que la libertad tiende irresistiblemente á realizar la *justa equivalencia de los servicios*, á realizar progresivamente la igualdad, á ir poniendo á todos los hombres en contacto con un solo nivel, que siempre va ascendiendo; no es la propiedad quien debe responder de la tristísima desigualdad que desgraciadamente vemos en el mundo, sino el principio opuesto, esto es, el despojo, que ha desencadenado en nuestro planeta las guerras, la esclavitud, la servidumbre, el feudalismo, la explotacion de la ignorancia y la credulidad pública, los privilegios, los monopolios, las restricciones, los empréstitos públicos, los fraudes mercantiles, los impuestos excesivos y, por último, la guerra al capital y la absurda pretension de vivir y desenvolverse cada cual á espensas de todos.



RECLAMACION

DE V. CONSIDERANT, Y CONTESTACION DE F. BASTIAT,
publicadas en el Diario de los Debates el 28 de julio de 1848.

«Muy señor mío:

«La cuestion social va á ser objeto de graves discusiones, y estoy resuelto á no consentir que se den al público, como mias, opiniones que no me pertenecen, ni que se presenten las mias alteradas y desfiguradas.

No he pasado veinte años defendiendo el principio de *propiedad* contra los Sansimonianos, que negaban el derecho á la herencia, contra los Babœwistas, los Owenistas y todas las variedades de la escuela comunista, para consentir que se me confundiera con los adversarios de ese derecho de propiedad, cuya legitimidad lógica creo haber asentado sobre bases bastante sólidas.

No he combatido en el Luxemburgo las doctrinas de Mr. Luis Blanc, ni he recibido frecuentes ataques de Mr. Proudhon, que me considera uno de los mas acérrimos defensores de la propiedad, para permanecer en silencio cuando Mr. Bastiat me hace figurar en vuestras columnas con los dos socialistas mencionados, como formando una especie de triunvirato *anti-propietario*.

Y como, por otra parte, deseo no verme obligado á reclamar de vuestra lealtad inserciones demasiado largas de mi prosa en vuestras columnas, en lo cual supongo que estareis de acuerdo conmigo, os pido permiso para dirigir á Mr. Bastiat, antes de que vaya mas lejos, algunas observaciones propias para abreviar, y aun quizás para suplir, las respuestas que dicho señor pueda ponerme en el caso de dirigirle.

1.º No quisiera que Mr. Bastiat, que, sin embargo, cree analizar con mucha fidelidad mis ideas, publicase frases suyas entrecomadas, como citas testuales de mi folleto sobre el derecho de propiedad y el derecho al trabajo ó de cualquier otro escrito, y que, particularmente en la penúltima que me atribuye, se espresan muy inexactamente mis ideas. Este proceder no me parece muy acertado, y puede llevar al que lo usa mucho mas allá de donde se propone ir. Abreviad y analizad como mejor os parezca: tal es vuestro derecho; pero no deis á vuestra abreviatura analítica el caracter de cita testual.

2.º Mr. Bastiat dice: «Parece que creen (los tres socialistas entre los cuales me coloca) que en la lucha que se va á trabar, esten los pobres interesados en el triunfo del *derecho al trabajo* y los ricos en la defensa del *derecho de propiedad*.» Yo, por mi parte, no creo ni *parece que crea* semejante cosa. Creo, por el contrario, que los ricos están mas gravemente interesados que los pobres en reconocer el *derecho al trabajo*. Esta es la idea que descuella en mi escrito, publicado por primera vez, no hoy, sino diez años atrás, y compuesto para dar á los gobiernos y á la propiedad una saludable advertencia, al mismo tiempo que para defender á la propiedad contra la terrible lógica de sus adversarios. Creo ademas que el *derecho de propiedad* lo mismo interesa á los pobres que á los ricos, puesto que considero la negacion de este derecho como la negacion del principio del individualismo; y su supresion, cualquiera que fuese el estado en que se encontrase la sociedad, me parecería la señal de que volvíamos al estado salvaje, de que nunca, que yo sepa, me he mostrado partidario.

3.º Por último, Mr. Bastiat se espresa del modo siguiente: «No me he propuesto examinar en su pormenor la teoría de Mr. Considerant. No quiero fijarme sino en lo que encuentro grave en el fondo de dicha teoría, esto es, en la cuestion de la *renta*. El sistema de Mr. Considerant puede resumirse del modo siguiente: Un producto agrícola existe, merced al concurso de dos acciones: la *accion del hombre*, ó el trabajo, que da paso al derecho de propiedad; y la *accion de la naturaleza*, que debería de ser gratuita, y que los propietarios explotan

injustamente en beneficio propio. Esto es lo que constituye la usurpacion de los dérechos de la especie.»

Perdone Mr. Bastiat; pero no hay en mi escrito una sola palabra que le autorice para atribuirme las opiniones que me achaca gratuitamente en las anteriores líneas. Generalmente no disfrazo mi pensamiento, y digo con exactitud lo que opino. Hágame, pues, Mr. Bastiat el obsequio, si quiere atacar de frente mi folleto, de combatir lo que en él he escrito, y no lo que él me atribuye. En dicho trabajo no he puesto una sola palabra contra la *renta*, que conozco como todo el mundo, y de la que no me he ocupado poco ni mucho, ni especial ni aparentemente; y cuando Mr. Bastiat me hace decir: «que la accion de la naturaleza deberia ser gratuita, y que los propietarios la esplotan injustamente en provecho propio, lo cual, á mi entender, constituye la usurpacion de los derechos de la especie,» sigue un órden de ideas de que yo no me he ocupado ni por asomo, y me atribuye una opinion que tengo por absurda, y está diametralmente opuesta á toda la doctrina de mi escrito. En efecto, yo de ningun modo me quejo de que los propietarios disfruten de la *accion de la naturaleza*, sino que pido para los que de ella no disfrutan, el derecho á un trabajo que les permita, lo mismo que á los propietarios, producir y vivir trabajando, cuando la propiedad (agrícola ó industrial) no les ofrezca medios para conseguirlo.

Por lo demás, señor redactor, no me propongo sostener una polémica con Mr. Bastiat en las columnas de vuestro periódico, lo cual seria un favor y una honra que no me corresponden. Por consiguiente, aun cuando Mr. Bastiat convierta en polvo y escombros mi sistema, no me creeré con derecho á pedir os espacio para mis observaciones, sino en el caso de que, por no haberme comprendido, me atribuya doctrinas cuya responsabilidad no haya aceptado yo. Ya sé que es fácil tarea combátir á un hombre cuando uno le atribuye lo que le parece en lugar de lo que él dijo; y sé tambien que fácilmente se tiene razon contra los *socialistas*, sobre todo cuando se les combate revueltos y juntos, y no uno á uno, fijando claramente sus proposiciones; pero, como

quiera que sea, yo no pienso salir responsable sino de lo mio.

La discusion que ha abierto Mr. Bastiat en vuestras columnas, se refiere á cuestiones harto graves y delicadas, para que en este particular no seais de mi parecer. Creo, pues, que considerareis justo que haya salido á defenderme, y que dareis á mi reclamacion un lugar visible y caracteres legibles en vuestras columnas.

V. CONSIDERANT,
representante del pueblo.

Paris, 24 de julio de 1848.

Mr. Considerant se queja de que yo he alterado ó desfigurado su opinion sobre la propiedad. Si es que he cometido esta falta, habrá sido involuntariamente, y creo que no puedo hacer cosa mejor, para repararla, que citar testos.

Despues de dejar sentado que hay dos clases de derechos, el derecho natural, espresion de las relaciones que resultan de la naturaleza misma de los seres ó de las cosas, y el derecho convencional ó legal, que *solo existe á condicion de regir relaciones falsas*, Mr. Considerant sigue diciendo:

«Esto supuesto, diremos francamente que la propiedad, tal cual ha estado constituida *en todos los pueblos industriales hasta nuestros dias*, está nutrida de ilegitimidad y peca contra el derecho... La especie humana ocupa la tierra para vivir y desenvolverse en ella; luego la especie humana es usufructuaria de la superficie del globo...

«Ahora bien, bajo el régimen que constituye la propiedad en todas las naciones civilizadas, el fondo comun sobre el cual tiene el Estado absoluto derecho de usufructo, no ha sido respetado; está confiscado por una minoria, con esclusion de la mayoria. Y aun cuando de hecho no hubiese mas que un solo hombre excluido de su derecho al usufructo del feudo comun por la naturaleza del régimen de propiedad, esta *exclusion* constituiria por sí sola un atentado contra el de-

recho, y el régimen de propiedad que lo sancionase, sería claramente injusto é ilegítimo.

«Todo el que, al venir al mundo, entra en una sociedad civilizada sin poseer cosa alguna, y encuentra la tierra que ve en su derredor confiscada, ¿no podrá decir á los que le prediquen el respeto al régimen existente de la propiedad, alegando el respeto que se debe al derecho de propiedad: Entendámonos, amigos, y no confundamos las cosas: yo soy muy partidario del derecho de propiedad, y estoy muy dispuesto á respetarlo en los demás, siempre que los demás lo respeten en mí. Entretanto, como individuo que soy de la especie, tengo derecho al usufructo del fondo, que es propiedad comun de la especie, y que la naturaleza no dió á unos con perjuicio de los otros, á lo menos que yo sepa. Según el régimen de propiedad que encuentro establecido al llegar aquí, el fondo comun está confiscado, y lo tienen muy bien guardado; de manera que vuestro régimen de propiedad se funda en el despojo de mi derecho de usufructo. No confundais el derecho de propiedad con el régimen particular de propiedad, que encuentro establecido por vuestro derecho ficticio.

«Es, pues, ilegítimo el régimen actual de propiedad, y descansa en un despojo fundamental.»

Llega, por fin, Mr. Considerant, á sentar el *principio fundamental* del derecho de propiedad, y lo hace en los siguientes términos :

«Todo hombre posee legítimamente la cosa que su trabajo, su inteligencia, ó mas generalmente, su actividad, ha creado.»

Para demostrar la estension de este principio, supone una primera generacion cultivando una isla, apartada de otras regiones. Los resultados del trabajo de esta generacion se dividen en dos categorias:

«La primera comprende los productos del suelo, que pertenecian á esta primera generacion en su calidad de usufructuaria, aumentados, perfeccionados ó fabricados por su trabajo, por su industria: productos brutos ó fabricados, que

consisten en objetos de consumo ó en instruments de trabajo. Es evidente que estos productos pertenecen completa y legítimamente á los que los han creado con su actividad...

»Esta generacion , no sólo ha creado los productos que hemos indicado... sino que además ha añadido un *valor* al valor primitivo del suelo, por medio del cultivo, de construcciones, y de todos los trabajos territoriales y moviliarios que ha ejecutado.

»Este *mayor valor* constituye evidentemente un producto, un valor debido á la actividad de la primera generacion.»

Mr. Considerant reconoce que este segundo valor es tambien una propiedad legítima, y añade:

«Podemos, pues, reconocer perfectamente que, al llegar la segunda generacion , encontrará en la tierra dos clases de capitales :

»A. *El capital primitivo ó natural*, que no fue creado por los hombres de la primera generacion : esto es, el valor de la tierra en bruto.

»B. *El capital creado* por la primera generacion, que comprende: 1. ° los productos , géneros é instrumentos que no fueron consumidos ni usados por la primera generacion; 2. ° el *aumento de valor* que el trabajo de la primera generacion haya añadido al valor de la tierra en bruto.

»Es, pues, evidente, y resulta clara y necesariamente del principio fundamental del derecho de propiedad que acabamos de establecer, que cada individuo de la segunda generacion tiene un derecho igual al capital primitivo ó natural, mientras que no tiene ningun derecho al otro capital , al que creó la generacion primera. Cada uno de los individuos de esta podrá, pues, disponer de su parte de capital creado en favor de tal ó cual individuo de la segunda generacion que mejor le parezca, entre sus hijos, amigos, etc.»

De manera que en esta segunda generacion hay dos clase, de individuos: los que heredan el capital creado y los que no lo heredan. Hay tambien dos clases de capitales: el primitivo ó natural, y el creado. Este pertenece legítimamente á los herederos; pero el primero pertenece legítimamente á todo el

mundo. «Todo individuo de la segunda generacion tiene un derecho igual al capital primitivo.» Ha sucedido que los herederos del capital creado se han hecho dueños tambien del capital no creado: lo han usurpado, confiscado. He ahí cómo y por qué el *régimen actual* de la propiedad es ilegítimo, contrario al derecho, y descansa sobre un despojo fundamental.

Sin duda puedo equivocarme; pero me parece que esta doctrina reproduce exactamente, aunque con otras palabras, las de Buchanan, Mac Culloch y Senior sobre la *renta*. Tambien reconocen estos la propiedad legítima de lo que se ha creado por medio del trabajo; pero consideran ilegítima la usurpacion de lo que Mr. Considerant llama *valor de la tierra en bruto*, y que ellos llaman *fuerza productora* de la tierra.

Veamos cómo puede repararse esta injusticia.

«El salvaje, en medio de las selvas y de las sábanas, goza de los cuatro derechos naturales: caza, pesca, cosecha y pastos. Tal es la primera forma del derecho.

»En toda sociedad civilizada, el hombre del pueblo, el proletario, que nada hereda y nada posee, está pura y simplemente despojado de estos derechos; en cuyo caso, no se puede decir que el derecho primitivo haya cambiado de forma, supuesto que no existe. La forma ha desaparecido con el fondo.

¿Cuál será, pues, la forma con que pueda el derecho conciliarse con las condiciones de una sociedad industrial? La respuesta es fácil. El hombre, para usar de su derecho en el estado salvaje, está obligado á *obrar*. Los trabajos de la pesca, la caza, la cosecha y el pasto, son las condiciones del ejercicio de su derecho; por consiguiente, el derecho primitivo no es mas que el *derecho á esos trabajos*.

»Pues bien: la sociedad industrial que ha tomado posesion de la tierra, que quita al hombre la facultad de ejercer á la ventura y en libertad por la superficie del suelo sus cuatro derechos naturales, reconozca en el individuo **EL DERECHO AL TRABAJO**, en compensacion de estos derechos de que le despoja; de este modo, en principio y salvo la aplicacion mas

conveniente, el individuo no tendrá derecho á quejarse. Porque, en efecto, su derecho primitivo era el derecho al trabajo, era el derecho al trabajo ejercido en su taller pobre, en el seno de la naturaleza inculta; y su derecho actual será el mismo, ejercido en un taller mejor provisto, mas rico, en donde la actividad individual tendrá que ser mas productiva.

«La condicion *sine qua non* para la legitimidad de la propiedad, está, pues, en que la sociedad reconozca en el proletario el *derecho al trabajo*, y en que le *asegure* á lo menos, otros tantos medios de subsistencia, por medio de un ejercicio de actividad dado, equivalentes á los que este ejercicio hubiese podido procurarle en el estado primitivo.»

Ahora dejo al lector que juzgue si habia yo alterado ó desfigurado las opiniones de Mr. Considerant.

Mr. Considerant cree ser un defensor acérrimo del *derecho de propiedad*. Sin duda defiende dicho señor este derecho, tal como él lo comprende; pero lo comprende á su manera, y la cuestion está en averiguar si esa manera es la buena. Po de pronto, podemos decir que no es la de todo el mundo.

El mismo dice que «aunque no se necesita mas que una escasa dósís de sentido comun para resolver la cuestion de la propiedad, nunca se la ha comprendido bien.» Crer que me es lícito no convenir en esta condenacion de la inteligencia humana.

Pero Mr. Considerant no se ciñe á acusar la teoría, que yo le dejaria abandonada, opinando como él y otros, que en esta materia y en otras muchas la teoría se ha descarriado; sino que condena tambien la práctica universal, y dice abiertamente:

«La propiedad, tal cual se ha constituido generalmente en todos los pueblos industriosos hasta nuestros dias, está lleno de ilegitimidad, y peca especialmente contra el derecho.»

Pues, si Mr. Considerant es un defensor acérrimo de la propiedad, lo es, por lo menos, de un modo de propiedad diferente del que se ha reconocido y practicado entre los hombres desde el principio del mundo.

Estoy bien convencido de que Mr. Blanc y Mr. Proudhon se llaman tambien defensores de la propiedad, segun ellos la entienden.

Yo mismo, no aspiro á mas que dar una explicacion de la propiedad, que creo verdadera, y puede ser falsa.

Creo que la propiedad territorial, tal cual se forma naturalmente, es siempre fruto del trabajo; que descansa, por consiguiente, en el mismo principio establecido por Mr. Considerant; que no escluye á los proletarios del usufructo de la tierra en bruto; que, por el contrario, llega hasta centuplicar para ellos este usufructo; que no adolece de ilegitimidad; y que todo cuanto la perjudica, así en los hechos como en las convicciones, es una calamidad, lo mismo para los que no poseen el suelo, que para los que lo poseen.

Esto es lo que desearia demostrar, en cuanto me fuese posible, en las columnas de un periódico.

F. BASTIAT.

PROTECCIONISMO Y COMUNISMO.

A MR. THIERS.

No seais ingrato para con la revolucion de Febrero, que os ha sorprendido y aun quizás desconcertado; pero que tambien os ha preparado triunfos que no preveiais, como autor, orador y consejero íntimo. (1) Entre esos triunfos contaís uno muy extraordinario, pues hace pocos dias dijo *La Presse* lo siguiente :

«La Asociacion, defensora del trabajo nacional (el antiguo comité Mimerel), acaba de dirigir una circular á todos sus corresponsales, poniendo en su conocimiento que se ha abierto una suscripcion para contribuir á que se propague por los talleres el libro que sobre la propiedad ha escrito Mr. Thiers. La Asociacion se ha suscrito por el valor de cinco mil ejemplares».

Mucho me hubiera gustado veros en el acto de leer tan halagüeña noticia; de seguro debió de brillar en vuestros ojos un rayo de maliciosa alegria. Bien dijo el que dijo que los designios de la Providencia son inescrutables; porque, si me concedéis por un instante (y yo procuraré demostrarlo en seguida) que el proteccionismo se va convirtiendo en comunismo á medida que se va generalizando, así como una carpita se convierte en carpa, si Dios la da salud y vida, no deja de ser cosa muy singular que sea un campeón del proteccionismo el que se presente como debelador del comunismo; pero es todavia mas singular, y mas consolador tambien, el ver á una asociacion poderosa, que se habia organizado para propagar teórica y prácticamente el principio comunista (en la esfera que creia provechosa para sus individuos), aplicando hoy la

(1) Cuando se dió á luz este opúsculo (enero de 1849), Mr. Thiers era muy bien recibido en el Elíseo.

mitad de sus recursos á destruir el mal que con la otra mitad ha causado.

Lo repito: este espectáculo es consolador; nos tranquiliza respecto al triunfo inevitable de la verdad, puesto que nos presenta á los verdaderos y principales propagadores de las doctrinas subversivas elaborando en una misma oficina el veneno y el antídoto.

Esto supone, no hay que dudarlo, la identidad de los principios prohibicionista y comunista; identidad que quizás vos no admitireis, aunque tengo por imposible que, sin echarlo de ver, hayais podido escribir cuatrocientas páginas sobre la propiedad.

Quizás se os antoje que mis pocos ó muchos esfuerzos en favor de la libertad de comercio, ó mas bien del *libre cambio*, la impaciencia que me haya causado una discusion estéril, el ardor del combate, la animacion de la lucha, me hayan hecho ver, como nos sucede con frecuencia á los discutidores, los errores de mis adversarios á través de un cristal de aumento. Sin duda debe ser mi imaginacion la que da á la teoría del *Monitor industrial* proporciones idénticas á la del *Popular*. ¿A quién se le ocurre que grandes fabricantes, honrados propietarios, ricos banqueros y hábiles hombres de Estado se hayan convertido, sin saberlo ni desearlo, en iniciadores y apóstoles del comunismo en Francia?

Pero, á mi se me ocurre preguntar: ¿y porqué no? Muchos trabajadores hay llenos de fé sincera en el *derecho al trabajo*, y, por consiguiente, comunistas, sin saberlo ni desearlo, que no sufrirían se les considerase como tales. El porqué está en que, en todas las clases, el interés inclina la voluntad, y la voluntad, como dice Pascal, es el órgano principal de la creencia. Y muchos menestrales hay, por otra parte personas muy honradas, que hacen servir el comunismo, dándole otro nombre, para lo que siempre ha servido, es decir, para participar de los bienes ajenos; pero así que el principio ha ganado bastante terreno, y les llega á ellos el turno de tener que repartir lo suyo, ¡oh, entonces el comunismo les causa horror!

* Antes propagaban el *Monitor industrial*; ahora propagan el

libro de la propiedad; cosa que causaria admiracion al que desconociese por completo lo que es el corazon humano, cuáles son sus resortes secretos y la facilidad con que llega á ser hábil casuista.

Pero, señor mio, no es el ardor de la lucha lo que me hace juzgar asi del sistema prohibicionista; al contrario: precisamente porque lo veia asi antes de la lucha, he tomado parte en ella. Podeis creerme: la causa determinante de mi conducta no fue el deseo de dar un poco mas de estension á nuestro comercio exterior, que solo seria un resultado accesorio, aunque no despreciable. He creido, y sigo creyendo, que en este asunto andaba implicada la propiedad. He creido, y sigo creyendo, que nuestros aranceles de aduanas, gracias á la idea que les dió ser, y á los argumentos que en su defensa se emplean, ha abierto en el principio, en la raiz de la propiedad, una brecha, por la que es de temer que se escape toda nuestra legislacion.

Teniendo en cuenta el estado de los ánimos, he pensado que iba á desbordarse entre nosotros un comunismo, que (debo confesarlo) no tiene conciencia de sí mismo ni de su alcance. He pensado que ese comunismo (porque los hay de varias clases), se aprovechaba muy lógicamente de la argumentacion prohibicionista, sin mas trabajo que el de exigir inmediatamente sus deducciones; y en este terreno me ha parecido muy útil combatirlo; porque, ya que se armaba de sofismas propagados por la asociacion Mimerel, no habia esperanza de vencerlo, en tanto que dichos sofismas penetrasen gloriosos y triunfantes en la conciencia pública. Desde este punto de vista miramos las cosas en Burdeos, Paris, Marsella y Leon al fundar la sociedad de LIBRE CAMBIO. La libertad mercantil, considerada en sí misma, es indudablemente un bien precioso para los pueblos; pero, al fin y al cabo, si solo hubiéramos atendido á esa libertad, nuestra sociedad se hubiera llamada *Asociacion para la libertad comercial*, ó mas políticamente aun, *Asociacion para la reforma gradual de los aranceles*. Mas la palabra *libre-cambio* implica *libre disposicion del fruto del trabajo*, ó sea *propiedad*, por cuyo motivo la preferimos. Por

cierto que no imaginábamos que esta palabra nos suscitase tantas dificultades; pero afirmaba un principio, y, por consiguiente, debía colocar entre nuestros adversarios á todos los que afirmaban el principio opuesto, y, á mayor abundamiento, repugnaba en extremo hasta á los hombres mas dispuestos á secundarnos: esto es, á los negociantes, que mas se curaban entonces de reformar la aduana que de vencer el comunismo. El Havre simpatizaba con nuestra idea, y, sin embargo, no quiso aceptar nuestra bandera. En todas partes me decian: «Obtendremos mas fácilmente alguna rebaja en el arancel si no demostramos pretensiones absolutas»; y yo contestaba: «Si no aspirais á mas, obrad por medio de vuestros tribunales de comercio». «La palabra *libre-cambio*, añadian, asusta, retarda nuestro triunfo». Y era cierto, ciertísimo; pero en el mismo pánico causado por la palabra, veía yo el argumento mas poderoso para su adopción. Quanto mas miedo causa, decia yo para mí, mas claramente se ve que la noción de la propiedad se oscurece en las mentes. La doctrina prohibicionista ha falseado las ideas, y las ideas falsas han producido la protección. Conseguir por medio de la sorpresa ó por beneplácito del ministro una mejora accidental en el arancel, es paralizar un efecto, pero no destruir una causa. Y conservé la palabra *libre-cambio*, no á despecho, pero sí en razón de los obstáculos que debía suscitarlos; obstáculos que, revelando la dolencia de los entendimientos, era prueba evidente de que el orden social peligraba por su base.

No bastaba, empero, indicar nuestro objeto por medio de una palabra; era tambien necesario definirlo. Así lo hicimos, y, en prueba de ello, voy á copiar el primer acto, ó sea el manifiesto de la Asociacion:

«Los abajo firmados, al reunirse para la defensa de una causa grande, sienten la necesidad de esponer su *creencia*, y de proclamar el *objeto*, el *límite*, los *medios* y el *espíritu* de la Asociacion.

»El CAMBIO es un derecho natural como la PROPIEDAD. Todo ciudadano que haya adquirido ó creado un producto, debe tener opción á aplicarlo inmediatamente á su uso, ó á ce-

»derlo á cualquiera que en la superficie del globo consienta
»en darle en cambio el objeto que aquel prefiera. Privarle de
»esta facultad, cuando no la emplea en perjuicio del orden
»público ni de las buenas costumbres, solo para mayor con-
»veniencia de otro ciudadano, es legitimar un despojo, es que-
»brantar la ley de la justicia.

»Es tambien violar las condiciones del orden, porque, ¿qué
»orden puede existir en el seno de una sociedad, en donde
»cada industria de por sí, auxiliada por la ley y la fuerza
»pública, procura su predominio oprimiendo á todas las demas?

»Es desconocer el pensamiento providencial que preside á
»los destinos humanos, manifestado por la variedad de cli-
»mas, estaciones, fuerzas naturales y aptitudes; bienes que
»Dios ha repartido con tanta desigualdad entre los hombres,
»por medio del cambio, con los lazos de la fraternidad uni-
»versal.

»Es poner obstáculos al desenvolvimiento de la propiedad
»pública; porque el que no es libre para *cambiar*, no lo es
»para elegir su trabajo, y se ve precisado á dar mala direccion
»á sus esfuerzos, facultades ó capitales, y á los agentes que á
»su disposicion pusiera la naturaleza.

»Y, por último, es poner en riesgo la paz de los pueblos;
»porque es romper y convertir en onerosas las relaciones que
»los unen, y que deberian hacer imposibles las guerras.

»El objeto, pues, de la Asociacion es LA LIBERTAD DE LOS
»CAMBIOS.

»Los abajo firmados no niegan á la sociedad el derecho de
»imponer á las mercancías que entren y salgan por las fronte-
»ras derechos aplicables á los gastos comunes, con tal que
»estos derechos solo estén determinados por las necesidades del
»Tesoro.

»Pero, desde el momento en que, perdiendo el arancel su
»carácter fiscal, se emplea en rechazar el producto extranjero
»con perjuicio del propio fisco, á fin de hacer que suba artifi-
»cialmente el precio del producto nacional análogo á aquel,
»imponiendo asi una contribucion á la comunidad, solo pro-
»vechosa á una clase determinada, desde este momento, deci-

»mos, la proteccion ó, mejor dicho, el despojo es manifiesto;
»y *este es* el principio que la Asociacion se propone desarraigar
»de todas las mentes, y escluir por completo de nuestras leyes,
»independientes de toda reciprocidad, y de los sistemas que
»en otras esferas prevalecen.

»Que el objeto de la Asociacion sea destruir por completo
»el régimen protector, no quiere decir que se proponga rea-
»lizar semejante reforma en un dia, y obtenerla en una sola
»votacion; pues hasta para volver del mal al bien, y de un
»estado de cosas artificial á una situacion natural, hasta para
»eso puede aconsejar la prudencia acertadas precauciones.
»Los pormenores de ejecucion pertenecen á los poderes del
»Estado; la tarea de la Asociacion debe consistir en propa-
»gar, en popularizar el principio.

»En cuanto á los medios de que pueda valerse, nunca los
»buscará fuera de las vias constitucionales y legales.

»Por último, la Asociacion se separa de todos los partidos
»políticos; no se pone á merced de ninguna industria, de
»ninguna clase, de ninguna porcion de territorio, sino que
»abraza la causa de la justicia eterna, de la paz, de la union,
»de la libre comunicacion, de la fraternidad entre todos los
»hombres; la causa del interés general, que se confunde en to-
»das las cosas y bajo todos los aspectos con la del *público con-*
»*sumidor*».

¿Hay en este programa una sola palabra que no revele el
ardiente deseo de consolidar y aun de restablecer en todas las
mentes la mocion de Propiedad, pervertida por el régimen res-
trictivo? ¿No es evidente que coloca en primer término el inte-
rés social y en segundo el comercial?

Reparad en que el arancel, por sí solo, bueno ó malo, bajo
el punto de vista administrativo ó fiscal, nos ocupa poco; pero
que, apenas obra *intencionalmente* en sentido protector, esto
es: asi que manifiesta una idea de despojo y la negacion, en
principio, del derecho de propiedad, en seguida lo combati-
mos, no como arancel, sino como sistema. *Esto es*, decimos, el
principio que procuraremos desarraigar de todas las intelligen-
cias á fin de que desaparezca de nuestras leyes.

Se nos preguntará, sin duda, porqué, poniendo la mira en un asunto general de tanta importancia, hemos circunscrito a la lucha al interés de una cuestion especial.

La razon es muy sencilla. Era necesario oponer una asociacion á otra; atraer interés y soldados á nuestro campo. Demasiado sabíamos que entre Prohibicionistas y Libre-cambistas no puede prolongarse la polémica sin remover y, por último, resolver todas las cuestiones morales, políticas, filosóficas y económicas que interesan á la Propiedad; y puesto que la reunion Mimerel, no ocupándose sino de su objeto especial, habia comprometido ese principio, natural era ya que creyésemos volver á levantarlo, contrayéndonos al objeto especial opuesto á aquel.

Pero ¿qué importa lo que yo haya podido decir y pensar en otra época? ¿Qué importa que yo haya entrevisto ó creído entrever cierta conexion entre el Proteccionismo y el Comunismo? Lo que importa es saber si, en efecto, existe tal conexion, y esto es lo que me propongo examinar.

Bien os acordais del dia en que, con vuestra reconocida habilidad, hicisteis brotar de los labios de Mr. Proudhon el célebre dicho: «Dadme el derecho al trabajo, y yo os entrego el derecho de Propiedad». Mr. Proudhon no se ocultaba á sí mismo que estos dos derechos son incompatibles.

Si la Propiedad es incompatible con el derecho al trabajo, y si el derecho al trabajo se apoya en el mismo principio que la Proteccion ¿qué debemos creer sino que la proteccion es tambien incompatible con la propiedad? En geometría se tiene por verdad incontestable que dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí.

Ahora bien: sucedió que un orador eminente, como Mr. Billault, creyó que debia sostenerse en la tribuna el derecho al trabajo: cosa difícil despues de la confesion que se le habia escapado á Mr. Proudhon. Harto comprendia Mr. Billault que hacer intervenir al Estado en el cotejo de las fortunas y la nivelacion de las situaciones, era colocarse en la pendiente del comunismo; y ¿qué dijo para persuadir á la Asamblea á que violase la propiedad y su principio? Os dijo simplemente que

lo que él se proponia hacer, ya lo haciais vosotros antes por medio de los aranceles. Su pretension no pasa de ser una aplicacion, un poco mas estensa, de las doctrinas por vos admitidas y aplicadas.

Hé aqui sus palabras :

«Volved la vista á nuestros aranceles de Aduanas; gracias á sus prohibiciones, sus derechos diferenciales, sus primas y sus combinaciones de toda clase, la sociedad es la que analiza, sostiene, retrasa ó precipita las combinaciones todas del trabajo nacional (*muy bien*) ; y, no solo sostiene la balanza entre el trabajo francés, que protege, y el trabajo extranjero, sino que, dentro de la misma patria, la ven tambien intervenir entre ellas todas las industrias. No teneis mas que oir cómo elevan á su tribunal las reclamaciones que siempre están haciendo unas contra otras: mirad, por ejemplo, las industrias que emplean hierro, quejándose de la proteccion concedida al hierro francés contra el hierro extranjero; las que emplean lino ó algodón hilado, protestando contra la proteccion que se da al hilo francés y contra la exclusion del hilo extranjero, y asi todas las demas. La sociedad (debia decir el *gobierno francés*), se encuentra, pues, necesariamente mezclada en todas las luchas y en todos los apuros del trabajo; ella interviene en ellos todos los dias, directa ó indirectamente; y la primera vez que tengais cuestiones de aduanas, ya vereis cómo, de grado ó por fuerza, tendreis que tomar parte en la causa, y salir vosotros mismos á la defensa de todos los intereses.

Así, pues, la necesidad en que se creia el gobierno de intervenir en las cuestiones de trabajo, no puede eximir á la sociedad de la deuda que tiene contraida con el trabajador falto de recursos».

Y fijaos bien en que á Mr. Billault no le pasó por la imaginacion que sus argumentos fuesen una sangrienta ironía contra vos. No era un Libre-cambista disfrazado, complaciéndose en poner de bulto la inconsecuencia de los proteccionistas, no; Mr. Billault es tambien proteccionista *bona fide*. Aspira á nivelar las fortunas por medio de la ley: para lo cual cree útil la accion de los aranceles; pero, encontrando un obstáculo en el

derecho de Propiedad, salta por encima de él, lo mismo que vos. Le enseñan en seguida el Derecho al trabajo; encuentra tambien como obstáculo el derecho de Propiedad, y vuelve á saltar por encima de él; pero vuelve la cara, y estraña que no le sigais, y os pregunta porqué. Si vos le respondiérais: «admito que la ley pueda violar la Propiedad; pero me parece inoportuno que lo haga bajo la forma del Derecho al trabajo, Mr. Billault os comprenderia, y discutiria con vos esta cuestion secundaria de oportunidad»; mas justamente le salís con la defensa del principio de la Propiedad, y entonces queda admirado, y se cree con derecho para deciros: No me salgais ahora con repulgos; si rechazais el derecho al trabajo, no será por respeto al de Propiedad, porque este lo violais con vuestros aranceles, siempre que os tiene cuenta. Y aun tendria razon para añadir: Con los aranceles protectores violais con frecuencia la propiedad del pobre en provecho del rico. Con el derecho al trabajo violariais la propiedad del rico en provecho del pobre. ¡Qué lástima que os entren los escrúpulos tan tarde! (1)

Entre Mr. Billault y vos no hay mas que una diferencia. Ambos seguís un mismo camino: el del Comunismo; solo que vos dais un paso, y él da dos. En este concepto, á lo menos á mi entender, la ventaja está de parte vuestra; pero, en cambio, vuestra es tambien la desventaja en cuanto á la lógica: porque, ya que vais andando, como él, de espaldas á la Propiedad, es cosa que da risa, por lo menos, que la echeis de paladin de su causa. Mr. Billault ha sabido evitar esta inconsecuencia; pero ¡ay! solo ha sido para caer en una triste logomaquia. Mr. Billault es harto ilustrado para no sospechar, siquiera sea confusamente, el peligro que hay en cada paso que da por una via que conviene al Comunismo, y no comete la torpeza de declararse campeon de la libertad mientras la está

(1) Este razonamiento que, en concepto del autor, podia dar mayor fuerza á la argumentacion de Mr. Billault, lo aprovechó poco despues un proteccionista. Desenvolviólo Mr. Mimerel en su discurso, pronunciado el 27 de abril de 1850 ante el Consejo general de Agricultura, Industria y comercio.

violando. Pero ¿qué se le ocurre en cambio para justificarse? Invoca el axioma favorito de todos los que se proponen conciliar cosas inconciliables: dice que *no hay principios*. Venga Propiedad, venga Comunismo; tomemos un poquito de cada cosa, según mejor nos convenga.

«A mi modo de ver, el péndulo de la civilización que oscila de un principio ú otro, según las necesidades del momento, pero que va siempre marcando un progreso mas, después de haberse inclinado hacia la libertad absoluta del individualismo, señala ahora hacia la necesidad de la acción del gobierno».

De manera que en el mundo no hay nada cierto: no hay principios, puesto que *el péndulo debe estar oscilando entre uno y otro principio, según las necesidades del momento*. ¡Oh! metáfora, á donde nos llevarías si te dejaran hacer! (1)

Razon teniais al decir en la tribuna que no todo se puede decir—y mucho menos escribir—de una vez. Tengamos entendido que ahora no examino el aspecto económico del régimen protector, ni me curo de si para la riqueza nacional hace mas daño que provecho ó mas provecho que daño; lo único que me propongo, es que se le conozca como una manifestación del Comunismo. Los señores Billault y Proudhon han comenzado la demostración; yo voy á ver si la completo.

Comienzo preguntando: ¿qué debemos entender por Comunismo? Hay muchas maneras, si no para realizar la comunidad de bienes, para intentarla á lo menos. Mr. de Lamartine conocia cuatro maneras; vos creéis que hay mil, y por cierto que soy de vuestro parecer. Sin embargo, creo que todas pueden comprenderse dentro de tres categorías generales entre las cuales hay una que, á mi entender, ofrece verdaderos peligros.

Primeramente, puede suceder que dos ó mas hombres discurran vivir y trabajar en comunidad. En tanto que no se propongan turbar la paz, restringir la libertad ni usurpar la propiedad de los demas, directa ni indirectamente, si causan algun daño, se lo hacen á sí mismos. La tendencia de esos

(1) Véanse los capítulos XVIII y XX de la primera série de los *Sofismas*.

hombres será siempre procurar la realizacion de sus sueños en apartadas regiones, y todo el que ha reflexionado sobre estas materias, sabe que aquellos desgraciados morirán entre penalidades víctimas de sus ilusiones. En nuestra época, los comunistas de esta especie han dado á su quimérico Eliseo el nombre de Icaria, como si tuviesen el presentimiento del horrible desenlace á que se les va precipitando. (1) Deberíamos deplorar su ceguedad; deberíamos llamarlos á la razon si estuviesen en estado de oirnos; pero la sociedad no tiene nada que temer de sus quimeras.

Otra reforma del Comunismo, seguramente la mas brutal, es la siguiente: Formar una masa de todos los valores y repartirla *ex æquo*. Es el despojo elevado á regla dominante y universal; es la destruccion, no solo de la propiedad, sino tambien del trabajo y hasta del resorte que á él nos impulsa. Es este Comunismo tan violento, tan absurdo, tan monstruoso, que en verdad creo que no puede ser temible. Asi lo dije hace algun tiempo en una reunion de electores, cuya mayor parte pertenecia á las clases menos acomodadas, y mis palabras produjeron una esplosion de murmullos. Manifestéme sorprendido, y exclamaron: ¡Cómo! ; Mr. Bastiat se atreve á decir que no debemos temer el Comunismo! ¿Si será tambien comunista? A bien que ya lo sospechábamos nosotros, porque comunistas, socialistas y economistas son como hermanos y descienden de una misma rama». Trabajillo me costó salir de aquel mal paso; afortunadamente hasta aquella interrupcion venia á comprobar la verdad de mi aserto. No: el Comunismo no es peligroso cuando se presenta con su forma mas clara: la del despojo puro y simple; y no es peligroso, porque da horror.

Debo advertir, sin embargo, que se puede y debe asimilar el Proteccionismo al Comunismo, pero no al que acabo de describir.

(1) Para que la verdad quede en su punto, debemos declarar que por ahora (1860) no se ha realizado la catástrofe que el autor anuncia á los icarianos.

(Nota del T.)

El Comunismo, empero, tiene tambien otra forma. Buscar al Estado, encargarle el cotejo de los beneficios y la nivelacion de las fortunas, quitando á unos sin su consentimiento para dárselo á otros sin retribucion; encomendarle la tarea de la nivelacion por medio del despojo, esto es Comunismo, y nadie podrá negármelo.

Los medios de que se vale el Estado para conseguirlo y los sonoros nombres con que los bautiza, no alteran la esencia de la cosa. Que se dedique á su realizacion por medios directos ó indirectos, ya emplee la restriccion, ya el impuesto, ya el arancel, ya el derecho al trabajo; ora lo haga invocando la igualdad, ora la solidaridad ó la fraternidad, el saqueo de las propiedades no dejará de ser saqueo por mas que se sacrifique muy regularmente, con orden, con arreglo á un sistema y por medio de la ley.

A ahora añado que, en nuestra época, este es el Comunismo verdaderamente peligroso. ¿Porqué? Porque bajo esta forma lo vemos siempre dispuesto á invadirlo todo. Y ¡para que se vea! uno pide que el Estado facilite gratis á los artesanos y labradores *instrumentos de trabajo*; lo cual es aconsejarle que se los quite á otros artesanos y labradores. Otro quiere que el Estado preste sin interés; cosa que no puede hacer sin violar la propiedad. Otro quiere la educacion gratuita en todas las esferas; ¡gratuita! esto es, á espensas de los contribuyentes. Otro exige que el Estado subvencione las sociedades de trabajadores, los teatros, á los artistas, etc. Pues esas subvenciones son otro tanto sustraído á los que lo habian ganado legítimamente. Pero sale otro que no descansa mientras el Estado no hace subir artificialmente el precio de un producto en beneficio del que lo vende, pero en perjuicio del que lo compra. ¡Ah, sí! en este sentido hay muy pocas personas que no sean comunistas. Vos lo sois; lo es Mr. Billaut y hasta me temo que en Francia lo sean todos, quién mas, quién menos. Parece que la intervencion del Estado nos reconcilia con el despojo, porque rechazamos su responsabilidad sobre todo el mundo, esto es, sobre nadie; con lo cual se consigue gozar del bien ageno con la mayor tranquilidad de conciencia. El honrado

Mr. Touret, uno de los hombres mas probos que han ocupado bancos ministeriales, ¿no comenzaba su preámbulo al proyecto de ley sobre los anticipos á la agricultura, en los términos siguientes?: «No basta dar instruccion para el cultivo de las artes; es ademas necesario proporcionar los instrumentos de trabajo». Despues de este preámbulo, somete á la Asamblea un proyecto de ley, cuyo primer artículo dice asi:

«Art. 1.º Se abre un crédito de 40 millones al ministro de »Agricultura y Comercio con destino á anticipos para los propietarios y asociaciones de propietarios de terrenos rurales.»

Pero confesad que, si el lenguaje legislativo quisiera ser exacto, el artículo debería estar concebido en los términos siguientes:

«El ministro de Agricultura y Comercio está autorizado »durante el año 1849 para sacar 40 millones de francos del »bolsillo de los labradores, *á quienes pertenecen* y que los necesitan mucho, y meterlos en el bolsillo de otros labradores, *á quienes no pertenecen*, y que los necesitan lo mismo que los »primeros».

¿No es esto un hecho comunista, y, generalizado, no constituye el Comunismo?

Fabricante hay que preferiria morir á hurtar un ochavo, y sin embargo, presenta sin empacho á los legisladores una proposicion que dice: «Haced una ley que haga subir el precio de mis paños, mis hierros y mi hulla, y me coloque en situacion de esquilmар á los compradores». Como el fundamento de su peticion es que no está contento con su ganancia, tal como se lo permite el cambio libre ó el libre-cambio (que es una misma cosa, dígase lo que se quiera); y como por otra parte ninguno de nosotros se contenta con su ganancia, y estamos dispuestos á dirigirnos á los legisladores, claro está, á lo menos para mí, que, si la ley no contesta acto continuo: «No puedo satisfaceros; mi objeto no es violar las propiedades sino ampararlas», claro es, digo, que estaremos en pleno Comunismo. Los medios de ejecucion que emplea el Estado pueden diferir, pero tienden á un mismo fin, y parten de un mismo principio.

Suponed que me presento á la Asamblea nacional, y digo: ejerzo un oficio, y no veo que sea suficiente lo que me produce. Os suplico, pues, que deis un decreto autorizando á los cobradores de contribuciones para que exijan para mí, no mucho, un céntimo nada mas de cada familia francesa.

Si la Asamblea acoje mi súplica, tendremos acaso un hecho aislado de despojo legal que merezca el nombre de Comunismo; pero, si todos los franceses, unos tras otros, hacen igual súplica, y la Asamblea las considera bajo el concepto expresado de realizar la igualdad de bienes de fortuna, yo veo el Comunismo en este principio con sus efectos, y vos teneis que ver lo mismo.

Que para realizar su idea se valga la ley del aduanero ó del cobrador de contribuciones, de la contribucion directa ó del impuesto indirecto, de la restriccion de la prima, poco me importa. ¿Se cree autorizado para *tomar y dar* sin compensacion? ¿Cree que su tarea consiste en equilibrar los beneficios? ¿Obra de acuerdo con esta creencia? ¿Aprueba ó provoca la mayoría del público ese modo de obrar? Pues, si es asi, digo que vamos por la pendiente del Comunismo á ciegas ó á sabiendas.

Si se me dice: el Estado no obra asi en favor de todos, sino solo en favor de algunos, contestaré: pues ha descubierto el medio de echar á perder hasta el mismo Comunismo.

Comprendo que no se pueden acusar de sospechas sus deducciones echando mano de una confesion muy fácil. Se me citarán hechos administrativos muy legítimos; casos en que la intervencion del Estado es tan equitativa como útil; y estableciendo una aparente analogía entre esos casos y los que yo condeno, se tratará de ponerme en mal lugar, diciendo: O no debeis tachar de Comunismo la Proteccion, ó debeis verlo en los actos del gobierno.

Pero este es un lazo en que me guardaré mucho de caer; para lo cual tengo que examinar cuál es la circunstancia precisa que imprime carácter comunista á la intervencion del Estado.

¿Cuál es el objeto del Estado? ¿Cuáles son las cosas que los

ciudadanos deben confiar á la fuerza comun? ¿Cuáles las que deben reservar á la accion privada? Responder á estas preguntas, equivaldria á dar un curso de política: afortunadamente no es necesario para resolver el problema que nos ocupa.

Cuando los ciudadanos, en vez de hacerse á sí mismos un servicio, lo convierten en servicio público; esto es, cuando creen conveniente escotar para hacer que se ejecute un trabajo ó para procurarse una satisfaccion *en comun*, yo no llamo á esto *comunismo*, porque no veo en ello un carácter especial: la *nivelacion por medio del despojo*. El Estado *quita*, es verdad, por medio del impuesto; pero *devuelve* por medio del servicio: es una forma particular pero legitima del *cambio*, fundamento de toda sociedad. Prosigo: al confiar un servicio especial del Estado, los ciudadanos pueden hacer una operacion buena ó mala. La hacen buena si por aquel medio obtienen el servicio con mas perfeccion y economía, y la hacen mala en la hipótesis contraria; pero ni en uno ni en otro caso veo yo aparecer el principio comunista. En el primero, los ciudadanos han conseguido lo que se proponian; en el segundo, se han equivocado, ni mas ni menos; y no porque el comunismo sea un error, hemos de decir que todo error sea comunismo.

Los economistas son, por lo general, muy desconfiados respecto á la intervencion del gobierno; en la que recelan inconvenientes de toda clase y la depresion de la libertad, de la energía, de la prevision y de la esperiencia del individuo, que son los mas preciosos tesoros de las sociedades. Asi que, suelen combatir esta intervencion con mucha frecuencia; pero nunca, jamás rechazaron la proteccion por un solo motivo en un solo concepto. No se convierta, pues, en argumento contra nosotros nuestra predileccion, quizás harto vehemente, por la libertad, para decir luego: «no es extraño que esos señores rechacen el régimen protector, puesto que en todos conceptos rechazan la intervencion del Estado».

En primer lugar, no es verdad que la rechazemos en todos conceptos. Convenimos en que el Estado es quien debe conservar el orden y la seguridad, hacer respetar las personas y

propiedades, y reprimir los fraudes y violencias. En cuanto á los servicios que tienen, digámoslo así, carácter industrial, nuestra única regla es la siguiente: hágalos el Estado, si de este modo resulta una economía de fuerzas para la masa; ¡pero por Cristo que se tomen en cuenta los innumerables inconvenientes que lleva consigo el monopolio del trabajo por el Estado!

En segundo lugar, no tengo mas remedio que respetarlo: una cosa es votar contra una nueva atribucion concedida al Estado, en razon á que, despues de calcularlo bien todo, resulta, desventajoso y constituye una pérdida nacional, y otra cosa es votar contra la nueva atribucion por considerarla ilegítima, despojadora, y porque da al gobierno el encargo de hacer una cosa que precisamente debiera impedir ó castigar. Nosotros tenemos estas dos clases de objeciones contra el régimen protector; pero la última es la que principalmente nos mueve (por supuesto por las vias legales) á hacerla una guerra encarnizada.

Así, por ejemplo: si se somete á un ayuntamiento la duda de si es mejor dejar que las familias todas vayan por agua á distancia de un cuarto de hora, ó que la autoridad perciba un impuesto para costear la conduccion de las aguas hasta la plaza de la poblacion, yo no veré objecion alguna de *principio* que hacer en este caso. El elemento que determine la resolucion, será el resultado de cálculo de las ventajas é inconvenientes de cada uno. Este cálculo podrá salir mal; pero aun la equivocacion, que llevará consigo una pérdida de propiedad, no constituirá una violacion sistemática de este derecho.

Pero que el señor alcalde proponga perjudicar una industria para favorecer á otra; que prohíba el uso de los zuecos para dar trabajo á los zapateros ó cosa semejante; entonces le diré que aquello ya no es un cálculo de ventajas é inconvenientes, sino una perversion de la autoridad, un mal empleo de la fuerza pública para castigar el despojo: ¿cómo os atreveis á emplear la autoridad y su fuerza pública en proteger y sistematizar el despojo?

Si el señor alcalde se sale con la suya; si veo que á conse-

cuencia de semejante precedente, todas las industrias de la población se agitan para obtener favores unas á espensas de otras; si en medio de ese tumulto de ambiciones sin escrúpulo veo zozobrar hasta la noción de la propiedad, me será lícito creer que para salvarla del naufragio lo primero que se ha de hacer es patentizar cuán inútil es la medida que ha servido de primer eslabon á tan funesta cadena.

No me sería difícil, Sr. Thiers, encontrar en vuestro libro párrafos que hacen muy al caso y corroboran mis asertos. Puedo asegurar que con solo abrirlo á la casualidad los encontraría. Sí; introduciendo un alfiler entre las hojas del libro (como se hace en cierto juego de muchachos) encontraríamos en la página señalada por la suerte la condenación esplicita ó implícita del régimen protector, la prueba de la identidad de principios entre este régimen y el comunismo. ¿Mas porqué no hacer esta prueba? La hago, si señor, y me sale la página 283 y leo:

«Es, pues, error grave quejarse de la competencia, y no caer en la cuenta de que, si el pueblo es productor, es también consumidor, y que recibiendo menos por un lado (cosa que yo niego y que, también negais vos algunas líneas mas abajo) y pagando menos por otro, queda en beneficio de todos la diferencia entre un sistema que sujeta la actividad humana y un sistema que la impulsa á lo infinito en su carrera aconsejándole que nunca se detenga».

Os reto á que digais que esto no es tan aplicable á la competencia que se hace desde el Bidasoa, como á la que se hace dentro del Loira. — Y vuelvo á introducir el alfiler, y doy con la página 325, que dice:

«Los derechos son ó no son: si hay tales derechos, tienen consecuencias absolutas... Mas digo: si el derecho existe, existe siempre; es completo ayer, hoy, mañana, pasado mañana, lo mismo en verano que en invierno, y no cuando mejor os plazca declararlo en vigor, sino cuando el que trabaja quiera invocarlo».

¿Seriais capaz de sostener que el dueño de una forja tiene el derecho indefinido, perpétuo, de impedir que yo produzca

indirectamente dos quintales de hierro en mi esfera de trabajo que es una viña, para que él pueda producir directamente un solo quintal en la esfera de un trabajo que es una forja? También este derecho es ó no es. Si existe, es completo ayer, hoy, mañana y pasado mañana, lo mismo en verano que en invierno; no cuando mejor os place declararlo vigente, sino cuando el *dueño de la forja* quiera invocarlo.

Probemos otra vez la suerte. El alfiler ha penetrado en la página 63, y leo en ella este aforismo:

«La propiedad no existe, como yo no pueda *darla* ó *consumirla* á mi albedrío».

Nosotros decimos: la propiedad no existe, como yo no pueda *cambiarla* ó *consumirla* á mi albedrío; y permitidme añadir que el *derecho á cambiar* es cuando menos tan precioso y tan importante en sociedad, tan característico á la propiedad, como el *derecho á dar*. Doloroso es que en una obra destinada á examinar la propiedad bajo todos sus aspectos hayais creído que debiéreis destinar dos capítulos á la Donacion, que no corre el menor peligro, y ni siquiera una línea al Cambio, tan impudicamente violado con la misma autoridad de las leyes del país.

Otro ensayo con el alfiler. ¡Hola! página 47.

«El hombre tiene una propiedad primera en su persona y sus facultades; y tiene otra, menos inherente á su sér pero no menos sagrada, en el producto de sus facultades, que comprende todo lo que se llama bienes de este mundo, y que la sociedad está, á no poder mas, interesada en ASEGURARLE, porque sin esta garantía, no habria trabajo; sin trabajo, no habria ni siquiera la civilizacion necesaria, sino la miseria, el pillaje y la barbarie».

Ahora bien, señor mio, disertemos si os parece sobre este testo.

Yo veo como vos la propiedad, en primer lugar, en la *libre disposicion* de la persona; despues, en la de las facultades; y por último en la del producto de las facultades; lo cual prueba, y digámoslo de paso, que en cierto sentido Libertad y Propiedad se confunden.

Casi no me atreveria á decir, como vos, que la Propiedad

del producto de nuestras facultades es menos inherente á nuestro ser que el de las mismas facultades. Materialmente hablando, teneis razon; pero prívase á un hombre de sus facultades ó del producto de ellas, y el resultado será igual: la *Esclavitud*: otra prueba de la identidad de naturaleza entre la Libertad y la Propiedad. Si yo por su fuerza consigo convertir en proyecto mio todo el trabajo de un hombre, este hombre es mi esclavo; y lo es tambien, si, dejándole trabajar libremente hallo medio, por maña ó por fuerza, de apoderarme del fruto de su trabajo. El primer género de opresion es mas odioso; el segundo es mas hábil. Al observar que el trabajo libre resulta hecho con mas inteligencia y mas productivo, los que dan trabajo á hacer han dicho para sí: no usurpemos directamente el trabajo de nuestros esclavos; mas ocuparemos el producto de la mas rica de sus facultades libres, y demos á esa nueva forma de servidumbre el hermoso nombre de *proteccion*.

Vos decís tambien que la sociedad está interesada en *garantizar* la propiedad. Estamos de acuerdo, solo que yo avanzo mas que vos, y si por *sociedad* entendeis el *gobierno*, digo que su único cometido con respecto á la propiedad es *garantizarla*, y que, si se propone *equilibrarla*, por este mero hecho no la garantiza, la violenta. Esto merece examinarse.

Cuando cierto número de hombres que no pueda vivir sin trabajo y sin propiedades, escotan para pagar una *fuerza comun*, es evidente que se proponen trabajar y gozar con toda seguridad del fruto de su trabajo, y no colocar sus facultades y propiedades á merced de dicha fuerza. Pero, antes de toda forma de gobierno regular, no creo que se pueda disputar á las individualidades el *derecho de defensa*, el derecho de defender sus personas, facultades y bienes.

No trato de filosofar aqui sobre el origen y la estension de los derechos de los gobiernos, asunto de gran peso á que mis débiles fuerzas no resistirian; mas permitidme, sin embargo, que someta á vuestro juicio una idea. Paréceme que los derechos del Estado no pueden ser mas que la regularizacion de los derechos personales *preexistentes*. Yo, por mi parte, no puedo concebir un *derecho colectivo* que no se derive del *derecho indi-*

vidual que indispensablemente implica. Luego para saber si el Estado está legitimamente investido de su derecho, hay que averiguar si ese derecho reside en el individuo en virtud de su organizacion y fuera de todo estado de gobierno. Partiendo de esta idea, rechazaba yo hace pocos dias el derecho del trabajo, y dije: Puesto que Pedro no tiene derecho para exigir directamente de Pablo que le dé trabajo, tampoco lo tiene para ejercer ese supuesto derecho por medio del Estado; porque el Estado no es mas que la *fuerza comun* creada por Pedro y Pablo, á costa de ambos, con un objeto determinado; objeto que no puede consistir en hacer que lo injusto sea justo. Esta piedra de toque es la que me sirve tambien para juzgar entre la *garantía* y la nivelacion de las propiedades por medio del Estado. ¿Porqué tiene el Estado el derecho de garantizar la propiedad de todos y cada uno aun por la fuerza? Porque este derecho preexiste en el individuo. No se puede negar á las individualidades el *derecho de legitima defensa*, el derecho de emplear la fuerza, en caso necesario, para rechazar los ataques á sus personas, facultades y bienes. Se concibe que este derecho individual, puesto que reside en todos los ciudadanos, puede tomar forma colectiva y legitimar la *fuerza comun*. Pero ¿porqué no tiene el Estado derecho para equilibrar las propiedades? Porque, para equilibrarlas, tiene que mermar las de los unos y aumentar las de los otros. Y como ninguno, de los treinta millones de franceses, tiene derecho para quitar á nadie nada so pretexto de llegar á la igualdad, no se ve cómo es posible pueda dar ese derecho á la *fuerza comun*.

Y observad que el derecho de nivelacion destruye el derecho de *garantía*. Ved á los salvajes. Todavía no han establecido un gobierno; pero reside en cada uno de ellos el *derecho de legitima defensa*, y cuesta poco conocer que este derecho será la base de una *fuerza comun legitima*. Si uno de estos salvajes ha empleado su tiempo, sus fuerzas y su inteligencia en hacerse con un arco y flechas, y otro quiere arrebatárselas, todas las simpatías de la tribu serán para la víctima; y si la querella se somete al fallo de los ancianos, el despoja-dor resultará condenado infaliblemente. Pues de ahí á organi-

zar la fuerza pública, no hay mas que un paso. Ahora os pregunto: ¿esta fuerza tiene por objeto, á lo menos por objeto legítimo, regularizar el acto de aquel que en virtud del derecho defiende su propiedad, ó el acto del que contra derecho viola la libertad ajena? ¿Seria curioso que la fuerza colectiva se derivase, no del derecho individual, sino de su violacion permanente y sistemática! No; el autor del libro que tengo á la vista no puede sostener una tésis semejante; pero no basta con que no la sostenga; acaso era de su deber combatirla. No todo consiste en atacar á ese Comunismo grosero y absurdo que algunos de sus sectarios defienden en impresos desacreditados.

Quizás hubiera sido bueno desenmascarar y condenar ese otro Comunismo audaz y sutil, que, merced á la simple perversion de la idea justa de los derechos del Estado, logró penetrar en algunos ramos de nuestra legislacion, y parece dispuesto á invadirlos todos.

Porque es cosa indudable que, por medio del arancel y del régimen llamado Protector, los gobiernos están realizando esta monstruosidad de que hablo; cierran ojos y oidos al derecho de legítima defensa, preexistente en todo ciudadano, para atribuirse un supuesto derecho de nivelacion por medio del despojo; derecho que, no residiendo anteriormente en nadie, tampoco puede residir en la comunidad.

Mas ¿para qué insistir en esas ideas generales? ¿A qué demostrar lo absurdo del Comunismo si ya lo habeis hecho vos (aunque no con respecto á una de sus manifestaciones, que es á mi entender la mas prácticamente amenazadora) mucho mejor que yo podria hacerlo?

Quizás me digais que el principio del Régimen Protector no está en oposicion con el principio de la Propiedad. Vamos, pues, á ver cómo procede aquel Régimen. Tiene dos modos de proceder: la prima y la restriccion.

En cuanto á la prima, es evidente: desafio á que se me pruebe que el último término del interés de las primas, llevado á su extremo, no sea el Comunismo absoluto. Los ciudadanos trabajan al amparo de la fuerza comun, encrespada, como vos

decís, de *garantizar* á cada uno lo suyo: *sumum cuique*. Mas hé ahí que el Estado, con las intenciones mas filantrópicas del mundo, emprende una tarea enteramente nueva, del todo diferente, y que, á mi parecer, no solo concluye, sino que destruye la primera. Le acomoda erigirse juez de los beneficios, declarar que tal trabajo no está bastante remunerado, y que tal otro lo está con exceso; le parece bien meterse á equilibrador y hacer, como dice Mr. Billault, oscilar el péndulo de la civilizacion hácia el lado opuesto á la *libertad del individualismo*: en consecuencia de lo cual impone á la comunidad entera una contribucion, para hacer un regalo, con el nombre de primas, á los esportadores de una clase dada de productos. Su pretension es favorecer la industria; pero deberia decir: *una* industria, á espensas de todas las demas. No me pararé á demostrar que estimula la rama estéril á costa de las ramas que dan fruto; pero, decidme, os ruego: al emprender este camino ¿no autoriza á que todos los trabajadores que le prueben no ganan tanto como su vecino, le pidan una prima? ¿Tiene el Estado el deber de oír y satisfacer todas estas reclamaciones? Yo no creo tal; mas los que así lo creen, deben tener valor suficiente para dar á su creencia su fórmula propia y decir: El gobierno no está encargado de garantizar las propiedades, sino de nivelarlas, ó, en otros términos: no hay Propiedad.

Yo aquí no trato mas que una cuestion de principio. Si quisiera examinar las primas de esportacion en sus efectos económicos, las presentaria bajo un aspecto mas ridiculo, porque no son mas que un don gratuito hecho por la Francia al extranjero. No es el vendedor, sino el comprador, quien la recibe, en virtud de la ley que vos mismo habeis demostrado á propósito de las contribuciones: en último resultado el consumidor sostiene todas las cargas así como recoge todos los beneficios de la produccion. Por eso nos ha sucedido con esas primas la cosa mas empalagosa y mas burlesca del mundo. Algunos periódicos extranjeros han reflexionado del modo siguiente: «Si elevamos los derechos de entrada en un tanto igual á la prima que pagan los contribuyentes franceses, es

claro que nuestros consumidores no pagarán mas que antes, pues el precio de costo seguirá siendo igual para ellos. La mercancía habrá bajado 5 francos en la frontera francesa y subido otros 5 en la alemana: medio infalible para que sea el Tesoro francés el que pague nuestros gastos públicos». Y aun otros gobiernos han sido mas ingeniosos, segun dicen, y han hecho la reflexion siguiente: «La prima que da Francia es un regalo que se nos hace; pero si aumentamos los derechos, no habrá motivo para que se nos remitan mas cantidades que antes de la mercancía en cuestion, puesto que pondremos limites á la generosidad de esos esclentes franceses. Al contrario: declaremos abolidos interinamente los derechos; con lo cual provocaremos una introduccion extraordinaria de sus tejidos, ya que en cada metro se contiene un don gratuito». En el primer caso nuestras primas han sido para el fisco extranjero; en el segundo, han aprovechado en mucha mayor estension á los simples ciudadanos. Pasemos á la restriccion.

Yo soy artesano, carpintero, por ejemplo; tengo un modesto taller, instrumentos y algunos materiales. Todo esto es mio, pues son cosas que yo he hecho, ó, lo que es lo mismo, las he comprado y pagado. Tengo ademas dos robustos brazos, un poco de inteligencia y un mucho de buena voluntad. Con este capital tengo que subvenir á las necesidades mias y de mi familia. Reparad que no puedo producir directamente ninguna de las cosas que me son necesarias: ni hierro, ni madera, ni pan, ni vino, ni carne, ni telas, etc.; pero puedo producir el *valor* de ellas. Es decir que las cosas mencionadas han de salir, bajo otra forma, de mi sierra y mi cepillo. Mi interés consiste en recibirlas honradamente en la mayor cantidad posible á cambio de ciertas cantidades de mi trabajo: digo honradamente, porque no deseo violar la propiedad ni la libertad de nadie. Los demas trabajadores y yo, puestos de acuerdo sobre el particular, nos imponemos sacrificios; cedemos parte de nuestro trabajo á unos hombres llamados *funcionarios*, porque les encargamos la *funcion* especial de garantizar nuestra propiedad y sus frutos contra todo ataque, venga de adentro, venga de afuera.

Así las cosas, me dispongo desplegar la actividad de mi inteligencia, y á manejar sierra y cepillo. Mis ojos se fijan, como es natural, en las cosas necesarias á mi existencia, que son las que debo producir indirectamente creando su *valor*. Para mí el problema consiste en producirlas de la manera mas ventajosa que sea posible; á cuyo fin echo una mirada al mundo de los *valores*, resumido en lo que se llama precios corrientes; y despues de estudiar dichos precios, averiguo que el medio mas ventajoso para mí de obtener la mayor cantidad de combustible con la menor cantidad de trabajo, consiste en hacer un mueble y venderlo á un belga, que en cambio me dará hulla.

Pero hay en Francia un trabajador que está buscando la hulla en las entrañas de la tierra, y ha llegado á suceder que los funcionarios á quienes *pagamos* el minero y yo para que á uno y otro nos conserve la libertad del trabajo y la libre disposicion de sus productos (lo cual es la Propiedad), ha llegado á suceder, digo, que dichos funcionarios han concebido otra idea, y se han dado á sí mismos otro encargo. Se les ha metido en la cabeza que debian *equilibrar* mi trabajo con el del minero. En su consecuencia, me han prohibido calentarme con el combustible belga, y cuando voy á la frontera con mi mueble para que en cambio me den la hulla, me encuentro con que los funcionarios no permiten que la hulla entre en Francia; lo cual viene á ser lo mismo que si no permitieran que saliese mi mueble. Entonces digo para mí: si no se nos hubiese ocurrido pagar funcionarios que nos ahorrasen el cuidado de defender por nosotros mismos nuestras propiedades, ¿hubiera tenido derecho el minero para impedir la realizacion de un cambio ventajoso, so pretexto de que á él le tuviese cuenta que aquel cambio no se realizara? No, por cierto. Si tal hubiese intentado, nos hubiéramos acometido, impulsado él por su injusta pretension, y fortalecido yo con un derecho de legitima defensa. Precisamente para evitar luchas semejantes, establecimos y estamos pagando á escote un funcionario. ¿Pues cómo es que ahora encuentro al minero y al funcionario puestos de acuerdo para coartar mi libertad y poner trabas á

mi industria, para reducir el círculo en que puedan ejercerse mis facultades? Yo comprenderia perfectamente que el funcionario se hubiese puesto de mi parte: estaria en su derecho, derivado del mio, pues la legítima defensa es un derecho; pero ¿quién le ha dado el de auxiliar al minero en su injusticia? Entonces veo que el funcionario no desempeña el papel que le corresponde. Ya no es un simple mortal investido del derecho que en él han delegado otros hombres, que, como es consiguiente, los poseian, no; es un ser superior á la humanidad, que, teniendo en sí mismo el origen de sus derechos, se atribuye el de cotejar los beneficios y sostener el equilibrio entre todas las posiciones y condiciones. Pues bien, digo; en ese caso lo he de perseguir con reclamaciones y exigencias mientras en la superficie del pais haya un solo hombre mas rico que yo. No os hará caso, me contestan, porque si tal hiciera, seria comunista; y él no olvida que su mision consiste en *garantizar* las propiedades, y no en nivelarlas.

¡Qué desórden, qué confusion en los hechos! ¿Cómo queréis que de ahí no resulte el desórden y la confusion en las ideas? No os canseis en combatir el comunismo; mientras se os vea halagarlo, mimarlo, acariciarlo en esta parte de la legislacion, que ya ha invadido, serán inútiles vuestros esfuerzos. Es una serpiente que con vuestro servicio, y gracias á vuestros cuidados, ha introducido la cabeza en nuestras leyes y costumbres; ¡y ahora os indignais de que quiere introducir la cola!

Puede que me hagais una concesion, Mr. Thiers; acaso me digais: el régimen protector se apoya en el principio comunista; es contrario al derecho, á la propiedad, á la libertad; lanza al gobierno fuera de su círculo, y le reviste de atribuciones arbitrarias, que carecen de origen racional: todo esto es demasiado cierto; pero el sistema protector es *útil*; á no ser por él se arruinaría el pais, víctima de la competencia extranjera.

Esto nos conduciria á examinar la restriccion desde el punto de vista económico. Dejando aparte toda consideracion de justicia, de derecho, de propiedad, de equidad y de libertad, tendríamos que resolver el problema de pura utilidad, la cues-

tion venal, por decirlo así; y vos os hareis cargo de que no es este mi propósito. Además que debéis andaros con cuidado: no sea que, prevaleándoos de la utilidad para justificar el desprecio del derecho, vengais á decir: «El Comunismo ó Despojo, condenado por la justicia, puede, sin embargo, admitirse como espediente». Bien conoceréis cuántos peligros llevaria consigo una declaracion semejante.

Permitidme que, sin ánimo de resolver aqui el problema económico, asiente una idea. Aseguro que he sometido al cálculo aritmético las ventajas é inconvenientes de la proteccion con relacion solamente á la riqueza, y prescindiendo de toda consideracion de orden superior. Aseguro tambien que he obtenido el resultado siguiente: que toda medida restrictiva produce una ventaja y dos inconvenientes, ó sea: un beneficio y dos pérdidas, cada una de ellas igual al beneficio; de donde resulta definitivamente una simple pérdida, que viene á dar la consoladora prueba de que en esta y otras muchas cosas, y aun me atrevo á decir en todo, utilidad y justicia están de acuerdo. Esto no pasa de ser una afirmacion, es cierto; mas puede apoyarse en pruebas matemáticas.

La causa de que la opinion pública se estravie en este asunto, es que el beneficio de la proteccion es materialmente visible, mientras que de las dos pérdidas iguales que lleva consigo hay una que se divide hasta lo infinito entre todos los ciudadanos, y otra que solo la descubre la investigacion del entendimiento.

No voy á presentar la demostracion á que me refiero; mas permitidme que indique su fundamento.

Dos productos, A y B, tienen en Francia un valor normal de 40 y 50. Supongamos que A solo valga 40 en Bélgica. Admitido esto, si Francia está sometida al régimen restrictivo, disfrutará de A y B distrayendo de la suma total de sus esfuerzos una cantidad de 90, puesto que se verá precisada á producir A directamente. Si es libre, la suma de esfuerzos igual á 90, le serviría: 1.º para la produccion directa de B, que entregará á Bélgica para obtener A; 2.º para la produccion de otro B para sí misma; 3.º para la produccion de C.

En la porcion de trabajo disponible aplicada á la produccion de C en el segundo caso: es decir, creando una nueva riqueza igual á 10, sin que por eso Francia se vea privada de A ni de B, consiste toda la dificultad. En lugar de A, poned hierro; en lugar de B, vino, seda ó artículos de moda; en lugar de C, poned riqueza que falta; y siempre resultará que la restriccion restringe el bienestar del pais.

¿Quereis que abandonemos la pesadez del álgebra?: enhorabuena. No me negareis que, si el régimen prohibitivo ha llegado á hacer algun bien á la industria de la hulla, solo ha consistido en alzar el precio de este artículo. Tampoco me negareis que este esceso de precio haya ocasionado desde 1822 hasta nuestros dias un gasto superior para cada satisfaccion determinada, á todos cuantos hacen uso de dicho combustible, ó, en otros términos, que no represente una *pérdida*. ¿Se puede decir que los productores de hulla, ademas del interés de sus capitales y de los beneficios ordinarios de la industria, hayan recogido, merced á la restriccion, un *extra-beneficio* equivalente á dicha pérdida? Menester seria que asi hubiese sucedido para que la proteccion, ya que fuese injusta, odiosa, despojadora y comunista, fuese á lo menos *neutral* desde el punto de vista económico, y para que mereciese que se la asimilase al simple despojo, que saca de quicio la riqueza, pero no la destruye. Pero vos mismo afirmais en la página 236, «que las minas del Aveyron, las de Alais, las de San Estéban, las del Creuzot y las de Anzin, que son las mas célebres, ¡no han producido el 4 por 100 del capital en ellas empleado!» Para que un capital produzca en Francia el 4 por 100, no se necesita proteccion. ¿Dónde está aqui el beneficio que compense la pérdida indicada?

Y aun hay mas, puesto que hay otra pérdida nacional. Puesto que, merced al encarecimiento relativo del combustible, han sufrido pérdidas todos los consumidores de hulla, han debido restringir proporcionalmente su consumo de otras materias, y el conjunto del trabajo nacional ha tenido que resentirse de ello. Esta pérdida nunca se suele tomar en cuenta, por que no es de las que saltan á la vista.

Permitidme otra observacion que me estraña no haya dado mas que pensar. La proteccion, aplicada á los productos agricolas, se presenta con toda su odiosa iniquidad con respecto á los que llevan el nombre de proletarios, y perjudica á la larga á los mismos dueños de la riqueza territorial.

Supongamos en los mares del S. una isla, cuyo suelo haya llegado á ser propiedad de cierto número de habitantes.

Supongamos en dicho territorio apropiado y limitado una poblacion proletaria siempre creciente ó con tendencias al aumento. (1)

Esta última clase no podrá producir *directamente* nada de lo que es indispensable á la vida. Será menester que entregue su trabajo á hombres que puedan en cambio proporcionarles alimentos y hasta materiales para el trabajo: cereales, frutas, legumbres, carne, lana, lino, cuero, madera, etc.

Su interés está evidentemente en que el mercado en donde se vendan las cosas mencionadas sea lo mas estenso posible. Cuanta mayor sea la abundancia de aquellos productos agricolas, mayor cantidad recibirán en cambio de una cantidad dada de su trabajo.

Bajo un régimen libre, habrá gran número de embarcaciones que irán á buscar alimentos y materiales á otras islas y á los continentes inmediatos, en donde dejarán productos elaborados. Los propietarios gozarán de toda la propiedad á que tengan derecho, y entre el valor del trabajo agricola y el del trabajo industrial se establecerá el justo equilibrio.

Pero, en esta situacion, los propietarios de la isla harán el siguiente cálculo: si prohibimos que los proletarios trabajen para los extranjeros y reciban de estos en cambio subsistencias y primeras materias, tendrán que venir forzosamente á nosotros. Como su número va aumentando sin cesar, y es cada dia mas activa la competencia que se harán unos á otros, se agruparán á comprarnos la porcion de alimentos y materiales que nosotros pondremos á la venta, despues de apartar lo necesario para nuestras necesidades, y venderemos á muy alto

(1) Véase la carta tercera del capítulo *Propiedad y despojo*.

precio nuestros productos. En otros términos: desaparecerá el equilibrio que existe entre el valor de su trabajo y el del nuestro, y tendrán que emplear mas horas en procurarnos satisfacciones. Hagamos, pues, una ley que prohiba ese comercio que nos perjudica; y para que esta ley se cumpla, formemos un cuerpo de empleados, que los proletarios nos ayudarán á pagar.

¿Y no seria esto el colmo de la opresion, una violacion flagrante de la mas preciosa de las libertades, de la primera y mas sagrada de las propiedades?

Sin embargo, pensadlo bien, quizás no les seria muy difícil á los propietarios del suelo hacer aceptar esa ley como benéfica para los trabajadores. Y no dejarían de decirles:

«No la hemos hecho en favor nuestro, buena gente, sino en favor vuestro; no nos curamos de nuestra conveniencia; la vuestra es la que nos da en que pensar. Gracias á esta sabia medida, prospera la agricultura; nosotros los propietarios nos enriqueceremos, y así nos será fácil haceros trabajar y pagaros buenos salarios; sino, nos devoraria la miseria, y entonces ¿qué seria de vosotros? La isla se inundaria de sustancias é instrumentos de trabajo procedentes de lo exterior; vuestras barcas estarian siempre en el mar ¡qué calamidad para la nacion! Verdad es que estariais rodeados de abundancia; pero ¿os tocara algo á vosotros? No digais que se conservaria ó aumentaria el precio de vuestros salarios, porque los extranjeros no harian mas que aumentar el número de los que os dan trabajo: ¿quién os asegura que no habian de tener el capricho de daros sus productos de balde? Y si así fuese, faltos de trabajo y de salarios, pereceriais de inaccion en medio de la abundancia. Creednos, aceptad nuestra ley agradecidos. Creced y multiplicaos; los víveres que sobren en la isla, despues de nuestro consumo, os los daremos á cambio de trabajo, que de este modo no os faltará nunca. Sobre todo, no vayais á imaginar que haya aqui lucha entre vosotros y nosotros, en que corran peligro vuestra libertad ni vuestra propiedad, ni hagais caso de los que os digan semejante cosa. Tened por cierto que la lucha está entre vosotros y el extranjero, ¡bárbaro extranjero que

Dios maldiga! y que indudablemente quiere esplotaros ofreciéndoo con toda perfidia transacciones que vosotros podeis aceptar ó desechar».

No seria inverosímil que un discurso semejante, sazonado de oportunos sofismas sobre el numerario, la balanza de comercio, el trabajo nacional, la agricultura alimentadora del Estado, la perspectiva de una guerra, etc., etc., obtuviese el mayor triunfo é hiciese que los mismos oprimidos sancionasen el decreto de opresion, dado caso que para ello se les consultase. Ello es cosa que se ha visto y aun volveremos á verla.

Pero las preocupaciones de los propietarios y los trabajadores no alteran la naturaleza de las cosas. El resultado será una poblacion miserable, hambrienta, ignorante, pervertida, diezmada por la inaccion, la enfermedad y el vicio; el resultado será perderse las nociones del derecho, de la propiedad, de la libertad y de las verdaderas atribuciones del Estado.

Lo que yo desearia sobremanera demostrar aqui, es que no se pasará mucho tiempo sin que alcance el castigo á los mismos propietarios, que habrán preparado su propia ruina al labrar la del público consumidor, porque, en la isla de que vamos hablando, la poblacion, mas y mas postrada cada dia, solo podrá hacer uso de los alimentos mas inferiores. Aqui se alimentará de castañas, allá de maiz, en otro lado de centeno, alforfon, avena ó patatas, pero llegará á no catar trigo ni carnes. Se maravillarán los propietarios de ver cómo habrá decaido la agricultura; se agitarán, se reunirán en los comicios y volverán á la famosa cantinela, de «Tengamos pastos, y tendremos ganados; con los ganados tendremos abonos, y con los abonos, trigo». Pero, por mucho que cavilen, por mas que inventen nuevos impuestos á fin de repartirlos en primas entre los productores del trébol y alfalfa, todos sus proyectos se estrellarán en el obstáculo que les opondrá una poblacion miserable, que no podrá comprar carne, y, por consiguiente, incapaz de comunicar el primer impulso á tan fácil rotacion, y concluirá por aprender á su costa que vale mas arrostrar la competencia con una parroquia rica, que tener el monopolio con una parroquia arruinada.

Hé ahí porqué digo que la prohibicion , no solo es comunismo, sino el peor de todos los comunismos. Comienza poniendo las facultades y el trabajo del pobre (que son su única propiedad) á merced del rico; lleva consigo una pérdida sin compensacion para la masa comun, y concluye envolviendo tambien al rico en la ruina general. Concede al Estado el estravagante derecho de quitar á los que poseen poco para dar á los que poseen mucho; y cuando, consecuentes con este principio, los desposeidos invoquen la intervencion del Estado para que verifique una nivelacion en sentido inverso, no sé yo lo que se les podrá replicar. Como quiera que fuese, creo que la mejor respuesta seria renunciar á la opresion.

Pero estoy ya deseando concluir con semejantes cálculos. Al fin y al cabo ¿cuál es el estado del debate?: qué decimos nosotros?; qué vosotros? En uno de los puntos, y es el punto principal, estamos de acuerdo: en decir que la intervencion del legislador en la nivelacion de fortunas, tomando de los unos para gratificar á otros, es *comunismo*; es la muerte del trabajo, del ahorro, del bienestar, de la justicia y de la sociedad.

Comenzais á ver que esta funesta doctrina invade bajo una ú otra forma los periódicos y los libros; es decir, el dominio de la especulacion, y la atacais con entereza.

Yo por mi parte creo que ya antes habia penetrado, con vuestro asentimiento y concurso, en la legislacion y en el dominio de la práctica, y ahí es donde hago todo lo posible para combatirla. En seguida os llamo la atencion acerca de la inconsecuencia en que incurririais, si, al paso que atacais el comunismo en perspectiva, transigieseis, ó lo que es peor, fomentaseis el comunismo en accion.

Si me contestais: « Obro de esta manera porque el comunismo realizado por los aranceles, si bien es opuesto á la libertad, la propiedad y la justicia, está, sin embargo, de acuerdo con la utilidad general, y esta consideracion me hace pasar por encima de las demas »; si así me contestais, digo, ¿no conoceis que destruis de antemano el triunfo de vuestro libro, que destruis hasta su tendencia, que le dejais sin fuerza y dais la razon

á los comunistas de todas clases, á lo menos en cuanto á la parte filosófica y moral del asunto?

Demas de que, señor mio, un talento tan ilustrado como el vuestro, ¿podria admitir por un instante que existiese antagonismo radical entre lo útil y lo justo? ¿Quereis que os hable con franqueza?: pues antes que aventurar un aserto tan subversivo, tan impio, preferiria decir: «Esto es un negocio especial, en que, á primera vista, parece que la utilidad y la justicia se escluyen. Me alegro de que todos los que han empleado su vida en profundizarlo juzguen de distinto modo que yo; sin duda no lo he estudiado bien». Y decir simplemente «no lo he estudiado» ¿es por ventura una confesion tan costosa; será preferible, á hacerla, lanzarse en la inconsecuencia y hasta negar la sabiduria de las leyes providenciales que presiden el desenvolvimiento de las sociedades humanas? Porque, ¿dónde hay mayor negacion de la sabiduria divina que en suponer incompatibilidad esencial entre la justicia y la utilidad? En semejante alternativa ¿qué partido podriamos tomar?; á qué lado podriamos inclinarnos? Siempre se me ha figurado que el peor fracaso para la conciencia y la inteligencia se habian de encerrar en un caso semejante.

¿Nos declaramos por lo útil? Asi suelen hacerlo los que se llaman hombres prácticos; pero con tal que sepan enlazar dos ideas, por fuerza se han de horrorizar ante las consecuencias del despojo y de la iniquidad convertidos en interés. ¿Abrazaremos resueltamente y á todo trance la causa de la justicia, diciéndonos: «Cumple con tu deber, y suceda lo que quiera»? A eso se inclinan los ánimos rectos; pero ¿quién ha de querer aceptar la responsabilidad de sumergir á su patria y hasta la humanidad en la miseria, la desolacion y la muerte? Desafio á cualquiera, que crea en la existencia de ese antagonismo, á que se resuelva por uno de ambos extremos.

Pero... me equivoco: tal es el corazon humano, que dará oidos á la voz del interés y los cerrará al grito de la conciencia. Asi lo demuestran los hechos, pues, donde quiera que se ha creido que el régimen protector era favorable al bienestar del pueblo, lo han adoptado á pesar de todas las consideracio-

nes debidas á la justicia. Verdad es que despues se han visto las consecuencias. La fé en la propiedad se ha ido perdiendo; muchos han dicho como Mr. Billault: «si ya se ha violado la propiedad con la proteccion ¿qué reparamos en violarla con el derecho al trabajo? No faltará quien dé otro paso, y otro y otro, hasta que nos encontremos con que haya llegado á prevalecer el comunismo». (1)

Los talentos sanos y sólidos como el vuestro ven con espanto esta rápida pendiente, procuran retroceder, retroceden en efecto, como habeis hecho en vuestro libro, hasta el régimen restrictivo, que es el primer impulso y el único que prácticamente toma la sociedad por el fatal declive; pero al verse cara á cara con la negacion viva del derecho de propiedad, si en lugar de la máxima de vuestro libro que dice: «los derechos son ó no son; si existen, llevan consigo consecuencias absolutas»; si en lugar de esta máxima escribís: «este es un caso particular, en que el bien nacional exige que el derecho sea sacrificado», al momento convertís en debilidad é inconsecuencia toda la fuerza, todo el raciocinio que creiais haber encerrado en vuestro libro.

Hé ahí porqué, si quereis completar vuestra obra, teneis que fallar en la causa del régimen restrictivo; á cuyo fin es indispensable que comenceis resolviendo el problema económico: hay que fijar de una manera clara y concreta la supuesta utilidad de este régimen. Aun suponiendo que lo condenaseis con relacion á la justicia, no seria eso bastante para acabar con él. Lo repito: tales son los hombres, que cuando creen hallarse entre el *bien real* y lo *justo abstracto*, la causa de la justicia corre gran peligro. ¿Quereis verlo palpablemente demostrado? Es cosa que me ha sucedido á mí mismo.

A mi llegada á Paris me encontré con las escuelas llamadas democráticas y socialistas que, como ya sabeis, emplean mucho las palabras *principio*, *abnegacion*, *sacrificio*, *fraterni-*

(1) Véanse las últimas páginas del artículo *Despojo y ley*, en este tomo.

dad, derecho y union. Hablan de la riqueza con desden, como de cosa, si no despreciable, á lo menos secundaria; de tal modo, que á nosotros, porque la tenemos en mucho, nos tratan de frios economistas, de egoistas, de individualistas, de hombres sin entrañas y sin mas Dios que el vil interés. ¡Bravo! dije para mí, eso se llama corazones nobles; con estos señores no tengo para qué discutir el punto económico, que es materia sutil, y exige mayor aplicacion de la que los publicistas de Paris puedan emplear generalmente en estudios de este género. Con estos la cuestion de interés no puede ser un obstáculo, ó lo considerarán, de acuerdo con la Divina Sabiduría, enlazado con la justicia, ó lo sacrificarán espontáneamente, porque desean dar pruebas de abnegacion. Con que me concedan que el libre cambio es el derecho abstracto, seguirán resueltamente su bandera. Hecha esta reflexion, les dirigí mi voz, y, ¿sabeis lo que me contestaron?

Voy á decíroslo :

«Bella utopia es vuestro Libre Cambio. Fundado está en el derecho y la justicia; realiza la libertad; consagra la propiedad; daria por resultado la union de los pueblos y el reinado de la fraternidad entre los hombres. Teneis razon una y mil veces en principio; pero os combatiremos á muerte y por todos los medios imaginables, porque la competencia extranjera seria funesta para el trabajo nacional».

Yo me tomé la libertad de replicarles lo siguiente: «Niego que la competencia extranjera pudiese ser funesta para el trabajo nacional; pero, si asi fuese, os encontraríais colocados entre el interés, que, segun decís, está de parte de la restriccion, y la justicia, que, segun confesion vuestra tambien, está en favor de la libertad.

Cuando yo, adorador del becerro de oro, os propongo que elijais, ¿cómo es que vosotros, hombres de abnegacion, hollais todos los principios para agarraros al interés? Ea, no declameis tanto contra un móvil que lo mismo impulsa á vosotros que á los simples mortales.

Este ensayo me dió á entender que, antes que todo, era necesario resolver este espantoso problema: entre la justicia y la

utilidad ¿hay armonia ó antagonismo? y, por consiguiente, analizar el aspecto económico del régimen restrictivo, porque, si hasta los fraternitarios mismos retrocedian ante una supuesta *pérdida de dinero*, era evidente que no bastaba poner al abrigo de toda sospecha la causa de la justicia universal, sino que era necesario ponerse de acuerdo con ese móvil indigno, abyecto, despreciable y despreciado, pero omnipotente, que se llama interés.

Esto fue lo que dió motivo á una breve demostracion en dos tomos, que con la presente me atrevo á remitiros (1) muy convencido de que, si, como hacen los economistas, juzgais severamente el régimen protector por lo que toca á su moralidad, y si solo diferimos en lo que á su utilidad atañe, no dejareis de examinar con alguna atencion si se implican ó se excluyen esos dos grandes elementos de la solucion definitiva.

Esta armonia existe, ó á lo menos es para mí tan evidente como la luz del sol. ¡Ojalá la veais tan bien como yo! que entonces, aplicando vuestro extraordinario talento de propagador á combatir el comunismo en su manifestacion mas peligrosa, le dareis un golpe de muerte.

Ved lo que sucede en Inglaterra. Parece que, si algun punto de la tierra debiese encontrarse favorable al comunismo, deberia ser la Inglaterra. Alli las instituciones feudales, que siempre tienen la estremada miseria cara á cara con la estremada opulencia, debian haber dispuesto los ánimos para la infusion de las falsas doctrinas: sin embargo, las vemos agitar y revolver el continente, y ni siquiera afectan la superficie de la sociedad inglesa. Por eso ni aun el cartismo ha conseguido arraigarse. ¿Sabeis por qué? Porque la Asociacion que ha discutido el régimen protector durante diez años, solo lo ha podido vencer arrojando grandes ráfagas de luz al principio de propiedad y á las funciones racionales del Estado.

Y si desenmascarar al proteccionismo, es herir tambien al comunismo por la estrecha relacion que los une, tambien se

(1) Refiérense, en efecto, á la primera y segunda série de los *Sofismas* que envié á Mr. Thiers.

les puede herir á los dos, siguiendo, como vos habeis hecho, una marcha en direccion opuesta. La restriccion no puede resistir mucho tiempo á una buena definicion del derecho de propiedad. Por eso una de las cosas que mas me han sorprendido y llenado de júbilo ha sido ver que una sociedad consagrada á defender monopolios, empleaba sus fondos en la propagacion de vuestro libro; espectáculo en extremo chocante, que me ha convencido de la inutilidad de mis anteriores esfuerzos. El paso que ha dado la sociedad Mimerel os obligará sin duda á hacer muchas ediciones de vuestra obra; lo cual me pone en el caso de haceros presente que, tal cual es, presenta un notable vacío. En nombre de la ciencia, de la verdad y del bien público, os pido que lo lleneis y que respondais á las preguntas siguientes:

1.º ¿Existe incompatibilidad entre los principios del régimen protector y los derechos de propiedad?

2.º La tarea del gobierno ¿consiste en garantizar á cada cual el libre ejercicio de sus facultades y la libre disposicion del fruto de sus trabajos, esto es, la propiedad; ó consiste en quitar á los unos para dar á los otros, de manera que deje equilibrados los beneficios, los riesgos y el bienestar?

¡Ah, señor Thiers! si llegaseis á las mismas deducciones que yo, y las hicieseis prevalecer en la opinion pública, merced á vuestro talento, á vuestra reputacion é influencia, ¿quién podría calcular el servicio que hariais á la sociedad francesa? Veríamos al Estado encerrarse dentro de los límites de sus atribuciones, que consisten en garantizar á todos y á cada uno el ejercicio de sus facultades y la libre disposicion de sus bienes. Le veríamos desembarazarse de sus exageradas atribuciones ilegítimas y de la enorme responsabilidad que consigo llevan; limitarse á realizar la libertad, ó lo que es lo mismo, á reprimir sus abusos. Aseguraria justicia á todos y no prometeria favor á nadie. Los ciudadanos aprenderian á distinguir entre las cosas razonables y las cosas pueriles que se le pueden pedir; no le acusarian con pretensiones y exigencias; no le acusarian de sus desgracias; no fundarian en él quiméricas esperanzas; y al buscar con toda actividad un bien que no puede dispensar el

Estado, no les veriamos acusar al legislador y á la ley á cada nueva decepcion, cambiar de hombres y de formas de gobierno y amontonar instituciones sobre instituciones y ruinas sobre ruinas. Veriamos calmarse la fiebre universal de despojo recíproco que tan peligroso es y tan caro cuesta verificándose por intervencion del Estado. Limitado el gobierno en cuanto á su objeto y su responsabilidad, sencillo en su accion, poco dispendioso, no haciendo pesar sobre los gobernados el importe de sus propias cadenas, y apoyándose en el buen sentido público, llegaria á adquirir una solidez que en nuestro pais nunca hemos conocido, y, por último, habriamos resuelto el gran problema de *«Cerrar para siempre el abismo de las revoluciones»*.

LA LEY.

¡La ley pervertida! La ley (y por consiguiente todas las fuerzas colectivas de la nacion) no solo desviadas de su objeto, sino aplicadas á otro directamente opuesto! ¡La ley convertida en instrumento de toda codicia, cuando debia ser su freno! ¡La ley cometiendo la iniquidad misma que debia castigar! Este es, indudablemente, un hecho grave, caso de que exista, y hácia el cual debe serme lícito llamar la atencion de mis conciudadanos.

A Dios somos deudores del bien que los encierra todos: de la vida física, intelectual y moral.

Pero la vida no se sostiene por sí misma. El que nos la dió nos dejó la tarea de conservarla, desenvolverla y perfeccionarla.

Para este objeto nos dotó de un conjunto de facultades ma-

ravillosas, y nos envolvió entre diversos elementos. Por medio de la aplicacion de nuestras facultades á dichos elementos, se realiza el fenómeno de la *Asimilacion* ó *Apropiacion*, merced al cual la vida recorre el círculo que le fue trazado.

Existencia, Facultades, Asimilacion ó, en otros términos, Personalidad, Libertad, Propiedad: tal es el hombre.

De estas tres cosas se puede decir, sin necesidad de apelar á ninguna sutileza demagógica, que son anteriores y superiores á toda legislacion humana.

La Personalidad, la Libertad y la Propiedad, existen, no porque los hombres hayan inventado leyes, sino al contrario; las leyes no se hicieron sino porque preexistian la Personalidad, la Libertad y la Propiedad.

¿Qué es, pues, la Ley? Es, como he dicho en otra parte, (1) la organizacion colectiva del derecho individual de legitima defensa.

Cada uno de nosotros ha recibido indudablemente de la naturaleza, de Dios, el derecho de defender su Persona, Libertad y Propiedad, porque son los tres elementos constitutivos ó conservadores de la Vida; elementos que mutuamente se completan y no puede comprenderse ninguno sin los otros; porque, ¿qué son nuestras facultades sino una prolongacion de nuestra Personalidad, y qué es la Propiedad sino una prolongacion de nuestras facultades?

Si cada uno de los hombres tiene el derecho de defender, aun por la fuerza, su Persona, su Libertad y su Propiedad; muchos hombres tienen el derecho de ponerse de acuerdo y organizar una fuerza comun con que atender regularmente á dicha defensa.

De modo que el principio del derecho colectivo, su razon de ser, su legitimidad, residen en el Derecho individual; y la fuerza comun no puede tener otro objeto racional y otro empleo que el de las fuerzas comunes que representa.

Asi, pues, como la Fuerza de un individuo no puede legítimamente atentar contra la Persona, la Libertad ni la Propie-

(1) Véanse los últimos párrafos del artículo *Despojo y Ley*.

dad de otro individuo, tampoco la Fuerza comun puede aplicarse legítimamente á destruir la Persona, la Libertad ni la Propiedad de los individuos ó las clases; porque esa perversión de la Fuerza estaria en uno y otro caso en contradiccion con nuestras premisas. ¿Habrá quien se atreva á decir que la Fuerza nos fue concedida, no para defender nuestros Derechos, sino para destruir los derechos iguales de nuestros hermanos? Y si esto no es cierto con respecto á cada una de las fuerzas individuales obrando aisladamente, ¿cómo podrá serlo con respecto á la fuerza colectiva, que no es mas que la Fuerza organizada de las fuerzas individuales?

Resulta, pues, que, si hay en el mundo alguna cosa evidente, es que: La ley es la organizacion del derecho natural de legítima defensa; es la sustitucion de la fuerza colectiva á las fuerzas individuales para obrar en el círculo en que estas tienen derecho á obrar, y hacer lo que estas tienen derecho á hacer; para garantizar las Personas, las Libertades, las Propiedades; para asegurar á cada uno su derecho; para hacer que reine entre todos la JUSTICIA.

Y si existiese un pueblo constituido sobre esta base, me parece que prevaleceria el orden, asi en sus actos como en sus ideas; me parece que su gobierno seria el mas sencillo, mas económico, menos pesado, menos responsable: es decir, el mas justo, y por consiguiente el mas sólido que pueda imaginarse, cualquiera que fuese su forma política. Porque, bajo dicho régimen, cada uno de por sí comprenderia bien que era suya toda la plenitud y toda la responsabilidad de su existencia. Con tal que la persona fuese respetada y el trabajo libre, y que el fruto del trabajo estuviese garantizado contra todo ataque injusto, nadie tendria que querellarse nunca del Estado. No tendríamos nunca que agradecerle nuestros sucesos felices; pero tampoco podríamos acusarle nunca de nuestros reveses, asi como los labradores no le echan en cara los estragos del hielo y la escarcha. Solo lo conoceríamos por el inestimable beneficio de la SEGURIDAD.

Tambien podemos dar por cierto que, merced á la no-intervencion del Estado en los negocios privados, las Necesidades y

las Satisfacciones se desenvolverian conforme al órden natural. No veríamos á las familias pobres buscar la instruccion antes de tener pan; no veríamos poblarse las ciudades á espensas de los campos, ni los campos á espensas de las ciudades; no veríamos esas grandes desviaciones de capitales, trabajo y poblacion, provocadas por medidas legislativas; desviaciones que llegan á hacer muy precarios é inseguros hasta los manantiales que producen medios de Existencia, y agravan por extremo la responsabilidad de los gobiernos.

Desgraciadamente la ley no está circunscrita, ni con mucho, á su esfera: ¡si á lo menos solo se hubiese desviado en cosas indiferentes ó siquiera discutibles! Mas es peor lo que ha hecho: ha obrado contra sus propios fines; ha destruido su objeto; se ha dedicado á aniquilar la Justicia, la Justicia por cuyo advenimiento debia trabajar; á borrar el limite que separa los Derechos, cuando su tarea debia consistir en hacerlo respetar; ha puesto la fuerza colectiva á merced de los que, sin riesgo y sin escrúpulo, quieren explotar la Persona, la Libertad ó la Propiedad agena; ha convertido el Despojo en Derecho para protegerlo, y la legítima defensa en crimen para castigarla.

¿Cómo se ha realizado esa perversion de la Ley? ¿Cuáles han sido sus consecuencias?

La Ley se ha pervertido por la influencia de dos causas muy diferentes: el egoismo no inteligente y la falsa filantropía.

Hablemos de la primera.

Conservarse y desenvolverse es aspiracion comun á todos los hombres; de manera que, si cada uno de ellos estuviese en el libre ejercicio de todas sus facultades y dispusiese libremente de sus productos, el progreso social no experimentaria retrasos ni interrupciones: seria infalible.

Pero hay tambien otra disposicion que le es comun: vivir y desenvolverse, cuando pueden, unos á espensas de otros. Esto no es una acusacion aventurada, efecto de mal humor ni de pesimismo. Atestigua mi aserto la historia con guerras continuas, con emigraciones de pueblos, con opresiones sacerdo-

tales, con la generalizacion de su esclavitud, con fraudes industriales y con monopolios, que se encuentran en abundancia en todas las épocas.

Esta funesta disposicion nace de la constitucion misma del hombre; de ese sentimiento primitivo, universal, invencible que lo impulsa al bienestar, y le hace que huya del dolor.

El hombre no puede vivir y gozar sino por medio de una asimilacion y una apropiacion perpétua, es decir; por medio de una perpétua aplicacion de sus facultades á las cosas, ó sea por medio del trabajo. De ahí la Propiedad.

Pero, de hecho, puede vivir y gozar asimilándose y apropiándose el producto de las facultades de su semejante. De ahí el Despojo.

Ahora bien: siendo el trabajo una molestia, y sintiéndose el hombre naturalmente inclinado á huir de las molestias, sucede (y ahí está la historia para confirmar mis palabras) que el despojo prevalece donde quiera que es menos oneroso que el trabajo; y en ese caso prevalece, sin que la religion ni la moral puedan impedirlo.

¿Cuándo, pues, encuentra el despojo algun dique? Cuando llega á ser mas oneroso ó peligroso que el trabajo.

Es evidente que el objeto de la ley deberia consistir en oponer á esa funesta tendencia el poderoso obstáculo de su fuerza colectiva: es decir, que deberia ponerse del lado de la propiedad contra el despojo.

Però la Ley generalmente es obra de un hombre ó de una clase de hombres, y no existiendo Ley sin sancion, esto es, sin el apoyo de una fuerza preponderante, es imposible que, mas tarde ó mas temprano, no ponga esta fuerza en manos de los que legislan.

Este fenómeno inevitable, combinado con la funesta inclinacion que hemos señalado en el corazon del hombre, explica la casi universal perversion de la ley. Se concibe que, en lugar de servir de freno á la injusticia, se convierta en instrumento y el mas poderoso instrumento de injusticia. Se concibe que, segun el poder del legislador, destruya en beneficio de este, y mas ó menos eficazmente, la Personalidad de los demas por me-

dio de la esclavitud, la Libertad por medio de la opresion, la Propiedad por medio del Despojo.

Tambien es propio de la naturaleza de los hombres el sentir la reaccion contra la iniquidad de aquellos de quienes son víctimas. Y asi, cuando el despojo está organizado por la ley en provecho de las clases que la hacen, todas las clases despojadas tienden por medios ya pacíficos, ya revolucionarios, á tomar alguna parte en la elaboracion de las leyes. Estas clases, segun los grados de ilustracion que han marcado, pueden proponerse dos fines muy diferentes cuando se lanzan á la conquista de sus derechos políticos: ó aspiran á poner término al despojo legal, ó quieren participar de sus efectos.

¡Desdichada una y mil veces la nacion entre cuyas masas domina esta última idea, cuando llegan á disponer del poder legislativo!

Hasta ese momento, el despojo legal lo habrá ejercido la minoría contra la mayoría, como sucede en los pueblos donde el derecho de legislar está concentrado en pocas manos; pero en seguida se generalizará, y se querrá encontrar el equilibrio en el despojo universal. En vez de estirpar la parte de injusticia que habia en la sociedad, se la estiende á todo. Desde el momento en que las clases desheredadas han recobrado sus derechos politicos, la primera idea que se les ocurre no es libertarse del despojo (esto supondria en ellas una ilustracion que no tienen), sino organizar contra las demas clases, y con detrimento propio, un sistema de represalias, como si fuera preciso que, antes del advenimiento de la justicia, tuvieran que sufrir todos el castigo: de su iniquidad los unos, de su ignorancia los otros.

El mayor cambio y el mayor castigo que podia experimentar la sociedad, era que la Ley se convirtiese en instrumento de despojo.

¿Cuáles son las consecuencias de perturbacion semejante? Se necesitarian tomos enteros para describirlas: contentémonos con indicar las mas notables. La primera es borrar de las conciencias la noción de lo justo y lo injusto. No puede existir sociedad alguna sin el respeto mas ó menos profundo á

las leyes; pero la condicion mas segura de que las leyes sean respetadas, es que sean respetables. Cuando la ley y la moral están en contradiccion, el ciudadano se encuentra en la cruel alternativa de perder la nocion de moral ó el respeto á la Ley; calamidades á cual mas grandes, y entre las cuales es imposible elegir.

Es tan propio de la naturaleza de la Ley el hacer reinar la justicia, que Ley y Justicia son una cosa misma en la mente de las masas. Todos sentimos una gran disposicion á considerar lo legal como cosa legítima, hasta tal punto que son muchos los que equivocadamente quieren que toda justicia sea una derivacion de la Ley. Basta, pues, con que la Ley ordene y sancione el despojo para que el despojo parezca justo y sagrado á muchos hombres. La esclavitud, la restriccion, el monopolio, hallan defensores, no solo entre aquellos á quienes favorecen, sino entre aquellos á quienes perjudica. Tratad de manifestar algunas dudas respecto á la moralidad de dichas instituciones, y se os replicará: « Sois un innovador peligroso, un utopista, un terco, un despreciador de las leyes; quereis derribar las bases sobre que descansa la sociedad ». ¿Os fijais en un método de moral ó de economia política? Pues no faltarán corporaciones oficiales que escribirán al gobierno :

« Enséñese en adelante la ciencia, no ya partiendo del libre cambio (esto es, de la propiedad, la libertad y la justicia) como hasta ahora se ha practicado, sino tambien, y muy especialmente, partiendo de los hechos y de la legislacion (contraria á la libertad, la propiedad y á la justicia) que rige la industria francesa ».

« En las cátedras costeadas por el Tesoro, absténgase completamente el profesor de todo ataque á las respetables leyes vigentes (1), etc. »

De modo que, si existe una ley que sanciona la esclavitud ó el monopolio, la opresion ó el despojo, bajo una forma cualquiera, no se podrá ni aun hablar de ella, porque, ¿ cómo ha-

(1) Consejo general de industria, agricultura y comercio. (Sesion del 6 de mayo de 1850.)

cerlo sin atentar al respeto que inspirar debe? Y no es solo esto, sino que habrá que enseñar la moral y la economía política partiendo del mismo punto que la Ley; es decir, suponiendo que es justa por el mero hecho de ser ley.

Otro efecto de esta deplorable perversion de la ley, es dar á las pasiones y luchas políticas, y generalmente á la política, propiamente dicha, una preponderancia exagerada.

Fácil me seria probar esta proposicion de mil maneras; pero me concretaré, por via de ejemplo, al asunto que ha ocupado recientemente los ánimos: al sufragio universal.

Piensen lo que quieran los adeptos de la escuela de Rousseau, que se llama muy *avanzada*, y que yo creo atrasada veinte siglos, el sufragio universal (tomando esta palabra en su acepcion rigurosamente) no es uno de aquellos dogmas sagrados, respecto de los cuales el exámen y hasta la simple duda constituyen crimen.

Se le pueden hacer graves objeciones.

En primer lugar la palabra *universal* envuelve un grosero sofisma. En Francia hay 36 millones de habitantes. Para que el derecho al sufragio fuese *universal*, seria preciso que residiese en 36 millones de electores; y en el sistema menos restrictivo solo se le reconoce á 9 millones. De manera que de cuatro personas se escluyen tres, y lo que es mas, las escluye la cuarta. ¿En qué principio se funda esta esclusion? En el principio de incapacidad: sufragio universal significa sufragio universal de los capaces. Falta ahora contestar á estas preguntas de hecho: ¿quiénes son los capaces? ¿la edad, el sexo, las sentencias de los tribunales son acaso los únicos signos que dan á conocer la incapacidad?

Mirándolo atentamente, se conoce muy pronto el motivo que establece el sufragio universal sobre la presuncion de capacidad. En esta parte, el sistema mas amplio no difiere del mas restringido sino por la apreciacion de los signos que pueden dar á conocer la capacidad; lo cual no constituye una diferencia de principio, sino de grado.

El motivo es que el elector no estipula por su cuenta, sino por la de todos.

Si, como suponen los republicanos á la moda griega y romana, hubiésemos adquirido con la existencia el derecho de sufragio, seria una iniquidad que los adultos no permitieran votar á las mujeres y los niños. ¿Porqué se lo impiden? Porque los supone incapaces. ¿Y porqué es motivo de exclusion la incapacidad? Porque no es el elector solo quien resume la responsabilidad de su voto; porque cada uno de los votos alcanza y afecta á la comunidad entera; porque la comunidad tiene derecho sobrado para exigir algunas garantías respecto á los actos de que dependen su bienestar y su existencia.

Ya sé lo que se me puede contestar; pero sé tambien lo que se puede replicar.

No es este el lugar propio de llevar á sus últimos términos esta controversia; pero quiero hacer observar que estas y otras muchísimas cuestiones políticas, que agitan, exasperan y conmueven á los pueblos, perderian casi toda su importancia si la Ley hubiese sido siempre lo que debe ser.

Si efectivamente la ley se limitara á hacer respetar todas las Personas, todas las Libertades, todas las Propiedades; si no fuese mas que la organizacion del Derecho individual de legítima defensa, el obstáculo, el freno, el castigo opuesto á todas las opresiones, á todos los despojos, ¿por ventura disputariamos mucho los ciudadanos respecto á la universalidad ó no universalidad del sufragio? ¿Por ventura podria esta cuestion poner en peligro el mas apreciable de todos los bienes, que es la tranquilidad pública? ¿Por ventura las clases excluidas del sufragio no esperarían con mas paciencia que les llegue el turno? ¿Por ventura las clases admitidas serian tan celosas como hoy de su privilegio? ¿No está claro que, siendo el interés idéntico y comun el modo de obrar de los unos, no tendria grandes inconvenientes para los otros?

Pero asome ese funesto principio; venga la Ley so pretesto de organizacion, reglamentacion, proteccion ó fomento; *quite á los unos para dar á los otros*; ponga la mano en la riqueza adquirida por todas las clases para aumentar la de una clase dada, hoy la de los agricultores, mañana la de los fabricantes, negociantes, armadores, artistas, cómicos, etc.; y en semejante

caso, de seguro no habrá clase alguna que no pretenda con razon poner tambien la mano sobre la Ley, que no reivindique con furor su derecho de eleccion y elegibilidad, y esté resuelta á obtenerlo, aunque para ello tenga que trastornar la sociedad. Hasta los mendigos y vagabundos os probarán que su derecho es incontestable. Nosotros, os dirán, no compramos nunca vino, tabaco ni sal sin pagar el impuesto, y parte de este impuesto se da legislativamente en primas y subvenciones á hombres mas ricos que nosotros. Otros se sirven de la ley para hacer que suba artificialmente el precio del pan, el de la carne, del hierro ó del paño. Puesto que cada cual explota la Ley en su provecho, tambien nosotros queremos explotarla. Queremos que de la Ley salga el *Derecho á la Asistencia*, que es la parte de despojo que al pobre corresponde. Para esto es menester que seamos electores y legisladores, á fin de que podamos organizar enteramente la Limosna para nuestra clase, asi como vosotros habeis organizado la Proteccion para la vuestra. No nos vengais con que nos dareis lo que nos haga falta, como Mr. Mimerel, que en su proposicion nos ofrecia 600,000 francos para hacernos callar, como se arroja un hueso á un perro. A otra cosa aspiramos, y queremos tratar personalmente de lo nuestro, asi como las demas clases tratan de lo suyo.

¿Qué se puede contestar á este argumento?

Si; mientras se admita como principio que la ley puede ser desviada de su verdadero objeto, y que puede violar las propiedades en vez de garantizarlas, todas y cada una de las clases querrán hacer la ley, ya sea para precaverse contra el Despojo, ya para organizarlo en provecho propio. La cuestion politica será siempre perjudicial, dominadora, absorbente; en una palabra, siempre se andará á puñadas á la puerta del palacio del consejero, sin que por eso sea la lucha menos encarnizada dentro.

Para convencerse de esta verdad, casi ni aun se necesita ver lo que pasa en las Cámaras de Francia é Inglaterra; basta saber cómo se ha planteado la cuestion en ellas.

¿Será menester probar que esa odiosa perversion de la Ley es una causa perpétua de odio y de discordia, capaz de produ-

cir la desorganizacion social? Echad una mirada á los Estados-Unidos, que es el pais en donde la Ley se mantiene mas dentro de su esfera, que es garantizar á cada uno su libertad y su propiedad. Por eso es tambien el pais en donde el órden social parece basado en mas estables cimientos. Sin embargo, aun en los Estados-Unidos hay dos cuestiones, dos solamente, que desde un principio han estado poniendo en peligro el órden político. ¿Cuáles son estas dos cuestiones? La de la esclavitud y la de los aranceles: esto es, precisamente las dos únicas cuestiones en que, contrariando el espíritu general de aquella República, la Ley ha tomado carácter de Despojo. La Esclavitud es una violacion, sancionada por la Ley, de los derechos de la Persona. La Proteccion es una violacion, perpetrada por la Ley, del derecho de Propiedad; y es ciertamente notable que, en medio de tantos debates, ese doble *azote legal*, triste herencia del mundo antiguo, sea el único que pueda producir y producirá tal vez la ruptura de la Union. Es, en efecto, imposible imaginar en el seno de una sociedad un hecho mas notable que el de *La ley convertida en instrumento de injusticia*. Y si de este hecho nacen consecuencias tan terribles en los Estados-Unidos, en donde solo es una escepcion, ¿qué no sucederá en nuestra Europa, en donde es un principio, un sistema?

Mr. de Montalembert decia, apropiándose una famosa proclama de Carlier: debemos hacer guerra al socialismo—y por Socialismo, segun la definicion de Mr. Cárlos Dupin, queria significar el despojo.

Mas ¿á qué Despojo aludia? porque los hay de dos clases: hay el despojo *estralegal* y el *despojo legal*.

En cuanto al despojo *estralegal*, que se llama robo ó estafa; que está definido, previsto y castigado por el Código penal, creo en verdad que no debe llevar el nombre de Socialismo; porque no es el que amenaza sistemáticamente destruir las bases de la sociedad. Por otra parte, la guerra contra este género de Despojo no ha tenido necesidad de esperar á que ni Mr. de Montalembert ni Mr. Carlier diesen la señal, sino que existe desde el principio del mundo: Francia la habia emprendido desde mucho antes de la revolucion de febrero; desde

mucho antes de la aparicion del socialismo, por medio de una máquina de magistratura, policía, gendarmería, cárceles, presidios y cadalsos. La ley misma es la que conduce esta guerra, y créo que deberíamos desear obrase la ley siempre del mismo modo con respecto al Despojo.

Pero no sucede así: la Ley lo defiende en muchos casos, y aun á veces lo verifica por su mano para evitar sonrojos, peligros y escrúpulos al que del despojo se lucra. Acontece tambien que la Ley pone todo ese aparato de magistratura, policía, gendarmería y cárceles á disposicion del que despoja, y trata como criminal al despojado que se defiende. En resumen: existe el *despojo legal*, y á él se referia indudablemente Mr. de Montalembert.

Este despojo puede ser en la legislacion de un pueblo una simple mancha escepcional; en cuyo caso lo mejor que se puede hacer, es procurar que desaparezca cuanto antes, sin declamaciones ni jeremiadas, y á pesar de toda la griteria de los intereses. ¿Cómo averiguar su existencia? Muy fácilmente: examinando si la ley quita á unos lo que les pertenece para dárselo á otros, á quienes no pertenece; examinando si la ley verifica en provecho de un ciudadano, y con perjuicio de los demas, un acto que aquel no podria verificar por sí solo sin cometer un crimen. En caso semejante, daos prisa á derogar esa ley, porque, no solo es una iniquidad, sino tambien un manantial fecundo de iniquidades; porque inspira el deseo de tomar represalias, y, si no andan muy solícitos, el hecho escepcional se estenderá, se multiplicará y se convertirá en sistema. El favorecido por la ley pondrá, como es natural, el grito en el cielo; invocará los *derechos adquiridos*; dirá que el Estado debe fomentar y proteger su industria; alegará que es bueno que el Estado le enriquezca, porque, cuanto mas rico es, mas gasta y mayor lluvia de salarios derrama sobre los pobres jornaleros. Pero no hagais caso del sofista, porque justamente, sistematizando sus argumentos, es como se consigue sistematizar el *despojo legal*.

Esto es lo que ha sucedido. La manía de hoy es enriquecer á todas las clases, unas á costa de otras; es generalizar el

despojo, so pretesto de *organizarlo*. Y como el despojo legal se puede ejercer de muchísimas maneras, hay tambien muchísimos planes de organizacion: aranceles, proteccion, primas, subvenciones, estímulos, impuesto progresivo, instruccion gratuita, derecho al trabajo, derecho al beneficio, derecho al salario, derecho á la asistencia, derecho á los instrumentos de trabajo, derecho al crédito gratuito, etc., etc.: y el conjunto de todos esos planes, en lo que les es comun (que es el despojo legal) es lo que se llama socialismo.

Y al socialismo asi definido, convertido en cuerpo de doctrina, ¿qué guerra quereis que se le haga sino una guerra de doctrina tambien? Esta doctrina os parece falsa, absurda, abominable; pues refutadla, que, cuanto mas falsa, absurda y abominable sea, mas fácilmente la refutareis; y, sobre todo, si quereis ser fuertes, comenzad por desterrar de vuestra legislacion todo el socialismo á que haya podido dar cabida, que no será poco trabajo.

Han acusado á Mr. de Montalembert de que queria emplear la fuerza brutal contra el socialismo, y debe declarársele libre de semejante acusacion, porque ha dicho esplicitamente: «Al socialismo hay que hacerle la guerra que es compatible con la ley, el honor y la justicia».

Pero ¿cómo no conoce Mr. de Montalembert que se ha encerrado en un círculo vicioso? ¿Quereis oponer la ley al socialismo? Pues precisamente el socialismo invoca la ley: no aspira al despojo estralegal, sino al legal: hace como todos los monopolizadores del mundo, que procuran convertir la ley en instrumento suyo; y cuando haya puesto la ley de su parte, ¿cómo quereis entonces que la ley se le vuelva en contra? ¿cómo quereis someterlo á vuestros tribunales, gendarmes y prisiones?

Quereis impedirle que ponga la mano en la elaboracion de las leyes; quereis que no penetre en la corporacion legislativa; y me atrevo á asegurar que no lo conseguireis mientras que en dicha corporacion se hagan leyes basadas en el principio del Despojo; cosa por demas inícuo y absurda.

Es de absoluta necesidad que se resuelva el punto del

despojo legal, y para ello no hay mas que tres soluciones:

Que la minoría despoje á la mayoría.

Que todos despojen á todos.

Que nadie despoje á nadie.

Despojo parcial, despojo universal ó nada de despojo, esto es lo que hay que elegir: ni la Ley puede aspirar sino á uno de estos tres resultados.

Despojo *parcial*, — es el sistema que ha prevalecido, en tanto que el electorado ha sido *parcial*; sistema á que se vuelve ahora para evitar la invasion del socialismo.

Despojo *universal*, — es el sistema que nos ha amenazado cuando el electorado se ha convertido en *universal*, pues la masa condenó la idea de legislar segun el principio de los que la habian precedido.

Nada de Despojo, — es el principio de justicia, de paz, de orden, de estabilidad, de conciliacion y de buen sentido; principio que yo defenderé con toda la fuerza de mis pulmones, ¡harto escasa por desgracia! hasta mi último suspiro.

Y hablando sinceramente, ¿qué otra cosa se le puede pedir á la ley? Teniendo esta por sancion necesaria la fuerza, ¿la podemos emplear razonablemente en otra cosa que en conservar á cada uno su derecho? Desafio á que se la haga salir de este círculo, sin volverla y, por consiguiente, sin volver tambien la fuerza contra el Derecho. Y como esta es la mas funesta é ilógica perturbacion social que pueda imaginarse, hay que reconocer necesariamente que la verdadera solucion, la solucion tan buscada del problema social, se encierra en estas sencillas palabras: LA LEY ES LA JUSTICIA ORGANIZADA.

Pero téngase presente que organizar la Justicia por la Ley, es decir, por medio de la Fuerza, escluye la idea de organizar por medio de la Ley ó de la Fuerza toda manifestacion, cualquiera que sea: Trabajo, Caridad, Agricultura, Comercio, Industria, Instruccion, Bellas Artes, Religion; porque es imposible que una de esas organizaciones secundarias no destruya la organizacion esencial. ¿Cómo concebir, en efecto, á la Fuerza abusando de la libertad de los ciudadanos sin que lastime la Justicia, sin que obre contra su objeto?

Aquí choco con la preocupacion mas popular de nuestra época. Se desea, no solo que la ley sea justa, sino que sea tambien filantrópica. No basta con que garantice á todo ciudadano el libre é inofensivo ejercicio de sus facultades aplicadas á su desenvolvimiento físico, intelectual y moral; sino que se le exige que derrame directamente el bienestar, la moralidad y la instruccion sobre el pais. Este es el lado agradable del Socialismo.

Pero, lo repito, estas dos tareas que se quiere atribuir á la Ley se contradicen; es menester optar entre una y otra; el ciudadano no puede ser y no ser libre al mismo tiempo. Monsieur de Lamartine me escribia en cierta ocasion: «Vuestra doctrina no es mas que la mitad de mi programa; vos os quedais en la libertad, y yo llego hasta la fraternidad». Y yo le contesté: «La segunda mitad de vuestro programa destruirá la primera». Y en efecto, yo no puedo en modo alguno separar la palabra *fraternidad* de la palabra *voluntaria*. No puedo concebir la fraternidad obligada *por la ley*, sin que quede destruida *por la ley* la libertad, y hollada *por la ley* la justicia.

El despojo legal tiene dos raices: hemos visto ya la una en egoismo humano; la otra está en la falsa filantropía.

Antes de pasar adelante creo que debo dar una explicacion sobre la palabra Despojo.

No la tomo, como sucede con harta frecuencia, en una acepcion vaga, indeterminada, aproximativa, metafísica. La tomo en sentido completamente científico, y como expresion de la idea opuesta á la idea de propiedad. Cuando una porcion de riqueza pasa del que la ha adquirido al que no la ha creado, sin consentimiento de aquel y sin que perciba compensacion alguna, ya se verifique este acto por medio de la fuerza, ya por medio del ardid, digo que encierra un ataque á la propiedad, un despojo; y digo tambien que esto es precisamente lo que la Ley deberia impedir siempre y en todas. Y si la Ley verifica por sí aquello mismo que deberia impedir, no deja de ser un Despojo, y, socialmente hablando, lo es con circunstancias agravantes. Solo en ese caso el responsable no es el que del despojo se lucra, sino la ley, el legislador, la sociedad; y en esto consiste el mayor peligro político.

Siento que la palabra tenga carácter ofensivo; pero he buscado otra inútilmente, porque ahora menos que nunca habria yo querido lanzar en medio de nuestras discordias una palabra irritante. Pero créaseme ó no, declaro que no me propongo poner en duda las intenciones ni la moralidad de nadie. Ataco una idea que tengo por falsa, un sistema que me parece injusto; pero dejo á salvo las intenciones, porque veo que todos nos aprovechamos de ello sin desearlo, y padecemos por ello sin saberlo. Solo escribiendo bajo la influencia del miedo ó del espíritu de partido, se puede poner en duda la sinceridad del proteccionismo, del socialismo y aun del comunismo; que no son mas que una sola planta en tres distintos periodos de su desarrollo. Lo único que se puede asegurar es que el despojo es mas visible, por su parcialidad, en el Proteccionismo (1) y por su universalidad en el comunismo; de donde se sigue que, de los tres sistemas, el socialismo es el mas vago, mas indeciso, y, por consiguiente, tambien mas sincero.

Como quiera que sea, convenir en que el Despojo legal tiene una de sus raices en la falsa filantropía, es dar á conocer la intencion de salvar las intenciones.

Esto sentado, examinemos lo que vale, de dónde viene y adonde conduce la aspiracion popular que se propone el bien general por medio del despojo general.

Los socialistas nos dicen: puesto que la ley organiza la justicia, ¿porqué no ha de organizar el trabajo, la instruccion y la religion?

¿Porqué? Porque no puede organizar el trabajo, la instruccion ni la religion sin desorganizar la justicia.

Parad mientes en que la ley es la fuerza, y que, por lo mis-

(1) Si en Francia solo hubiese una clase favorecida por la proteccion y fuese, por ejemplo, la de los dueños de forjas, seria tan absurdamente despojadora que no podria contenerse. Por eso vemos que todas las industrias protegidas se unen, se mancomunan y aun se organizan de modo que parezca que son las que abarcan en conjunto el trabajo nacional; porque conocen indistintamente que el despojo aparece menos chocante á medida que se va generalizando.

mo, el dominio de la ley no puede legítimamente ir mas allá del dominio legítimo de la fuerza.

Cuando la ley y la fuerza mantienen á un hombre dentro de la justicia, no le imponen mas que una simple negacion; es decir, solo le obligan á que se abstenga de causar daño. No atenta á su personalidad, libertad ni propiedad; sino que ponen á cubierto la personalidad, la libertad y la propiedad de los demas: están á la defensiva, defienden el derecho igual de todos: cumplen con una obligacion de inocuidad evidente, de utilidad palpable y de legitimidad incontestada.

Y esto es tan cierto que uno de mis amigos me hizo observar lo siguiente: decir que *el objeto de la ley es hacer que reine la justicia*, es espresarse de un modo no del todo exacto. Se deberia decir: *el objeto de la ley es impedir que reine la injusticia*. Y en efecto, no es la justicia, sino la injusticia, la que tiene existencia propia. La una resulta de la falta de la otra.

Pero cuando la ley—por medio de su agente necesario, que es la fuerza—impone una manera de trabajo, un método ó manera de enseñanza, una fé ó un culto, y no obra negativa, sino positivamente sobre los hombres; sustituye la voluntad del legislador á la voluntad de aquellos, la iniciativa del legislador á su propia iniciativa. Ya no pueden aquellos consultarse, comparar, prever; la ley lo hace todo por ellos; la inteligencia es para ellos un don inútil; dejan de ser hombres; pierden su personalidad, libertad y propiedad.

Imaginad, aunque no sea mas que una forma de trabajo impuesta por la fuerza, que no sea un ataque contra la libertad; una trasmision de riqueza impuesta por la fuerza, que no sea un ataque á la propiedad. Si veis que no os es posible, confesad que la ley no puede organizar el trabajo y la industria sin organizar la injusticia.

Cuando desde el fondo de su gabinete pasea un publicista sus miradas por la sociedad, ve con admiracion el espectáculo de la desigualdad que se ofrece á su vista. Deplora los padecimientos que aquejan á tantísimos hermanos nuestros; padecimientos tanto mas tristes, cuanto contrastan con el lujo y la opulencia. Quizás deberia preguntarse á sí mismo si ese estado

social no es efecto de antiguos despojos ejercidos por medio de la conquista, y de despojos nuevos ejercidos por medio de las leyes. Deberia preguntarse si, dada la aspiracion de todos los hombres hácia el bienestar y el perfeccionamiento, basta ó no el reinado de la justicia para realizar la mayor actividad en el progreso y la mayor parte de igualdad compatibles con la responsabilidad individual que Dios ha establecido como justa retribucion de las virtudes y los vicios.

Pero el publicista ni siquiera piensa en semejante cosa. Su mente se ocupa en combinaciones, arreglos y organizaciones legales; es decir, ficticias: busca el remedio en la perpetuacion y exageracion de lo que ha producido el mal.

Porque fuera de la justicia, que, como hemos visto, no es mas que una verdadera negacion, ¿hay algun arreglo legal que no encierre el principio del despojo?

Vosotros decís: «Hay una porcion de hombres que carecen de riquezas»; y en seguida os dirigís á la ley; pero la ley no es una teta que se llene por sí misma, ó cuyas venas lactíferas puedan absorber algo fuera de la sociedad. No entra nada en el Tesoro público en favor de un ciudadano ó de una clase, sino lo que los demas ciudadanos y las demas clases se ven *obligados* á entregar. Si cada cual toma exactamente lo mismo que ha dado, vuestra ley no será ciertamente despojadora; pero no hará nada por esos hombres que *carecen de riquezas*, nada por la igualdad. Vuestra ley solo puede ser un instrumento igualitario cuando tome de unos para dar á otros, y entonces es instrumento de despojo. Examinad en este concepto la proteccion de los aranceles, las primas fomentadoras, el derecho al beneficio, el derecho al trabajo, el derecho á la asistencia, el derecho á la instruccion, el impuesto progresivo, el crédito gratuito, el taller nacional; y en su fondo encontrareis siempre el despojo legal, la injusticia organizada.

Vosotros decís tambien: «Hay una porcion de hombres que carecen de luces», y os dirijís á la ley; pero la ley no es una antorcha que derrame á lo lejos un resplandor propio, sino que se cierne sobre una sociedad en donde hay hombres que saben y hombres que no saben; ciudadanos que tienen necesidad de

aprender, y otros que están dispuestos á enseñar. La ley no puede hacer sino dejar que se verifique libremente esta clase de transacciones; que se satisfaga esta clase de necesidades, ó forzar la voluntad en este asunto, y quitar á los unos algo con que pagar profesores que instruyan á los otros; pero en este segundo caso no puede evitar que haya ataque á la libertad y la propiedad, despojo legal.

Vosotros decís tambien: «Hay una porcion de hombres que carecen de moralidad ó de religion»; y os dirigís á la ley; pero la ley es la fuerza, y ¿tendré que decir cuán loca y violenta es la empresa de hacer intervenir la fuerza en materias semejantes?

Parece que el socialismo, por muy complaciente que sea consigo mismo, no puede desconocer que al fin de sus sistemas y esfuerzos aparece el mónstruo del despojo legal. Pero ¿sabeis lo que hace?: lo disfraza ingeniosamente para que ni él mismo, si es posible, pueda conocerlo, y lo bautiza con los hermosos nombres de *fraternidad*, *solidaridad*, *organizacion* y *asociacion*; y porque nosotros no pedimos tanto á la ley, porque solo le pedimos justicia, supone que rechazamos la fraternidad, la solidaridad, la organizacion y la asociacion, y nos arroja á la cara el epíteto de *individualistas*.

Sepa, pues, el socialismo que lo que nosotros rechazamos, no es la organizacion natural, sino la que se impone por la fuerza;

No la asociacion libre, sino las formas de asociacion que él pretende imponernos;

No la fraternidad espontánea, sino la legalidad;

No la solidaridad providencial, sino la artificial, que no es mas que una desviacion injusta de responsabilidad.

El socialismo hace como la antigua política, de que procede: confunde el gobierno con la sociedad. Por eso cada vez que nos oponemos á que el gobierno haga una cosa, se figura que no queremos que la cosa se haga. Nosotros rechazamos la instruccion del Estado; luego, dice, no quereis la instruccion. Rechazamos una religion de Estado; luego, dice, no quereis religion. Rechazamos la igualacion por medio del

Estado; luego, dice, no quereis la igualdad, etc.; que es lo mismo que si nos acusase de que no queremos que los hombres coman, puesto que no queremos que se cultive el trigo por cuenta del Estado.

¿Cómo ha podido prevalecer en el mundo político la estragante idea de hacer derivar de la ley lo que no está en la ley: el bien en sentido positivo, la riqueza, la ciencia, la religión?

Los publicistas modernos, y particularmente los de la escuela socialista, fundan sus diversas teorías en una hipótesis común, ciertamente la mas extraña y orgullosa que caber puede en el humano entendimiento.

Dividen la humanidad en dos partes: la primera se compone de todos los hombres menos uno; la segunda se compone del publicista solo, y es la mas importante.

Comienzan, en efecto, suponiendo que los hombres no llevan en sí ni un principio de accion ni un medio de discernimiento; que carecen de iniciativa; que son materia inerte, moléculas pasivas, átomos sin espontaneidad, ó, cuando mas, vejatacion indiferente á su manera de existir, y susceptible de tomar de una voluntad y una mano extraña un número infinito de formas mas ó menos simétricas, artisticas y perfeccionadas.

En seguida cada uno de ellos supone, sin aprension alguna, que él es, con el nombre de organizador, revelador, legislador ó fundador, la voluntad y la mano de que hemos hablado, el móvil universal, la potencia creadora, cuyo sublime objeto es reunir y asociar los materiales esparcidos que se llaman hombres.

Partiendo de este supuesto, así como el jardinero da á los árboles forma de pirámides, paraguas, cubos, conos, vasos, husos, etc., así cada socialista, segun su antojo, corta á la pobre humanidad en grupos, séries, centros, subcentros, alvéolos, talleres sociales, armónicos, contrastantes, etc.

Y así tambien como el jardinero necesita hachas, sierras, tijeras y podaderas para la corta de los árboles, así el socialista, para arreglar su sociedad, necesita fuerzas, que solo puede encontrar en las leyes: ley de aduanas, ley de impuesto, ley de asistencia, ley de instruccion, etc.

Verdad es que los socialistas consideran á la humanidad como materia para combinaciones sociales; y si por casualidad no están muy seguros de sus combinaciones, reclaman á lo menos una partícula de humanidad como *materia para hacer ensayos*: sabido es cuán popular es entre ellos la idea de *ensayar todos los sistemas*, y aun hemos visto á uno de sus jefes presentarse muy formalmente á la asamblea constituyente, y pedirla un municipio con todos sus habitantes para hacer un ensayo.

Así hacen todos los inventores: primero construyen una máquina de pequeñas dimensiones, y despues la hacen en grande. Así el químico sacrifica algunos reactivos y el agricultor algunas semillas y un rinconcito en su campo para ensayar una idea.

¡Pero qué inmensa distancia entre el jardinero y los árboles, el inventor y su máquina, el químico y los reactivos, y el agricultor y las semillas!....

El socialista cree de buena fé que la misma distancia hay entre él y la humanidad!

No hay que admirarse de que los publicistas del siglo XIX consideren la sociedad como una creacion artificial obra del génio del legislador.

Esta idea, que es hija de la educacion clásica, ha dominado á todos los pensadores, á todos los grandes escritores franceses.

Todos han visto entre la humanidad y el legislador la misma relacion que existe entre el barro y el alfarero.

Y es mas: si han consentido en reconocer en el corazon humano un principio de accion y en su inteligencia un principio de discernimiento, han creido que era un don funesto de Dios, y que la humanidad, bajo la influencia de uno de los dos motores, tendia inevitablemente á su degradacion; sentando como un hecho que, abandonada aquella á sus inclinaciones, solo se ocuparia de religion para ir á parar al ateismo; de enseñanza, para ir á parar á la ignorancia; de trabajo y de cambios, para sumergirse en la miseria.

Afortunadamente, creen esos mismos escritores que hay

algunos hombres llamados gobernantes y legisladores, que recibieron del cielo tendencias opuestas, no solo para ellos mismos, sino tambien para los demas.

Al paso que la humanidad se inclina al mal, ellos se inclinan al bien; mientras la humanidad camina hácia el caos, ellos van hácia la luz; la humanidad se siente arrastrada al vicio, y ellos impulsados por la virtud. Y esto supuesto, reclaman la fuerza, á fin de que se les ayude á sustituir sus tendencias á las tendencias del género humano.

Con abrir á la casualidad un libro de filosofía, de política ó de historia, casi siempre se ve cuán profundamente arraigada está en nuestro pais la idea, hija de los estudios clásicos, y madre del socialismo, de que la humanidad es materia inerte que recibe del poder la vida, la organizacion, la moralidad y la riqueza; ó—lo que es peor—que la humanidad tiende por sí misma á su degradacion, en cuya funesta pendiente solo la detiene la mano del legislador.

El convencionalismo clásico nos demuestra en todas partes una potencia oculta detrás de la sociedad pasiva; potencia que, bajo los nombres de ley ó legislador, ó bajo la espresion mas conocida y mas vaga aun de lo *impersonal*, mueve á la humanidad, la anima, la enriquece y la moraliza.

BOSSUET. «Una de las cosas que mas profundamente se »(¿quién?) grababa en el ánimo de los egipcios, era el amor á la »patria... *No era lícito* ser inútil al Estado; la ley señalaba á »cada uno su empleo, que se trasmitia de padres á hijos. No se »podia tener dos, ni variar de profesion... Pero habia una ocupacion que *debía* ser comun, cual era el estudio de las leyes »y de la sabiduria. La ignorancia de la religion y del buen »gobierno del pais no tenia excusa en ninguna de las clases. »Ademas, cada una de las profesiones tenia señalado un canton (¿por quién?)... Lo mejor de sus leyes era que todo el »mundo estaba animado (¿por quién?) del deseo de observarlas... Sus mercurios llenaron el Egipto de inventos maravillosos, y casi no le habian permitido ignorar nada de lo que »podia contribuir á que su vida fuese cómoda y tranquila».

De manera que, en concepto de Bossuet, los hombres no tienen nada dentro de sí mismos: patriotismo, riqueza, actividad, sabiduria, inventos, cultivo, ciencias, todo era efecto de

una operacion de las leyes ó de los reyes. No tenian mas que *dejar que labrasen en ellos*. Y esto lo lleva á tal extremo, que reprende á Diodoro porque los acusa de no ser aficionados á la lucha ni á la música. ¿Cómo puede ser eso, dice, si aquellas artes las habia inventado Trimegisto?

Asi tambien, refiriéndose á los persas:

«Uno de los primeros cuidados *del príncipe* era procurar que floreciese la agricultura... Asi como habia empleos que consistian en conducir los ejércitos, asi los habia tambien que consistian en velar por los trabajos del campo... El respeto que se inspiraba á los persas hácia la autoridad real, rayaba en lo escetivo».

Los griegos, aunque dotados de gran talento, no eran menos estraños á sus propios destinos; tanto que, por sí mismos ni aun se hubieran elevado, como los perros y caballos, á la altura de los mas sencillos juegos. Dentro del clasicismo, es cosa ya convenida que los pueblos todo lo reciben de fuera.

«Los griegos, naturalmente dotados de ingenio y de valor, *habian recibido* desde muy temprano la cultura por medio de los reyes y de las colonias procedentes de Egipto. De ellos habian aprendido los ejercicios del cuerpo, *las corridas á pié, á caballo y en carro*... Lo mejor que les enseñaron los egipcios fue el ser dóciles y el dejarse formar por las leyes para el bien público».

FENELON. Entregado por completo al estudio y á la admiracion de la antigüedad, y testigo del poderio de Luis XIV, tampoco podia hacerse superior á la idea de que la humanidad es pasiva; de que su buena ó mala andanza, sus virtudes y sus vicios, se los comunica una accion exterior que sobre ella ejerce la ley ó quien la hace. Asi vemos que en su utópica Salento, coloca á los hombres, con sus intereses, facultades, deseos y bienes, completamente á merced del legislador. Nunca, en ningun caso, son ellos los que juzgan por sí mismos, sino el príncipe. La nacion no es sino una materia informe; el príncipe es su alma: en él reside el pensamiento, la prevision, el principio de toda organizacion y de todo progreso, y, por consiguiente, la responsabilidad.

Para demostrar este aserto, tendria yo que copiar todo el libro del Telémaco. El lector podrá verlo si gusta; pero no de-

jaré de copiar algunos de sus párrafos, tomados á la ventura, del célebre poema, que en cualquier otro concepto soy el primero en admirar.

Con la sorprendente credulidad que caracteriza á los clásicos, da por cosa corriente contra la autoridad del raciocinio y de los hechos, la felicidad de los egipcios, y la atribuye, no á la sensatez de estos, sino á la de sus reyes.

«No podíamos volver los ojos á una ni á otra orilla, sin ver
»ciudades opulentas, casas de campo levantadas en agradables
»sitios, terrenos que todos los años, sin descansar ninguno, se
»cubren de doradas mieses, prados llenos de rebaños, labradore-
»res encorvados bajo el peso de los frutos que la tierra brota
»de su seno, pastores que dan los sonidos de sus flautas y ca-
»ramillos á los ecos de los alrededores. ¡Dichoso, exclamó Men-
»tor, dichoso el pueblo gobernado por un rey sabio!

»En seguida me hacia reparar Mentor la alegría y la abun-
»dancia derramando sus dones por toda la campiña de Egip-
»to, en donde se contaban hasta veinte y dos mil ciudades;
»la justicia ejercida en favor del pobre y *contra* el rico; la
»buena educacion de los niños, á quienes se acostumbraba á la
»obediencia, al trabajo, á la sobriedad; en quienes se desper-
»taba el amor á las artes y las letras, y la exactitud para todas
»las ceremonias de la religion, el desinterés, el honor, la fide-
»lidad para con los hombres y el temor á los dioses que todo
»padre inspiraba á sus hijos, Mentor no se cansaba de admirar
»tan hermoso orden, y me decia: ¡Dichoso el pueblo á quien un
»sabio rey educó de este modo!»

Fenelon escribe otro idilio aun mas seductor á propósito de Creta, y pone despues en boca de Mentor lo siguiente:

«Todo cuanto vereis en esta isla maravillosa, es efecto de
»las leyes de Nino. La educacion que hace dar á los niños
»conserva y robustece las fuerzas físicas. Se les acostumbra
»desde muy temprano á vivir como hombres sencillos, fruga-
»les y laboriosos; se les advierte que la molicie aniquila el
»cuerpo y el espíritu; nunca se les habla de otro placer que
»el de ser invencibles por medio de la virtud y de adquirir
»nueva gloria... Aquí se castigan tres vicios que existen im-
»punes entre los demas hombres: la ingratitud, la ficcion y la
»avaricia. En cuanto al fausto y la molicie, nunca hay que cas-
»tigarlos, porque no son conocidos en Creta...; no se permite el
»uso de muebles preciosos ni de trajes magníficos, ni hay fes-
»tines deliciosos ni palacios dorados».

Asi prepara Mentor á su discípulo para que triture y ma-

nipule, sin duda con las intenciones mas filantrópicas, al pueblo de Itaca; y para mayor seguridad le propone el ejemplo de Salento.

Hé ahí cómo adquirimos las primeras nociones políticas. Nos enseñan á tratar á los hombres casi del mismo modo que Olivier de Serres enseña á los agricultores á trabajar y mezclar las tierras.

MONTESQUIEU. «Para conservar el espíritu mercantil, es menester que lo favorezcan todas las leyes, y que esas leyes, dividiendo las fortunas que se vayan aumentando, proporcionen á todo ciudadano pobre un grado de bienestar suficiente para que pueda trabajar como los demas, y á todo ciudadano rico un grado de medianía tal que tenga necesidad de trabajar tambien, si quiere adquirir ó conservar lo adquirido»...

De manera que las leyes disponen de todos los bienes de los particulares.

«Si bien en la Democracia el alma del Estado es la igualdad, sin embargo, es tan difícil establecerla, que no siempre sería conveniente la extrema exactitud en este asunto. Basta con que se establezca un censo que reduzca ó fije las diferencias hasta cierto punto. Despues, el igualar, digámoslo así, las desigualdades, debe ser objeto de leyes especiales, que impongan cargas á los ricos y proporcionen alivios á los pobres»...

Tambien esto es igualar las fortunas por medio de la Ley; es decir, por medio de la fuerza.

«Habia en Grecia repúblicas de dos clases. Eran unas militares, como Lacedemonia; otras mercantiles, como Atenas. Queríase en las unas que los ciudadanos permaneciesen ociosos; en las otras se procuraba inspirarles afición al trabajo.

»Fijese la atención en el grandiosísimo genio que hubieron menester aquellos legisladores, y se verá que, luchando de frente con todos los usos admitidos, y confundiendo todas las virtudes, mostraron al universo su sabiduría. Licurgo, mezclando el hurto con el espíritu de justicia, la mas dura esclavitud con la mas amplia libertad, los mas atroces sentimientos con la mayor moderación, dió estabilidad á su pueblo. Pareció que lo desposeía de todo recurso: de artes, comercio, dinero y murallas; hubo allí ambición sin la esperanza de mejor suerte; hubo allí los efectos naturales y, sin embargo, no habia hijo, ni marido, ni padre; hasta careció de pudor la castidad. Por tales vías fue elevada Esparta á la grandeza y á la gloria...

»Lo que de extraordinario tenían las instituciones de Grecia, lo hemos visto también en *el fango y la corrupción de los tiempos modernos*. Un legislador honrado ha constituido un pueblo en quien la probidad parece tan natural como el valor en los Espartanos. Mr. Penn es un verdadero Licurgo, y si bien el objeto de aquel era la paz, y el de este la guerra, se asemejan por las singulares vías por donde llevaron á su pueblo, por el ascendiente que adquirieron sobre hombres libres, por las preocupaciones que destruyeron, y por las pasiones que domearon.

»En el Paragüay tenemos otro ejemplo. Se ha tratado de acriminar á la *Sociedad*, que mira el placer de mandar como el único bien de la tierra; pero nunca dejará de ser grato el *gobernar á los hombres y hacerlos felices...*

»*Los que quieran fundar instituciones semejantes, establecerán la comunidad de bienes* de la República de Platon, el respeto á los dioses que él exigía, la separación de los extranjeros para que se conserven las buenas costumbres, que la ciudad, y no los ciudadanos, haga el comercio; darán nuestras artes, sin nuestro lujo, y nuestras necesidades, sin nuestros deseos».

La rutina vulgar dirá á voz en grito: ¡Eso es de Montesquieu; es magnífico, sublime! pero yo tendré valor para sostener mi opinion y decir:

«¿Y no se os cae la cara
al decir: Eso es sublime?»

No es sino muy malo, malísimo, abominable, y esas citas, que podríamos aumentar con otras muchas, demuestran que, según la opinion de Montesquieu, las personas, las libertades, las propiedades, la humanidad entera, no son mas que materiales propios para que el legislador luzca su ingenio.

ROUSSEAU. Aunque este publicista, suprema autoridad de los demócratas (1), asienta el edificio social sobre la *voluntad*

(1) Esta calificación, que sería mas ó menos justa cuando Mr. Bastiat escribió el presente artículo, es hoy completamente falsa: ni Rousseau ni su escuela son hoy autoridad en materia política para la democracia europea. Los programas, los manifestos y los actos públicos de los demócratas demuestran que hoy el Estado se concibe solo como un agente, sin vida, fuerza ni representación propia. La personalidad humana y su inviolabilidad constituyen hoy la base de la doctrina democrática: la autonomía del municipio, de la provincia y de la nación no son mas que consecuencias de la autonomía del hombre: el Estado deja de ser un fantasma omnipotente, y pasa á ser un agente útil. (N. del T.)

de todos, nadie ha admitido tan completamente como él la hipótesis de la absoluta pasibilidad del género humano ante el legislador.

«Si es verdad, dice, que es raro encontrar un gran príncipe, ¿cuánto mas raro no será encontrar un gran legislador? Aquel no tiene mas que imitar el modelo que este debe presentarle. *Este es el maquinista que inventa la máquina*; aquel, el artesano que la coloca y pone en movimiento».

Y á todo esto, ¿qué son los hombres? La máquina que se combina y pone en movimiento, ó, mas bien, la materia brutal de que está formada la máquina.

De modo que, entre el legislador y el príncipe, y entre el príncipe y los súbditos, hay la misma relacion que entre el agrónomo y el labrador, el labrador y la gleba. Pues, ¡á qué altura no estará colocado el publicista que rige hasta á los legisladores y les enseña su oficio en los siguientes imperativos términos!

»¿Quereis dar consistencia al Estado? Aproximad cuanto os sea posible los extremos. No consintais que haya opulentos ni pordioseros.

¿Os ha tocado un suelo ingrato ó estéril ó un territorio escaso, relativamente al número de sus habitantes? Pues *volveos* hácia la industria y las artes, cuyos productos cambiareis por los géneros que os hagan falta. ¿*Teneis* buen terreno y no suficientes pobladores? Pues dedicaos esclusivamente á la agricultura, que multiplica la poblacion, y *desterrad* las artes, que solo os servirían para despoblar mas y mas el pais... Fijaos en las costas estensas y cómodas, *cubrid* los mares de buques y tendreis una existencia brillante. Si vuestras costas bañadas por el mar son peñascos inaccesibles, *no salgais del estado bárbaro* ni de la ictiofagia; así vivireis mas tranquilos, seres quizá mejores, y, sin duda ninguna, mas felices. En resumen: ademas de las máximas comunes á todos, cada pueblo encierra en sí alguna causa que las ordena de una manera particular, y hace que su legislacion sea propia y peculiar suya. En lo antiguo los hebreos, y recientemente los árabes, han tenido, como principal objeto, la religion; los atenienses, las letras; Cartago y Tiro, el comercio; Rodas, la marina; Esparta, la guerra; y Roma la virtud. El autor del *Espíritu de las leyes* ha manifestado el medio por el cual *el legislador dirige la institución hácia cada uno de dichos objetos*... Pero, si el legislador se equivoca en su propósito; si se fija en un principio diferente de aquel que nace de la naturaleza de las cosas, como,

por ejemplo, si el uno tiende á la servidumbre y el otro á la libertad, ó el uno á las riquezas y el otro á la poblacion, el uno á la paz y el otro á las conquistas, entonces se verá debilitarse insensiblemente las leyes, alterarse la constitucion, y el Estado vivirá en agitacion continua hasta quedar destruido ó cambiado, ó hasta que la invencible naturaleza recobre su imperio».

Pues si la naturaleza es bastante poderosa para *recobrar* su imperio, ¿porqué no admite Rousseau que no tenia necesidad del legislador para *adquirir* dicho imperio desde un principio? ¿Porqué no admite que, obedeciendo los hombres á su propia iniciativa, se *volverán* espontáneamente hácia el comercio en las costas dilatadas y cómodas, sin que en ello intervengan un Licurgo, un Solon, ni un Rousseau, que al fin y al cabo pueden *equivocarse*?

Como quiera que sea, se comprende la terrible responsabilidad que Rousseau impone á los inventores, fundadores, conductores, legisladores y manipuladores de sociedades. Por eso es tan exigente con ellos.

«El que se atreva con la tarea de dar instituciones á un pueblo, debe reconocerse capaz de variar, digámoslo así, la naturaleza humana; de trasformar á los individuos, que uno por uno constituyen un todo perfecto y solidario, en parte de un todo mucho mas grande, del cual recibe el individuo su poder y sér en todo ó parte; de alterar la constitucion del hombre para fortalecerla; de sustituir una existencia parcial y moral á la existencia física é independiente que hemos recibido de la naturaleza. Es preciso, en resumen, que despoje al hombre de sus fuerzas, y le dote de otras que le son extrañas».....

¡Pobre especie humana! ¿qué cuenta darian de tu dignidad los adeptos de Rousseau?

RAYNAL. «El clima, esto es, el suelo y el cielo son la primera regla del legislador. Sus recursos le dicen cuáles son sus deberes. Lo primero que ha de consultar es su posicion local. Un pueblo lanzado á la costa del mar, tendrá leyes relativas á la navegacion... Si la colonia vive rodeada solo de tierra, el legislador debe prever el género de cultivo y su fecundidad».....

En la distribucion de la propiedad es en donde ha de brillar la sabiduria de su legislacion. Generalmente en todos los paises del mundo, cuando se funda una colonia, hay que dar

terreno á todos los hombres, á saber: á cada uno la estension suficiente para el mantenimiento de una familia».....

«En una isla salvaje que se *poblase* de niños, no se deberia hacer mas que dejar que brotasen los gérmenes de la verdad por medio del desenvolvimiento de la razon.... Pero, cuando se establece un pueblo ya viejo en un pais nuevo, la habilidad consiste en *no dejarle* sino los malos hábitos y juicios de que no haya sido posible corregirle.

«Si se quiere impedir que se vayan perpetuando, se procurará que la segunda generacion reciba la enseñanza en escuelas públicas y comunes. Un príncipe ó legislador no debia fundar colonia alguna sin hacerse preceder por hombres sábios, destinados á educar á la juventud..... En una colonia naciente, el legislador que se proponga *depurar la sangre y las costumbres del pueblo*, puede fácilmente tomar toda clase de precauciones. Sea hombre de génio y virtuoso, y la tierra y los hombres que estén *en sus manos* le inspirarán un proyecto de sociedad, que el escritor solo puede trazar de un modo vago y sujeto á la inestabilidad de las hipótesis, que varían y se complican con un sin número de circunstancias muy difíciles de prever y combinar».....

¿No es verdad que le parece á uno estar oyendo á un profesor de agricultura diciéndo á sus discípulos: el clima es la primera regla de la agricultura; sus recursos le indican *sus deberes*; lo primero que debe tener presente es su posicion local; si le toca un suelo arcilloso, debe obrar de tal ó cual manera; si ha de cultivar un terreno arenoso, lo hará de tal ó cual otra; todo lo tiene á mano el labrador que se propone limpiar y mejorar el suelo; como sea entendido, las tierras y los abonos que *estén en sus manos* le inspirarán un plan de cultivo que un profesor no puede nunca trazar sino de una manera vaga y sujeta á la inestabilidad de las hipótesis, que varían y se complican con una infinidad de circunstancias muy difíciles de prever y combinar?

Pero ¡oh sublimes escritores! dignaos recordar una vez que esa arcilla, esa arena, ese cieno, que de tan arbitrariamente disponeis, son hombres, son vuestros iguales; séres inteligentes y libres como vosotros, que, como vosotros, han recibido de Dios la facultad de ver, prever, pensar y juzgar por sí mismos.

MABLY supone que las leyes se han desgastado con el moho

del tiempo y con la negligencia de la seguridad, y prosigue del modo siguiente:

«En semejantes circunstancias, hay que convencerse de que se han relajado los resortes del gobierno. Dadles una nueva tension (Mably se dirige al lector,) y se curará el mal... Cuidad, no tanto de castigar faltas, como de fomentar *las virtudes que necesitáis*. Hacedlo así, y *vuestra república* recobrará el vigor de la juventud. Los pueblos que han perdido la libertad, son los que no han sabido conocerla. Si los progresos del mal fuesen, empero, tan grandes que los magistrados ordinarios no encontrasen medio eficaz de atajarlos, *apelad á una magistratura extraordinaria*, cuya accion sea poco dura, pero muy considerable. La imaginacion de los ciudadanos necesita impresionarse»...

Y así llena veinte tomos.

Hubo una época en que, bajo la influencia de una enseñanza por ese estilo, que constituye el fondo de la educacion clásica, cada uno por su parte quiso colocarse por encima de la humanidad para arreglarla, organizarla y constituir la á su modo.

CONDILLAC: «Constituios, monseñor, en Licurgo ó en Solon. Antes que paseis adelante en la lectura del presente escrito, entreteneos en dar leyes á algun pueblo salvaje de América ó Africa. Someted á aquellos hombres que viven errantes á que tengan moradas fijas; enseñadles á criar ganados... Ocupaos en desenvolver las cualidades sociales con que los dotó naturaleza... Mandadles que comiencen á practicar los deberes de humanidad... Emponzoñad con castigos los placeres con que les brindan las pasiones, y vereis como los bárbaros, con cada artículo de vuestra legislacion, pierden un vicio y adquieren una virtud».

«Todos los pueblos han tenido leyes; pero, sin embargo, ha habido pocos que fuesen felices: ¿por qué causa? Porque los legisladores han ignorado casi siempre que el objeto de la sociedad es unir las familias por medio de un interés comun. La imparcialidad de las leyes consiste en dos cosas: en establecer la igualdad de bienes y de dignidad en los ciudadanos... Cuanto mayor sea la dignidad que vayan estableciendo vuestras leyes, mas gratas irán siendo á los ciudadanos».

«La ambicion, la avaricia, la voluptuosidad, la pereza, la ociosidad, la envidia y los celos, ¿cómo podrán formar hombres iguales en bienes de fortuna y dignidad, y á quienes las leyes no ofrezcan esperanza alguna de romper la igualdad?» (Sigue el idilio).

«Lo que se os ha dicho de la república de Esparta, debe hacerlos ver muy claro en esta cuestión. Ningun otro Estado tuvo leyes tan conformes al orden de la naturaleza, á la igualdad».

No es extraño que los siglos XVII y XVIII hayan considerado el género humano como una materia inerte, dispuesta á recibir y recibéndolo todo: forma, figura, impulso, movimiento y vida de un gran príncipe, de un gran legislador, de un gran génio. Aquellos siglos se entregaban por completo al estudio de la antigüedad, y la antigüedad nos presenta, en efecto, en todas partes, en Egipto, Persia, Grecia y Roma, el espectáculo de algunos hombres, disponiendo á su placer de la humanidad, sometida por la fuerza ó la impostura. ¿Qué prueba esto? Que, como el hombre y la sociedad son perfectibles, el error, la ignorancia, el despotismo, la esclavitud y la superstición debían tener mayor poder al principio de los siglos. El error de los escritores que he citado no consiste en que hicieran constar el hecho, sino en haberlo propuesto como regla digna de ser admitida é imitada por razas futuras.

Su error está en haber carecido completamente de crítica, y en haber admitido lo inadmisibile, fiados en un pueril *convencionalismo*; en haber admitido, por ejemplo, la grandeza, la dignidad, la moralidad y el bienestar de aquellas sociedades ficticias del mundo antiguo; no en haber comprendido que el tiempo produce y propaga la luz, y que, á medida que la luz se va estendiendo, va pasando la fuerza al lado del derecho, y la sociedad va tomando posesion de sí misma.

Y, en efecto, ¿cuál es la tarea política á que vamos asistiendo? No es sino el esfuerzo instintivo de todos los pueblos hácia la libertad. (1) Y ¿qué es la libertad, palabra que tiene po-

(1) Para que un pueblo sea feliz, es indispensable que los individuos de que se componga tengan prevision y prudencia, y que reine entre ellos aquella confianza que nace de la seguridad.

Pero solo con la esperiencia puede adquirir dichas cualidades. Llegará á ser previsor cuando experimenta los inconvenientes de su falta de prevision; gana en prudencia á medida que ve castigada su temeridad, etc.

De ahí resulta: que la libertad comienza siempre acompañada de males, segun el uso inconsiderado que de ella se hace.



der para hacer palpar todos los corazones y agitar el mundo, sino el conjunto de todas las libertades: libertad de conciencia, de enseñanza, de asociacion, de imprenta, de traslacion, de trabajo, de cambio; ó, en otros términos, el libre ejercicio para todos de todas las facultades inofensivas; ó, mejor dicho aun, la destruccion de todos los despotismos, incluso el despotismo legal, y la reduccion de la ley á su único objeto racional, que consiste en regularizar el derecho individual de legitima defensa ó en suprimir la injusticia?

Esta tendencia del género humano, fuerza es convenir en ello, se ve muy contrariada, particularmente en nuestra patria, por la funesta disposicion (fruto de la enseñanza clásica), comun á todos los publicistas, de colocarse fuera de la humanidad para arreglarla, organizarla y constituir la á su manera.

Porque, mientras se agita la sociedad para realizar la libertad, los grandes hombres que se ponen á su cabeza, imbuidos en los principios de los siglos XVII y XVIII, no piensan sino en conservarla bajo el filantrópico despotismo de sus invenciones sociales, y en hacerla llevar dócilmente, segun decia Rousseau, el yugo de la felicidad pública, tal cual ellos lo imaginan.

Bien claramente se vió en 1789. Apenas destruido el antiguo régimen legal, ya se trató de someter la nueva sociedad á otros arreglos artificiales, siempre partiendo del punto convenido de la omnipotencia de la ley.

SAINT-JUST. «El legislador manda en lo porvenir. A él

Al verlo los hombres, se levantan y piden que se proscriba la libertad, diciendo: «Encárguese el Estado de ser previsor y prudente por todos».

A lo cual pongo yo las siguientes objeciones:

1.º ¿Es posible, puede una nacion sin esperiencia formar de su seno un Estado con esperiencia?

2.º Si eso fuese posible, ¿no equivaldria á ahogar la esperiencia en germen?

Si el poder fija cuáles hayan de ser los actos individuales, ¿cómo se instruirá el individuo con la esperiencia de sus actos? ¿Tendrá que vivir en perpetua tutela?

Si el Estado es el que lo ordena todo, tendrá que ser responsable de todo.

En esto hay un foco de revoluciones, y, lo que es peor, de revoluciones estériles, puesto que las hará un pueblo privado de esperiencia, y por lo mismo incapaz de progreso.

(Ideas extraídas de los manuscritos del autor.)

»toca *querer el bien*. El es quien debe hacer á los hombres lo
»que *quiere* que sean».

ROBESPIERRE. «La funcion del gobierno consiste en dirigir
»las fuerzas físicas y morales de la nacion hácia su objeto».

BILLAUD-VARENNES. «*Es menester* volver á crear el pueblo
»á quien se quiere hacer libre. Supuesto que *es necesario* des-
»truir antiguas preocupaciones, cambiar antiguos hábitos, per-
»feccionar afectos pervertidos, restringir necesidades ficticias
»y estirpar vicios inveterados, se necesita tambien una accion
»fuerte y un impulso vehemente.... Ciudadanos: la inflexible
»austeridad de Licurgo llegó á ser en Esparta la base inque-
»brantable de la república; el carácter débil y confiado de So-
»lon fue causa de que Atenas volviese á caer en la esclavitud.
»En este paralelo se encierra toda la ciencia del gobierno».

LEPELLETIER. «Considerando la profunda degradacion de
»la especie humana, me he convencido de la necesidad de obrar
»una regeneracion completa, si asi puede decirse, de crear un
»nuevo pueblo».

De modo que está visto: los hombres no son mas que viles
materiales. No son ellos los que han de *querer el bien*, son in-
capaces de semejante cosa; quien lo ha de hacer es el legisla-
dor, segun dice Saint-Just. Los hombres no son sino lo que *él*
quiere que sean.

Segun Robespierre, que copia literalmente á Rousseau, el
legislador comienza por señalar el objeto *con que se ha cons-
tituido la nacion*; despues de lo cual los gobiernos no tienen
que hacer mas que dirigir hácia dicho objeto todas *las fuerzas
físicas y morales*. La nacion permanece completamente pasi-
va á todo esto, y Billaud-Varennés nos enseña que no debe
tener sino las preocupaciones, los hábitos, afectos y necesida-
des que el legislador autorice. No llega sino hasta decir que
la inflexible austeridad de un hombre es la base de la república.

Hemos visto ya cómo en los casos en que el mal sea tan
grande que no puedan curarlo los magistrados ordinarios,
Mably aconseja la dictadura para que la virtud florezca. «*Ape-
lad*, dice, á una magistratura extraordinaria, de breve mando
y considerable fuerza. Hay que afectar la imaginacion de los
ciudadanos»; doctrina que no se ha perdido. Oigamos á Ro-
bespierre cuando dice:

«El principio del gobierno republicano es la virtud, y su medio, mientras llega á establecerse, es el terror. Nosotros queremos sustituir en nuestro país la moral al egoismo; la probidad á los honores; los principios á los usos; los deberes á las fórmulas; el imperio de la razon á la tiranía de la moda; el desprecio del vicio al de la desgracia; el orgullo á la insolencia; la grandeza del alma á la vanidad; el amor á la gloria á la afición al dinero; las personas honradas á las personas elegantes; el mérito á la intriga; el genio al artificio; lo verdadero á lo deslumbrador; el encanto de la dicha al desasosiego de la voluptuosidad; la grandeza del hombre á la pequeñez de los grandes; un pueblo magnánimo, poderoso, feliz, á un pueblo afeminado, frívolo, miserable; es decir, todas las virtudes, todos los milagros de la república á todos los vicios y ridiculeces de la monarquía».

¡A qué altura se coloca Robespierre sobre la humanidad! ¡Y nótese en qué circunstancias habla! No se limita á desear una gran renovacion del corazon humano, ni siquiera consiente esperar que pueda ser efecto de un gobierno regular, no señor; quiere verificarla él mismo, y ¿por qué medio? por medio del terror. El discurso de donde hemos tomado esta pueril y prolija acumulacion de antítesis, tenia por objeto esponer «los principios que deben servir de guia á un gobierno revolucionario». Nótese que, cuando Robespierre solicita la dictadura, no es solo para rechazar al extranjero y combatir las facciones, sino para asentar por medio del terror y con preferencia al juego de la Constitucion, sus principios particulares de moral. Su pretension llegaba nada menos que á estirpar del país por medio del terror, «el egoismo, la sed de honores, los usos, los cumplimientos, la moda, la vanidad, el amor al oro, la elegancia, la intriga, el artificio, el lujo y la miseria». Y solo está dispuesto á consentir que las leyes recobren su imperio, cuando haya realizado dichos *milagros*, que así, con razon, los llama. ¡Ah! miserables, que os creéis tan grandes, y juzgáis á la humanidad tan pequeña, y quereis reformarlo todo, andad y reformaos á vosotros mismos, que no será escasa tarea.

Sin embargo, los reformadores, legisladores y publicistas no tratan generalmente de ejercer sobre la humanidad un despotismo inmediato. No; son harto templados, harto filántropos

para aspirar á tanto ; no piden mas que el despotismo , el absolutismo , la omnipotencia de la ley . Verdad es que tambien aspiran á hacer por sí mismos la ley .

Para demostrar cuán generalizada ha estado en Francia esta estraña disposicion de los ánimos , hubiera tenido que copiar , no solo á Mably , Raynal , Rousseau y Fenelon por completo , y muchísimos párrafos de Bossuet y Montesquieu , sino que hubiera tenido tambien que trasladar aquí las actas de todas las sesiones de la Convencion ; cosa que no haré por cierto , pero el lector puede verlas , si gusta .

Cualquiera comprenderá lo mucho que le gustaria eso á Bonaparte , que , en efecto , abrazó con ardor la idea , y la puso en práctica con toda resolucion . Creyóse tambien químico , y consideró la Europa como materia destinada á sus experimentos . La materia , empero , no tardó en tomar trazas de poderoso reactivo . Desengañado , aunque no del todo en Santa Elena , Bonaparte creyó reconocer que residia en los pueblos cierta iniciativa , y se manifestó menos hostil á la libertad ; pero esto no fue bastante á impedir que en su testamento escribiese á manera de leccion á su hijo : « Gobernar es derramar la moralidad , la instruccion y el bienestar » .

¿Será menester ahora acumular prolijas citas para probar de dónde proceden Morelly , Babeuf , Owen , Saint-Simon , Fourier , etc. ? Voy á limitarme á presentar al lector algunos extractos del libro de Luis Blanc sobre la organizacion del trabajo .

«En nuestro proyecto , la sociedad recibe el impulso del poder» . (Pág. 426.)

¿En qué consiste el impulso que el poder da á la sociedad ? En imponer el *proyecto* de Mr. Luis Blanc .

Y entiéndase que la sociedad es el género humano .

De manera que , en resumidas cuentas , el género humano recibe el impulso de Mr. Luis Blanc .

Haga el género humano lo que mejor le parezca , me dirán . En efecto , el género humano es libre para seguir los *consejos* de quien guste ; pero Mr. Luis Blanc no lo entiende así : lo que él quiere es que su proyecto se convierta en ley , y , por consiguiente , se imponga á la fuerza .

«En nuestro proyecto el Estado no hace mas que dar al trabajo bajo una legislación (*pues es una friolera!*) por cuyo medio el movimiento industrial puede y debe verificarse *con toda libertad*. El Estado no hace nada mas que colocar la libertad en una pendiente (*nada mas*), por la cual baja, merced solo á la fuerza de las cosas y como consecuencia natural del *mecanismo establecido*.»

Pero, ¿qué pendiente es esa?—La que indica Mr. Luis Blanc.—¿No conduce al abismo?—No, sino á la felicidad.—Pues, ¿cómo no se coloca la sociedad por sí misma en esa pendiente?—Porque no sabe lo que quiere, y necesita *impulso*.—¿Y quién se lo ha de dar?—El poder.—Pero, ¿quién dará impulso al poder?—El inventor del mecanismo, Mr. Luis Blanc.

No podemos salir de este círculo: la humanidad pasiva y un grande hombre que la maneja por medio de la ley.

Una vez colocada la sociedad en la citada pendiente, ¿gozará de alguna libertad á lo menos?—Indudablemente.—¿Y qué es la libertad?

«Vamos á decirlo de una vez: la libertad consiste, no solo en el DERECHO conocido, sino tambien en el PODER dado al hombre para ejecutar y desenvolver sus facultades bajo el imperio de la justicia y la salvaguardia de la ley».

«Y esta no es una distincion vana: su significacion es profunda, é inmensas sus consecuencias. Una vez admitido que el hombre, para ser verdaderamente libre, necesita PODER ejecutar y desenvolver sus facultades, resulta que la sociedad es deudora á cada uno de sus individuos de la instruccion que necesita, sin la cual no *puede* tomar vuelo el espíritu humano, y de los instrumentos de trabajo, sin los cuales la actividad humana no *puede* emprender nada. Ahora bien, ¿por qué medio deberá dar la sociedad á cada uno de sus miembros la instruccion conveniente y los instrumentos de trabajo necesarios si no lo hace por medio del Estado?»

De modo que la libertad es el poder.—¿En qué consiste este poder?—En poseer la instruccion y los instrumentos de trabajo.—¿Quién *dará* la instruccion y los instrumentos de trabajo?—La sociedad, *que los debe*.—¿Por intervencion de quién dará la sociedad instrumentos de trabajo á los que carecen de

ellos?—Por *intervencion del Estado*.—¿De dónde los sacará el Estado?

El lector puede contestar por sí mismo, y ver á dónde conduce todo esto.

Uno de los mas estraños fenómenos de nuestra época, que indudablemente causará admiración en las generaciones venideras, es que la doctrina fundada en las hipótesis de la inercia radical de la humanidad, la omnipotencia de la ley y la infalibilidad del legislador, sea el simbolo sagrado del partido que se proclama esclusivamente democrático. Verdad es que tambien se llama *social*.

Como democrático, tiene una fé sin límites en la humanidad.

Como *social*, la echa por los suelos.

¿Se trata de derechos políticos, de buscar en su seno al legislador? ¡Oh! entonces cree que el pueblo tiene la ciencia infusa; que está dotado de un tacto admirable; que *su voluntad es siempre recta*; que *la voluntad general no puede errar*, y nunca se universalizará bastante el sufragio; nadie debe garantía alguna á la sociedad; en todos está supuesta la voluntad y la capacidad del bien. Por ventura, ¿puede engañarse el pueblo? ¿no estamos en el siglo de las luces? ¡Vaya! no parece sino que el pueblo tenga que estar siempre bajo tutela. ¿No son bastantes los esfuerzos y sacrificios que ha hecho por conquistar sus derechos? ¿No ha dado ya hartas pruebas de sensatez é inteligencia? ¿No ha llegado ya á la edad madura? ¿No se halla en estado de juzgar por sí mismo? ¿No conoce sus intereses? ¿Puede acaso haber un hombre ó una clase que se atreva á revindicar el derecho de usurpar el lugar del pueblo y decidir y obrar por él? No, no; el pueblo quiere ser *libre*, y lo será. Quiere dirigir sus propios negocios, y los dirigirá.

Pero, apenas la eleccion deja al legislador separado de los comicios, ¡oh! entonces ya se habla de otro modo. La nacion vuelve á la vida pasiva, á la inercia, á la nada, y el legislador toma posesion de la omnipotencia. Todo lo que sea inventar, dirigir, impulsar y organizar, es cosa suya. La humanidad no tiene mas que dejarle hacer: ha sonado la hora del despotismo.

Y nótese que es cosa fatal; porque aquel pueblo poco antes tan ilustrado, tan moralizado, tan perfecto, ya no tiene tendencia alguna, ó si alguna tiene, es á la degradacion. Bien se le dejaria un poco de libertad; pero ¿no sabeis que, segun dice Mr. Considerant, *la libertad conduce fatalmente al monopolio*? ¿No sabeis que la libertad es la competencia, y que, segun Mr. Luis Blanc, la competencia es *un sistema de esterminio para el pueblo y de ruina para la clase media*; y que los pueblos se esterminan y arruinan con tanta mayor facilidad cuanto son mas libres, como lo prueban Suiza, Holanda, Inglaterra y los Estados-Unidos? ¿No sabeis que, segun dice tambien Mr. Luis Blanc, *la competencia conduce al monopolio*, y que *por la misma razon la baratura conduce á la extraordinaria elevacion de precios*; que *la competencia hace inevitable el aumento de produccion y la disminucion del consumo*; de donde se deduce que los pueblos libres producen para no consumir; que *la competencia es opresion y locura*, y es indispensable que Mr. Luis Blanc ponga órden en ello?

Por otra parte, ¿qué libertad se podria dejar á los hombres? ¿Acaso la de conciencia? No; porque se aprovecharian todos del permiso para lanzarse en el ateismo. ¿La de enseñanza? No; porque los padres pagarian en seguida á profesores para que enseñaran á sus hijos la inmoralidad y el error; á mas de que, si hemos de creer á Mr. Thiers, si la enseñanza quedase á discrecion de la libertad nacional, dejaria de ser nacional, y educariamos á nuestros hijos conforme á las ideas de los turcos ó los indios; siendo asi que ahora, gracias al despotismo legal de la universidad, tienen el honor de ser educados segun las nobles ideas de los romanos. ¿Seria, pues, la libertad de trabajo la que podria dejárseles? No; que eso seria la competencia, cuyos efectos son dejar los productos sin consumos, esterminar el pueblo y arruinar la clase media. ¿Seria la libertad de cambiar? Harto sabido es, y los proteccionistas lo han demostrado hasta la saciedad, que el hombre que es libre en sus cambios, se arruina, y que, para adquirir riquezas, es preciso cambiar sin libertad. ¿Seria, pues, la de asociacion? ¡Si libertad y asociacion se escluyen! segun la doctrina socialista;

tanto que los esfuerzos que se hacen para arrebatárle al hombre su libertad, tienen por objeto obligarle á que se asocie.

Ya sabéis, pues, que los demócratas-socialistas no pueden en conciencia dejar ninguna libertad á los hombres, pues segun su naturaleza propia tienden, si esos señores no lo enmiendan, á degradarse y desmoralizarse en todos conceptos.

Falta adivinar ahora en qué se fundan cuando reclaman con tanta insistencia el sufragio universal.

Las pretensiones de los organizadores hacen surgir otra cuestion, sobre la cual les he preguntado varias veces, y nunca me han respondido, que yo sepa. Puesto que las tendencias naturales de la humanidad son malas, hasta el punto de que se la deba dejar sin libertad, ¿cómo pueden ser buenas las tendencias de los organizadores? ¿No forman parte del género humano los legisladores y sus agentes? ¿Se creen acaso de un barro distinto del de que fueron hechos los demas hombres? Dicen que la sociedad, abandonada á sí misma, corre fatalmente al abismo, porque sus instintos son perversos, y tratan de detenerla en la pendiente dándole mejor direccion. Es decir que han recibido del cielo una inteligencia y unas virtudes que los separan y los hacen superiores á la humanidad. Si asi es, que presenten sus pruebas. Quieren ser *pastores*, y que nosotros seamos *rebaño*; pero esto presupone en ellos una superioridad de naturaleza en que nosotros no debemos creer, como no nos lo demuestren palpablemente.

Yo no les niego el derecho á inventar combinaciones sociales, á propagarlas, á aconsejarlas y aun á ensayarlas en sí mismos por su cuenta y riesgo, sino el derecho á imponerlas por medio de la ley, es decir, por medio de la fuerza y las contribuciones públicas.

Yo pido que los Cabetistas, los Fourieristas, los Proudhonianos, los universitarios y los proteccionistas renuncien, no á sus ideas especiales, sino á la idea que les es comun, de sujetarnos por fuerza á sus grupos y séries, á sus talleres sociales, á su Banco gratuito, á su moralidad greco-romana, á sus trabas comerciales. Lo que yo les pido es que nos dejen la facultad de juzgar sus planes y de asociarnos ó no á ellos, directa

ó indirectamente, si lastiman nuestros intereses ó repugnan á nuestra conciencia.

Porque la pretension de hacer que intervenga el poder y el impuesto, á mas de ser opresiva y dilapidadora, implica tambien la hipótesis perjudicial de la infalibilidad de la organizacion y de la incompetencia de la humanidad.

Y si la humanidad es incompetente para juzgar por si misma, ¿á qué se nos viene á hablar de sufragio universal?

Esta contradiccion en las ideas se ha reproducido desgraciadamente en los hechos, y si bien el pueblo francés se ha anticipado á todos los demas en la conquista de sus derechos, ó mas bien de sus garantías políticas, no por eso ha dejado de ser el mas gobernado, dirigido, administrado, cargado de impuestos y prohibiciones, y el mas explotado de todos.

Es tambien el público mas espuesto á las revoluciones, y asi tiene que ser sin remedio.

Si se parte de la idea, admitida por todos nuestros publicistas y tan enérgicamente espresada por Mr. Luis Blanc, en estas palabras: «La sociedad recibe el impulso del poder»; si los hombres se consideran á sí mismos sensibles pero pasivos, incapaces de elevarse por su propio discernimiento y por su propia energía á la moralidad ni al bienestar, y reducidos á esperar todo de la ley, y por último, si convienen en que sus relaciones con el Estado son como las del rebaño con el pastor, claro está que la responsabilidad del poder es inmensa. Los bienes y los males, las virtudes y los vicios, la igualdad y la desigualdad, la opulencia y la miseria, todo del poder emana. Está encargado de todo, cuida de todo, lo hace todo; luego debe responder de todo. Si somos dichosos, reclama con razon nuestro agradecimiento; pero si somos desgraciados, solo de él podemos quejarnos. ¿No dispone en principio de nuestras personas y bienes? ¿No es omnipotente la ley? Al crear el monopolio universitario, se ha comprometido á realizar las esperanzas de los padres de familia privados de libertad; y si esas esperanzas quedan defraudadas, ¿de quién será la culpa? Al reglamentar la industria, se ha comprometido á hacerla prosperar; sino hubiera sido absurdo el ponerle trabas: pues

si la industria sufre quebrantos, ¿de quién será la culpa?

Al entrometerse á equilibrar la balanza de comercio por medio de los aranceles, se ha comprometido á hacerla florecer; y si en vez de suceder así, se agosta la industria, ¿de quién será la culpa?

De manera que no hay un dolor en la nacion de que el gobierno no se haya hecho responsable. Y, ¿deberá estrañarnos que cada contratiempo sea una causa de revolucion?

Y ¿qué medio se nos viene á proponer! El de ensanchar hasta lo infinito el dominio de la ley: es decir, la responsabilidad del gobierno.

Pero si el gobierno se encarga de alzar y ordenar los salarios y no puede conseguirlo; si se encarga de dar remedio para todos los infortunios y no puede hacerlo; si se compromete á asegurar pensiones de retiro á todos los trabajadores y no puede hacerlo; si se compromete á proporcionar á todos los obreros instrumentos de trabajo y no puede hacerlo; si se encarga de abrir un crédito gratuito á todos los que deseen tomar prestado y no puede hacerlo; si (segun las palabras que con sentimiento hemos visto) se le escapan á Mr. de Lamartine, si «el Estado se impone el deber de ilustrar, desenvolver, engrandecer, fortalecer, espiritalizar y santificar el alma de los pueblos» y no lo consigue, ¿no se ve claramente que á cada nueva concepcion, ha de haber, por desgracia, una revolucion inevitable?

Vuelvo á mi tésis y digo: inmediatamente despues de la ciencia económica, y á la entrada de la ciencia política (1) se presenta una cuestion dominante y es la siguiente:

¿Qué es la ley? ¿Qué debe ser? ¿Hasta dónde se estiende su dominio? ¿cuáles son sus límites? ¿dónde, por consiguiente, terminan las atribuciones del legislador?

Yo no vacilo en contestar que *la ley es la fuerza comun organizada para impedir la injusticia*, y en menos palabras: **LA LEY ES LA JUSTICIA.**

(1) La economía política precede á la política; aquella dice si los intereses humanos son armónicos ó inarmónicos, cosa que esta debería saber antes de fijar las atribuciones de gobierno.

No es cierto que el legislador tenga sobre nuestras personas y propiedades un poder absoluto, toda vez que estos preexisten y que la tarea de la ley es rodearlas de garantías.

No es cierto que el objeto de la ley consista en regir nuestras conciencias, ideas y voluntades, nuestra instruccion, nuestros sentimientos, trabajos, cambios, dones y goces.

Su objeto es impedir que en ninguna de estas materias el derecho de uno se sobreponga al derecho de otro.

La ley que tiene por sancion necesaria la fuerza, no puede tener otro dominio legítimo que el dominio legítimo de la fuerza: esto es, la justicia.

Y como el individuo aislado no tiene derecho para apelar á la fuerza sino en el caso de procurar por su legitima defensa, la fuerza colectiva, que no es mas que la reunion de sus fuerzas individuales, no puede aplicarse racionalmente á otro objeto.

La ley es, pues, simplemente la organizacion del derecho individual preexistente, de legitima defensa.

La ley es la justicia.

Tan falso es que pueda oprimir á las personas ó lastimar las propiedades, ni aun proponiéndose un objeto filantrópico, que precisamente su funcion es protegerlas.

Y no se me diga que á lo menos pueda ser filantrópica, con tal que se abstenga de toda opresion y de todo despojo, porque esto es contradictorio. La ley no puede dejar de afectar nuestras personas y bienes; si no los garantiza, los lastima solo con el hecho de obrar, solo porque *es*.

La ley es la justicia.

Esto es claro, sencillo, está perfectamente definido y limitado; es accesible á todas las inteligencias y visible para todas las miradas, porque la justicia es una cantidad dada, inmutable, inalterable, que no admite *aumento* ni *disminucion*.

Salid de ahí, haced que la ley sea religiosa, fraternitaria, igualitaria, filantrópica, industrial, literaria, artística... y en seguida os hallareis en lo infinito, en lo incierto, en lo desconocido, en la utopia impuesta á la fuerza, ó, lo que es peor, entre la multitud de utopias que pugnan por apoderarse de la

ley é imponerse; porque la fraternidad y la filantropía, no tienen límites fijos como la justicia. ¿En dónde os detendreis? ¿En dónde se detendrá la ley? Tal habrá que, como Mr. de Saint-Cricq, no estenderá su filantropía sino sobre algunas clases de industriales, y pedirá á la ley que *disponga de los consumidores en favor de los productores*. Otro, como Mr. Considerant, se presentará como abogado de los trabajadores, y pedirá á la ley que les señale un *mínimum asegurado*; *el vestido, la habitacion, el alimento y todas las cosas necesarias á la conservacion de la vida*. Otro, como Mr. Luis Blanc, dirá con razon que esa es una fraternidad muy elemental, y que la ley debe dar á todos los instrumentos de trabajo y la instruccion. Otro hará presente que, aun con esto, queda muy notable la desigualdad, y que la ley debe encargarse de que penetre en las cabañas mas oscuras, el lujo, la literatura, y las artes. Y asi os irán llevando hasta el *comunismo*, ó mas bien la legislacion será... lo que ya es hoy... el campo de batalla de todas las ambiciones y de todos los apetitos desordenados.

La ley es la justicia.

Dentro de esta esfera se concibe un gobierno sencillito, firmísimo. Dígasenos de dónde podria surgir la idea de una revolucion, de un simple motin, contra una fuerza pública que se limitase á reprimir la injusticia. Bajo un régimen semejante habria mas bienestar y estaria mas repartido, y en cuanto á las dolencias inseparables de la humanidad, nadie iria á echarlas en cara al gobierno, puesto que el gobierno seria tan ageno á ellas como lo es á las variaciones atmosféricas. ¿Se ha visto nunca que el pueblo se levantara contra el tribunal de Casacion ó entrase amotinado en la audiencia del juez de paz para reclamar el *mínimum* de salarios, de crédito gratuito, los instrumentos de trabajo, los favores del arancel ó los talleres nacionales? Demasiado sabe que esas combinaciones están fuera del alcance del juez; pues tambien aprenderia que están fuera del alcance de la ley.

Fundad, empero, la ley en el principio fraternitario; proclamad que de la ley emanan los bienes y los males; que es la responsable de todos los quebrantos individuales y de las des-

igualdades sociales, y dejareis la puerta abierta á un sin fin de quejas, odios, disturbios y revoluciones.

La ley es la justicia.

Lo raro seria que equitativamente pudiese ser otra cosa. ¿Por ventura la justicia no es el derecho? ¿Por ventura los derechos no son iguales? ¿Cómo, pues, se ocupará la ley en someterme á los planes sociales de los señores Mimerel, de Melun, Thiers, ó Luis Blanc, y no en someter á esos señores á los planes míos? ¿Se figurarán que la naturaleza no me ha dotado de imaginacion suficiente para inventar una utopia? ¿Puede ser atribucion de la ley el andar escojiendo entre quimeras y dedicar la fuerza pública á la defensa de esta ó aquella?

La ley es la justicia.

No se me diga, como se me dice un dia y otro, que, concebida la ley atea, individualista y sin entrañas, haria la humanidad á imagen suya. Esta es una deducccion absurda, digna por cierto de esa plétora de gobierno que la humanidad ve en la ley.

¿Conque de que seamos libres, se deduce que dejemos de obrar? ¿De que no recibimos impulso de la ley, se deduce que careceremos de impulso? ¿De que la ley se limite á garantizarnos el libre ejercicio de nuestras facultades, se deduce que nuestras facultades han de sumirse en la inercia? ¿De que la ley no se nos imponga por medio de fórmulas religiosas, modos de asociacion, métodos de enseñanza, procedimientos de trabajo, direcciones de cambios ó planes de caridad, se deduce que hayamos de correr al ateismo, al aislamiento, á la ignorancia, á la miseria y al egoismo? ¿Se deduce que no hayamos de reconocer el poderío de la bondad de Dios, que no hayamos de asociarnos, ayudarnos, amarnos y socorrer á nuestros hermanos desgraciados, estudiar los secretos de la naturaleza, y aspirar al perfeccionamiento de nuestro ser?

La ley es la justicia.

Bajo la ley de justicia, bajo el régimen del derecho, bajo la influencia de la libertad, de la seguridad, de la estabilidad y de la responsabilidad, irán llegando los hombres á su valor

completo; á toda la dignidad de su ser, y la humanidad realizará con orden, con calma, lentamente sin duda, pero con certeza, el progreso á que está destinada.

Creo que la teoría está en mi favor, porque cualquiera que sea el punto que yo someta á mi raciocinio, sea religioso, filosófico, político ó económico; ya se trate de bienestar, de moralidad, de igualdad, de propiedad, de trabajo, de cambio, de capital, de salarios, de impuestos, de publicacion, de crédito, ó de gobierno; sea cualquiera el punto del horizonte en que coloque el punto de partida de mis indagaciones, siempre llego á lo mismo; es decir, á que la solucion del problema social está en la libertad.

¿Y no está tambien en favor mio la esperiencia? Echad una mirada por el globo. ¿Cuáles son los pueblos mas dichosos, mas moralizados, mas pacíficos? Aquellos en que menos interviene la ley de la actividad privada; donde menos se hace sentir el gobierno; donde mas representa la individualidad y mas influye la opinion pública; donde menos numerosas y complicadas son las ruedas administrativas; menos pesados y desiguales los impuestos; menos frecuentes y menos justificables los motines; donde es mas activa la responsabilidad de los individuos y de las clases, y, donde, por consiguiente, si las buenas costumbres no han llegado á su perfeccion, tienden á rectificarse; donde las transacciones, los comercios, las asociaciones, encuentran menos trabas; donde mas prevalece la idea de Dios contra los inventos de los hombres; en resumen: aquellos que mas se aproximan á esta solucion. En los límites del derecho, todo por la libre y perfectible espontaneidad del hombre, por la ley y la fuerza, nada mas que la justicia universal.

Hemos de ser francos: hay demasiados grandes hombres en el mundo; hay demasiados legisladores, organizadores, fundadores de sociedades, conductores de pueblos, padres de naciones, etc. Son demasiados los que se colocan sobre la humanidad para sujetarla, y los que no tienen mas profesion que ocuparse de ella.

No faltará quien me diga: no censureis á los demas, que

tambien vos os ocupais de ella. Verdad es, pero convengamos en que yo lo hago en un sentido y desde un punto de vista muy diferente; y si me ocupo de los reformadores precisamente, me propongo que dejen de serlo.

Yo no me ocupo de la sociedad como Vaucason de su autómata, sino como un fisiólogo del organismo humano, para estudiarlo y admirarlo.

Me ocupo de ella como aquel célebre viajero que fue á parar en medio de una tribu salvaje, en un momento en que acaba de nacer un niño. Habia una multitud de brujos, adivinos y empíricos, provistos de sortijas, colmillos y lazos. Decia uno: Este niño no percibirá nunca el olor de la pipa si no le estiro las narices. Decia otro: no tendrá buen oido si no le bajo las orejas hasta los hombros. Saltaba un tercero: no llegará á ver la luz del sol si no doy direccion oblicua á sus ojos. Añadia otro: no podrá tenerse en pié si no le tuerzo las piernas; y precedia otro: si no le comprimo los sesos, no podrá pensar nunca. Y el viajero exclamó: ¡Atrás! Dios hace bien lo que hace; no querais saber mas que ÉL, y puesto que ha dado órganos á esta frágil criatura, dejad que se desenvuelvan y fortalezcan por medio del ejercicio, los ensayos, la esperanza y la libertad.

Tambien á la humanidad la ha dado Dios cuanto necesita para el cumplimiento de sus destinos. Hay una fisiología social providencial, asi como hay tambien una fisiología humana providencial. Los órganos sociales están tambien constituidos para desenvolverse armoniosamente al aire libre. ¡Atrás, pues, los empíricos y los organizadores! ¡Afuera sus sortijas, cadenas, colmillos y tenazas! ¡Afuera los medios artificiales; afuera su taller social, su falansterio, su gubernamentalismo, su centralizacion, sus aranceles, sus universidades, sus religiones de Estado, sus Bancos, sean gratuitos ó monopolizados; sus comprensiones, sus restricciones, su moralizacion y su igualacion por medio del impuesto! Y ya que se han aplicado inútilmente tantos sistemas al cuerpo social, acabemos por donde deberíamos haber comenzado: rechácense los sistemas y ensáyese la libertad—la libertad, que es prueba de confianza en Dios y en su obra.

INDICE.

¡ Maldito dinero!.....	1
Lo que se ve y lo que no se ve.....	29
Propiedad y Ley.....	80
Propiedad y Despojo.....	100
Proteccionismo y Comunismo.....	145
La Ley.....	181

BIBLIOTECA POLITICA Y ECONOMICA.

Obras de Lamennais.—Hemos reunido en un solo volúmen las mas célebres: *Palabras de un Creyente.*—*Del absolutismo y de la Libertad.*—*Esclavitud moderna.*—*Amschaspands y Darvands.*—*Pasado y Porvenir del Pueblo.*—*Himno á Polonia.*—Un tomo en 4.º por 15 rs. vn.

Evangelio del Pueblo, por ESQUIROS.—Este opúsculo demuestra que la doctrina democrática está en perfecto acuerdo con las grandes verdades evangélicas.—Folleto en 4.º por 3 rs. vn.

La Política de Maquiavelo.—Todos hablan de la política *maquiavélica*, y son pocos los que conocen la obra que ha dado lugar á este epíteto proverbial. La publicamos por primera vez en España, acompañada del *Anti-Maquiavelo*, escrito por *Federico el Grande*, con un prefacio del célebre *Voltaire*.—Opúsculo en 4.º por 6 rs. vn.

Meditacion sobre las ruinas de los imperios, por VOLNEY.—La celebridad universal de este libro nos exime de todo elogio. Nuestra edicion es la mas correcta de cuantas se han publicado en castellano.—Un tomo en 4.º por 6 rs. vn.

La Democracia en América, por TOCQUEVILLE.—Esta obra demuestra por qué los Estados-Unidos son el ejemplo del mas rápido y portentoso engrandecimiento que registra la historia.—Un tomo en 4.º por 15 rs. vn.

El Tancimat, por UBICINI.—Esplica este libro fundamental las causas de la guerra de Oriente; causas que no han desaparecido por la paz de Paris, y que harán reaparecer antes de lo que se piensa el gran problema político-religioso que entonces se inició.—Un tomo en 4.º por 12 rs. vn.

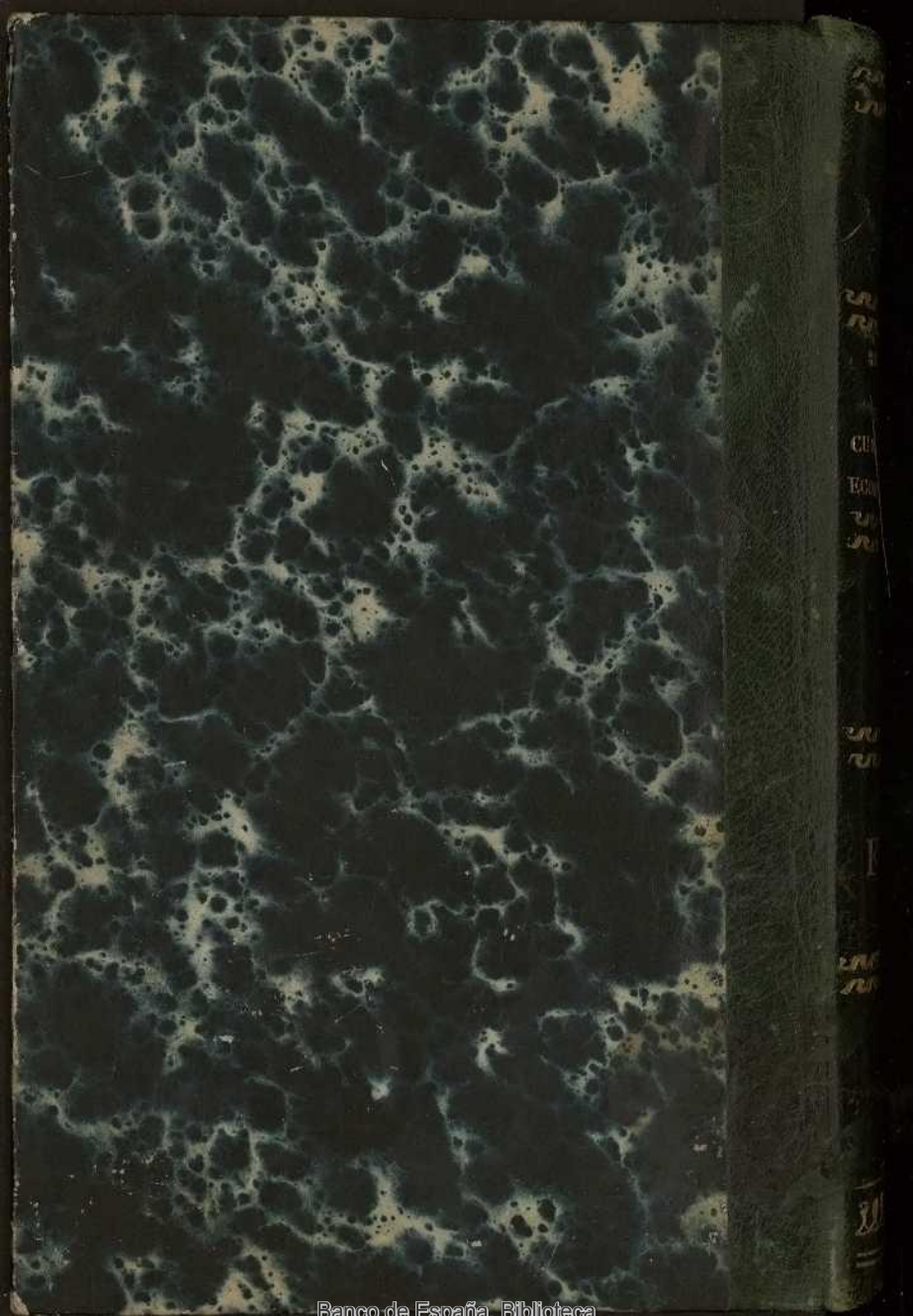
Principios de Economía política, por MAC-CULLOCH.—El autor es uno de los escritores mas liberales de la escuela economista inglesa, y trata todas las cuestiones con el criterio eminentemente práctico de su raza; única que hasta hoy ha sabido realizar en Europa la libertad con el orden y la prosperidad general.—Un tomo en 4.º por 16 rs. vn.

Bastiat: SOFISMAS ECONÓMICOS, primera y segunda série, traducidos de la última edicion corregida por el autor. Sabida es la

popularidad que conquistó en Francia esta obra, porque presenta al alcance de la inteligencia menos cultivada los problemas mas importantes y frecuentes de la economía política, que en su pluma tienen toda la amenidad y el colorido de un artículo de costumbres.—Un tomo en 8.º por 10 rs. vn.

Se dirigirá el pedido á *D. Eduardo Chao, Madrid*, con el importe en libranza ó sellos de franqueo.

LIBRO DE CUENTA Y RAZÓN



rrrrrr
rrrrrr

rrrrrr
rrrrrr

BASTIAT



CUESTIONES
ECONOMICAS

rrrrrr
rrrrrr

rrrrrr
rrrrrr

F.A.

rrrrrr
rrrrrr

